

PALABRA DE VOR

LAS MAFIAS RUSAS
EN ESPAÑA



CRUZ MORCILLO Y PABLO MUÑOZ

Lectulandia

Desde finales de los años noventa, diversas líneas de investigación sitúan en España a personajes procedentes de países de la Europa del Este vinculados a la mafia y al crimen organizado. Se trata de antiguos «ladrones en la ley» o «vor zakone» que, tras el descalabro de la Unión Soviética, alcanzaron el poder que les ha permitido tejer estrechas redes de dependencia con ámbitos gubernamentales. Hoy, compran cargos, ponen y quitan gobiernos, controlan empresas y pretenden extender su influencia hacia Occidente. En nuestro país, donde ya intentaron penetrar en el sector energético a través de la petrolera Lukoil, realizan sus negocios y blanquean capitales. España es, sin duda, su objetivo más codiciado.

Lectulandia

Cruz Morcillo y Pablo Muñoz

Palabra de Vor

Las mafias rusas en España

ePUB r1.0

ePUBym 21.05.13

Título original: *Palabra de Vor*
Cruz Morcillo y Pablo Muñoz, 2010

Editor digital: ePUBByrm
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para Juan y Miguel, por el tiempo robado;
Para mis padres, ejemplo de dignidad

CRUZ MORCILLO

A Camino y a nuestras hijas, Ana, Blanca y Camino,
con la esperanza de que tantas ausencias hayan merecido la pena;
A mi padre, que hoy sería feliz;
A mi madre y a Mari Carmen;
A mi familia, en especial a ti, Isabel

PABLO MUÑOZ

PRÓLOGO

«Presidente, cuando quiera mandar en una parte del país y no pueda porque alguien manda más que usted, sabrá que las mafias rusas están aquí definitivamente». Corría el mes de junio de 2005 y hacía solo unos días que Guardia Civil y Policía habían asestado dos durísimos golpes a grupos criminales de la antigua Unión Soviética, en las operaciones Mármol Rojo y Avispa, esta última de gran repercusión mediática. En un acto oficial celebrado en el Palacio de la Moncloa coincidieron un responsable de la seguridad nacional y José Luis Rodríguez Zapatero. En un corrillo, el experto comentó hasta qué punto las mafias de los países del Este suponían una amenaza para España. El jefe del Ejecutivo no parecía tener las ideas muy claras —en realidad, en esas fechas muy pocas las tenían—, de modo que alguien que sí sabía lo que estaba en juego optó por hacer un resumen muy gráfico de la situación. Zapatero, hasta entonces poco receptivo, se detuvo en seco, se volvió hacia su interlocutor y le pidió que repitiera lo que acababa de decir. El presidente, con semblante serio, volvió a dirigirse a él: «Mañana te espero en mi despacho y me lo explicas con calma».

A partir de ese momento Zapatero fue consciente de la amenaza tangible que suponía para España la implantación de las organizaciones mafiosas de países del Este, denominadas de forma genérica como «mafia rusa», aunque esa etiqueta englobe a grupos criminales de Rusia, Georgia, Ucrania y Bielorrusia, principalmente. Supo entonces el presidente que el fenómeno excedía clara y peligrosamente los límites de la criminalidad organizada internacional tal como él la entendía hasta entonces y que las actividades que llevaban a cabo los capos aquí instalados tenían implicaciones en aspectos cruciales para nuestro país como la política energética, el sector de la construcción o el intento de corrupción de políticos y jueces. Conoció las estrechas relaciones de los personajes investigados con altos cargos de la Administración de sus países, de modo que estos estaban a las órdenes de esas mafias, y entendió que en el futuro las relaciones diplomáticas de España con esos Estados iban a estar mediatizadas por las investigaciones abiertas.

Estábamos a finales de mes. Preparábamos un reportaje intentando desvelar los entresijos de la mafia rusa, más por intuición del calado que podía tener el asunto que por una urgencia informativa. En un despacho del complejo policial de Canillas, donde tienen su sede los servicios centrales de la Policía, un inspector jefe, poco amigo de exageraciones, nos comentaba algunos detalles de la reciente operación Avispa. «La palabra de un *vor* es ley», dijo en el mismo tono del resto de la entrevista. «Dictan normas no escritas que todo el mundo cumple sin pestañear. Siguen unos códigos propios, distintos a los de otras mafias». ¿Un *vor*? ¿Qué era eso? Traducido, un «ladrón en la ley»; dicho en castellano, el jefe de una organización criminal con poder absoluto, alguien que no necesita tener propiedades para disponer

de ellas, una persona que ordena y los demás obedecen, que maneja a su antojo vidas y desde luego también muertes.

Teníamos un titular y una buena historia, pero con esa afirmación comprendimos que se abría un campo fascinante para la investigación periodística. En aquel momento comenzó, en cierto modo, a gestarse esta obra, que no es una novela; no es un libro de ficción, pese a que los personajes que lo pueblan son elementos dignos de un buen relato literario. Es una crónica periodística compuesta a partir del análisis de miles de folios de sumarios judiciales, informes policiales y decenas de horas de entrevistas a los encargados de luchar contra las mafias rusas.

Con el paso del tiempo, el presidente del Gobierno ha comprobado que las informaciones que entonces recibió eran certeras y que aquello que en ocasiones parecía más cercano a la ciencia ficción que a la realidad se confirmaba. Durante estos años por la mesa de Zapatero han pasado informes confidenciales que recogen intervenciones telefónicas a padrinos mafiosos en las que se habla del primer ministro ruso, Vladimir Putin, o que consideran al actual presidente, Dmitri Medvedev, como un cero a la izquierda, un hombre sin poder real que se limita a cumplir las órdenes de su antecesor. El jefe del Ejecutivo y su entorno han sabido que ministros, diputados y responsables de las Fuerzas de Seguridad rusas contaban con estos personajes como colaboradores; han manejado documentos reservados acerca de concesiones de obras públicas en Rusia a individuos establecidos en España, aunque ni siquiera tuvieran trabajadores ni técnicos para acometerlas en el momento de presentar los proyectos y, para cerrar el círculo, han estudiado análisis de Inteligencia sobre las relaciones de estas organizaciones criminales con empresas energéticas. El caso paradigmático es el de Lukoil, la compañía rusa de petróleo que intentó controlar Repsol en una operación de máximo riesgo para un sector clave de la seguridad y la soberanía de España.

Cada hallazgo ha resultado más inquietante que el anterior, como las informaciones basadas en escuchas que hablan de la compra por parte de la mafia rusa de encuentros de fútbol de enorme relevancia. Es el caso de la final de la Copa de la Uefa de 2008, celebrada el 14 de mayo entre el Zenit de San Petersburgo y el Glasgow Rangers. La Uefa, tras un primer momento en el que se mostraba indignada por las informaciones publicadas por *ABC* y *El País*, decidió, casi a regañadientes, abrir una investigación, que aún prosigue. El siguiente paso detectado tiene como protagonista el mundo de las apuestas deportivas, en el que varios países intentan hallar conexiones con individuos próximos al crimen organizado ruso.

Las relaciones de España con Rusia, a partir de todos estos datos, han oscilado entre la confianza con un país amigo, salpicada de contactos políticos y comerciales, y las lógicas cautelas ante la presencia en nuestro territorio de individuos poco recomendables, peligrosos e influyentes. Cada vez que Zapatero ha viajado a Moscú

o se ha producido un encuentro bilateral en Madrid, las actividades de la mafia rusa y sus inquietantes conexiones han ocupado un espacio destacadísimo en el *dossier* que los asesores han preparado al presidente. Y se han producido episodios tan significativos como que en una visita del presidente Medvedev el traductor oficial de la delegación rusa alteró deliberadamente el sentido del discurso de su homólogo español para evitar cualquier matiz indeseado. Esa actitud solo se puede entender si el intérprete había recibido directrices.

El anecdotario, con unas implicaciones políticas y económicas de un alcance aún por determinar, es continuo. En el verano de 2009 el magnate del aluminio Oleg Deripaska, una de las principales fortunas de Rusia, envió al juez de la Audiencia Nacional Fernando Andreu y a un fiscal Anticorrupción una invitación para asistir a un concierto que organizaba en Madrid en colaboración con la Embajada de su país. Deripaska sabía ya que el magistrado le investigaba por blanqueo de dinero. Su mayor preocupación era conocer qué pruebas se acumulaban contra él. Con el exclusivo tarjetón intentaba dejar claro al poder judicial dónde se estaba metiendo. En la invitación, junto al nombre del mecenas aparecía el del embajador ruso. Ni Andreu ni ningún representante de la Fiscalía se dieron por aludidos, aunque el mensaje —«soy intocable»— estaba muy claro. Juez y fiscal se perdieron un concierto, ganaron otro enemigo, pero no se amilanaron.

«Estamos combatiendo a individuos que quitan y ponen Gobiernos, que manejan casi a su antojo las Administraciones de sus países, con una capacidad económica inimaginable y con una estructura que tiene tres patas: una criminal, otra política para actuar con impunidad y otra económica, basada en un complejo entramado empresarial a su servicio para blanquear dinero, en el que siempre hay una empresa ligada al sector de la energía», explican quienes día a día diseñan la estrategia contra estas mafias. La consciencia de que existe una amenaza real y permanente para la seguridad nacional está en el eje de las actuaciones. En España la lucha se centra, de forma especial, en el frente económico, ante la evidencia de que ni los jefes ni sus secuaces de batalla cometen aquí delitos «comunes» (los que les han dado la fama, el poder y el dinero en sus países), sino que la Costa del Sol, Cataluña, Baleares, Levante y Madrid, sobre todo, les sirven como base de operaciones y escenario para blanquear ingentes cantidades.

Quienes siguieron las primeras huellas de estas mafias en la Costa del Sol, la alicantina o la de Tarragona enristran anécdotas donde el dinero contante y sonante siempre viene del mismo sitio y se mueve a una velocidad de vértigo. Para muestra, un botón. Corría 1993. En una playa de Alicante capital se vendía un chalé por ocho millones de las antiguas pesetas. Un comprador ruso apareció de inmediato. Le dijo al dueño que lo quería para el día siguiente. El vendedor argumentó que era imposible porque aún no había recogido ni muebles ni objetos personales. Pero entonces el ruso

esgrimió un argumento incontestable: sacó del bolsillo de su chaqueta dieciséis millones de pesetas en efectivo. El tipo se llevó las cartas de novios y la ropa interior; nada más. La Guardia Civil se quedó atónita al comprobar cómo se las gastaban y, a partir de ahí, empezó a vigilar con lupa esas sospechosas maniobras. Era la segunda vez que se topaban con sujetos tan prestos a tirar de billetera. Meses antes otro ruso se registraba en un hotel de Salou, cuando su maleta se abrió por casualidad y se desparramaron por el suelo varios millones en billetes. El director del establecimiento tardó dos horas en narrar lo ocurrido a un guardia civil amigo suyo.

Las organizaciones criminales de la antigua URSS empezaron a enviar a individuos por media Europa a estudiar las legislaciones de los países y las posibilidades de inversión, en unos años, los primeros noventa, donde el dinero del Estado que se desmoronaba corría sin control. Primero fue Alemania; más tarde la Costa Azul francesa y el siguiente paso, España. Nuestro país era el paraíso: leyes de extranjería y extradición blandas, posibilidades inigualables de inversión al calor del ladrillo y el turismo, y proximidad a paraísos fiscales. No se podía pedir más, pero es que además lo había: un clima excepcional, un retiro dorado y la comprensión de vecinos que no preguntaban quién había comprado el mejor chalé de la urbanización. Años después, cuando se sentaron ante el juez, muchos de los jefes detenidos explicaron su elección de España por el clima y la tranquilidad. Les fue tan bien que incluso los que llegaron para una temporada decidieron instalarse y quedarse para siempre.

Pero la realidad es que la mayoría de ellos vino huyendo, buscando refugio después de haber sufrido intentos de asesinato, amenazas de encarcelamiento o, directamente, tras haber sido sentenciados a muerte por sus rivales en unos años, mediados de los noventa, en los que en San Petersburgo y Moscú las bombas, los secuestros y los atentados marcaban el comienzo de cada día. Esos fueron los motivos que acabaron de convencerlos, con la ventaja de que a miles de kilómetros muchos de ellos pasaron de «ladrones en la ley» a respetables hombres de negocios.

Desde 1994 se detectó la presencia de inversores ucranianos en la zona de Tarragona; dos años después el que es considerado «autoridad criminal» rusa, Gennadis Petrov, se instaló en Marbella junto a otros dos líderes mafiosos y sus familias; en Alicante varios capos georgianos tenían casa de vacaciones en esas mismas fechas. Eran los comienzos. Aquí no mataban, no secuestraban, no extorsionaban ni traficaban... A cambio, empezaron a mover capitales, a fundar y cerrar sociedades, a hacer circular el dinero e invertir en todo tipo de negocios dentro y fuera de España. Hacerles frente no ha resultado, no resulta, sencillo. Un policía que lleva años detrás de ellos aporta las claves: «Cometimos muchos errores porque teníamos el concepto de mafioso occidental, tipo Camorra o Cosa Nostra, pero ellos no cuadran en esa definición; su pensamiento no es occidental, por tanto no podíamos

prever cómo iban a actuar». El aprendizaje ha seguido un camino interesante, novedoso, en busca del delito base, es decir, los crímenes que proporcionan el dinero necesario para que esos fondos negros se laven, la esencia de todo blanqueo de capitales que sí pasa por España.

Este libro relata cómo se han asentado en nuestro país en los últimos quince años algunas ramas, células o miembros de las principales organizaciones de la antigua URSS; la reconversión de los *vory v zakonen* en respetables empresarios sin tatuajes ni códigos legendarios, solo a golpe de talonario; sus relaciones con los grupos establecidos en los países de origen y con políticos, funcionarios y militares de los mismos; la inquietante penetración en el tejido económico español y las incipientes tentativas de contactos con políticos locales. Los sumarios judiciales y los testimonios de los investigadores —no identificados en estas páginas por razones de seguridad— revelan cómo transcurren las vidas de jefes criminales y sus ayudantes, sus viajes, sus intrigas económicas y legales. Se sigue el rastro de sus intentos por acaparar mercados energéticos y la lucha policial y judicial contra ellos materializada en cuatro grandes operaciones con decenas de detenidos e imputados: Troika, contra la mafia rusa; Avispa y Java, contra la mafia georgiana, y Mármol Rojo, contra la ucraniana.

El bautismo de las operaciones constituye en ocasiones una auténtica obra de orfebrería, pero otras es fruto del azar. En el caso de Mármol Rojo se tomó la ocupación de uno de los principales objetivos, empresario de Tarragona cuyo negocio se dedicaba a ese tipo de piedra. Troika era una investigación de delincuencia económica y se centraba inicialmente en tres individuos rusos, de ahí que se aprovecharan las connotaciones del término. El nombre de Avispa surgió de manera bastante casual. La Policía Judicial acudió al Servicio de Prevención de Blanqueo con una información previa, aún sin nombre, para contrastar datos. El inspector que apadrinaba esas pesquisas comentó a sus colegas que la idea era «pinchar, mover el avispero y esperar la reacción». Se marchó y todos se olvidaron del «título», imprescindible para tratar los datos en el sistema. La persona encargada empezó a cotejar la lista de animales, una de las que se utiliza en una relación con miles de denominaciones. Recordó el aguijón del que habían hablado y... ¡bingo! Avispa no estaba asignado. Java, por fin, tiene nombre de mujer o para ser precisos, apellido; Javanz es el de la novia de uno de los peligrosos georgianos investigado al inicio en Milán y Alicante. Nombre sencillo, breve y contundente que los agentes se apropiaron.

En estos años, la Justicia y los servicios policiales españoles les han puesto la zancadilla, pero los resultados, en forma de condena, son aún la gran incógnita. Las penas impuestas a Kalashov y cinco de sus hombres en junio de 2010 son un buen punto de partida. Pero a cambio, algunos capos han logrado contra todo pronóstico

quedar en libertad provisional gracias, en muchos casos, al apoyo de prestigiosos bufetes que han marcado récord en cuanto a recursos de libertad presentados.

Las siguientes páginas recogen la crónica apasionante y fidedigna de esta lucha callada, sin demasiada repercusión mediática salvo excepciones, y desde luego sin grandes reconocimientos políticos, pese a que desde algunos despachos de ministros cada vez con más frecuencia se descuelgue el teléfono solo para preguntar: «¿Qué hay de los rusos?».

INTRODUCCIÓN

En la mafia rusa o de los países del Este no hay un Vito Corleone ni un FBI que ilustren las palabras, sino decenas de documentos, miles de horas de escuchas, testimonios cualificados y sumarios judiciales en continua evolución, además de intereses internacionales y presiones desde muchos ámbitos. Para entender la relevancia estratégica de una batalla desigual en muchos momentos, salpicada de éxitos y decepciones como se verá, es preciso situar el tipo de criminalidad del que se trata, la evolución histórica que ha seguido, su extensión temporal y geográfica (donde España se convierte en destino y paraíso) y la amenaza que representa, por más que se haya intentado minimizar o ningunear.

Una aproximación al fenómeno implica necesariamente detallar antes cuáles son sus límites. La expresión «crimen organizado» hace referencia a un grupo estructurado de tres o más personas que existe durante cierto tiempo y actúa concertadamente con el propósito de cometer delitos graves con miras a obtener directa o indirectamente un beneficio económico o material. Esa base genérica la cumplen desde una banda de revientapisos hasta un cartel colombiano de la cocaína, por lo que hay que sumar otros criterios acuñados por los expertos para afinar la perspectiva. Así, se refieren a una organización jerárquica que tiende a ser permanente, que cuenta con una estructura empresarial con reparto de papeles, y maneja importantes fondos que se invierten en negocios lícitos e ilícitos. Además, abre el abanico de sus actividades con aspiraciones al monopolio y emplea tanto la coacción como, sobre todo, la corrupción. La compra de voluntades políticas, policiales y judiciales es sin duda el elemento indiscutible, el que coloca la seguridad de los países en una encrucijada.

A diferencia de lo que sucede con el terrorismo, los miembros del crimen organizado no tratan de sustituir al Estado; intentan convivir con él, acomodarse a su estructura porque lo necesitan para fagocitarlo. La mafia rusa obtiene más provecho infiltrándose en el poder, corrompiéndolo, que anulándolo: se beneficia de las decisiones políticas (concesiones de obras públicas o control de empresas monopolistas) y se garantiza una cierta impunidad derivada del contacto con miembros de los Cuerpos policiales. Las organizaciones protagonistas de estas páginas no solo influyen con frecuencia en esa toma de decisiones, sino que algunos ministros, diputados y altos cargos de sus Gobiernos se someten a las órdenes de los jefes criminales.

La economía es el gran pilar al que se dirigen. Se introducen en los circuitos legales y el sistema financiero y aprovechan los resquicios de ambos para blanquear sus ganancias, extenderse y, de paso, debilitar los mercados a fuerza de distorsionar las reglas de la competencia. ¿Cómo lo consiguen? Con mano de obra más barata,

gracias a las redes que trafican con personas, con financiación a la carta procedente de sus actividades criminales clásicas y eliminando a la competencia con los medios que sean necesarios.

De ahí que la cúpula real de las organizaciones mafiosas esté cada vez más lejos del delito tradicional. Los capos se blindan ante las investigaciones. Su papel esencial es, por un lado, acercarse a los políticos, y para ello se presentan como «honrados hombres de negocios» y, por otro, invertir en sectores legales al tiempo que crean las «lavadoras» del dinero obtenido con la actividad criminal. La relación entre mafiosos y políticos, en el crimen organizado, adquiere carta de naturaleza con la compra de votos para los candidatos aliados o, en sentido contrario, con los favores a las empresas de los capos en las adjudicaciones de contratos públicos.

Igual que Cosa Nostra, la Camorra, la N'Drangetha, las FARC, las Tríadas chinas o la Yakuza japonesa, las llamadas mafias rusas no son bandas de delincuentes, sino auténticas comunidades criminales capaces de influir y navegar por la política y la economía de un país. Cada una tiene su idiosincrasia y sus códigos, sus ritos iniciáticos propios, su selección de miembros por lazos étnicos, de parentesco, raza o historial delictivo y su sistema de castigos, pero todas ellas suponen una amenaza real, equivalente —y a veces mayor— al terrorismo, solo que mucho más *líquida* e indefinida.

El origen de las organizaciones criminales de países del Este se remonta a la Rusia imperial, pero es en la turbulencia de la época postsoviética cuando estos grupos, tal y como funcionan en la actualidad, enraizan y prosperan. En el periodo intermedio surge el primer código de las hermandades criminales encabezado por los *zhigani*, la oposición a Lenin tras la revolución rusa de 1917, cuando por primera vez delincuentes y políticos van de la mano. Esa suerte de norma prohibía hacer trabajos sociales, tener familia, tomar las armas en nombre del Estado y cooperar con las autoridades, y obligaba a contribuir con dinero al bienestar común, según se recoge en un esclarecedor artículo publicado en la *Revista de Seguridad Pública*, escrito por un oficial de la Guardia Civil experto en la lucha contra las mafias del Este. A esos códigos se sumaban ya los tatuajes, la jerga, los apodos y toda la tradición oral de las «comunidades de ladrones» arrastrados desde el siglo anterior. Pero fue en las temibles cárceles soviéticas y en los campos de trabajo donde las comunidades hallaron el terreno abonado para extenderse y hacerse fuertes.

En el libro *La delincuencia profesional en Georgia (Los ladrones en la ley)*, escrito en 2004 por G. Glonti y G. Lobzhanidze, los autores establecen una precisa cronología del desarrollo de estas formaciones, aplicada al caso de Georgia, si bien es extensible al resto de bandas de la antigua Unión Soviética. En la primera fase, entre 1930 y 1950, coincidiendo con el pleno apogeo del estalinismo y la creación de los *gulag*, se engendra la casta de los *vory v zakonen*. En los años sesenta y setenta

aparecerían las primeras formaciones de tipo mafioso, auténtico antecedente de las actuales. La tercera etapa, en los años ochenta, antes de la Perestroika, es la de la consolidación del fenómeno en toda la URSS, y a partir de 1991, cuando el sistema salta en pedazos, se produce la explosión definitiva y la extensión a otros países.

Las organizaciones criminales rusas, como se ha dicho, hunden sus raíces más lejanas en el *Vorovskoi Mir*, «el mundo de los ladrones», sustentado en una serie de normas y tradiciones, pero su adaptación camaleónica procura a sus integrantes no solo la supervivencia sino el paso de *vory v zakonen* a hombres de negocios. No obstante, el símbolo persiste. Los autores georgianos apuntan una serie de elementos característicos: mantienen que la jerarquía entre los «ladrones en la ley» es bastante democrática y no hay dirigentes directos (caudillos), dados sus orígenes de hombres libres que no se someten a las órdenes. A simple vista, dicen los autores, parece una organización amorfa solo unida por el marco de sus leyes, pero la relación entre ellos es tan fuerte que representa en sí una unidad.

En el artículo publicado por el oficial de la Guardia Civil se recogen diecisiete normas en teoría de obligado cumplimiento. El «ladrón» ha de dar la espalda a su familia de sangre (madre, padre, hermanos) porque sus únicos parientes son los de la comunidad criminal; tiene prohibido fundar una familia propia y trabajar: ha de vivir solo de sus crímenes; está obligado a dar apoyo moral y material a otros «ladrones» usando la *obshchak* (caja común), que él controla; debe proporcionar información acerca de sus cómplices; si es investigado, un subordinado se atribuirá la responsabilidad para que el jefe pueda huir. Cuando surge un conflicto en un grupo criminal o entre «ladrones» debe convocarse una *skhodka* (reunión) para resolverlo; los castigos han de ejecutarse; es preciso dominar la jerga criminal (*fenia*) y enseñar a los nuevos sus habilidades delictivas. La lista es larga y se completa con obligaciones tales como la prohibición de luchar por el Estado o de colaborar con las autoridades.

En esta jurisdicción a la carta aparecen dos términos capitales para los «ladrones»: la *obshchak* o caja común y la *skhodka* o reunión para solucionar conflictos, que habitualmente se hace coincidir con el cumpleaños de algún jefe. Ambos elementos siguen vigentes, como han tenido oportunidad de comprobar los investigadores en las operaciones desarrolladas en España. La caja común es responsabilidad del *vor*; sirve para mantener el bienestar del grupo y a ella deben aportar fondos todos sus miembros o incluso pagar tasas si violan algún precepto. Cuanto más nutrida esté, más categoría se le supone al grupo criminal que hay detrás. Con ese dinero se realizan préstamos, se soborna a funcionarios, se pagan abogados y fianzas, se ayuda a las familias de los integrantes cuando estos están encarcelados o mueren y se utiliza, además, como fondo para invertir en negocios criminales. En 2010, durante la operación Java, la Policía española logró poner al descubierto una de estas cajas comunes de un grupo georgiano con su detallada contabilidad y los fines a

los que se destinaba el dinero.

Las reuniones mafiosas tienden a proyectar cada vez más una imagen de congresos de hombres de negocios abiertos incluso a los poderes locales, pero tienen aún un importante componente secreto y apegado a la tradición. No en vano en ellas se tratan las cuestiones fundamentales para las organizaciones y son el marco donde suele producirse la «coronación» de las autoridades criminales y la adjudicación del título de «ladrón en la ley». No todos pueden aspirar al mando. En la férrea doctrina de los *vory* están excluidos desde siempre los homosexuales, los colaboradores de los carceleros, los que no pagan las deudas de juego, aquellos que no siguen la moral de los «ladrones» o los miembros del Partido Comunista. La literatura sobre la ceremonia persiste, si bien en los últimos años la coronación ha sufrido cierto descrédito: se sabe que algunos «ladrones en la ley» han comprado sus títulos mediante sobornos y a otros se los ha pagado su familia.

Los tatuajes constituyen uno de los símbolos más atractivos de estas mafias, un auténtico mapa vital, aunque cada vez más han renunciado a ellos, conscientes de que pueden suponer una delación ante los Cuerpos de Seguridad. Los autores georgianos mencionados establecen una sesuda tipología. En ella destacan los tatuajes informativos sobre la jerarquía ocupada —la estrella en los hombros que delata a los *vory*— y los personales, con momentos biográficos como el paso por la cárcel —un alambre de púas en torno a la muñeca o un gato, evidencia de una larga condena—. Las imágenes sobre las estancias en prisión son muy abundantes: unas manos abiertas con una flor indican que el criminal fue condenado cuando era muy joven; los mástiles de un barco, sustituidos a veces por torres de un castillo o catedral, se utilizan para contar los años entre rejas. El lenguaje se amplía con tatuajes de signo, que revelan la pertenencia a un grupo criminal (los más habituales son las sortijas); los de recuerdo, los profesionales que evidencian la pertenencia a una profesión (normales entre antiguos militares) o los erótico-sexuales, labrados en partes del cuerpo que cubre la ropa, como espalda, vientre o pene, y que sirven para dejar clara la orientación sexual de quien los luce. Durante años fue moneda común grabarse cuchillos, crucifijos, ángeles, cráneos en los dedos para que el mundo supiera cuántos asesinatos arrastraba el individuo y, cómo no, frases personales a modo de declaración de principios.

Con esa amalgama de tradición, ritual y normas férreas los «ladrones en la ley» comienzan a partir de 1991 a tejer una telaraña de alianzas con los oligarcas de la Federación Rusa, al calor de las ruinas del Estado centralizado. Estos se ponen al frente de grupos criminales, de forma enmascarada por supuesto, o bien se sirven de ellos para eliminar la competencia y sobornar a quien haga falta. Las gigantescas propiedades del Partido Comunista y del Estado soviético quedan en manos de un reducido grupo de empresarios que desvían parte de sus ganancias al crimen

organizado, por una parte, y por otra obtienen fondos del mismo para invertir toneladas de dinero en la economía legal. Se alcanza una simbiosis perfecta. A medida que los oligarcas ganan dinero aumenta su capacidad de influencia política hasta poder colocar Gobiernos al servicio de sus intereses.

El paso de delincuentes a organizaciones criminales con poder económico y social ya estaba dado tras certificarse la ruina del Estado soviético, en un proceso cualitativo similar al que siguió en su día Cosa Nostra. «El funcionamiento interno de estos grupos se asemeja a una multinacional», sostienen los expertos. Cuentan incluso con un departamento dedicado a seguir las noticias y los procedimientos judiciales que les afectan, de forma que grandes despachos de abogados se ponen al servicio de sus intereses criminales, proporcionándoles «una protección integral». A partir de ahí empieza a ser difícil delimitar hasta qué punto algunos de esos bufetes llegan a integrarse en la estructura de la organización mafiosa. En España, quince años después de que se iniciara el proceso en Rusia, determinados despachos de letrados funcionan con el mismo esquema.

En la última etapa las redes mafiosas no solo tienen capacidad de influencia en el poder político, sino que en casos como el de la Federación Rusa hay momentos en que se convierten en parte de su estructura. Es paradigmático lo ocurrido con el Partido Liberal Democrático de Vladimir Zhirinovski, que fue fundado primero, y utilizado después, por el FSB (los servicios secretos) entre otros objetivos para evitar los controles y sanciones internacionales, como al parecer sucedió con la ruptura de la prohibición de las exportaciones a Irak acordada por Naciones Unidas, o en el tráfico ilícito de armas descubierto recientemente, con el espinoso asunto, aún no aclarado, del *Artic Sea*.

«Tal como ocurrió con el líder georgiano Zakhar Kalashov, que fue utilizado por los servicios secretos para vender armas a los kurdos —al fin y al cabo, ese era su origen—, se ha constatado que el suministro de armamento a países como Irak, cuando este se encontraba bajo embargo internacional, se realizaba a través de los grupos de delincuentes. De esa manera, el Estado ruso se desvinculaba de las ventas» —señalan distintas fuentes—. Más aún: «Algunos criminales eran elegidos diputados al Parlamento ruso por el Partido Liberal y se amparaban en su impunidad parlamentaria para continuar con sus siniestras actividades, a salvo de posibles investigaciones de las Fuerzas de Seguridad y la justicia rusas».

ESPAÑA

Paso a paso, con una voracidad sin competencia, en poco más de una década, gracias a su dinamismo y su capacidad de adaptación, los grupos criminales han diversificado negocios y territorios y se han extendido por Europa, Estados Unidos y

América Latina. En total están presentes en más de medio centenar de países, entre ellos el nuestro. Sus bastiones, sobre todo en el caso de los georgianos, están en el extranjero: en Alemania, Austria, Bélgica, Israel, Estados Unidos, Holanda y ahora también en España. Las autopistas criminales han funcionado a la perfección y estas redes han reproducido los patrones instalando sus multinacionales con acceso a círculos de influencia y presión en esos nuevos territorios conquistados. En países dependientes de la inversión extranjera, por ejemplo, esta manera de actuar les permite hacer palanca para obtener sus objetivos. Cuando a mediados de los noventa algunos «inversores» desembarcaron en España con sus impecables trajes y su exquisita educación nadie miraba sus apellidos ni su historial, solo sus abultados maletines.

Hasta hace poco la gravedad del fenómeno era inversamente proporcional al número de agentes dedicados a ponerle freno y a la infraestructura que les respaldaba. A finales de los años noventa la Policía solo contaba con un pequeño grupo conocido como el de Países del Este, adscrito a la Unidad de Drogas y Crimen Organizado (Udyco central). Su objetivo era dar respuesta a las peticiones de colaboración de otros servicios policiales, que solicitaban datos de rusos, georgianos y ucranianos que comenzaban a instalarse en España. El Servicio de Información de la Guardia Civil, por su parte, había incluido en sus planes estratégicos la investigación acerca de sujetos de estas nacionalidades con potencial de riesgo. El reducido grupo que se ocupaba de esa tarea quedó adscrito al área de inmigración, que trabajaba entonces en terrorismo internacional. Con esos dos frentes abiertos el enfoque de la unidad estaba más que supeditado.

Desde este punto de partida parecía imposible llegar adonde se ha llegado. Pero poco a poco, a veces por meras casualidades —«conjunciones planetarias» en palabras jocosas de uno de los veteranos—, la situación cambió. El aterrizaje de sendos mandos, responsables de los grupos de investigación en la Policía y en la Guardia Civil, resultó fundamental, igual que la entrada en escena de la Fiscalía Anticorrupción, que levantó el vuelo de lo que hasta entonces eran tímidos y arriesgados intentos de operaciones.

Al contrario de lo que ha sucedido en otras ocasiones, la Policía y la Guardia Civil consideraron que merecía la pena plantear un trabajo conjunto, conscientes de que para que la investigación fuera eficaz había que unir fuerzas. La famosa coordinación de la que alardean los responsables políticos del Ministerio del Interior, no pocas veces demostrada como inexistente, surgió de modo natural, de abajo hacia arriba, con el convencimiento de todos de que lo mejor era intentarlo juntos. «No ha habido egoísmos, nadie se ha querido poner medallas y se ha trabajado siempre de forma leal», afirman en ambos Cuerpos.

El trabajo realizado por las «antenas» del Centro Nacional de Inteligencia (CNI),

con información estratégica y operativa, ha sido otro de los puntales de apoyo para los investigadores. Seguimientos y análisis de datos recopilados en cada país y una colaboración estrecha y discreta con aquellos que dirigían las operaciones han marcado unas relaciones eficientes que sitúan a «la Casa» en su lugar, muy lejos de esos escándalos que de vez en cuando han sido su carta de presentación mediática. La investigación se ha nutrido, finalmente, de la colaboración de algunos Cuerpos policiales amigos que han facilitado documentos y pruebas clave para poder atacar a estas organizaciones.

Si estamos tratando de conglomerados económicos es obvio que quienes están al frente de ellos son individuos poderosos en todos los sentidos. Para un miembro de una mafia su ingreso en prisión le puede encumbrar más aún en influencia y prestigio y no supone, casi nunca, un impedimento para que siga controlando su patrimonio y su organización. De ahí que la implicación de Instituciones Penitenciarias durante estos años también haya resultado fundamental. ¿Cómo? Estableciendo regímenes penitenciarios acordes con los personajes, a los que se ha sometido a especial control y seguimiento y a quienes se ha trasladado de cárcel con periodicidad casi fija para evitarles la tentación de ejercer su poder entre rejas.

Así se ha llegado hasta la actualidad, cuando, pese a la opinión de escépticos y conseguidores, no es exagerado afirmar que España está a la cabeza de la lucha internacional contra las todopoderosas mafias rusas —está representada además en los más selectos foros de este combate, donde cada información compartida vale su peso en oro— y dispone de los medios adecuados para ganar esta decisiva batalla. Los *vory v zakonen*, con su tradición y su poder a cuestas, tienen una lupa sobre sus cabezas.

Y hay una evidencia: solo se acabará con ellos si se ponen al servicio de esta lucha todos los instrumentos del Estado de Derecho. Los resultados, por ahora, avalan la estrategia.

BANDIDOS, PROSTITUTAS Y POLÍTICOS

«No puedo viajar tranquilamente a Rusia porque moriría igual que muchos de mis amigos: del corazón. En Rusia eso es muy sencillo; todos mueren del corazón, de alguna dolencia cardíaca». El 2 de marzo de 2007 Mijail Monastyrski, *Misha*, «autoridad» del mundo criminal ruso, experto falsificador de arte y pederasta, confesaba sus temores a tres policías españoles en una entrevista que comenzó en un hotel próximo al aeropuerto de Barajas y siguió en un restaurante. Al inspector jefe que dirigía la conversación, experto en crimen organizado, le saltó la alarma. Las palabras de Misha parecían calcadas de las del espía Alexander Litvinenko, a quien costó tanto acercarse pero con quien lograron compartir impresiones y nombres sobre rusos afincados en España la primavera anterior. Litvinenko estaba obsesionado con su muerte. «El FSB [los servicios secretos] y Putin no pararán hasta acabar conmigo», les había soltado sin la menor vacilación. Ahora estaba enterrado después de una horrible agonía en la que el Polonio 210 había devorado su cuerpo. Tras la cita, el policía pasó los siguientes días rumiando que los argumentos de los dos hombres escribían idéntico guión.

Misha, que además de criminal había sido diputado de la Duma una década antes, estaba aterrado. Sabía que estaba firmada su sentencia de muerte, que ya había escapado dos veces a sus asesinos y que la única carta que le quedaba tenía que jugarla del lado de la justicia española. La iniciativa de la reunión partió del ruso y se concertó a través de un espía de Moscú amigo suyo. Un mes después del encuentro, el 18 de abril, el Millonario, como le llamaban, apareció destrozado en una cuneta cerca de la ciudad francesa de Lyon. Oficialmente, su coche se empotró contra una hormigonera. La versión aceptada de forma unánime es que algún «mecánico» a las órdenes de la omnipotente mafia de San Petersburgo, la Tambovskaya, le «arregló» los frenos. La cita con los agentes españoles corrió como la pólvora en determinados círculos y aceleró los planes de quienes se habían propuesto eliminarlo.

En la entrevista de marzo Monastyrski sostuvo que Rusia está en manos de los hombres del FSB de San Petersburgo y que estos se nutren de miembros de las organizaciones criminales.

—¿Cree que sus amigos son muy poderosos? —le interrogó el inspector jefe al mando.

—¿Como personas?

—Como personas influyentes, como personas que dan órdenes que la gente cumple.

—Su influencia terminará cuando Putin deje de ser presidente.

—¿Usted lo sabe directamente? ¿Ha visto esa relación de influencia?

—Rusia está dirigida en estos momentos por personas de la KGB de San Petersburgo.

—No dice nada de Putin, ¿por prudencia?

—Es solo política.

—No dice nada por evitar problemas...

—Posiblemente sí.

La Policía estaba sorprendida por la aparición del nombre de Putin, al tratarse solo de una primera cita para evaluar hasta qué punto Misha estaba dispuesto a colaborar.

La larga conversación con Monastyrski, considerado uno de los jefes de Tambovskaya aunque caído en desgracia, apuntala un buen puñado de detalles que ya conocían los investigadores y enlaza punto por punto con la sostenida con Litvinenko meses atrás. Ya anteriormente, en agosto y diciembre de 2006, el Millonario se había presentado dos veces en la comisaría de Estepona pálido como la cera. Le habían intentado matar en su propia casa, un palacete en la urbanización El Presidente de esa localidad malagueña adonde se había «retirado» cuando perdió poder en el núcleo duro de la organización criminal. Los sicarios se habían pertrechado con armas de guerra y habían comprado a su escolta ucraniano. El hombre fornido, de cabeza rapada y ojos de águila, apenas podía articular palabra. Después del primer intento de asesinato había alquilado un lujoso apartamento del hotel Kempinski, en Málaga, y aunque vivía rodeado de escoltas estaba angustiado y necesitaba protección. Al preguntarle los policías quiénes podían estar detrás de esos atentados contra su vida, se le soltó la lengua:

—Los que me quieren matar pueden ser solamente de San Petersburgo; puede ser Kumarin, que se alegraría mucho si yo no estuviera.

Dio otro nombre, pero insistió en que Vladimir Kumarin —patriarca indiscutible de la mafia petersburguesa— hacía mucho que le odiaba. Los investigadores habían dado en el clavo; el testimonio confirmaba sus sospechas acerca del personaje. Aun así, el Millonario intentó escabullirse y ese fue el momento de aclarar algunos puntos.

—Mire, Mijail, somos policías especialistas en organizaciones procedentes de Rusia y países del Este. Si quiere seguir hablando, tenga en cuenta que sabemos mucho sobre gente de su entorno, así que no cuente mentiras. Queremos datos y nombres concretos. Su amigo del FSB nos dijo que nos iba a hablar de Tambovskaya.

Misha negó pertenecer a ese grupo, pero sí señaló que se trataba de una organización criminal «creada artificialmente por los servicios secretos de San Petersburgo».

—Desde 1986 Kumarin es informador de la KGB y después del FSB, y además hay otros tres individuos principales.

Misha dio los nombres de un teniente coronel que tenía a su familia en Marbella, de un «liquidador», un asesino, y de su vecino de chalé, Misha Gluschenko, *Jojol*, a quien definió como un simple delincuente, pese a que los agentes sabían que era mucho más que eso. En la conversación salieron a relucir los asesinatos por encargo, como el de un colaborador del anticuario, a quien ejecutaron en Chipre. La cita no tuvo ni un minuto de desperdicio.

El antiguo político y mafioso contó cómo él y dos de sus amigos compraron las actas de diputados de la Duma al líder del Partido Liberal Democrático Vladimir Zhirinovski (otro ex KGB) a cambio de 300.000 dólares; cómo se creó la compañía petrolera PTK, que controla el puerto de San Petersburgo y que según él estaba valorada en 2.000 millones de dólares; la relación de los principales criminales con el Estado y la larga cadena de asesinatos perpetrados la década anterior que sembró las calles de esa ciudad de cadáveres. «Nos dijo que Kumarin era solo la cara de la PTK, una marioneta al servicio de personas de muy alto nivel», rememora uno de los agentes.

—¿Estamos hablando de políticos, de políticos del Gobierno?

—En Rusia todo es política. En Rusia solo hay bandidos, prostitutas y políticos. Son políticos de la Administración del presidente.

—¿A cambio de qué?

—A cambio de matar a personas, de controlar negocios, porque nadie sabe que a una determinada persona le puede pertenecer un treinta por ciento en un *holding* enorme.

—¿Algunos de los que ha mencionado son *vory v zakonen*?

—No. De los antiguos ya no quedan, todos son nuevos. Todos los *vory v zakonen* son nombrados por los servicios de Información rusos.

Monastyrski dio pelos y señales que confirmaban la teoría de la conspiración escrita en los documentos de los servicios de Inteligencia de media Europa. Tras la desmembración de la URSS los antiguos espías encuadrados ahora en el FSB y el MVD (Ministerio del Interior) se marcharon y los bandidos de las mafias colocaron a su gente en esos puestos. En apenas dos décadas pasaron de *vory* de medio pelo a coroneles y generales. Así de contundente.

Los policías exprimieron la cita hasta la última gota y obtuvieron información muy valiosa sobre el crimen de la diputada Galina Starovoitova, tiroteada en 1998 a la puerta de su casa, cuando encabezaba una campaña de denuncia contra la corrupción del Gobierno ruso y su conexión con la mafia, con las mismas teorías de Litvinenko y con Putin en el centro de las acusaciones. Misha, que en España tenía cuatro pasaportes y se paseaba por Marbella en un Porsche Cayenne y un BMW 645, era sospechoso de ser el inductor del crimen de la diputada junto a su amigo Gluschenko, en busca y captura en ese momento.

El miedo del ruso, a sus 61 años, estaba más que justificado. Había decidido vender su palacete de Estepona e irse a vivir a San Sebastián, en busca de un anonimato que sabía imposible. Pese a su contundencia, no llegó a acusar de forma directa al poderoso jefe de Tambovskaya, el manco Kumarin, por temor a que su situación se complicara todavía más. «No afirmo que el encargo de matarme lo haya hecho él. En Rusia tengo muchas propiedades que pueden valer unos quince millones de euros. Mi ex mujer también se alegraría si yo muriera».

«Tenía demasiado que ocultar», sostienen los policías al recordar que en su historial criminal aparece de soslayo su pervertido gusto por las niñas que le traían desde Rusia con el único fin de que las violara. Nunca se pudo probar, pese a que en 2004, tras un soplo de Finlandia, una colaboradora suya fue detenida por la Guardia Civil en el aeropuerto de El Prat cuando viajaba con una cría de doce años que iba a ser la siguiente presa de Monastyrski. La información policial aseguraba que después venderían sus órganos en el mercado negro. El pederasta tardó solo unas horas en presentar un poder notarial en el que se le concedía la custodia de la menor. Se sospecha que pagaba a las madres de las niñas para abusar de ellas.

—¿Conoce a alguien más de la organización que esté asentado aquí en España?

—Todo lo que queda de la organización es mucho dinero y la leyenda. Kumarin protege el dinero de generales y personas que trabajan en el Gobierno a cambio de que le protejan a él. Uno de ellos es Igor Sechin, que es más jefe que Putin; es su mano derecha.

Los policías sabían que hablaba del viceprimer ministro de Rusia e insistieron en conocer más cosas de él. Así lograron que diera los nombres de otros dos altos cargos, responsables de la lucha contra la droga, aunque por lo que decía en realidad se trataba de los principales traficantes rusos. Los agentes le recordaron entonces que la entrevista se había concertado a través del FSB y, por tanto, no les cuadraba que el mafioso hablara así de Putin y de miembros destacados de los servicios secretos.

—En el FSB hay dos partes, la que depende de Moscú y la de San Petersburgo. En la primera hay personal antiguo que sabe perfectamente lo que está ocurriendo —aclaró el Millonario—. Cuando detuvieron a mi hija [se refería a la menor interceptada en El Prat], la operación la preparó el FSB de San Petersburgo y el de Moscú la rescató.

El ex diputado siguió dando nombres y desbrozando cómo desde el Gobierno, apoyado en los servicios secretos, se había rapiñado a decenas de empresas. Pero era la primera entrevista, los agentes no se fiaban del todo y el interlocutor apenas podía controlar el miedo. Los policías habían convenido no preguntarle por ninguno de los tipos de la larga lista de rusos que se investigaban en esos momentos en España. Ni por Petrov, ni por Malishev, ni siquiera por Gavrilénkov, que había sido socio suyo. Ninguna pieza importante salió a relucir como medida de seguridad. «Teníamos la

sospecha de que esa cita hubiera sido concertada por el FSB para obtener información sobre las investigaciones que había en marcha contra ciudadanos rusos. Si eso ocurría, sería el final de esas operaciones». El recuerdo de lo ocurrido con Tariel Oniani en la operación Avispa, en junio de 2005, aún escocía. Oniani, uno de los capos más importantes, logró escapar de Barcelona horas antes de su detención gracias a un chivatazo. En esas condiciones, la conversación con Misha transcurrió entre un ejercicio de diplomacia y otro, no menos sutil, de ocultación. «Fue una primera toma de contacto. Queríamos ver cuánto sabía y si nos podía ayudar a cambio de protegerlo, pero sin exponernos. Nuestras pesquisas debían ser absolutamente reservadas», apunta uno de los agentes que participaron en la reunión.

La partida de póker estaba en marcha. La Policía ya tenía experiencia de cómo se movían las piezas y había tomado medidas. Una de ellas resultaba curiosa: apenas una semana después de que se celebrara esa conversación en Madrid, otros agentes, dirigidos por la Fiscalía Anticorrupción, registraban la casa de Monastyrski en busca de pruebas. Una de las convicciones que tenían los investigadores era que si este hombre, famoso por no pagar sus deudas y por falsificar con maestría exclusivas joyas, aún estaba vivo era solo porque debía de tener algo muy valioso para la Tambovskaya. Había, pues, que buscarlo. En el chalé de Estepona se halló un paquete cuidadosamente escondido y dentro, un nombre y un teléfono: Grigory Luchanski, un oligarca al que se había relacionado con la gasista Gazprom y que contaba con excelentes relaciones entre algunos colegas refugiados en Israel.

Lo que no sabía Misha al vacilar sobre la incriminación de Kumarin es que «la marioneta», según le definía, ya había caído en desgracia en el Kremlin. Faltaban menos de cinco meses para que trescientos agentes rodearan su dacha, vecina de la de Putin, y le pusieran las esposas. Para detenerlo fletaron dos aviones repletos de miembros del FSB desde Moscú hasta San Petersburgo. Quien ordenó que lo capturaran sospechaba que si mandaban a los funcionarios de esta última ciudad la orden no se cumpliría jamás. Sobre el papel fue acusado de fraude y coacciones. La realidad es que el arresto fue el castigo por negarse a que entraran en la petrolera PTK influyentes individuos próximos al Gobierno ruso. «No quiso compartir el negocio y pagó por ello», sentencia un oficial de Inteligencia. En noviembre de 2009 el temible asesino Kumarin sería condenado en Rusia a catorce años de prisión por fraude y lavado de dinero. Con esa pena ha logrado sortear, de momento, una muerte segura, porque él más que nadie sabe que ya está en la lista; en una de esas listas de las que jamás se sale salvo con los pies por delante. Monastyrski, que durante la comida con los policías había hecho unos diagnósticos certeros, se equivocó sin embargo sobre el futuro que le esperaba a su enemigo: «Cuando Putin deje de existir Kumarin irá a la cárcel», afirmó. Calculó mal: fue mucho antes.

Apenas cuatro meses antes de esta reveladora conversación, el mundo había

asistido con horror a la espantosa agonía y muerte de Alexander Litvinenko, ex espía ruso refugiado en Gran Bretaña que en la última etapa de su vida había decidido desvelar las íntimas conexiones entre autoridades de su país y las mafias, hasta el punto de que unas y otras habían alcanzado tal grado de dependencia que su auge o caída estarían unidas para siempre. Litvinenko, que era teniente coronel del FSB cuando decidió dar el portazo y denunciar en rueda de prensa que sus jefes le habían ordenado matar al oligarca Boris Berezovski, sabía que había firmado su sentencia de muerte y así se lo decía a todo aquel que le quisiera escuchar. Estaba en lo cierto; entre mediados de octubre y principios de noviembre de 2006 fue envenenado. Solo la fortaleza de la víctima, que sobrevivió durante tres semanas en contra de lo que esperaban los asesinos, permitió a los médicos detectar la sustancia empleada. Los indicios —de momento solo eso, indicios, aunque sólidos— apuntan a que el autor material habría sido Andréi Lugovói, ex KGB y hoy respetable diputado del Partido Liberal de Zhirinovski en la Duma.

En España el caso fue seguido con el interés que despiertan las películas de espías, pero nadie imaginaba que Litvinenko había colaborado con los encargados de la lucha contra la mafia rusa en nuestro país. En julio, solo tres meses antes de que fuera envenenado, se había reunido con varios agentes en un hotel de una capital europea. El número uno de la mafia georgiana, Zakhar Kalashov, acababa de ser detenido en los Emiratos Árabes Unidos gracias a la Policía española, y ya estaba encarcelado en Soto del Real. Ese éxito había causado impacto en los servicios de Información e Inteligencia de medio mundo, que se interesaban por cómo se había podido atrapar a alguien que jamás dejaba cabos sueltos.

En este contexto surgió la posibilidad de mantener un encuentro con Alexander Litvinenko, que también mostró una buena disposición para que se produjera; con todo, la organización de la cita no fue sencilla. El país donde se iba a celebrar tenía que preparar un minucioso plan de seguridad y además había que contar con otro detalle, no menor: uno de sus agentes asistiría a la entrevista. Solucionados todos los problemas de logística, el 1 de julio el ex espía entraba en un salón reservado de un hotel. Tenía aspecto de deportista, estaba sonriente y se mostraba amable. Los que se sentaban al otro lado de la mesa se mantenían serios: «Era un ex espía y había cometido crímenes. Además, trabajaba para Berezovski, de quien conocíamos su trayectoria, sus amistades peligrosas y cómo había llegado adonde estaba. Nuestra posición no era mantener una charla amigable con él, sino someterle a un interrogatorio», aclara uno de los presentes.

—Lo primero que les tengo que decir es que hasta mi salida formé parte de un grupo de asesinos del FSB, que actuábamos en Chechenia y allí donde se nos pidiese. Recibimos órdenes, y las cumplimos, de matar, de torturar, de enterrar a gente viva... La última instrucción que me dieron mis jefes, y que me negué a cumplir, fue acabar

con Boris Berezovski. Ofrecí una rueda de prensa para que todo el mundo supiera lo ocurrido. Desde entonces sé que tengo los días contados. ¿En qué puedo ayudarles?

—Como sabe, acabamos de detener a Zakhar Kalashov. ¿Qué información tiene de este individuo?

—Es uno de los principales. Aunque nació en Georgia, tiene pasaporte ruso y ha hecho importantes servicios para el GRU [el Servicio de Información del Ejército], lo que le hace tener muy buenas relaciones con el Kremlin. Entre otras misiones, le encomendaron el envío clandestino de armas a los kurdos como forma de presionar a Turquía. Pero hizo más cosas. En 1998 fue el intermediario utilizado por mi Gobierno para liberar a un grupo de rusos que había sido secuestrado en Chechenia. Aseguraba que actuaba en representación del GRU...

—Pero él seguía teniendo mucha influencia en su país.

—Sí, a través de Vadri Patarkashvili, que era candidato a la presidencia de Georgia y hombre de confianza de Boris Berezovski. Patarkashvili, que se hizo con la empresa Sibneft [en la que también participaban Roman Abramovich, actual presidente del Chelsea, y el propio Berezovski], contrató a Kalashov como asesino a sueldo. Sibneft forma ahora parte de Gazprom.

«Litvinenko nos sirvió, sobre todo, para situar a cada persona en el lugar que de verdad le correspondía en el crimen organizado —sostiene otro de los asistentes al encuentro con el ex espía—. No aportó muchos datos concretos que ayudasen en las investigaciones que estaban en marcha, pero sí nos fue muy útil para tener una visión más global de la delincuencia rusa. Supimos hasta qué punto la Administración de ese país podía estar contaminada e infiltrada por la mafia. Comprobamos que esas cosas que nos contaba gente de un nivel mucho más bajo superaban con creces todo lo imaginable».

El ex espía ruso se movía por el Reino Unido con una identidad falsa que se camuflaba tras las iniciales Z. I. Pesaba sobre él una orden internacional de busca y captura, según el requerimiento tramitado por Interpol, pero lo cierto es que estaba bajo la protección de Gran Bretaña que, muy probablemente, también quería sacar tajada en forma de información. Además, Berezovski, el multimillonario empresario que había acogido a Litvinenko, a quien hizo su jefe de seguridad, tenía buenos contactos con el poder político y económico británico, lo que le permitía disfrutar de algunos privilegios. No en vano fue uno de los protegidos hasta el final del mandato del presidente Boris Yeltsin. Era en ese momento, a finales de los años noventa, la cara pública de los poderosos oligarcas rusos y fue además la persona que presentó al presidente al antiguo espía e incipiente político petersburgués Vladimir Putin durante una reunión celebrada en Davos en 1998.

—Durante años perseguí a Tariel Oniani —el capo huido de Barcelona—; obtuve mucha información sobre él, sobre sus crímenes, y reuní los suficientes datos para

meterlo entre rejas. Llegué a arrestarlo, pero mi jefe en el FSB me ordenó que le pusiera en libertad.

—¿Qué explicación le dieron para hacer algo así? ¿Quién protegía a Oniani?

—Muchos de mis jefes, entre ellos el máximo responsable del FSB en Moscú, también el jefe de Policía ruso... Oniani estaba muy bien relacionado con todo el grupo que da cobertura a Yuri Luzhkov, el alcalde de Moscú, que es uno de los personajes clave dentro del crimen organizado ruso.

—¿Puede facilitar el nombre de más políticos que según usted pertenecen a la mafia rusa?

—Kokholkov, que era uno de los más altos cargos del FSB, encubría el tráfico de heroína desde Afganistán que organizaba el grupo de Vladimir Putin, del que también formaban parte el oligarca Michael Tcherney y los jefes mafiosos Vyacheslav Ivankov, alias *Japonesito*, Salim Abduvaliev y Gafur Rahimov.

Litvinenko continuó dando más nombres, alguno de ellos relacionado con el del magnate Roman Abramovich a raíz del multimillonario fraude del Banco de Nueva York, en el que el dinero del Fondo Monetario Internacional que debía destinarse a ayudas a Rusia acabó en manos de la mafia. Igualmente, el antiguo espía dio cuenta de otra reunión celebrada alrededor del año 2000 entre Boris Yeltsin, su hija Tatiana y Berezovski, por una parte, y Putin, un alto cargo del servicio secreto y dos oligarcas por otra. En esos momentos ya se adivinaba la caída del entonces presidente y comenzaba a ser inevitable el ascenso de los hombres del FSB al poder. Sin embargo, había que vencer las reticencias del primero a dejar su cargo y para eso lo mejor era lograr un acuerdo beneficioso para todos.

Durante ese «cónclave» Putin expuso que tanto el FSB como los «ministerios de fuerza» (Interior, Defensa y Justicia) se comprometían a respetar el patrimonio de la familia Yeltsin y a no «levantar las alfombras» si este abandonaba el poder sin oponer resistencia. Los Yeltsin no tardaron en acceder a la petición, ya que a esas alturas —y antes en buena medida también— estaban más interesados en el dinero que en cualquier otra cosa, incluido el futuro de su país. Para que no faltara detalle, Alexis II, el Patriarca de Moscú, fue quien avaló el pacto. Meses después, en otra entrevista con nuestros agentes, un coronel del FSB ratificaría punto por punto la versión de Litvinenko. Además, este había expuesto su teoría de que las autoridades rusas, en particular los servicios secretos, utilizan para sus intereses políticos y económicos a las organizaciones criminales, dándose el caso en San Petersburgo de haber creado alguna de ellas. Idéntica tesis a la que sostendría poco después Monastyrski.

—Bien, todo esto es muy interesante, ¿pero estaría dispuesto a contar lo mismo en una declaración ante el juez español que investiga el caso?

—Sí, por supuesto, seguro que podremos pactar las condiciones.

—Y estas cosas, ¿las sabe por conocimiento directo o porque alguien se las ha

contado?

—Lo he vivido en primera persona, he estado allí muchos años y sé muy bien lo que pasaba.

—Tendrá noticias nuestras.

Un apretón de manos acabó con la conversación, que en los primeros minutos había sido muy tensa para luego ir relajándose algo, aunque sin llegar a ser cordial. Tras el regreso de los agentes a España, el juez de la Audiencia Nacional Fernando Andreu fue informado de los detalles de la entrevista. Sopesada la situación, y de acuerdo con la Fiscalía Anticorrupción, se decidió que se le tomaría formalmente declaración como testigo protegido en noviembre. No en vano, podía dar datos relevantes sobre individuos como Kalashov u Oniani, ya imputados en España, y de otros sobre los que había investigaciones en marcha. El Polonio 210 y los servicios secretos rusos truncaron esa posibilidad.

Es fácil imaginar la sorpresa que produjo en España la noticia del envenenamiento. «Visto ahora, quizá hubiera sido posible exprimir algo más esa primera cita, pero no podíamos suponer que tan poco tiempo después Litvinenko sería asesinado. De todas formas, que nadie se confunda: a este hombre no lo mataron por ser un arrepentido; era uno de ellos y por eso acabaron con él». Sin embargo, también hay que reconocerle que se fajó contra las mafias de su país hasta el último segundo de su vida. Ya en plena agonía, consciente de que la parca llamaba a su puerta, comentó a uno de sus pocos amigos: «he colaborado con España porque es el único país que está en condiciones de luchar contra esta gente. Tiene los hombres y la determinación necesaria para hacerlo». Quizá por eso, quienes le conocieron, sin olvidar cuál había sido su trayectoria, tienen para él un sentimiento de enorme respeto.

El principal sospechoso del atroz crimen, Lugovói, ofreció meses después, en mayo de 2007, una rueda de prensa en Moscú en la que acusó al ex espía muerto de trabajar para los servicios secretos británicos, que habrían decidido quitarlo de en medio por haber colaborado con la Policía española. «¿Tiene pruebas de eso?», se le preguntó. «Las tengo», fue la lacónica respuesta. Antes había afirmado también que Berezovski, «un gran maestro de la intriga política», era el principal sospechoso.

Hubo una tercera entrevista, en mayo de 2007, con una persona de altísimo nivel dentro de la mafia rusa, llamada Jalol Haidarov, que igualmente aportó muchos detalles sobre la íntima relación entre el crimen organizado y el Estado ruso. En este caso, la conversación se celebró en lo que había sido una taberna de una antigua base militar estadounidense en Stuttgart y se centró en buena medida en la Izmailovskaya, otra de las principales organizaciones criminales. A ella pertenecen, según varios servicios de Inteligencia, el oligarca Oleg Deripaska, multimillonario ruso dueño de la mayoría de la producción de aluminio mundial; Michael Tcherney, poderoso

empresario afincado en la actualidad en Israel, que tiene excelentes relaciones con parte del Gobierno de ese país, e Iskander Majmudov, otro potentado. Los tres están imputados en España por blanqueo de dinero en una investigación que dirige el juez de la Audiencia Nacional Fernando Andreu.

Haidarov, que estuvo en la cúpula de la trama criminal, colabora porque el grupo al que pertenecía asesinó a su madre cuando él intentó hacer negocios por su cuenta. Desde entonces juró que acabaría con Izmailovskaya y por esa razón se mostró dispuesto a comparecer allí donde se le pidiera. De hecho, desde diciembre de 2006 prestó varias declaraciones en el proceso judicial seguido en Alemania contra su antigua organización. Sus testimonios han tenido una importancia fundamental para conseguir la condena en ese país de Alexander Afanasiev, considerado el jefe de seguridad de esa red mafiosa.

Entre otras afirmaciones relevantes, Haidarov asegura que la gente de su organización, de forma especial Tcherney, aunque también Deripaska y Majmudov, compraban empresas e inmuebles en España, Alemania y el Reino Unido para blanquear enormes cantidades de dinero. En sus informes, la Policía germana destaca que una vez más se reproduce el *modus operandi* descrito por Litvinenko y Monastyrski: las empresas trabajan asociadas con una red criminal que les proporciona protección, amedrenta a los competidores y compra a las autoridades políticas clave con el objetivo, primero, de garantizarse la impunidad; luego, de disfrutar de las mejores condiciones posibles para multiplicar las ganancias, y al final obtener cuotas de poder.

El último encuentro con personas clave de la criminalidad rusa se mantiene actualmente en el más absoluto de los secretos. Tuvo lugar en otoño de 2008 y fue con alguien que ha mantenido una estrechas relaciones con Izmailovskaya, pero se mantiene su anonimato para preservar su seguridad a la vista de lo que les ha pasado a los confidentes que le han precedido. Monastyrski y Litvinenko murieron poco después de las entrevistas con los agentes españoles; el primero en un supuesto accidente de tráfico y el segundo envenenado. La mafia ha puesto precio a la cabeza del tercero, y parece claro que más tarde o más temprano se ejecutará la sentencia de muerte. Todos y cada uno de los testigos directos coinciden en la implicación de determinados altos cargos del Estado ruso en las mafias. Para despejar dudas, los informes de la Policía alemana que han servido como base para el proceso seguido en ese país lo formulan explícitamente: «Es sabido que el servicio de Inteligencia ruso, el FSB, colabora con la asociación criminal Izmailovskaya».

En enero de 2010 los responsables de crimen organizado de la Fiscalía de Estados Unidos viajaron a Madrid para participar en un encuentro con sus colegas españoles, pues estaban informados de los golpes que se habían asestado a estas redes y querían conocer los métodos de trabajo. Entre los expertos en seguridad de ese país hay una

sería preocupación por las reticencias del presidente Barack Obama a aceptar que Rusia es aún un peligro para su soberanía, no en tanto que potencia militar, como sucedió en el pasado, sino porque las relaciones del Estado con la mafia tienen una evidente capacidad desestabilizadora. Una acción concertada de este tipo de grupos puede desencadenar efectos devastadores para la economía del país y cada vez hay más datos que indican que tienen la fuerza necesaria para conseguirlo. La cuestión no es menor, hasta el punto de que no solo la Fiscalía, sino también la CIA y el FBI están convencidos de que es necesario cambiar cuanto antes la percepción de Obama si no se quiere correr un riesgo de consecuencias imprevisibles. A España se le ha solicitado un minucioso informe sobre ese peligro emergente.

Lo cierto es que, según el análisis de quienes dirigen la lucha contra la criminalidad organizada, también nuestro país está en una encrucijada. «Si no damos el último paso al frente, si no les dejamos muy claro que les vamos a impedir asentarse aquí, todo lo que se ha hecho hasta ahora serán fuegos artificiales», sostienen los expertos. «La energía es el sector más vulnerable que tenemos, y si logran colarse por ese flanco lo pasaremos mal», argumentan desde los servicios de Inteligencia. «Está el antecedente de Lukoil —añaden—. Lo disfrazan de operaciones comerciales entre empresas y sin embargo lo que está en juego es mucho más peligroso. Si controlan nuestras fuentes de energía será el final. El debate de centrales nucleares sí o no es ridículo, falaz. El problema de fondo es si queremos ser dependientes y sobre todo de quién y a qué precio. La próxima vez vendrán sigilosos, embozados tras una compañía occidental, quizá europea».

Hay otra variable en el tablero internacional. Si España logra impedir que se asienten estas estructuras criminales habrá algún país que comience a ser «colonizado». En Grecia hay indicios de que han podido llegar hasta altas esferas. «Lo lógico es que busquen en Hispanoamérica, porque conocen la cultura y las estructuras de poder, endebles en algunos casos o directamente permeables a la corrupción en otros, lo que permite con más facilidad su asentamiento», mantiene un investigador de la Policía. De hecho, aunque de forma aún muy incipiente, ya ha comenzado a producirse este fenómeno, según han detectado las «antenas» exteriores. En concreto, hasta ahora el receptor de los mafiosos que expulsamos o a los que complicamos la vida es Venezuela, una circunstancia que no sorprende teniendo en cuenta las excelentes relaciones entre el régimen de Hugo Chávez y Moscú, que se materializan en la firma de acuerdos constantes en todo tipo de sectores.

Este desplazamiento hacia Venezuela es observado con enorme interés por España y Estados Unidos, dado que el país y la zona de alrededor es muy rica en fuentes de energía —una de las especialidades del crimen organizado ruso—, que se trata de un Estado controlado por una sola persona y que aún no existe la estructura

necesaria para frenar y dar respuesta al fenómeno. Por tanto, se trata de un perfecto caldo de cultivo para acoger a tramas criminales que harían su desembarco camufladas en potentes empresas, interesadas en apariencia solo en ampliar su mercado. La vieja e infalible táctica de la que se valen desde hace años y a la que cuesta más años todavía desentrañar y parar en seco.

CON LA LLAVE DE LA CALEFACCIÓN
EN LA MANO

Era 8 de febrero de 2010 y, por fin, después de varios intentos fallidos, íbamos a conocer a alguien a quien la mafia había «desahuciado»: un policía centroeuropeo que con sus investigaciones había debilitado a poderosos *vory v zakonen*, que han puesto precio a su cabeza.

—Agustín, seremos cinco a comer. Llegaremos a las dos y media. Pero lo importante es que necesitamos una mesa apartada, muy apartada, un «cordón de seguridad». Nadie puede oír lo que hablemos. Es importante.

—¿Os vale en el comedor de fumadores?

—Sí, claro que sí; pero sobre todo que estemos aislados. Ya sabes, es una comida delicada.

Agustín y Antonio han recibido llamadas nuestras similares desde hace años y no hay que explicarles nada más. Es probable que esa reserva les hiciera perder dinero —el de las mesas que debían estar vacías—, pero nunca fallan. Ni ellos ni la gente con la que trabajan.

Chequi, uno de sus camareros desde hace años, nos ofreció la carta y su mejor sonrisa. Acostumbrado como estaba a que nos dejáramos caer por el restaurante con cierta frecuencia, acompañados de fuentes variopintas, no reparó en el tipo que ocupaba el fondo de la mesa, como si quisiera camuflarse entre el muro y el mantel. Es policía pero puede pasar por matón si uno se fija solo en su espalda de nadador o en los exagerados tatuajes que no dejan ni un centímetro de piel libre en sus brazos. Tampoco su abrigo de cuero hasta los tobillos ni su Tag Heuer de medio kilo —de valor y de peso— le ayudaban ese día a pasar inadvertido.

Otto —nombre ficticio, porque dos décadas de lucha contra la mafia rusa le impiden volver a utilizar el suyo— estaba tenso. Era la primera vez que hablaba con periodistas, nos insistió, y quizá también la última. Las reglas del juego estaban claras, pero aun así se le notaba receloso. Nos hizo notar sin palabras que la cercanía del camarero del Este le inquietaba, y no le bastó con que le aseguráramos que es una persona de confianza y que si le provocaba incomodidad nos podía atender otra persona. Cuando Chequi se acercaba, el silencio se adueñaba de la mesa.

La situación parecía exagerada, salvo por el pequeño detalle de que la vida de Otto no ha vuelto a ser la misma desde el día en que comenzó a investigar a las mafias rusas. Ese momento marca un antes y un después para él, según explicó, casi con monosílabos. Misterio es lo único que no le falta a alguien que pasa las 24 horas del día mirando de reojo por seguridad.

—¿Tienes la información de que las mafias rusas te han condenado a muerte?

—Sí, me ha llegado; la fuente es muy directa.

—¿Nos puedes dar una pista?

—No, por supuesto que no. No diré nada más sobre esto. No estamos aquí para hablar de mis problemas.

Salvado el escollo de la discreción, el agente se disparó. «El Gobierno ruso utiliza a las mafias para hacer el trabajo sucio. Supongo que sabéis que a Litvinenko le encargaron una de esas misiones, se negó y lo condenaron a muerte. Las venganzas, los crímenes por encargo son una constante, pero no es solo eso. Trabajo sucio significa cercanía y control de los políticos que están en el núcleo de poder; significa amenazar y extorsionar a los dueños de empresas importantes hasta que estos malvenden sus acciones y dejan el camino libre a quien te contrata».

Otto no probó bocado en las cinco horas de conversación —apenas tomó alguna cucharada del plato principal—, pero se bebió sin pestañear cuatro Red Bull de esos que a cualquiera le quitan el sueño una semana. No se permitió ni una copa de vino, a pesar de que es aficionado a él. Cada vez que el impecable Chequi se dejaba caer por la mesa o que algún cliente aparecía a menos de cuatro metros, enmudecía. A cambio de respetar sus silencios, nos dio una clase magistral sobre cómo se engranaron las piezas en Rusia tras la caída del comunismo. «Cuando se desplomó el Estado, miembros de los servicios secretos, policías y crimen organizado crearon estructuras de protección en los lugares donde vivían. De ahí el nombre de algunas de las organizaciones procedentes de los barrios de Tambov, Solnsetvo o Ismailov. Invierten en sectores estratégicos para posicionarse. Si controlan la energía están sentando las bases para controlar el mundo. Ya ha habido muchos intentos y están muy cerca de conseguirlo. Las mafias rusas juegan en primera división, disponen de muchísimo dinero. El segundo sector apetecible en estos momentos para el crimen organizado son las telecomunicaciones».

Otto explicó que la crisis de Gazprom entre el Gobierno ruso y el ucraniano, que provocó el cierre de los grifos del gas a la antigua república soviética en medio del crudo invierno —corría el mes de enero de 2009—, la crearon los distribuidores (los mafiosos posicionados); los problemas entre ellos por el reparto del gas y las comisiones se trasladaron a la política hasta alcanzar al Gobierno. «Han tenido que mejorar el sistema de los intermediarios, no solo en lo que se refiere a cómo distribuyen la energía, sino también en la forma en que se reparten el dinero. Ese modo de actuar era conocido por los investigadores, de ahí que hayan tenido que innovar».

Según Otto, el núcleo de oligarcas y políticos rusos solo utiliza a las mafias violentas cuando hay problemas, y ahí reside una de las dificultades para identificar a estos «hombres de negocios» o *establishment* con las tramas del crimen organizado.

Es casi tan complejo como seguir el rastro del dinero. Ante los obstáculos, los violentos, los ejecutores, son eliminados y sustituidos. «El dinero, los beneficios millonarios, se reparten por arriba y el resto está goteando entre los criminales y los intermediarios».

En la cita, además de la persona que la organizó, estaba presente un colega periodista que hizo de traductor. El dueño del restaurante, fiel a su palabra, reservó la mesa más apartada en la planta baja y durante dos horas «encerró» al resto de comensales en otras salas para que nadie, siquiera de soslayo, pudiera poner oído a la conversación. Después de cada opinión, pronunciada con voz tan queda que había que estirar el cuello para oírla con claridad, Otto examinaba el comedor y clavaba sus ojos negros en las escaleras y en el pasillo que da acceso a los aseos, aunque estuvieran vacíos. «Es sabido que existe un triángulo de cooperación —explicó tras una de esas furtivas inspecciones— entre los servicios secretos rusos, la Iglesia ortodoxa y la mafia. Muchas de las conexiones entre esos tres poderes se producen a través de organizaciones deportivas de alto nivel. Pero esto es casi imposible de demostrar».

En ese punto la conversación volvió a España porque el investigador sabía que los agentes españoles, la Fiscalía Anticorrupción y la Audiencia Nacional manejan información relevante sobre la posible compra de la semifinal de la Copa de la Uefa de 2008, entre el Zenit de San Petersburgo —cuya propietaria es la empresa Gazprom— y el Bayern de Múnich, y la final del mismo torneo que disputaron el Glasgow Rangers y el equipo petersburgués; así como acerca de la elección del presidente de la Asociación Internacional de Boxeo, destacado miembro del Comité Olímpico Internacional. «Si España no consigue tener éxito en su lucha contra estas mafias, nadie podrá seguir adelante. Nunca se les podrá coger y no harán más que crecer», sentenció Otto, con el mismo tono de voz monocorde que cualquiera emplea para pedir una barra de pan o una copa de vino. «Hace veinte años que se les persigue en Alemania —continuó impasible— y hemos logrado muy poco. Los países que tienen la posibilidad de procesarlos, al margen de España, obtienen dinero de ellos y, por tanto, no les van a cerrar el grifo. Hablo de estados como Rumania, Bulgaria o Ucrania».

La tesis del investigador alemán y sus colegas es que desde el año 2000 Rusia no tiene el más mínimo interés en investigar a los grupos mafiosos de su país y mucho menos a los miembros que se han instalado en otros lugares. Se trata de una situación muy distinta a la que se produjo a principios de los años noventa, cuando parecía que el nuevo Gobierno estaba dispuesto a sacudir las contaminadas alfombras.

Como el resto de los que están en primera línea de la lucha contra este tipo de crimen organizado, Otto insistió reiteradamente en la importancia capital que para las mafias rusas tiene controlar las empresas energéticas. Es más, según explicó, el poder

de las primeras depende en buena medida del alcance de las segundas. «Cada organización criminal importante tiene su propia compañía, a la que protege y para la que elimina competidores por las buenas o por las malas. Saben que es un sector estratégico y lo exprimen; y, sobre todo, son conscientes de que su expansión internacional depende de ellas».

LUKOIL: DOS INTENTOS FALLIDOS

A finales de 2008 los medios de comunicación comenzaron a hacerse eco de las intenciones que tenían las grandes energéticas rusas de instalarse en España. A primera vista se trataba de movimientos estrictamente comerciales, aunque en los despachos de los responsables de la seguridad nacional aquellos contactos eran observados con algo más que recelo. En noviembre de ese año se informaba de la pretensión de Gazprom de hacerse con el veinte por ciento de las acciones de Repsol y, si era posible, también con el diez por ciento de La Caixa.

El Centro Nacional de Inteligencia (CNI) redactó al menos dos informes en los que alertaba al Gobierno de que la empresa de gas rusa estaba «tomada» por elementos vinculados a la mafia de su país, de modo que su eventual entrada en una empresa estratégica para España, como es Repsol, suponía un riesgo considerable. «No vienen con armas, sino con la llave de la calefacción en la mano. No hay que dejarles pasar o lo lamentaremos», sostienen analistas de los servicios de Información y de Inteligencia.

Gazprom, además, tiene evidentes conexiones con el Gobierno ruso, lo que hacía aún más problemática su entrada en Repsol. Ya no era solo control económico, sino que las relaciones bilaterales podían verse salpicadas. Tanto Putin como Medvedev fueron presidentes de la compañía, y el actual director de la gasista, Viktor Zubkov, ocupó el cargo de primer ministro de Rusia entre finales de 2007 y mayo de 2008. Es hombre de la máxima confianza de Putin, procede como él del clan de San Petersburgo, y algunos de los rusos investigados en España en esas fechas manejaban su nombre con soltura.

Repsol aparecía como la sociedad más codiciada. Apenas un par de semanas después de que saliera a la luz la información de Gazprom, se supo que también la petrolera Lukoil pretendía entrar en la compañía española. La operación pasaba por la compra del paquete accionarial de Luis del Rivero, propietario de la inmobiliaria Sacyr-Vallehermoso, y el de La Caixa, que igualmente quería hacer caja. Rivero atravesaba una etapa de serias dificultades económicas provocadas por la crisis, que habían afectado de forma muy preocupante a su constructora, crecida al calor de la época dorada del ladrillo.

En el caso de Lukoil había un detalle especialmente peliagudo: en el escrito de

acusación de la Fiscalía Anticorrupción contra el principal jefe de la mafia georgiana, Zakhar Kalashov, se aseguraba que este individuo es propietario de «una parte significativa de una de las sociedades rusas más grandes del petróleo», en referencia a Lukoil. La información estaba avalada por la Policía suiza. Además, Kalashov llegó a aparecer como asesor del presidente, Vaguit Alekperov, en la web oficial de la compañía, aunque luego desapareció sin dejar rastro o eso aseguran los investigadores, que aún hoy lamentan no haber hecho la «captura» correspondiente.

En el CNI cundió la preocupación ante la posibilidad de que el negocio se materializase. Una vez más sus agentes comenzaron a trabajar en la sombra para que el Gobierno tuviera todas las claves antes de permitir que se concretara una operación de tanto riesgo, más allá de considerarla una mera oportunidad de negocio. Los argumentos había que conseguirlos, además, en medio de un ambiente muy tenso, ya que se trataba de una compra que iba a aportar ingentes beneficios a actores privilegiados de la escena económica y política.

En poder de los servicios de Información españoles había documentación comprometedor. En sus informes se recogía la entrevista que Anatoli Kulikov, ex ministro del Interior de Rusia, había concedido en mayo de 1997 al diario *Izvestiya*, en la que aportaba muchas pistas sobre las actividades de las energéticas rusas en general y de Lukoil en particular: «No es un secreto para nadie —afirmaba el político— que el sector petrolífero ruso es un ámbito de interés para las estructuras criminales. Además, es frecuente que sus representantes formen parte de la dirección de las compañías. Para no andarnos por las ramas citaré un nombre y un cargo: Gennadi Bogomolov, director de la compañía Lukoil-Market, integrada en el holding petrolífero. En los círculos correspondientes es conocido con el alias de *Bogomol*. A día de hoy Gennadi Bogomolov no es solo formalmente director de Lukoil-Market. También es, de hecho, el “supervisor” de la Tyumenskaya [organización criminal de San Petersburgo] en la Corporación Lukoil».

Kulikov no se conformó con la entrevista: también dio cuenta al por entonces primer ministro ruso, Viktor Chernomyrdin, de las relaciones de Lukoil con el crimen organizado.

Bogomolov, pues, estaba señalado, pero no mucho más que el presidente de Lukoil, Alekperov, quien en documentos del Ministerio del Interior ruso figura como «miembro de un grupo criminal organizado dedicado al tráfico ilegal de armas y estupefacientes». Bogomolov, además, hizo de intermediario en el secuestro del vicepresidente de Lukoil Serguei Kukura, perpetrado el 12 de septiembre de 2002. Tras doce días de cautiverio, la víctima fue liberada y el papel del mediador no quedó del todo claro.

El asunto Bogomolov no era el único sobre el que existían informes nada favorables a la apuesta por Lukoil en España. Los investigadores habían dado con un

documento del fiscal de un distrito petersburgués en el que se analizaba el asesinato de Pavel Kapysh. A las nueve de la mañana del 27 de julio de 1999 este hombre, por entonces presidente de la empresa petrolífera Grupo Industrial Financiero Báltico (GIFB), fue atacado con dos lanzagranadas y dos Kalashnikov. Su blindado, al que escoltaba además un Mercedes con sus agentes de seguridad, no le salvó la vida. GIFB era el principal competidor de la compañía de combustible de San Petersburgo, la famosa y bien posicionada PTK. Al frente en ese momento, tal y como había contado el mafioso Monastyrski a la Policía española, estaba Vladimir Kumarin, *el Manco*, jefe indiscutible de la Tambovskaya. De hecho, a finales de los años noventa el enfrentamiento entre las dos empresas había llegado hasta el punto de que Kapysh temía por su vida y pidió protección a un grupo mafioso.

Pero Kumarin no era el único enemigo de Kapysh, quien poco antes de morir había comprado el cuarenta por ciento de las acciones de una empresa petrolífera que le hacía la competencia a Lukoil. Enterado de ello su presidente Alekperov, mantuvo varias reuniones con su colega de GIFB para convencerle de que lo mejor era colaborar, eso sí, con sus condiciones, entre las que se incluía la venta de las participaciones que había adquirido. Kapysh se negó a ello de forma tajante.

Según el documento de la Fiscalía rusa, ante esta actitud, Alekperov echó mano de la red mafiosa que daba cobertura a la filial de Lukoil en San Petersburgo. Tras el asesinato de Kapysh, su sucesor accedió a la venta del paquete accionario anhelado por Alekperov. Nunca se aclaró el crimen. Pero los investigadores están convencidos de que solo hay tres posibilidades sobre la autoría: o bien lo ordenó Kumarin u otra gente de PTK, o lo hizo alguien relacionado con Lukoil o bien, menos probable, fue la consecuencia de una disputa por el poder dentro de GIFB.

En esos últimos meses de 2008 aún se acumulaban sobre la mesa de los investigadores más datos sobre Lukoil que demostraban que ya había intentado entrar años antes en España a través de Surmet on Plus, una sociedad con sede en Barcelona y que opera como distribuidora de hidrocarburos y consultora de empresas energéticas.

Fue Lukoil la que en septiembre de 2002 se puso en contacto con la compañía española. Su intención, según explicaron los negociadores, era crear una extensa red de gasolineras —el objetivo era alcanzar las 150 estaciones de servicio— que se nutriría del combustible proporcionado por la petrolera rusa a un precio inmejorable. Surmet on Plus, de momento, debía encargarse de elaborar un completo plan de negocio, que una vez aprobado por su socio daría lugar a la constitución de una nueva empresa. El 89,11 por ciento de las acciones estarían en manos de los rusos, y el resto en poder de los españoles. De esta forma, en 2003 se inscribieron tres sociedades ante la eventualidad de que el nombre de alguna de ellas estuviese registrado previamente y para evitar que alguien hiciese uso en el futuro de la marca Lukoil. Los nombres

elegidos fueron Lukoil Oil Company, Lukoil Oil Company Spain, S. A. y Lukoil Ibérica, S. A.

El proyecto parecía que iba viento en popa y hubo reuniones entre directivos de las dos empresas para dar el visto bueno definitivo al plan de negocio. Sin embargo, los responsables de Surmet on Plus pecaron de exceso de confianza —al menos eso aseguran—, ya que todos los acuerdos que se habían alcanzado eran verbales. Se trataba de un «pacto de caballeros», pero parece que una de las partes no podía ser considerada como tal. La compañía española pagaría más tarde muy caro ese error.

En 2004 comenzaron los problemas. Un buen día se presentó en las oficinas de Surmet en la Ciudad Condal Taniel Oniani, un ciudadano georgiano que entregó una tarjeta de visita en la que junto a su nombre constaba el de la empresa Hiterland Iberica. Sin más preámbulos aclaró que a partir de ese momento actuaría en nombre de la petrolera rusa en las negociaciones. Ese mismo mes se convocó una reunión a la que además del propio Oniani asistió uno de sus hombres de confianza, Vazha Bogveradze, los responsables de la compañía española y un traductor. El mensaje fue inequívoco: «Ustedes están en tratos con Lukoil para crear una red de gasolineras. Si quieren mantener las negociaciones tienen que pagar la comisión correspondiente».

Para Surmet on Plus no había ya dudas de que Oniani era el rostro de Lukoil en España, la persona con la que debían entenderse para continuar con el plan de negocio. Ahora bien, lo que no sabían los empresarios españoles era con quién se jugaban los cuartos, un poderoso *vor v zakone* georgiano, jefe de la Kutaiskaya —una de las organizaciones criminales más importantes de su país—, que según algunas informaciones había invertido dos millones de dólares en Lukoil y que llevaba años asentado en Barcelona como dueño y señor de una red criminal. Oniani era investigado por esas fechas por secuestros y asesinatos. Entre finales de 1994 y los primeros meses de 1995 era —hoy lo sigue siendo— un duro entre los duros, enemigo de los rodeos. Se trata de un tipo con pocos escrúpulos, y las escuchas de la Policía alemana, grabadas a mediados de los años noventa, así lo confirman: «¡Hay que expulsar a Yaponchik [Vyacheslav Ivankov] de la cofradía! Si no obedece, nos lo cargamos», ordena a su interlocutor; «Necesito urgentemente dos visados austriacos (...). Hay que pedir ese favor a Lekso, de la Embajada de Georgia en Moscú. Omanidze tiene a ese cónsul cogido por los cojones»; «Tengo que dar por el culo a Yaponchik. Hoy le damos su última oportunidad. Pronto reuniremos a los “ladrones”»; «Rodéate de tipos entrenados y en estado de alerta para el caso de que un día los necesitaras»; «¿Cómo hacer para encontrar el sitio donde Yaponchik se baña en el mar? Tarde o temprano lo encontraremos y le daremos por culo».

Catorce años después muchos criminales señalaron con el dedo acusador a Oniani cuando Yaponchik fue tiroteado a la salida de un restaurante de Moscú y murió tras agonizar sesenta días. Una sospecha que tenía motivos fundados, según las escuchas

de la Policía alemana. Sin embargo, cuando actuó como intermediario de Lukoil su caída estaba aún lejos.

Para Surmet on Plus, la aparición en escena de Tariel Oniani no sería, ni mucho menos, la última de las sorpresas. Cuando ya se había creado un canal de comunicación estable con quien parecía ser representante de Lukoil en España entró en acción otro individuo, Merab Gogya, alias *Melia*. Las primeras noticias sobre este sujeto lo sitúan en Castelldefels y desde el primer momento su actitud y sus relaciones no pasaron inadvertidas para nadie. Como Oniani, era natural de Kutaisi (Georgia) y como él estaba catalogado por los servicios policiales como un *vor*. Su vivienda estaba valorada en más de diez millones de euros y conducía además un Jaguar último modelo. El 23 de febrero de 2004 el Fútbol Club Barcelona jugó con el Chelsea el partido de ida de los octavos de final de la Liga de Campeones. Gogya fue el anfitrión del presidente y propietario del club británico, el multimillonario Roman Abramovich, al que incluso fue a buscar al aeropuerto.

Melia se movió con rapidez. Sabía que la entrada de Lukoil en España era un buen negocio y no estaba dispuesto a quedarse al margen. Habló de ello con Oniani y en muy pocas palabras le hizo ver que la comisión por las relaciones entre la petrolera rusa y la empresa española tenían que ser para él.

En diciembre de ese mismo año, por razones que se desconocen, Lukoil decidió abortar su intento de entrar en el mercado español. Pero no se conformó con eso, ya que además denunció a Surmet on Plus por haber registrado la marca en la Unión Europea, según decía, sin su consentimiento. En marzo de 2005 la empresa española no sabía ya a qué atenerse: había dos individuos que se arrogaban la representación de quien iba a ser su socio y estaba en marcha una demanda que para ellos no tenía ningún sentido. Las cosas cada vez estaban menos claras y comenzó a actuar con pies de plomo. Había que clarificar la situación, especialmente en lo referido a ese pleito que se avecinaba pues, según decían, siempre habían actuado de acuerdo con la petrolera rusa.

El tira y afloja se prolongó durante varios meses. Pero el 17 de junio de 2005 todo cambió de forma abrupta. Cuatrocientos agentes de la Policía pusieron en marcha la operación Avispa contra la mafia y entre los objetivos estaban tanto Tariel Oniani como Merab Gogya. El primero logró huir gracias a un chivatazo aún no aclarado; el segundo cayó en manos de los agentes. De hecho, fue uno de los más sorprendidos con su detención, ya que no entendía cómo se le podía implicar en negocios sucios cuando su nombre no figuraba en un solo documento.

Tras la fulminante operación policial Surmet on Plus se quedó definitivamente sin canales de comunicación con Lukoil. Lo cierto es que tampoco importaba mucho porque para entonces ya no había muchas posibilidades de entendimiento. Esos mismos días había arrancado en el Juzgado de Marca Comunitaria de Alicante la

vista oral por la demanda presentada por la petrolera rusa.

Para ser un juicio de estas características, no faltaron los momentos de interés. El 16 de junio, apenas 24 horas antes de que la Policía comenzara las detenciones de Avispa, debía declarar el vicepresidente primero encargado de la refinería, el marketing y la distribución de Lukoil, Dmitri Tarasov. No lo pudo hacer al denegársele el correspondiente visado para entrar en España.

«Muy señor mío —explicaba el 15 de junio vía fax el cónsul de nuestro país en Moscú al abogado que defendía los intereses de Lukoil—. Hago referencia a su escrito del pasado día 9 y le comunico que en el día de hoy se ha recibido solicitud de visado del señor Dmitri Tarasov. Desafortunadamente, la solicitud ha sido resuelta desfavorablemente, por lo que el visado ha sido denegado. Las razones de esta denegación, como comprenderá, únicamente se le pueden notificar al propio interesado, quien con esta misma fecha recibirá la notificación con los recursos que le asisten. Permítame, por otra parte —continuaba el cónsul—, que le señale la sorpresa, digo más, estupefacción, que me ha producido el hecho de que el señor Tarasov, con una citación judicial española, motivo determinante para la concesión del visado salvo excepciones como la que nos ocupa, haya intentado obtener un visado en la representación consular de Francia en Moscú, previamente a su solicitud en este Consulado General».

¿A qué había jugado Tarasov? ¿Tenía de verdad el más mínimo interés en declarar en el juicio o prefería evitar las preguntas incómodas? El juez, en su sentencia de 4 de julio de 2005, no concedió importancia a este extraño papeleo, pues había «abundante prueba» ya aportada. No son de la misma opinión los investigadores, que creen que el vicepresidente de Lukoil se movió con habilidad para evitar viajar a España.

El magistrado estimó parcialmente la demanda de la petrolera y consideró que Surmet on Plus registró «ilegítimamente» a su nombre la marca Lukoil. Entendió que la sociedad española ni tuvo autorización de la compañía rusa para hacerlo ni tenía razón alguna para inscribirla a su favor. No obstante, la sentencia señala que no se produjeron daños porque Surmet no usó en el mercado dicha marca, razón por la cual no la condenó a pagar indemnizaciones.

Meses después, en enero de 2006, los responsables de Surmet vieron con sorpresa cómo los medios de comunicación daban cuenta de que Lukoil había intentado entrar en el mercado español mediante un acuerdo con su empresa y de las relaciones entre lo investigado en la operación Avispa con la petrolera. Por ello, presentaron un escrito en el Juzgado Central de Instrucción número 4 de la Audiencia Nacional para pedir que la sociedad pudiera personarse en el proceso como perjudicada. «Parece claro que el señor Tarasov temía venir a España —sostiene el escrito—, probablemente porque temía su detención». La Fiscalía Anticorrupción se opuso a esa personación, criterio que compartió el instructor. En el correspondiente recurso,

de marzo de ese mismo año, Surmet aportaba más informaciones periodísticas que relacionaban a quien ellos consideraban el legítimo representante de Lukoil en España, el capo georgiano Oniani, con la mafia rusa y el proceso abierto en España. De nuevo el fiscal informó en contra. Argumentó que aunque «esta Fiscalía puede compartir la conclusión de que Surmet on Plus, S. L. fue utilizada como pantalla para una supuesta operación de blanqueo de dinero o de contrabando de hidrocarburos en España», esa circunstancia no era suficiente para considerarla como perjudicada en los términos en los que esta figura está recogida en el Código Penal.

En manos de los servicios de Inteligencia y de las Fuerzas de Seguridad había, por tanto, datos muy concretos y delicados sobre Lukoil. Estaba el papel de Bogomolov, director de Lukoil Market, y del presidente de la compañía, Vaguit Alekperov, señalados ambos como jefes del crimen organizado; también, el «informe Kapysh» de la Fiscalía de San Petesburgo, que incluía a los hombres de Lukoil entre los sospechosos de haber ordenado el asesinato; además, todo lo sucedido con Surmet on Plus y el papel que desempeñaron los *vory v zakonen* Tariel Oniani y Merab Gogya; igualmente, contaban con la información de la Policía suiza, según la cual Zakhar Kalashov era el titular de un importante paquete accionarial de la compañía y con el testimonio de los investigadores que afirman que este individuo figuró en la web de la empresa como asesor del presidente; y existían datos precisos sobre la extraña peripecia de Tarasov, el testigo citado en el juicio por la marca de la petrolera rusa, que decidió pedir un visado para entrar en España... en el Consulado de Francia en Moscú.

Con estos mimbres, en diciembre de 2008 existían razones suficientes para que cundiese la inquietud por el segundo intento de Lukoil de aterrizar en el mercado español. Y la preocupación era más importante porque quería hacerlo a través de una empresa tan sensible para la seguridad nacional como es Repsol. Esa incertidumbre se extendió por los despachos de Moncloa y entre las «cabezas pensantes» de los ministerios de Industria, Interior y Defensa; también, como una sombra, por los de algunas altas instituciones del Estado y los de los empresarios más influyentes de España. La alarma había saltado y, sin embargo, parecía que cada día la entrada de la petrolera rusa en el mercado energético español era más probable. Cabían dos posibilidades: o bien los que tenían poder de decisión —o al menos influencia— estaban dispuestos a pasar por alto algunas cuestiones delicadas, o bien los servicios de Inteligencia y de Información se mostraban demasiado puntillosos.

El 4 de diciembre de ese año *ABC* publicó una información en la que se alertaba de que la entrada de Lukoil en Repsol supondría tarde o temprano la apertura de un sumario para aclarar el origen de las inversiones de los rusos: «En el momento en que se detecte que para esta operación se utiliza dinero en efectivo procedente de la petrolera —afirmaban entonces las fuentes consultadas— habría que plantearse abrir

una investigación sobre el origen de esos fondos, ya que parece claro que hay importantes jefes mafiosos que tienen intereses económicos en Lukoil».

Para los investigadores lo relevante en este caso no era que «una empresa extranjera fuera a controlar o no una empresa como Repsol, porque ese es un asunto que hay que dejar al mercado. Lo verdaderamente importante es que Lukoil tiene relaciones muy estrechas con la mafia rusa a través de individuos relevantes de las organizaciones criminales». En otras palabras: el problema estaba en que no llegaría solo una compañía, sino también, a través de ella, dinero procedente del crimen organizado, que serviría además para controlar Repsol.

La polémica se trasladó a la política. El líder del Partido Popular, Mariano Rajoy, calificó de inquietante la posibilidad de que Lukoil se hiciera con el control de Repsol y pidió explicaciones al ministro de Industria, Miguel Sebastián. Ese mismo día, el Gobierno ruso había anunciado que ofrecía «apoyo político» a la petrolera para que la operación saliera adelante. Por su parte, el presidente de Repsol, Antonio Brufau, amagó con dimitir si los rusos entraban en el accionariado sin lanzar una OPA: «Cualquier cosa que no pase por esto, cualquier cosa que suponga la pérdida de control de la compañía como consecuencia de una operación que no sea lanzar una OPA, me va a tener a mí al frente», afirmó.

Así estaban las cosas ese agitado mes de diciembre de 2008. Había que decidir si se abortaba la operación por razones de Estado —desde un punto de vista económico no había duda de que se trataba de un buen negocio— o bien se permitía por considerarse que el acuerdo no afectaba a la seguridad de España. Aquellos días circulaban multitud de informaciones en uno y otro sentido. Tan pronto parecía que la firma era inminente como que se rompían las negociaciones. Miguel Sebastián, que contaba con información de primera mano, se opuso frontalmente a la operación; otros compañeros de gabinete, sin embargo, trataron de influir en el presidente del Gobierno para que diera su visto bueno. Hubo un choque de trenes en el Ejecutivo, pero se impusieron las tesis del ministro de Industria.

Tras el fracaso, Lukoil no se quedó cruzada de brazos. Semanas después, según algunas informaciones, trató de entrar en Repsol a través de inversiones en YPF en Argentina. De nuevo perdió, si bien de forma pública la petrolera afirmó que jamás había intentado una operación de ese tipo, que se habría planteado a través de una compañía india. Aún no ha cejado en su empeño, aunque de forma más discreta.

«La desintegración de la Unión Soviética dio paso a Rusia, que al ser en sus primeros años un Estado fallido proporcionó oportunidades a las mafias de ocupar las principales empresas estatales, singularmente las de energía —sostiene un hombre de los servicios de Información españoles—. Cuando Putin llegó al Gobierno su obsesión fue reconstruir la Gran Rusia, recuperar el poder y la influencia en la escena internacional. Primero chocó y se impuso a los países de la extinta Comunidad de

Estados Independientes. Lo hizo de forma silenciosa, conquistándolos a través del sector energético. Luego continuó con su expansión a través de los principales mercados, que eran Europa, China y Japón. Desde el primer momento —continúa este experto— Putin se dio cuenta de que las empresas energéticas eran la clave para la expansión rusa. Por eso decidió controlarlas, permitiendo la permanencia de los oligarcas al frente de las compañías pero dejándoles muy claro que tenían que servir a los intereses del Estado. Su mensaje fue transparente: ellos podían ganar todo el dinero que quisieran y el Gobierno incluso les beneficiaría, pero siempre que siguieran las directrices. En caso contrario lo pasarían mal».

El entonces presidente ruso eligió el gas, el petróleo y el aluminio como ejes estratégicos. «El primer sector lo controló a través de Gazprom, por donde ha pasado gente como el ex primer ministro Viktor Chernomyrdin, el actual presidente del país Dmitri Medvedev, el *vor* Botyr Rakhimov o Alisher Usmanov, que en estos momentos controla la compañía y que es amigo de Oleg Vorontsov, uno de los detenidos y condenados en la operación Avispa. Para el petróleo eligió a personas como Roman Abramovich, presidente del Chelsea, y no le tembló el pulso en destruir a otras que se enfrentaron con él como Mijail Jodorkovski, presidente de Yukos, detenido en noviembre de 2003 en el aeropuerto de Novosibirsk y condenado a nueve años de cárcel que cumple en una prisión de Siberia. El aluminio lo dejó en manos de Oleg Deripaska y Michael Tcherney, ambos imputados en estos momentos en España por blanqueo de dinero.

»Un análisis de la estrategia de expansión de estas empresas desvela hasta qué punto utilizan la energía como su mejor arma para la política exterior. Su red de oleoductos es significativa. Están en Alemania, como demuestra el hecho de que Gazprom fichara como alto ejecutivo al ex canciller Gerhard Schröder muy poco después de abandonar el poder. Francia se protege con Elf, pero no es menos cierto que la gasista rusa está también presente en una empresa mixta, Fragaz, creada allí y con la que está relacionada Rakhimov. Asimismo, han llegado a Turquía, donde esa sociedad ha obtenido el permiso del Parlamento para tender su red allí. Y en Italia mantienen unas excelentes relaciones con el presidente Silvio Berlusconi. Europa es muy dependiente en energía, hasta el punto de que importa en torno al ochenta por ciento de la que utiliza. Ese es un dato que Rusia tiene muy presente».

La conclusión de este experto es contundente: con sus decisiones en materia de energía España se juega la posibilidad de mantener la soberanía plena sobre su territorio, más allá de los beneficios económicos que unos u otros puedan obtener. «Nuestro país tiene que tomar decisiones, y lo tiene que hacer ya. Con Lukoil se evitó un primer envite, pero no va a ser el último. Se trata de un debate que debe enfocarse en esos términos, no valen disquisiciones más o menos demagógicas sobre las energías limpias o el peligro o no de la energía nuclear. Si entran seremos

dependientes de Rusia, con todo lo que eso conlleva. Y ya no será posible una marcha atrás».

En abril de 2010, tras una reunión en Washington entre el presidente ruso Dmitri Medvedev y el jefe del Ejecutivo español, José Luis Rodríguez Zapatero, que asistían a la Cumbre sobre Seguridad Nuclear, el primero se mostró dispuesto a que Gazprom y las petroleras rusas comiencen proyectos conjuntos con empresas españolas. El presidente del Gobierno no contestó a la propuesta y se limitó a destacar las excelentes relaciones entre los dos países. Probablemente sabía que se movía en un terreno resbaladizo.

DINERO EN LAS RUEDAS DEL COCHE

El teniente consultó su reloj por quinta vez. Llevaba casi una hora apostado en la puerta del despacho del juez Baltasar Garzón en la segunda planta de la Audiencia Nacional y empezaba a impacientarse. Tiempo era lo único que no le sobraba en ese ajetreado julio de 2001 y en eso coincidía con el magistrado más mediático del edificio. Se ajustó los gemelos y por encima estiró los puños de su americana beige que aún conservaba el olor de la tintorería. Abrió de nuevo la carpeta que sujetaba y comprobó el orden de los documentos. En realidad no los necesitaba, se sabía de memoria cada nombre impronunciable escrito en esos papeles a fuerza de llevar meses rastreándolos como un perro de presa. Por fin Su Señoría abrió la puerta y le invitó a entrar con el gesto enérgico de quien se pasa la vida dando órdenes. Pese a que eran solo las once de la mañana ya había acumulado un considerable retraso y tenía unas declaraciones importantes en veinte minutos. Los detenidos aguardaban en los calabozos desde las diez y aún esperaba dos visitas más. «Otra semana endiablada», pensó, mientras marcaba el teléfono del fiscal para informarle de que los interrogatorios se retrasarían.

—A ver, cuénteme, de qué delitos estamos hablando. No me quedó clara alguna información que me dio por teléfono.

—Señoría, con el debido respeto. No es un asunto sencillo ni una sola organización. Estamos detrás de un grupo de gente que se dedica a blanquear muchísimo dinero en España para inversores ucranianos y sospechamos que ese dinero procede del crimen organizado, de la mafia de ese país.

—¿Se trata de drogas, de robos, de inmigración ilegal o de qué exactamente?

—Creemos que algunos de los que manejan el dinero han cometido incluso asesinatos, pero no aquí. La información que nos han facilitado varios países no deja lugar a dudas; ahora bien, no les hemos sorprendido ni con drogas ni nada que se le parezca. Están muy bien relacionados y más que quieren estarlo; han empezado a tocar a algún político local. Esta gente se mueve a otros niveles.

—Y hasta ahora, ¿qué tenemos concretamente?

El oficial le dibujó un retrato preciso de lo que habían averiguado. Garzón, con fama de peleón y de asumir retos nuevos, no lo veía. Y no era el único. Los agentes de Información peregrinaron por media docena de juzgados y apelaron a otros tantos fiscales de la Audiencia Nacional sin suerte. Llevaban un par de años ensamblando piezas, habían recabado montañas de información propia y ajena, y aun así el caso contra una supuesta mafia ucraniana parecía condenado a dormir en un cajón. Al final, el titular del Juzgado Central de Instrucción número 5 dio el paso adelante y

abrió diligencias previas en julio de 2001. Empezó de esa forma una carrera de fondo, lenta, demasiado lenta, que recibió un impulso clave en 2004, cuando un fiscal Anticorrupción decidió ir a por todas y trabajar al unísono con Policía y Guardia Civil. Los enemigos eran en ese momento una mafia georgiana y otra ucraniana, y los dos casos, Avispa y Mármol Rojo, ofrecerían resultados policiales un año después, en 2005, con solo unos días de diferencia. Sin embargo, la deriva judicial de ambos iba a ser completamente opuesta: el sumario contra los ucranianos, la operación Mármol Rojo, acabaría con un sobreseimiento provisional en 2009 y unos cuantos puntapiés en muchas espinillas, mientras la organización georgiana era encarcelada y sentada en el banquillo.

Los antecedentes de Mármol Rojo son una suma de casualidades, al menos aparentes, donde personajes ucranianos y españoles entrelazan sus caminos. El primer episodio conocido ocurrió a mediados de los años noventa. El abogado ucraniano Volodymyr Yaskovets, *Vova*, sufre un accidente de tráfico cuando circulaba por una carretera de Tarragona. Un modesto empresario de la zona, Antonio Alonso, pasa por el lugar y le socorre. Días después se acerca a verle al hospital en el que está ingresado. La conversación entre dos hombres de negocios les desvela afinidades y un nexo que, a partir de entonces, proporcionaría a Alonso una vida de lujo y emociones. En 1993, el tarraconense es marmolista, no tiene apenas propiedades y sí un crédito de diez millones de pesetas que le asfixia. Su único patrimonio es la empresa Granito y Tecnología, S. L., que se convertirá en el eje y parapeto de los negocios de un grupo de ucranianos. En 2005, cuando lo detuvo la Guardia Civil, participaba en más de treinta empresas, era el presidente del club de fútbol Reus Deportivo, en Segunda División B, y patrocinaba a través de la firma Arenamar al equipo de hockey sobre patines de Reus, que jugaba en la División de Honor. En el bolsillo de su americana llevaba cuatro millones de pesetas «para gastos». Y todo gracias a su «altruismo» al cruzarse en la carretera con el ucraniano. Al menos él se jactaba ante algunos empleados de ese episodio que había cambiado su vida.

Yaskovets, el herido, cuenta a su benefactor de carretera que tiene dinero y quiere invertir en la zona, pero necesita a alguien conocedor de la idiosincrasia local que le ayude a manejar los negocios. Alonso ve la salida a todos sus problemas y se embarca en la aventura empresarial. La Guardia Civil se enteraría mucho después de ese decisivo encuentro fortuito, pero ya por esas fechas un grupo de investigadores está con las antenas puestas: se empieza a mover dinero por circuitos infrecuentes y aparecen sujetos cuando menos llamativos. Se trata aún de una amenaza muy difusa proveniente de lo que entonces se llamó «grupos desestabilizadores»: ciudadanos de Moscú, San Petersburgo, Ucrania y Serbia, chechenos o armenios vinculados a grupos criminales que se instalan en la zona mediterránea con sus maletines de dinero o sus complejas maniobras financieras. La línea aérea directa Moscú-Alicante no

hace sino aumentar la preocupación.

Las aparentes casualidades salen al paso de los investigadores. A principios de 1999 corre por Tarragona un secreto a voces: unos «rusos» —todavía la etiqueta era común— habían levantado cuatro chalés de ensueño en la urbanización Tres Calas de la localidad de Ametlla de Mar, en una zona aislada donde acaba la carretera; el fin del mundo, el comienzo del paraíso. Allí entraban y salían coches de lujo, sus moradores vivían sin escatimar y se veían fornidos matones en misiones de escolta, armados, siempre atentos. Las mansiones eran fortalezas equipadas con sofisticadas transmisiones de alta tecnología —una de las viviendas disponía de una parabólica de dos metros de altura por 120 centímetros de diámetro— y los dueños viajaban en *jets* privados desde Ucrania al aeropuerto de El Prat o al de Reus, en Tarragona.

El secreto se publicó en la prensa local sin revelar quién se escondía tras esas montañas de dinero, constatadas por la investigación y repartidas entre Ametlla y Salou: 450 millones de pesetas para comprar los terrenos, otros mil en un proyecto urbanístico, hotel incluido, quinientos más para levantar los chalés en los que pasaban sus días dorados cinco matrimonios. Los afortunados eran cuatro hombres de negocios de Kiev y sus parejas —el citado Yaskovets, Oleg Kharchenko, Andrei Adamovski y Mikhail Medvedev—, además de Leonid Iouruchev. La casa del primero tenía 700 metros cuadrados y estaba valorada entonces, hace una década, en 350 millones de pesetas; en la exclusiva avenida de Pedralbes de Barcelona había adquirido otra vivienda. Uno de los agentes encargado de saber qué se movía en Ametlla y sus alrededores resume cómo se les intentó controlar: «Vigilar esas casas era misión imposible. Podías colarte una vez en la urbanización, pero a la segunda te habían mordido y los guardaespaldas, que se distinguían a dos kilómetros, no animaban a andarse con tonterías. Fue realmente complejo seguirlos».

Los ucranianos de Tres Calas se relacionaban con un grupo de poderosísimos compatriotas que de vez en cuando elegían Tarragona para descansar y tenían la vista puesta en la suculenta promoción inmobiliaria. Cuatro de ellos eran oligarcas, empresarios del acero y el carbón, que figuraban en la lista de los cincuenta personajes más ricos de Ucrania. Sergey Taruta, Vitaly Gayduk y Oleg Mktchan ocuparon en el *top* del año 2009 los puestos sexto, séptimo y octavo, respectivamente. No solo eran millonarios: además formaban parte del denominado «clan Donetsk», uno de los tres grupos dominantes del país al que también pertenecían Victor Yanukovich, que sería elegido presidente de Ucrania en enero de 2010, y Rinat Ajmetov, el potentado número uno. Cada vez que visitaban España eran agasajados por Yaskovets y sus socios, tal y como pudo comprobar la Guardia Civil al vigilar varias reuniones entre los magnates y el grupo de Tarragona.

En paralelo, los de Tres Calas seguían estrechando su vínculo con la familia del marmolista, que se revelaría clave en la enrevesada trama económica: Antonio

Alonso, su mujer María del Carmen Esparza y sus tres retoños, Víctor, David y Mari Carmen, alumnos aventajados de papá y mamá. Antes de conocer a sus ucranianos, la familia estaba «prácticamente en la ruina, sin poder pagar a sus acreedores», según las diligencias. De ahí, a construirse una gran mansión en la urbanización más cara de Reus, a conducir los mejores coches y a levantar un entramado societario en el que cada uno desempeña un papel: administrador, apoderado, representante... En síntesis, se convirtieron en la «familia testafarro» de la organización investigada, a la que representaban en todas sus empresas.

Los Alonso estaban cada vez mejor posicionados. Con discreción, los investigadores seguían sus avances, sus citas de nivel. El año 2000 resultó muy movido. El 16 de marzo se enteraron de una reunión de altura. El escenario fue el restaurante Manolo, en el barrio marítimo del Serrallo, en Tarragona. En torno a una mesa discreta se sentaron ocho comensales: el marmolista, su amigo Yaskovets, junto a sus tres vecinos de la urbanización de Tres Calas, el otro ucraniano, Leonid Iouruchev, el español Christian Tarruella Mejías y quien presidía el almuerzo, el capo ucraniano Leonid Vulf, que meses después sería detenido en Israel y condenado a ocho años de cárcel por asesinato. Esa comida de negocios suponía, o eso se pensaba entonces, el sello de una fructífera relación comercial entre el mafioso Vulf, el bautizado por la Guardia Civil como GUTC (Grupo de Ucranianos de Tres Calas) y sus «ayudantes» españoles. La plana mayor de las dos últimas piezas se había dado cita para recibir al jefe. La alianza se había consumado horas antes en la empresa de Alonso, Granito y Tecnología, S. L. de Reus, convertida en emporio de la mano de los inversores de la mafia ucraniana.

Todos los indicios revelaban que la Kriboyrojiskaya (de la zona ucraniana de Kriviy Rig) había aterrizado en España, aunque, eso sí, con suma discreción. Cinco años después de la cita del Serrallo, en junio de 2005, la Guardia Civil la dejaría fuera de juego, al menos de forma temporal, en la operación Mármol Rojo, el preámbulo de la lucha que empezaba a librarse en nuestro país contra la llamada mafia rusa o mafias de países de la antigua URSS. Se les imputó por asociación ilícita y blanqueo de más de 100 millones de euros procedentes de la extorsión y el crimen a través de la construcción y venta de inmuebles, entre los que figuraban varios hoteles de lujo en Granada y Almería. En total se bloquearon unas sesenta cuentas bancarias que el clan tenía en España, Andorra, las Antillas Holandesas, Belice, las Bahamas y las Islas Vírgenes. Por primera vez en la historia agentes españoles fueron autorizados a practicar un registro en Andorra, uno de los lugares elegidos para lavar cantidades ingentes de dinero, donde hubo cuatro imputados que desde un despacho de abogados asesoraban sobre cómo limpiarlo. Las pruebas para poner Mármol Rojo en pie hubo que obtenerlas casi a lazo, venciendo recelos y miedos reales y, pese a todo, el paso de los años demostraría qué fácil era aflojar ese lazo y propiciar que los sospechosos

eludieran cualquier responsabilidad.

El teniente que presentó la operación al juez Garzón la describe así: «La Mármol Rojo nos enseñó mucho, nos ayudó a romper el hielo y provocó que la Fiscalía Anticorrupción se fijara en nosotros y advirtiera la importancia de lo que estaba ocurriendo a la vista de quien quisiera mirar. Cocinamos la información que venía de otras policías, seguimos la pista de las propiedades y empresas que tenían por varios países para averiguar quién estaba detrás y cuáles eran los vínculos con una organización criminal. El trabajo con la Policía israelí y con la Fiscalía ucraniana fue muy intenso y crucial».

La documentación ucraniana incriminatoria se consiguió a través de un tercer país. Hizo de enlace una osada coronel israelí que proporcionó el contacto con el fiscal ucraniano, amenazado de muerte por la mafia, en un lugar donde han sido asesinados jueces, fiscales y vicepresidentes al cruzar la calle. La primera conversación telefónica solo fue posible porque se utilizó como garante a esa oficial israelí, pero el contacto personal, pese a las prisas de España, aún se dilataría seis meses y tuvo lugar nada menos que en Holanda, territorio neutro en el juego de mafias y temores. La cita estuvo a la altura del mejor Hammett, con el miedo y la suspicacia de los protagonistas flotando en la niebla.

Hay que imaginar una tarde gris de otoño, allá por 2001, en una remota villa holandesa. Sentados a la mesa de una cafetería señalada con códigos secretos aguardan un oficial de Información y un sargento agregado que le haría de intérprete. Son casi las cinco cuando aparecen dos tipos rocosos, con gabardina y rostros poco amigables. «¿Son ustedes los policías españoles? Nosotros somos policías holandeses. Acompañénnos. Les están esperando». Ni una palabra más. La única opción era creerlos y seguirlos. «No digo que fuera miedo, pero me pinchaba la silla. Llovía y la penumbra se te echaba encima. Cruzamos unos jardines despoblados, unos pasillos angostos entre edificios que no acababan. Nos metieron por una escalera lateral, como de incendios, que daba a un rellano vacío, sin un ruido, una especie de corrala moderna que resultó ser un bloque de apartahoteles turísticos. “Es una casa segura”, fue lo único que les oímos a los dos silenciosos. Detrás de una de esas puertas nos esperaba el fiscal ucraniano, quizá, o casi seguro, con más miedo que nosotros porque sabía que su vida estaba en un alambre. Nos dio todo lo que necesitábamos sobre el mafioso Vulf y sus secuaces, actividades que solo habíamos adivinado. Como es habitual, los papeles no habían seguido la vía oficial», rememora el teniente.

Un par de meses después llegó la oportunidad de cerrar el círculo; la proporcionó una reunión en Ucrania, de coordinación de trabajo policial, de esas en las que los investigadores se ven las caras de tú a tú y cada uno va dejando caer sus cartas sobre la mesa solo cuando está seguro del movimiento del contrario. Vencidas las primeras

resistencias, llegó la hora de los vodkas y la camaradería. Interminables brindis por la fraternidad entre Cuerpos y entre Estados. En ese momento los españoles echaron mano del as.

—General, tenemos información sobre inversiones poco claras de algunos ciudadanos ucranianos en nuestro país. Una fuente nos ha contado que detrás de esos empresarios podría estar un tipo llamado Leonid Vulf, que ustedes han investigado.

—¿Cómo ha dicho que se llama? —preguntó al mando de la Guardia Civil el general responsable de Crimen Organizado en Ucrania.

—Vulf, pero ustedes no nos han comunicado nada; lo que sabemos lo hemos obtenido por otro lado.

El suave reproche surtió efecto. Los efluvios del alcohol o quizá la situación se aliaron con los investigadores y en ese mismo instante el alto mando ordenó a un coronel que se ocupara de que esos informes llegaran a sus invitados españoles. Unos meses después la prueba en forma de papel se materializó y corroboró punto por punto los datos que había proporcionado el fiscal. Solo que esta vez llevaba impreso un sello oficial que los validaría ante cualquier juzgado. «No perdamos de vista que una prueba documental tiene mucho más valor que una escucha, por ejemplo, así que claro que conseguimos nuestro objetivo».

LA KRIBOYROJISKAYA Y EL GUTC

A base de pinceladas se fue componiendo el puzzle: miembros, actividades, relaciones y objetivos de los sospechosos empezaron a tomar forma. El Grupo de Ucranianos de Tres Calas se reveló como una organización jerarquizada, en la que la Guardia Civil incluyó a 56 individuos ucranianos y españoles. Los más poderosos se relacionaban con un alto cargo político de su país, empeñado con buen olfato en invertir millones en la zona del Mediterráneo español, con especial querencia por la Costa Dorada y la de Almería. A la cabeza del grupo situaron a Leonid Vulf, que pidió la residencia española aunque vivía en Israel. La misma mañana del almuerzo en el Serrallo de Tarragona, Vulf, acompañado de quien hacía de «chico para todo», Christian Tarruella Mejías, acudió a la Delegación Provincial del Ministerio de Trabajo de esa ciudad para gestionar su permiso de empleo por cuenta ajena, un barniz de legalidad habitual y un signo más del atractivo que le suponía quedarse en nuestro país. Dos años antes había solicitado ya permiso de trabajo y residencia para dedicarse a la promoción inmobiliaria.

Al escurridizo Vulf se le atribuyó el papel de jefe de la Kriboyrojiskaya, con sus divisiones clásicas al hablar de mafias del Este: la rama dedicada a los delitos más violentos y la que limpia el dinero obtenido con esas actividades. La Policía israelí, en sus investigaciones, imputó a los delincuentes del grupo al menos diez asesinatos:

miembros de mafias rivales, adversarios políticos y hombres de negocios. Eran los encargados de cobrar el impuesto llamado *krisha*, la protección a empresas para conseguir prebendas políticas y económicas a cambio de cierta cantidad de dinero. La rama económica estaba formada por varios grupos de individuos asentados en un puñado de países, entre ellos España e Israel. Ellos se ocupaban de lavar el dinero que generan los miembros operativos a través de complejos entramados de empresas, muchos radicados en paraísos fiscales, con una marea continua de movimientos económicos entre las sociedades.

En España, la rama de guante blanco o cuello duro la encabezaban Yaskovets y Alonso. Eran ambos quienes lideraban de distinta forma la trama; figuraban prácticamente como únicos administradores, apoderados o representantes de otros ucranianos en casi todos los negocios de la telaraña societaria. Aunque no eran los únicos: Medvedev y el resto de los comensales del Serrallo desempeñaban asimismo papeles fundamentales, o al menos esas eran las sospechas que existían.

La Kribojrojiskaya, con Vulf al frente, era la organización encargada de la seguridad del citado clan Donetsk. Asimismo, los servicios policiales atribuyen a Vulf negocios conjuntos con Gennadi Bogomolov, entonces vicepresidente de la compañía rusa de petróleo y gas Lukoil. Años después, y solo unos días antes de que se produjeran las detenciones de Mármol Rojo, su amistad saldría de nuevo a relucir de forma tangencial, en el marco de la investigación derivada del intento de la petrolera rusa de penetrar en el sector energético español.

Las conversaciones telefónicas entre el ucraniano-israelí y sus amigos de Tarragona eran constantes; los presuntos testaferros le daban cuenta de cada paso de sus actividades y el propio Vulf mantuvo una cita en nuestro país con un representante de la Administración para que le favoreciera en sus negocios. El 6 de noviembre de 2000 la Policía israelí le dejó fuera de juego al detenerle y procesarle por el asesinato de Alexandre Gurbinitz, el anterior jefe de la Kribojrojiskaya, a quien el capo quitó de en medio en 1994 para ocupar su puesto.

La comida del restaurante Manolo en marzo de 2000 fue una reunión de socios y mucho más. Proporcionó a los investigadores un hilo del que tirar, un nexo para ir ensamblando piezas a base de nombres que aparecían y se esfumaban, que se movían por Europa y Canadá. Estampaban sus firmas en una empresa, compraban unos terrenos y se evaporaban hasta que volvían unos días de vacaciones a sus retiros de la Costa Dorada. Supieron así que el abogado Yaskovets actuaba como aposentador de todo compatriota que quería invertir en esa zona; su Jaguar y su mansión de Tres Calas no eran discretos, pero nadie tenía nada que objetar; a una de sus empresas se le hicieron pagos millonarios desde Israel para —supuestamente— comprar casas en España. Su mujer tenía otra vivienda en Barcelona y él mismo era titular de una compañía en las Islas Vírgenes británicas utilizada para blanquear.

Su amigo y vecino en la urbanización de Tres Calas Mikhail Medvedev seguía el mismo guión; fue investigado por Canadá, junto a Adamovski, por presunto blanqueo, y su hijo Alexander entró también en los negocios de su padre y entabló una magnífica relación con la familia del marmolista, que lo invitó a la boda de Víctor Alonso en Mojácar, como si se tratara de un amigo de toda la vida. Ese enlace, en septiembre de 2001, con la plana mayor de los ucranianos sentada en el banquete, no pasó inadvertido para casi nadie. Fue todo un acto social que contó incluso con representación de algún miembro del Ayuntamiento de la localidad. Un guardia, camuflado entre los invitados, apenas pudo contener una carcajada cuando la mujer de un edil comentó en voz baja: «Estos manejarán todo el dinero que quieras, pero ¡tienen una pinta de mafiosos que no pueden con ella!».

Tanto Andrei Adamovski como Oleg Kharchenko fundaron varias empresas mercantiles del entramado societario investigado en Mármol Rojo, además de construirse los chalés de Tres Calas. Todos contaban con permiso de residencia y trabajo en España, pero aparte de darse la gran vida ninguno ejercía una actividad conocida.

El quinto ucraniano que participó en la comida del Serrallo era Leonid Iouruchev. Según Israel, podía ser dueño de un banco en Austria que financiaría a la Kriboyrojiskaya. No se pudo determinar qué puesto ocupaba en la organización, solo que era considerado por el resto como un personaje especial, a tenor de las atenciones de que era objeto cada vez que se dejaba caer por Tarragona. Durante meses se dedicó a buscar una casa a la medida de sus aspiraciones, aunque no llegó a comprar. A cambio, Adamovski le prestaba la suya cada vez que se le antojaba y uno de los colaboradores españoles pagaba con su tarjeta —se supone que era un adelanto— el alquiler del coche que conducía su mujer en las vacaciones. «Pese a las apariencias, los tipos llevaban una vida normal, la típica de cualquier empresario con posibles, no demasiado ostentosa en el día a día. Yo diría que todos ellos son el tipo de vecino que cualquiera querría tener. Desde luego, no podían imaginar que estábamos tras ellos», aclara un investigador.

LA FAMILIA TESTAFERRO

El papel de los españoles, en cambio, estaba bastante más claro. El marmolista Alonso fue identificado como el encargado de montar la estructura para blanquear el dinero de los ucranianos, junto al bufete andorrano de Salvador Capdevila y Luis Kinder, así como la persona que puso en contacto a todos los participantes en el entramado. Su empresa Granito y Tecnología, S. L. se convirtió en el nudo de toda la trama. Como ya había una empresa que funcionaba, aunque no diera dinero, no fue necesario partir de cero. Tras comprar dos canteras de mármol en Ucrania merced a

sus privilegiadas relaciones y salvar así su maltrecha economía, Alonso consiguió introducir a toda su familia en el negocio de la ingeniería financiera, dirigida por Yaskovets y Kharchenko para todos los grupos de inversores que venían de Ucrania. La familia figuraba de un modo u otro en una treintena de sociedades. La historia en la sombra la dirigía María del Carmen Esparza, la mujer de Alonso, que a su vez tenía unas magníficas relaciones con la de Yaskovets, apuntalando con estas afinidades personales los lucrativos negocios para los que se asociaron. La primera operación de calado data de 1997, cuando el empresario de Reus y el abogado ucraniano compraron una finca en el litoral mediterráneo por 400 millones de pesetas donde más tarde se levantarían las mansiones de Tres Calas, entre otras promociones.

Alonso se convirtió en una pieza clave para los ucranianos. Su poder económico parecía no conocer límites durante esos años. La empresa Granito y Tecnología, S. L. era el punto de partida como sociedad instrumental, pero tenía una actividad real y funcionaba. En 2000 el marmolista construyó los que en ese momento eran los mejores hoteles del levante almeriense: el Marina Golf y el Marina Playa en Mojácar, y el hotel Reina en Vera. En 2003 vendió los dos primeros a un grupo alicantino. El de Vera, de cuatro estrellas y con 400 habitaciones, lo inauguró en 2003 y empezó a ser explotado en régimen de arrendamiento por una empresa mallorquina. Se iba a vender por 36 millones de euros. La venta quedó embargada tras la operación policial.

A mediados de junio de 2001 Alonso viajó a Barcelona para comprar un solar donde el grupo quería construir un hotel. El terreno estaba valorado en 2.300 millones de pesetas y el empresario tenía órdenes de negociar para rebajar la cantidad hasta 2.000, eso sí, pagando al contado y en efectivo. Las investigaciones no recogen si la operación prosperó. En las actuaciones previas aparece que solo en 1996 recibió transferencias desde Rusia, Irlanda y Estados Unidos por un importe total de 44 millones y medio de pesetas en concepto de «Turismo y Viajes» y que era propietario de numerosas obras de arte, incluidos algunos miró y fortuný. Su mujer figuraba en siete sociedades, entre ellas las encargadas de construir los hoteles de Mojácar y Vera, y su hijo Víctor aparecía en otras nueve. Al retoño, David, con solo 21 años, le fueron concedidos amplios poderes para actuar en tres de las sociedades de los hoteles como presumible testaferro.

Además de su presencia en la mayoría de sociedades de los ucranianos, los investigadores hallaron documentos sobre unas transferencias realizadas a Alonso y su mujer por un individuo al que le había tocado la lotería: más de 802.000 euros como participación en una peña quinielística; después hubo un reintegro a una cuenta de Andorra a favor del agraciado desde una cuenta de la que Alonso era apoderado por valor de 872.000 euros. La Guardia Civil sospecha que se trató de una operación de blanqueo de dinero para justificar la procedencia de 802.000 euros. Algunos datos

apuntan a que buena parte del dinero de la trama que salía hacia Andorra para ser lavado lo hacía oculto en las ruedas del coche del marmolista.

Uno de los subordinados de Alonso era el citado Christian Tarruella Mejías, que se ocupaba de labores de logística (buscaba casas cuando algún miembro del grupo las necesitaba, sin reparar en el precio), de trasladar a unos y a otros al aeropuerto y de enredar hasta donde le era posible. En la última parte de la investigación ya intentó volar solo y había entrado en contacto con otros ciudadanos del Este por su cuenta, a espaldas de Alonso. Tarruella era una especie de ojeador de zonas de interés inmobiliario para contactos y amistades de los ucranianos, hasta el punto de que llegó a pagar con su propia tarjeta altísimas cuentas que luego le reingresaban.

INSTITUCIONES BAJO SOSPECHA

Los medios de comunicación de Tarragona fueron ofreciendo desde 1999 trazos de las macrooperaciones económicas que se gestaban sin relacionarlas en ningún caso con la mafia ni, por supuesto, con el Grupo de Ucranianos de Tres Calas. En las informaciones aparecía con insistencia una inversión ucraniana en chalés de lujo en Ametlla, por valor de 10.000 millones de pesetas, que corría peligro por un rifirrafe político. El binomio corporación local-ladrillo, tan de moda ya por entonces, tomaba cuerpo en esa atractiva zona de especulación. Según esas informaciones, el portavoz de CiU en ese Ayuntamiento acusaba al alcalde del Partido Popular de haber permitido la construcción de ochenta chalés ilegales, en zona verde no urbanizable. Entre ellos figuraban las suntuosas viviendas de los ucranianos, con sus cuidados jardines que se ocupaba de mantener, según comprobaciones de los agentes, una firma mercantil propiedad del que fue teniente de alcalde de la localidad. Las informaciones en prensa dan cuenta de acusaciones de soborno a funcionarios públicos, constatan la presencia entre bambalinas de Alonso García, y el reconocimiento por parte del alcalde de que la empresa del marmolista había hecho un par de donativos económicos a las maltrechas arcas municipales, a la Cruz Roja y al club de fútbol local. Y todo eso pese a que su sociedad había declarado pérdidas de más de cuatro millones. La Guardia Civil investigó más tarde, sin poder corroborarlo en su totalidad, cómo Alonso había intentado también que el aparejador de otro Ayuntamiento cercano, el de Cambrils, se sumara a la organización, ofreciéndole participar en alguna de las sociedades creadas.

En pleno *pelotazo* urbanístico, algunos políticos corrieron como galgos al olor del dinero y de las inversiones fáciles que les podían procurar beneficios o posición. Las diligencias policiales dan cuenta de la estrecha relación que mantuvieron Alonso y Yaskovets con el entonces presidente de la Diputación de Tarragona, José Mariné Grau (1993-2003), de CiU. Esa «amistad» se materializó en el viaje a Ucrania de un

selecto grupo que en su momento, como se verá, resultó un tanto inapropiado y en lo que fue descrito como un trato de privilegio con motivo de una exposición de arte ucraniano que tuvo como marco la Diputación, el 15 de junio de 2001.

Los agentes estaban y están convencidos de que los investigados eligieron a Mariné como parapeto público para sus promociones inmobiliarias en Tarragona y como posible o futuro intermediario de cara a su inminente asentamiento en la provincia. El ex presidente de la Diputación y más tarde alcalde de L'Alforja fue imputado por Garzón. Su nombre aparecía en el sumario en varias comunicaciones. En concreto se incautó un fax remitido desde una de las empresas tapadera de la organización en Holanda dirigido a Mariné, a un número del organismo público que presidía. En el documento alguien le recordaba que esperaban la decisión de la Diputación sobre un terreno en la playa de Sabinosa que el grupo quería adquirir.

En otro documento intervenido a Alonso, un fax de 2003, se puede leer: «En Mojácar te pedí que, a través de Mariné, nos echases una mano para que el Ayuntamiento aprobase la modificación puntual del Plan General para otorgarnos licencia de obras. Me dijiste que no me preocupase, que irías a comer con el alcalde y quedaría todo solucionado». Para los investigadores este era otro indicio de la relación del político de CiU con los ucranianos.

Por supuesto, tras su imputación, Mariné no recordaba el fax recibido desde Holanda; aseguró a Garzón que el terreno de Sabinosa interesaba a mucha gente, pero que no se vendió y no aclaró nada sobre una famosa «excursión» a Ucrania en la que participó. Esa *tournee* de personalidades económicas y políticas de Tarragona a Ucrania en *jet* privado resulta de una cierta obscenidad a la luz de quienes la promovieron y financiaron. Duró una semana y tuvo lugar en el año 2000, con la excusa de una visita de negocios a la que la prensa local dedicó una amplia cobertura, con titulares como «La Costa Daurada atrae el interés de Ucrania». Según las investigaciones, el viaje le costó a Alonso más de 400 millones de pesetas y su objetivo era rebajar las reticencias de algunas entidades bancarias a conceder créditos al grupo y poner en tela de juicio las tímidas informaciones sobre lo poco recomendable y arriesgado que era invertir con esos individuos.

Las fotos y noticias del periplo cuentan que, además, asistieron al intercambio comercial el presidente de la Autoridad Portuaria de Tarragona, también de CiU, el presidente de la Cámara de Comercio de Reus, varios representantes de bancos y cajas de la zona y algunos hoteleros. Les acompañaron Yaskovets y Kharchenko y fueron recibidos por autoridades de Ucrania y Crimea.

Por esas mismas fechas corría en determinados círculos de la investigación un persistente rumor sobre la facilidad que «los rusos de Alonso» —así se les denominaba en algunas dependencias de la Administración del Estado— tenían para legalizar su situación en España y conseguir con muchísima rapidez el NIE. Pero es

que Alonso, el que bordeó la quiebra económica, se manejaba con diligencia en ciertas instancias. Tal facilidad se achacó a una supuesta relación de amistad del personaje con un responsable de la Delegación Provincial del Ministerio de Trabajo en Tarragona. Esta es una característica que los servicios policiales comprobarán a partir de ese momento una y otra vez: la agilidad que despliegan todos los mafiosos y su cohorte de personal para conseguir los papeles que les permiten moverse con soltura por España y Europa sin ser molestados.

En Mármol Rojo se verificó por primera vez el inquietante acceso de estos individuos a ciertos cargos de la Administración. Raúl Navarro, que ejerció como delegado de Trabajo en Tarragona en las fechas citadas, fue nombrado subdelegado del Gobierno en la provincia en julio de 2000. Un año y dos meses después dimitiría tras ser acusado por una prostituta rusa de inmigración ilegal. Los juzgados de Tarragona archivaron la causa, recogida con detalle por la prensa, pero ya para entonces varios de los ucranianos habían obtenido su permiso de residencia por «vía de urgencia». La Policía israelí informó de que Leonid Vulf, a quien como se ha dicho seguía los pasos, recibió una comunicación de Yaskovets informándole de que Alonso no podía seguir presentando los documentos para conseguir los papeles con la dirección de su casa, como había hecho hasta entonces, porque se exponían a que los descubrieran, según les habían indicado las autoridades. Otra información de los mismos servicios policiales señala que Tarruella Mejías estaba intentando aproximarse a la persona que otorgaba las autorizaciones para que la solicitud de Vulf fuera positiva y «concedida incluso antes de que la presentara».

Tras la detención de Alonso, los agentes hallaron en su ordenador una información aún más inquietante: «Si se obtiene el 0,50 (de edificabilidad) que dice el Ayuntamiento se le dará a Paco Vázquez 25 M. Para él y 15 M. Para el partido». La investigación concluyó que se refería a Francisco Vázquez Soler, concejal de Urbanismo de la localidad almeriense de Vera por el Partido Andalucista, y que las cantidades eran millones de pesetas. Alonso, según la documentación intervenida en 2005, se había reunido con el edil en un hotel donde realizó el pago, al parecer, pactado con el jefe de filas del político: «Pagos a Vázquez por 100.000 euros y precios pactados con el señor alcalde», reza en los documentos en poder de los investigadores. El supuesto jefe, Félix López, alcalde andalucista de Vera, cuando conoció que el juez Baltasar Garzón y la Fiscalía Anticorrupción investigaban estos presuntos sobornos aseguró públicamente que en su municipio «todos los convenios urbanísticos se firman dentro de la legalidad vigente» y respaldó sin fisuras a Vázquez. El alcalde atribuyó esta investigación a una campaña que buscaba perjudicar al Ayuntamiento de Vera, uno de los que han sido tomados por el ladrillo en los últimos años. Vázquez compareció como imputado y negó los hechos, pero lo cierto es que en el auto de sobreseimiento provisional de Mármol Rojo, en marzo de

2009, el juez Garzón acuerda deducir testimonio sobre el supuesto pago de comisiones al concejal y se remite la pieza al Juzgado de Instrucción Decano de Vera para que acepte la inhibición.

LAS AMISTADES PELIGROSAS

Alonso se sentía casi invencible a finales de los años noventa. El estatus que le proporcionaban sus amigos ucranianos no paraba de aumentar. Desde que la historia empezó a cuajar, el marmolista reconvertido comenzó a hacer sus propios «fichajes» en el sector inmobiliario de Tarragona. Uno de los primeros pasos fue captar para sus proyectos a un reputado arquitecto al que se le habrían pagado más de 200 millones de pesetas. Pero no solo se remuneraba su trabajo, sino que, además, ese personaje franqueaba el paso hacia el cerrado mundo inmobiliario y hotelero de la provincia, pues su apellido estaba ligado a la tradición y el éxito. A su padre se le conocía por ser un importante promotor inmobiliario con inversiones en Tarragona, la Costa del Sol y otras provincias de Andalucía, y el boca a boca pregonaba sobre esa familia que «media Tarragona era suya». Los citados arquitectos ya contaban con un importante entramado de sociedades, dedicadas a la promoción inmobiliaria, el asesoramiento arquitectónico y la explotación hotelera.

El Servicio de Información de la Guardia Civil vinculó directamente al arquitecto tarraconense con el capo Leonid Vulf, a raíz del contrato que ambos firmaron en febrero de 1999 para que construyera al mafioso una espectacular casa de 700 metros cuadrados en la urbanización Port Olivet de Ametlla de Mar, con un presupuesto de 120 millones de pesetas. El 31 de agosto de 2001 los agentes grabaron una fiesta organizada en su casa por ese contratado de lujo y su esposa, una conocida abogada. A la velada asistieron unas ochenta personas, entre ellas el grupo ucraniano casi al completo, además de un alcalde y un antiguo gobernador civil de Tarragona. Fue una cena por todo lo alto, con una orquesta de música clásica, tan de postín como los invitados, amenizando la velada.

El grupo, con más o menos intensidad y con más o menos miembros, compartía negocio y ocio sin una división clara entre ambos y siempre con los ojos puestos en aquellos personajes que podían abrir caminos. Otro de los eventos que los unió y del que tuvieron constancia los investigadores fue una exposición celebrada en la Diputación de Tarragona, un par de meses antes de la cena, en junio de 2001. Con el sugerente título de «Nuevas tendencias del arte ucraniano» se dieron cita en el edificio oficial Alonso, Yaskovets y Medvedev con José Mariné Grau, el presidente de la Diputación, y dos oligarcas llegados de Ucrania, Sergey Taruta y Oleg Mktchan, miembros del clan Donetsk. Mariné permitió a los miembros del Grupo de Ucranianos de Tres Calas utilizar el acceso al edificio de uso exclusivo para el

presidente y se reunió con ellos en una estancia reservada antes de empezar el acto.

Christian Tarruella Mejías fue el encargado de llevar a la Diputación a los artistas: un pintor y un escultor. Horas antes de la exposición un Tupolev privado había aterrizado en el aeropuerto de Reus; en él viajaban Taruta con su mujer y su hija, Oleg Mkrchtan y otros dos ucranianos. Les esperaban sus compatriotas. En un Jaguar y dos Mercedes se dirigieron todos a las oficinas de Granito y Tecnología, S. L., la empresa de Alonso, donde fueron recibidos por el hijo del marmolista, en el exterior, como si de una visita oficial se tratara.

Pasadas las siete y media de la tarde la comitiva en pleno se trasladó hasta la Diputación. Sin mayor problema, accedieron al aparcamiento privado del organismo oficial y más tarde al edificio también a través de un paso restringido. Poco después llegaba Mariné con su esposa en el coche oficial. Los otros miembros del grupo de ucranianos fueron apareciendo poco a poco, incluido un individuo del club de fútbol Reus Deportivo que entregó un regalo a los distinguidos invitados llegados de Ucrania. La Guardia Civil lo interpretó como una confirmación de las inyecciones de capital que ciudadanos del Este estaban realizando en el equipo. «Parecía una visita de Estado, rara y variopinta, pero solemne. Nosotros pensamos que la exposición fue una excusa para poder reunirse los miembros del grupo y planear futuros negocios. Desde luego, no prestaron mucha atención a las obras de arte», señala uno de los encargados de controlar esa visita. Las gestiones posteriores confirmaron esa impresión.

Entre esas amistades especiales se cuela un oblicuo personaje: el constructor y promotor José Antonio Casanovas Tomás, que llegó a controlar 56 promotoras y constructoras, según reveló la documentación bancaria recopilada. Varias de sus sociedades invirtieron dinero sucio en la compra de apartamentos, chalés y masías de lujo en la costa catalana, nada más y nada menos que 32 millones de euros; asimismo, adquirió un solar de 1.100 metros cuadrados en la parte alta de Barcelona para construir una nueva sede corporativa. Buena parte de los 100 millones de euros que presumiblemente blanqueó el grupo hispano-ucraniano pasaron por las empresas que controlaba Casanovas. Un año antes de que se asestara el golpe final a Mármol Rojo, en 2004, este hombre fue condenado por fraude a Hacienda en el llamado caso Indelso, instruido por el entonces juez Lluís Pascual Estevill, apartado más tarde de la judicatura por corrupción.

ANDORRA CONNECTION

El caldo de cultivo estaba en plena ebullición, pero aún había que afinar y destripar cómo funcionaba el entramado económico y financiero. A principios de 2002 se detectó que Alonso y los ucranianos estaban construyendo en el Principado

de Andorra, y todo apuntaba a que se trataba de un hotel. Ya para entonces las investigaciones habían dejado claro que el país vecino se había convertido en un lugar clave para esconder el dinero o para canalizarlo hacia otros lugares de España o del extranjero.

En el Principado serían imputados cuatro abogados y planificadores fiscales que desde un bufete asesoraban al grupo de ucranianos sobre cómo mover el dinero a través de cuentas corrientes y sociedades constituidas en paraísos fiscales de las Antillas Holandesas, Belice, las Bahamas y las Islas Vírgenes. Desde allí el dinero era transferido a otras cuentas de estas sociedades o a bancos de Andorra, Suiza, Holanda y Ucrania. A partir de ahí el dinero llegaba a España en forma de créditos o aportaciones de capital ficticias con las instrucciones del mencionado bufete, cuyos titulares eran Salvador Capdevila, antiguo decano del Colegio de Abogados de Andorra y abogado también del grupo Pyrénées; Luis Kinder Espinosa, Josep Rodríguez Valldepérez y Juan Casajuana. El capital ya limpio se invertía en España en forma de «ladrillo», tanto en hoteles como en otro tipo de promociones inmobiliarias en Barcelona, Tarragona y Almería. Las propiedades se vendían más tarde y los beneficios obtenidos salían de nuevo de nuestro país con destino a Andorra u otros paraísos fiscales de América Central, de donde había procedido inicialmente la inversión. La cuestión era hasta qué punto el origen criminal del dinero era conocido por los empresarios y abogados de Andorra.

Las investigaciones evidenciaron que, como en cualquier organización criminal de este tipo, unos se dedicaban al «negocio duro» (Vulf y su gente) y otros a darle un barniz económico (la rama hispano-ucraniana más los asesores andorranos). Oficialmente la compañía mercantil andorrana Inaco, S. A. compraba partidas de mármol rojo de Ucrania —contaba con dos canteras en aquel país— valiéndose del negocio previo de Antonio Alonso. Él creó la infraestructura de gestión y asesoramiento, apoyado en el bufete de Andorra y en el financiero de Barcelona José Antonio Casanovas y su director y mano derecha, Luis Ángel Fernández López.

La Guardia Civil sostiene que la labor ejercida por los abogados andorranos era de asesoramiento y creación de entramados societarios para canalizar el dinero, pero en algunos momentos esa labor fue más allá y esos letrados formaron parte, «de forma esporádica pero activa», de la trama financiera del grupo (como representantes para algunas transferencias de dinero). Josep Rodríguez era para los agentes «un importante asesor de Alonso y los ucranianos» y ambos mantuvieron reuniones tanto en España como en Andorra en 2001 y en 2002. Salvador Capdevila no solo era abogado, sino también socio de Alonso en una sociedad inscrita en el registro desde 1991 de la que Capdevila es presidente. Todos los imputados en el Principado vivían con ostentación, con casa allí y en España, coches de lujo, barcos, viajes y visitas a los más exclusivos restaurantes.

Pese a todas las zancadillas que tuvo que sortear Mármol Rojo los investigadores admiten que sin el trabajo tenaz de la Policía de Andorra, en concreto de la Sección de Delincuencia Organizada y Blanqueo, la operación no habría cristalizado jamás. En el minúsculo país vecino todo el mundo se conoce. Si alguien solicita investigar una cuenta bancaria, al día siguiente o ese mismo día es posible que incluso salga publicado y, desde luego, en el instante en que se entrega un mandamiento judicial se convierte en *vox populi*. Es un universo cerrado, *quasi* endogámico, donde un abogado pasa a ser en su siguiente etapa profesional jefe de la Policía o un fiscal se convierte en el dueño del bufete más cotizado. La Policía andorrana proporcionó con puntualidad y lealtad información sobre todos los flujos de dinero de la organización que pasaban por su territorio para su lavado en España y, en ocasiones, sobre su posterior retorno. El caso se judicializó allí y, como era previsible, quienes no debían enterarse, lo hicieron.

«Estábamos con las orejas tiesas, encima de los malos continuamente pero sin presionar en exceso para que se confiaran; incluso les dejamos que fueran a sacar las cajas de seguridad que tenían».

LA HORA DEL MÁRMOL

Una característica común de todos los golpes contra la mafia rusa ha sido el problema de cuándo actuar. Fijar una fecha ha deparado auténticos quebraderos de cabeza a los investigadores por el movimiento continuo de los objetivos, que entraban y salían del país como el que asiste a una fiesta. «Son redes internacionales en todos sus sentidos; muy cosmopolitas», ironiza uno de los agentes. «Cuando creíamos que todo estaba a punto, había que esperar a veces demasiado, hasta la desesperación, a que vinieran a España para poder detenerlos. Eran días, a veces semanas, de zozobra mascullando que tanto trabajo se podía ir al traste por un error de una fecha». Las experiencias posteriores les demostrarían que no andaban errados. En el caso de los ucranianos, solían venir una vez al año para firmar papeles y descansar en sus casas de ensueño. Pero las mansiones de Tres Calas, más que la guarida del guerrero eran auténticos zulos. En ellas acababa la carretera y empezaba el mar, de ahí que los reconocimientos y las discretas vigilancias tuvieran que hacerse desde un medio tan poco discreto como un helicóptero.

Después de años de trabajo el gran día había llegado. El 31 de mayo de 2005 debía estar todo listo. «Pensábamos que estaba al caer una firma de documentos importante en una notaría, así que tenían que aparecer. Nos enteramos de la fecha exacta de la llegada después de decenas de gestiones. Trabajamos con las compañías aéreas y logramos centrar no solo el vuelo que iban a tomar, sino hasta los números de asiento que ocuparían. Solo era cuestión ya de vigilar el coche que les recibiría en

el aeropuerto para saber en todo momento cuáles serían sus pasos».

Los seguimientos finales en Tarragona, Barcelona y Almería no dejaron ni un minuto de vacío. Los investigadores lograron «encerrarlos», controlarlos, a ellos y a todos sus posibles contactos, en un sigiloso aunque imponente despliegue. Mikhail Medvedev, 57 años, uno de los líderes, era vigilado en su mansión del barrio de Pedralbes en Barcelona. Los agentes, apostados en las inmediaciones, observaban con creciente inquietud las cámaras de vigilancia repartidas en el exterior que grababan hasta el aliento de un intruso; la valla de dos metros y medio de altura, las cristaleras blindadas del piso superior y una puerta acorazada a prueba de granadas daban una idea de las medidas de seguridad que adoptaba. La vivienda era una fortaleza más que una casa de vacaciones, pero la suerte les salió, una vez más, al encuentro. Medvedev llamó a un taxi para que lo llevara al aeropuerto. El coche apareció en seguida, pero el taxista no daba con el número del domicilio. Un agente camuflado se ofreció amablemente a ayudarlo... a perderse. El cliente marcó con insistencia el número de la central del taxi. «Mire, aquí no ha venido nadie. Voy a esperar en la puerta con una maleta y así el conductor podrá identificarme». Mikhail había caído en la trampa. «Chicos, en cuanto salga, lo trincamos», ordenó el jefe del operativo al resto del equipo. Al ucraniano se le descompuso el rostro cuando notó cómo caían sobre él dos agentes y lo arrastraban hasta una esquina de la calle trasera. Su mujer, la rusa Liubov Medvedeva, se plantó preocupada en la acera al ver que su marido tardaba. No tuvo tiempo de más. «Entramos con ellos en el chalé y el tipo se puso farruco. Le pedimos que abriera la cámara de seguridad y se negó, con malos modos. “Mire, o la abre usted o le metemos dinamita, así que vaya decidiendo”».

Ese mismo día cayeron en Tarragona sus manos derecha e izquierda: Oleg Kharchenko, de 42 años, y Volodymir Yaskovets, de 45. A la misma hora, en otro punto de la Ciudad Condal le ponían los grilletes al industrial José Antonio Casanovas Tomás, de 60 años. El empresario del mármol y nuevo rico, Antonio Alonso, fue detenido junto a su mujer en Almería. Más tarde les tocó a dos de sus hijos, David y Víctor, en Tarragona. En esta misma provincia tuvieron lugar más detenciones: el encargado de logística, Christian Tarruella Mejías; el abogado de Alonso, Luis Ángel Fernández López, entre otras, hasta llegar a un total trece arrestos. Al registrar el despacho del marmolista encontraron varias obras de arte, aunque no la litografía de Picasso que habían mirado de reojo los auditores en su día, pero sí un miró, un casal y un fortuný.

Cuando los objetivos de España, fueran españoles o ucranianos, estaban a buen recaudo, comenzaron los movimientos en Andorra. Hasta allí viajó el teniente de Información con un mandamiento judicial bajo el brazo del juez de la Audiencia Nacional Fernando Grande-Marlaska —al frente del juzgado de Garzón, que pasaba un año dando cursos en Nueva York—. Todo estaba listo para que un agente español

se sintiera como en casa en otro país.

No existe operación policial que no dé para un anecdotario aparte, y Mármol Rojo no es una excepción. En Andorra, paraíso del dinero de cuello blanco, se vivieron situaciones buñuelianas. Los agentes aún no podían comenzar el registro pese a que los investigados sabían de su presencia y que el tiempo les apremiaba para deshacerse de pruebas; faltaba el remate del mandamiento judicial. En esos días se celebraban en Andorra las Olimpiadas de los países pequeños (una competición a escala entre Malta, San Marino, Chipre y Andorra). Personas importantes pero contaminadas en el caso se debatían entre sus deseos de huir y la necesidad de no dejar en el despacho el rastro fiscal y monetario que tenían. Los atletas de tiro olímpico entrenaban en un hotel situado al lado del bufete. Se escapó un disparo y entró por la ventana del despacho de uno de los abogados. La bala atravesó el grueso cristal y quedó incrustada en una de las paredes. Más tarde se sabría el miedo que se coló por ese cristal en forma de bala perdida cuando relataron que creían que la mafia ucraniana iba a por ellos. Eso ocurrió justo el día antes de que la Policía de Andorra llevara a cabo el registro.

A primera hora de la mañana siguiente, policías del Principado y el agente español subieron a tres coches y se presentaron en el bufete enclavado en el paisaje pirenaico y revestido de maderas nobles y solera desde el vestíbulo hasta los baños. Fueron recibidos por dos secretarias. Capdevila y Kinder esperaban la visita, pero intentaron cambiar el curso de lo que se avecinaba. «Yo soy una persona respetable y esto me va a hacer mucho daño», espetó Capdevila, el ex decano del Colegio de Abogados, a los funcionarios. «¿Usted es policía?», le preguntó al que no conocía. «No, teniente de la Guardia Civil», respondió el interrogado imperturbable mientras a su interlocutor se le demudaba el rostro. Kinder no aguantó. Primero la bala y ahora la Guardia Civil. Cayó redondo. Hubo que llamar con urgencia a una ambulancia. El tipo tenía 240 pulsaciones y fue directo a la UCI primero y luego al hospital a Barcelona. Paripé o presión, lo mismo da, en ese momento ni la taquicardia le salvó de ser imputado.

EL ENREDO JUDICIAL

Grande-Marlaska envió a prisión a seis de los miembros del Grupo de Ucranianos de Tres Calas, que fueron puestos a disposición judicial: a los ucranianos Medvedev, Yaskovets y Kharchenko y a los españoles Antonio Alonso, el testaferro y quien puso a todos en contacto; al promotor José Antonio Casanovas y al asesor financiero del grupo Luis Ángel Fernández. Alonso, que acababa de ser abuelo, intentó eludir la cárcel a toda costa. Dijo al juez que era capaz de retirarse y transferir a España todo el dinero negro que habían ocultado en Andorra. «Si en quince días no he cumplido,

entonces me encarcela, señoría». El juez ni se inmutó; al mismo tiempo ordenó la busca y captura internacional de Leonid Vulf, Andrei Adamovski, Valery Tomal y Eleonora Polyakova. Además de todos los citados, el Juzgado Central número 5 de la Audiencia Nacional imputó por un presunto delito de blanqueo y asociación ilícita a Alexei Fedorov, al concejal andalucista de Vera Francisco Vázquez Soler, al ex presidente de la Diputación José Mariné Grau, de CiU, a los abogados andorranos Josep Rodríguez Valldepérez y Lluís Alfons Kinder Espinosa, a José Antonio Souto Meizoso y al ucraniano Vitaly Tomchyck.

Los encarcelados pasaron medio año entre rejas y después quedaron en libertad provisional. La instrucción de Mármol Rojo, que tanto había costado judicializar, empezó a enredarse de nuevo. El fiscal Anticorrupción que la había impulsado cambió de destino y fue sustituido por otro que, según algunas fuentes, no asumió el caso con las mismas ganas. El juez Grande-Marlaska volvió a su juzgado tras el regreso a España de Garzón —poco podía imaginar entonces el mediático magistrado las consecuencias que le depararía en el futuro ese año en Estados Unidos—; los investigadores tuvieron que volcarse con el resto de operaciones contra la mafia rusa que estaban abiertas y la colaboración de Ucrania fue nula.

Quedaban aún muchos flecos pendientes, entre ellos el papel de Leonid Vulf, que cumplía condena en Israel por asesinato. Ante la posibilidad de que Garzón emitiera una orden internacional de busca y captura contra él, el capo, aconsejado por sus abogados en ese país, accedió a viajar a Madrid para declarar. Los ojos azul transparente del escurridizo mafioso ucraniano no se le olvidarán nunca al investigador que concretó esa cita, avisándole de que un trato es un trato. «Fue una de las situaciones más delicadas en mi vida policial. Mientras el tipo me pedía en hebreo una serie de garantías, yo no podía quitarme de la cabeza qué pasaría si algo no se cumplía. Teníamos un compromiso de que lo llevaríamos ante el juez, pero... El enlace israelí parecía adivinar: “Más nos vale a todos que esto salga bien, si no, ya nos podemos esconder por lo menos en Uruguay”, me soltó sin ningún rodeo».

En la investigación Vulf era el enganche criminal con Ucrania, pero por otra parte su papel en España no iba más allá del de inversor, como tantos otros. De hecho, intentó comprar un terreno y construirse una mansión, pero no pudo porque no se le concedió el permiso de residencia. El acuerdo con los agentes prosperó. El capo accedió a viajar a Madrid, rodeado de medidas de seguridad y sigilo, para declarar ante Garzón, pero tampoco esa vez hubo suerte. Alguien que debía callar habló e informó al abogado de Vulf de que su cliente se había comprometido a comparecer. Los investigadores se sintieron frustrados y el parón se instaló en el caso. Todo apuntaba a que Mármol Rojo podía acabar sepultada en una estantería de la Audiencia Nacional.

El fiscal jefe Anticorrupción, Antonio Salinas, se reunió con los máximos

responsables de Información de la Guardia Civil y les explicó su postura. Adelantó que el Ministerio Público no estaba dispuesto a que el caso se cerrara en falso, que iban a pelear por él. A la vista de lo ocurrido, o pelearon poco o Garzón se cansó de la falta de resultados tangibles e hizo caso a los reiterados escritos de los abogados defensores que pedían el sobreseimiento de las actuaciones. El magistrado acordó sobreseer provisionalmente Mármol Rojo el 26 de marzo de 2009 porque «tras años de investigación ni la acusación ni la instrucción han logrado concretar los indicios» del presunto blanqueo y la asociación ilícita, según el auto. Ninguno de los 21 imputados, 13 de ellos detenidos, estaba ya en prisión para entonces, pero Garzón argumentó que «no pueden prolongarse los periodos que hacen incompatible cualquier acción de la Justicia con los criterios más elementales del derecho de defensa y de presunción de inocencia». Según el juez, la complejidad que tiene investigar la criminalidad económica, entre otras cuestiones por la necesidad de auxilio judicial y policial de otros países, no es motivo suficiente para que «esas deficiencias crónicas recaigan sobre los imputados».

En el momento en que se redactan estas páginas el futuro judicial del caso depende de una comisión rogatoria librada a Suiza que podría ser decisiva para que continúe el procedimiento o bien quede archivado.

LAS PRESIONES

Mármol Rojo fue el ensayo, el campo de operaciones de casi todo lo que vendría después, igual que lo fueron los primeros pasos de Avispa, aunque ambas operaciones se construyeron de forma completamente distinta. El golpe a los ucranianos ofreció asimismo las primeras pistas de las presiones y los movimientos en zigzag alrededor de los investigadores, la Fiscalía y el juez para que se rebajara la presión o más bien se mirara para otro lado, cualquier cosa menos estrangular los chorros de dinero que movían pequeños grupos de individuos. El verdadero alcance de estas influencias se vería en toda su crudeza en la operación Avispa, pero ya quedó muy claro en Mármol que los guijarros asfaltaban todo el camino: filtraciones desde dentro que hicieron peligrar las detenciones, presiones desde las embajadas, políticos españoles tocados por la organización, llamadas de abogados importantes recordando antiguos favores o favores inexistentes, amenazas de muerte y sustituciones en la Fiscalía que acabaron con la puesta en libertad de algunos detenidos. Yaskovets, el abogado, por ejemplo, se iba a presentar como diputado a la Rada —el Parlamento ucraniano— y otro de los detenidos, Kharchenko, había sido un alto mando en el Ejército de su país. Tras las detenciones el Parlamento se reunió para tratar lo que había ocurrido en España con *sus* ciudadanos. La propia Julia Timoshenko, candidata a presidir el país, se interesó por los detenidos. Se pidió información puntual a la Embajada española y dos

personas, nunca identificadas, viajaron hasta España para conocer los detalles del sumario. Diez días después de los arrestos, el agregado de la Embajada de Ucrania en Madrid desapareció y nunca más se supo. Los agentes lo interpretan como el castigo por no olerse lo que se estuvo cocinando durante varios años.

En la Guardia Civil se recuerda la visita de un supuesto policía ucraniano, en realidad un espía, que preguntó con nombres y apellidos por uno de los investigadores pese a que las identidades se habían manejado con absoluta discreción y en círculos muy reducidos. En un castellano más que razonable ofreció su colaboración de colega, pero el colmillo retorcido de quienes llevaban el caso les puso en guardia. Al marcharse, el falso policía del que nunca habían oído hablar ni volverían a hacerlo les dejó una llamativa tarjeta de visita, diseñada ex profeso para la ocasión, en la que cada palabra y cada emblema era falso. «Aún la guardo en un cajón por si algún día hay que tirar de ella», bromea el agente buscado por el ucraniano.

La Fiscalía General estuvo al tanto del desarrollo del operativo en todo momento, igual que el ministro del Interior, que lo pidió expresamente, y lo más sorprendente: los investigadores recibieron una información de absoluta credibilidad y confianza en la que se les advertía de que no siguieran ahondando en una rama aún poco investigada de las inversiones en Andorra —un proyecto para construir unas pistas de esquí— por si se encontraban en el camino sorpresas políticas. El nivel de las presiones desde todos los flancos aparece sintetizado, aunque con toda su crudeza, en un informe secreto que sigue en un cajón.

CONCLUSIONES

El origen del dinero no se pudo determinar con pruebas efectivas, debido a la compleja estructura societaria financiera montada; sí que parte de él procedía de actividades sospechosas y que detrás de esas actividades estaban los empresarios Sergey Taruta, Oleg Mktchan y el que fuera viceprimer ministro ucraniano, Vitaly Gayduk, es decir, los miembros del clan Donestsk. Ninguno de estos empresarios pudo ser imputado y, por supuesto, tras el sobreseimiento provisional la aportación de capitales quedó en el aire.

La sombra del clan planeó, como se ha visto, sobre la larguísima investigación, pero no se logró acotar su papel. Un repaso a las actividades del grupo ofrece algunas pistas de hasta dónde alcanzaban sus tentáculos. Tres clanes íntimamente ligados al poder controlan en Ucrania las principales empresas, fábricas, medios de comunicación e incluso equipos de fútbol. Pertenecer a uno de ellos es garantía de éxito. Son los de las ciudades de Donetsk, Dnipropetrovsk y Kiev.

El clan Donetsk lo lideran el actual primer ministro Yanukovich (que pasó dos

veces por prisión, en 1968 y 1972, ambas por agresión) y los empresarios Sergey Taruta y Rinat Ajmetov, quien con 3.500 millones de dólares es el hombre más rico de Ucrania. Dirigen ciento treinta y nueve grandes empresas, minas, plantas siderúrgicas, metalúrgicas, químicas, agrarias, alimenticias, bancos, etc. Ajmetov, dueño del equipo Shakhtar Donetsk, «impuso a Kuchma la candidatura de Yanukovich a presidente», según afirma Andriy Derkach, periodista de la agencia Ukrainian News. La Unión Industrial de Donbass (DSI), con sede en Donetsk, Ucrania oriental, y de la que era dueño Taruta, posee varias plantas en el país y fábricas de acero en Hungría y Polonia. En 2008 estuvo entre las 30 mayores productoras de este metal en todo el mundo, con más de diez millones de toneladas saliendo de sus plantas.

La Guardia Civil tiene registradas varias visitas a Tarragona del oligarca Taruta y sus socios, y sostiene que el capo Leonid Vulf se encargaba hasta su encarcelamiento de la seguridad de los miembros del clan. «Al parecer tiene una importante relevancia dentro del Grupo de Ucrucianos de Tres Calas, dado el recibimiento que le dispensan a su llegada a España», señalan los investigadores en su informe. El 17 de agosto del año 2000, en plena efervescencia de las transacciones financieras del grupo, Taruta llegó al aeropuerto de Reus en un *jet* procedente de Marsella con su mujer y sus dos hijas. Sus amigos les habían reservado un adosado de lujo en una urbanización de Cambrils, con flores y bombones, pero a la familia Taruta le supo a poco, así que acabaron alojándose en un espectacular hotel de Montbrió del Camp donde les recibió el abogado Yaskovets. Los gastos (330.000 pesetas solo por la habitación y el desayuno) los pagó Taruta, pero la reserva se hizo a nombre de Llars Reus, una de las sociedades de blanqueo. El coche se lo alquiló el encargado de logística Tarruella Mejías, cumpliendo órdenes, y cuatro días después se marcharon a Praga en el mismo *jet* privado, acompañados por su socio Oleg Mktchan. Un año más tarde regresaron en otro viaje relámpago y privado para asistir a la mencionada exposición de arte ucraniano que los agentes consideraron un pretexto para hacer negocios.

A principios de enero de 2010 se supo que un magnate ruso se había hecho con el control de la Unión Industrial de Donbass (DSI), uno de los grupos de acero más importantes de Ucrania como se ha dicho, según publicó la agencia de noticias Interfax-Ucrania. El ruso Alexander Katunin adquirió más del cincuenta por ciento de las acciones por unos 2.000 millones de dólares. Los medios ucranianos dieron cuenta de la sensible operación pocos días antes de las elecciones y señalaron la posible influencia de Rusia en la política y los negocios de Ucrania. Según un comunicado de DSI las acciones restantes han quedado en manos de Sergey Taruta, que seguiría ejerciendo como presidente de la Junta, y de Oleg Mktchan, que continuaría asimismo como director general. Los investigadores están convencidos de que ambos pasan aún parte de sus vacaciones en Tarragona; de sus cuentas y sus

inversiones ya han tenido que olvidarse. ¿O no?

KALASHOV SOPLA LAS VELAS

—Jefe, hay una novedad importante —le dijo a finales de febrero de 2003 un oficial del Servicio de Información de la Guardia Civil a su comandante—. Sabemos por una fuente fiable que Kalashov quiere organizar su fiesta de cumpleaños en España. Es una oportunidad única, porque seguro que vendrán los principales jefes mafiosos y podríamos controlarlos, identificarlos, hacerles fotografías y, sobre todo, saber qué pasa de verdad en esas *skhodka* (reuniones).

—¿La información es fetén? ¿Qué detalles tenemos? ¿De cuánto tiempo disponemos para preparar la operación?

—La información es fiable, de eso no tengo ni una duda. El cumpleaños es el 20 de marzo, pero comenzarán a llegar el día anterior. El 21 se marcharán. Ahora bien, tenemos un problema y no es pequeño. Por razones de seguridad, Kalashov quiere celebrarlo en un yate de lujo y ha dado instrucciones para que lo preparen. Si eso es así, lo vamos a pasar muy mal. A ver cómo demonios podemos vigilarlos, preparar algo para la ocasión con el poco tiempo que nos queda... Infiltrar a alguien en la tripulación, si es que al final lo hacen allí, es casi imposible, lo mismo que colocar cámaras en el barco.

—Está claro, tienes razón. Pero hay que ir a por todas. O lo hacemos ahora o será difícil que volvamos a tener una ocasión como esta. Bien, veamos... Hay que intentar que ese tío cambie de opinión, convencerle de que lo del yate es una tontería, hacerle ver que lo mejor es que elija un hotel apartado. ¿De quién podemos tirar?

La adrenalina subía en los dos mandos de la Guardia Civil, conscientes de lo difícil que era que el mismo tren se detuviese dos veces en su estación. Había que subirse en marcha, sin tiempo que perder, puesto que apenas quedaban unas semanas para la fiesta. Según la experiencia de los investigadores, la magnitud de estas celebraciones era directamente proporcional a la importancia del «ladrón en la ley» que las organizaba y, sin duda, Kalashov estaba en lo más alto del escalafón en la mafia rusa. Sabían, además, que los «prestigiosos» invitados aprovechaban la farra para debatir y tomar decisiones estratégicas sobre sus negocios. El último antecedente conocido de una cita similar se remontaba a noviembre del año anterior, en Ginebra, casi con los mismos asistentes, tal y como les habían contado policías de Francia, Alemania e Italia. Coincidió con la salida de prisión del capo georgiano. Allí se autoproclamó el mandamás y nadie rechistó.

—Jefe —continuó el capitán—, la única solución que veo es que sea su propia gente quien le convenza de que lo del barco no es viable y resulta más peligroso que un hotel. El único que puede hacer ese trabajo es Alexander Minin, ya sabes, ese tío

que parece su secretario personal, con el que hemos hablado alguna vez.

—Sí, sé quién me dices... No sé si es de fiar, pero en cualquier caso no tenemos demasiadas opciones. El argumento que hay que utilizar es el de la seguridad, debemos hacerles ver que pueden adoptar medidas de protección mucho más eficaces en el hotel, que allí será más complicado vigilarlos. A ver cómo podemos hablar con ese Minin sin que sospeche de nuestro plan. Kalashov está obsesionado con su seguridad, y si, desde aquí, gente de su confianza le orienta para que evite el yate, quizá atienda la sugerencia. No tenemos nada que perder. Vamos a intentarlo.

Pasaron algunos días, durante los cuales los agentes desplegaron sus mejores dotes persuasivas con todo aquel que pudiera influir, siquiera mínimamente, en la elección del lugar. Se centraron, claro está, en los círculos próximos al secretario personal del *vor v zakone*. Nadie quería hacerse ilusiones, pero en ocasiones eso de *No news, good news* es una verdad como un templo. Hasta que llegó el día clave.

—No te lo vas a creer, jefe. Kalashov ha aceptado cambiar. Celebrará la fiesta en el hotel Montíboli de Villajoyosa, el que nosotros habíamos sugerido... Todo ha funcionado como un reloj.

—Perfecto. Ha llegado nuestro momento. Da la enhorabuena a todos pero que nadie se relaje; esto no ha acabado.

En los despachos de los servicios centrales de Información de la Guardia Civil, con sede en Madrid, la decisión del capo georgiano fue acogida con una satisfacción difícilmente disimulable, aunque en el caso del oficial al mando del operativo el asunto le costara algún contratiempo doméstico: una vez más no iba a poder celebrar con sus hijos, que no viven en la capital, el Día del Padre; la ocasión lo merecía y contaba con la complicidad de su familia. La añagaza había dado resultado y por primera vez los agentes iban a poder controlar de principio a fin un cumpleaños, una *skhodka*, sin duda una de las reuniones más importantes de cuantas pueden celebrar los jefes de estas multinacionales del crimen. Aquello era otra demostración más de que el trabajo que había comenzado de forma callada y modesta en los años noventa empezaba a fructificar, aunque fuera en 2003, tanto tiempo después.

No había tiempo que perder. Era indispensable preparar cuanto antes la bienvenida adecuada a tan selecta clientela. Se dio la orden de averiguar cómo llegarían a España los invitados que no residían en nuestro país para seguirlos desde el momento en que pusieran un pie aquí, e incluso antes. Y sobre todo era clave diseñar el plan de vigilancia en el hotel elegido por Kalashov —en realidad por Alexander Minin, a sugerencia de la Guardia Civil—, el magnífico Montíboli.

Este establecimiento contaba con todos los requisitos para que los *vory v zakonem* se sintieran seguros: aislado, dispone de una cala particular y está dividido en alas, de modo que una de ellas se puede hacer totalmente inaccesible e impedir el paso a cualquier persona ajena a la fiesta, tal como pedía el anfitrión. Además, tiene una

verja que hay que abrir para acceder al patio, lo que colocaba a los huéspedes a salvo de miradas indeseables. Y, sobre todo, respondía a los cánones de lujo —vistas espectaculares, amplias habitaciones, buenas comunicaciones...—, exigidos por Kalashov, para quien, no hay que olvidarlo, el acontecimiento iba mucho más allá de su fiesta de aniversario; se trataba de una demostración de poder en toda regla.

La desconfianza de los jefes criminales era tal que pretendieron cerrar el hotel. No lo consiguieron porque para esas fechas el establecimiento ya tenía reservas confirmadas con anterioridad imposibles de cancelar. Eso sí, los organizadores exigieron conocer antes del festejo a todos los trabajadores con los que fueran a tener algún contacto: camareros, limpiadoras, conserjes... La razón estaba clara: querían evitar a cualquier precio que alguno de ellos trabajara en realidad para algún servicio policial español o extranjero. Lo cierto es que ahí sí tuvieron éxito porque ningún empleado era guardia civil. No hacía falta.

Aunque en esa época los sistemas de vigilancia no estaban tan avanzados como en la actualidad, los especialistas en estas operaciones, llegados desde Madrid, lograron colocar una cámara de videovigilancia y un micrófono entre el *atrezzo* que adornaba los cuidados y amplios jardines tropicales del Montíboli. Las imágenes y el sonido que captaran se grabarían en los aparatos instalados en una habitación del propio hotel, separada por la suficiente distancia de seguridad de las que ocuparían los invitados para evitar cualquier sospecha.

Las revelaciones de Alexander Minin pusieron al descubierto que Kalashov había fletado un avión en el que viajaría medio centenar de personas, entre los invitados de menor nivel y los músicos y bailarines que iban a amenizar la jornada. Otros de los asistentes llegarían en vuelos privados y en coches. El primer aparato despegó de Moscú el 20 de marzo por la mañana y aterrizó al filo del mediodía en Alicante. El traslado a Villajoyosa se hizo por carretera. Todo el viaje estuvo controlado por un discreto dispositivo de agentes del Instituto Armado, invisible para los expedicionarios. El resto de invitados llegó a bordo de espectaculares vehículos de lujo, escoltados por guardaespaldas y también, cómo no, por despampanantes mujeres dispuestas a hacerles la estancia más grata.

La llegada al hotel fue el momento elegido por la Guardia Civil para, de forma muy discreta, identificar a todos los asistentes. Se diseñó un plan sencillo, pero muy eficaz. A medida que entraban los huéspedes tenían que registrarse. Los agentes aplicaron el sistema de control de pasajeros de los aeropuertos y dieron prioridad absoluta a la información recabada; consiguieron así datos y fotografías en tiempo real con un método limpio. Por supuesto, ninguno de los *vory v zakonen* intuía nada de lo que sucedía delante de sus narices.

Entre los cerca de setenta asistentes al festejo estaban sujetos tan poco recomendables como Tariel Oniani; Vladimir Tiurin, alias *Turik*; Vitali Izgilov, alias

la Fiera; Timour Babev; Aslan Ussoyan, alias *Ded Hassan*, protector y padre criminal de Kalashov; Jemal Khatchidze, alias *Dzemaal*; Vajtang Kardava, alias *Vajo Sujumesky*; Mamuka Mikeladze, alias *Mamuka*; Albert Cholokian y Alexander Minin, entre otros. También acudió Natalia Serova, una mujer interesante porque había trabajado de traductora para importantes «hombres de negocios» rusos y por tanto conocía bien sus movimientos. Pocas veces se podía reunir un elenco de criminales tan siniestro. Entre ellos se encontraban responsables de asesinatos y de todo tipo de tráfico ilícitos, individuos capaces de blanquear cantidades astronómicas de dinero y con unas relaciones políticas en sus países que hacían difícil saber quién estaba a las órdenes de quién: si los mafiosos a las de los políticos o viceversa.

A la caída de la tarde, una vez alojados todos los invitados en sus lujosas habitaciones con magníficas vistas al mar, daba comienzo de forma oficial la fiesta de cumpleaños. Los asistentes lucían sus mejores galas y entre los modelos escogidos por alguno de los criminales se podían ver ajustados trajes blancos con solapas notables, de una estética que recordaba al Tony Manero de *Fiebre del Sábado Noche*. Las cadenas de oro y los aparatosos anillos también era moneda común entre los huéspedes, que disfrutaban de la divertida velada ajenos a la estrecha vigilancia desplegada a su alrededor. Por desgracia, un inoportuno viento y la colocación en las mesas —detalles que ni la Guardia Civil puede controlar— provocaron que la cámara no pudiera grabar todos los aspectos relevantes, aunque sí los suficientes como para obtener una información valiosísima.

Entre las anécdotas que se produjeron en aquella cita destaca la actitud de uno de los comensales, un tipo moreno, velludo, vestido con atuendo más que discutible — indescriptible su traje impoluto estilo rumbero de los setenta—, que durante toda la fiesta decidió adoptar el papel de gracioso oficial. Lo malo para él fue que no debía de tener demasiada gracia, porque poco tiempo después sería asesinado a tiros en Moscú, según las informaciones recibidas por la Guardia Civil. En las imágenes también se podía ver a la actual mujer de Kalashov, Marina Ratzenko.

Durante aquellos días en el hotel Montíboli se tomaron decisiones trascendentales para el futuro de las mafias rusas. Así, se habló de la ampliación de una serie de inversiones que se estaban llevando a cabo en esos momentos, tanto en España como en otros países occidentales a los que habían extendido sus actividades; de la resolución de conflictos o rivalidades surgidos durante estas operaciones y de la inversión inicial de 1.200.000 euros para promociones inmobiliarias en terrenos situados en el término municipal de Marbella. Varios de los asistentes habían comenzado a trasladar su residencia a esa localidad de la Costa del Sol.

Pero el cumpleaños no había centrado solo la atención de la Guardia Civil. El 20 de marzo el Ministerio del Interior ruso envió una comunicación a la Policía española

para que investigaran una reunión de *vory v zakonen* que, según sus noticias, se iba a celebrar en España, en algún punto de la costa de Levante.

La Brigada Central de Crimen Organizado de la Policía se puso manos a la obra, y el 13 de mayo redactaba un informe confidencial en el que daba cuenta de sus averiguaciones. En el documento se hacía hincapié en que «el hecho de que se celebre en España un evento de estas características, refleja que nuestro país ha sido considerado como una zona en la que extender sus actividades, tanto de índole legal como ilegal. [...] En el ámbito delictivo ruso-georgiano —continuaba el informe— se aprovechan este tipo de celebraciones de carácter aparentemente festivo para, en realidad, mantener de forma encubierta reuniones de jefes criminales dirigidas a intercambiar opiniones, repartir las áreas de negocio y buscar soluciones a las desavenencias surgidas». Se detallaba la lista de «ladrones en la ley» que se citaron en el Montíboli y se aseguraba que si eligieron España para este encuentro fue porque la mayor parte de esos individuos vivían o tenían propiedades aquí, porque consideraban nuestro país como un lugar seguro y porque los jefes que residían fuera disponían de testaferros que garantizaban sus intereses.

El policía que lo redactó recuerda que unos años antes se había celebrado un encuentro similar en San Juan en el que participaron Kalashov e Izgilov —lo había organizado este último—, cuya finalidad fue repartirse la provincia de Alicante por actividades delictivas y áreas geográficas. En el caso de la fiesta del Montíboli, «se ha sabido que Tiurin, Kalashov, Khatchidze e Izgilov han acordado, en el transcurso de la reunión, invertir en terrenos destinados a la construcción de inmuebles. La primera transacción prevista consiste en la adquisición de fincas próximas al término municipal de Marbella por un importe de 1.200.000 euros. [...] Previsiblemente —avanzaba el documento— los cuatro trasladarán su residencia a Málaga, buscando un nuevo emplazamiento cuya localización sea desconocida, con objeto de sustraerse tanto al control de los organismos de seguridad como al de otros personajes del crimen organizado rivales». En el caso de Kalashov, ese vaticinio se cumplió con creces.

El autor del informe, de cuatro folios, alertaba de que se «puede prever una mayor incidencia de estas estructuras delictivas en España» y de que nuestro país había pasado de ser un lugar de descanso a convertirse en «una zona de actuación». La información obtenida por la Policía no solo era fiable, sino que su análisis sigue vigente. Y eso que en su caso tuvieron que investigar cuando el cumpleaños ya se había celebrado.

LOS PRIMEROS VUELOS DE LA AVISPA

—Oye, ¿por qué tenéis aquí esta foto? ¿Qué sabéis de este individuo?

—Se llama Tariel Oniani, es un mafioso georgiano y pensamos que es un tío importante. Le estamos investigando, pero de momento no hemos encontrado nada concreto. Creemos que se dedica al blanqueo de dinero y sospechamos que puede tener conexiones con algunos políticos de la ciudad. Hemos traído la foto porque os íbamos a preguntar si vosotros tenéis alguna noticia suya.

—¡Claro que sí! Llevo meses, por no decir años, trabajando sobre él; es un *vor v zakone* de los que se han asentado en España y ha elegido Barcelona como base de operaciones. Oniani es uno de los peces gordos, pero hay varios más, georgianos como él. Le hemos dado muchas vueltas a este tema y creemos que ha llegado el momento de plantear una gran operación para pararles los pies. O lo hacemos ya o el asunto se nos puede ir de las manos. Pero, como os digo, Oniani es solo uno de los importantes. Por Alicante se mueve un tipo que se llama Zakhar Kalashov que es el auténtico «número uno» de la mafia de ese país. En cuanto a Oniani, tenéis razón: nos han dicho que blanquea muchísima pasta y que se relaciona con altos cargos de la Administración, lo que le hace doblemente peligroso. Retened también otros nombres; Vitali Izgilov, apodado *la Fiera*, investigado en su día a petición de Alemania, y Vladimir Tiurin, al que hicimos vigilancias en varias ocasiones. Para que os hagáis una idea de quién es este sujeto os diré que está implicado en varios asesinatos en Irkutsk.

La conversación se había producido a principios de 2003 durante una reunión celebrada en la enorme sala de juntas del edificio de la Jefatura Superior de Policía de Cataluña, en la Vía Laietana de la Ciudad Condal. A la cita habían acudido los agentes de delincuencia organizada de esa comunidad, un inspector jefe de la Brigada Central de Crimen Organizado y su nuevo responsable, un comisario con merecida fama de ser uno de los mejores investigadores del Cuerpo. Los dos últimos habían viajado a Barcelona desde Madrid para, en principio, hablar de un asunto de narcotráfico, pero el encuentro tomó esos derroteros en cuanto el experto en las mafias rusas descubrió entre los muchos papeles que había encima de la amplia mesa la fotografía de Oniani.

—El grupo de este individuo —continuó el inspector jefe— tiene una rama económica, que actúa sobre todo en el mundo de la hostelería y que primero dirigió Malchas Tetrushvili, aunque ahora ha cobrado importancia el papel de Vazha Bogveradze, ambos georgianos como su jefe; otra estrictamente criminal, dedicada al tráfico de drogas y a la extorsión, que parece a cargo de un individuo identificado como Giorgi Mikadze, y una tercera que, según nuestras noticias, intenta corromper a políticos. Esta última nos preocupa de forma especial y parece que es Tetrushvili, a través de sus restaurantes y bares, quien hace los manejos.

—Bien, es suficiente —zanjó el comisario—. Hay que ponerse a trabajar desde ahora mismo; tenemos que saber con qué datos contamos de cada uno de estos

individuos y a partir de ahí iremos tomando decisiones. Nosotros coordinaremos desde Madrid, ya que hay sospechosos en varias comunidades y el inspector jefe es quien tiene más avanzada la investigación. Además, mantiene excelentes relaciones con otras policías que vamos a utilizar a fondo. Sin esa colaboración hay poco que hacer. Quiero máxima reserva. Son muy peligrosos y todas las precauciones son pocas.

En abril de 2003 el agente al mando del Grupo de Países del Este comenzó a trabajar en su primer informe, que constaba de 150 páginas, de las que 42 formaban el cuerpo principal y el resto se dividía entre un estudio económico de los investigados y un anexo en el que se aportaba toda la base documental que sustentaba las afirmaciones. Algunos meses antes, en septiembre de 2002, la Policía había recibido una solicitud de la Dirección General de la Lucha contra el Crimen Organizado del Ministerio del Interior de Rusia. Pedían todos los datos disponibles de los *vory v zakonen* Kalashov, Tiurin, Khatchidze y Kardava. Incluso, proponían la apertura de una ambiciosa investigación conjunta entre ambos Cuerpos.

Aquella propuesta había sido vista con buenos ojos por los agentes españoles; parecía una magnífica forma de comenzar a plantar cara a tan singulares criminales. Sin embargo, no fue posible siquiera comenzar a trabajar: cuando aún estaban con las conversaciones preliminares se recibió una noticia según la cual Kalashov había sido informado minuto a minuto de lo que se estaba cocinando. No sería el último chivatazo que recibieran los mafiosos.

A principios de 2004 la Policía acudió a Garzón para judicializar la operación; en realidad fue a ver al entonces fiscal Enrique Molina, con quien el magistrado solía trabajar. La razón era evidente: «El Central 5 era un juzgado “batallador”; la Brigada Central de Crimen Organizado ya había trabajado con él en otros casos delicados y los resultados fueron muy satisfactorios. Parecía la mejor opción», explica uno de los investigadores. Así, con su informe debajo del brazo, los agentes llamaron a la puerta de la Audiencia Nacional.

—Lo siento —les dijo el fiscal—, no podemos hacernos cargo del asunto. Creemos que no está clara la competencia de la Audiencia Nacional. No hay droga ni otros tráficos ilícitos y me decís que si un día aparecen estupefacientes en esta investigación sería un fracaso. Además, hace unos años se trabajó aquí un tema similar y quedó en nada por motivos de competencia entre la Audiencia Nacional y un juzgado de instrucción.

—Pero esto es un caso claro de crimen organizado internacional —respondieron los policías—, y del más peligroso; y eso sí es competencia de la Audiencia Nacional.

—Mirad, tal como están las cosas, lo mejor es que habléis con la Guardia Civil, que también lleva un caso de mafia rusa —se refería a Mármol Rojo—. Hay un fiscal Anticorrupción muy activo que impulsa las investigaciones y que está muy animado

con los avances que están consiguiendo. Hablad con ellos, porque es la única salida que le veo.

El inspector jefe no echó en saco roto esas palabras. Sin perder tiempo cogió el teléfono y pidió hablar con el teniente coronel de la Guardia Civil que llevaba Mármol Rojo. Al día siguiente, el responsable del Grupo de Países del Este de la Policía y otro oficial se sentaban a la misma mesa.

—Sé que investigáis a los rusos —dijo el policía—. Nosotros también, y supongo que tampoco tenéis demasiados medios ni nadie en la Audiencia Nacional que quiera llevar el caso. Os propongo trabajar juntos, unir nuestras fuerzas. Es muy difícil que por separado crean en este proyecto, de modo que es mejor ponernos de acuerdo.

—Es cierto —contestó el teniente coronel—. Llevamos mucho tiempo con esto y tenemos buena información, aunque nos faltan medios. Lo mejor es que mantengamos una reunión en la que cada uno exponga sus resultados y a partir de ahí nos dividimos el trabajo. La Fiscalía Anticorrupción debería ser la que coordine, porque está metida en estos temas. Estamos trabajando con ella en el asunto de los ucranianos de Mármol Rojo y está funcionando bien. Como es lógico, esta operación la continuaremos en solitario, porque ya está muy avanzada.

—De acuerdo. Cada Cuerpo actuará según estime conveniente, seguirá sus métodos y responderá ante sus jefes; a lo único a lo que estará obligado es a mantener a los demás informados de los resultados y a aportar todos los datos sobre cualquier objetivo que no le haya sido asignado.

En una segunda reunión, pocos días después, aún se perfilaron más las cosas; delimitaron quién debía investigar a cada sospechoso. El reparto fue sencillo, consecuencia directa de cómo tenía la investigación cada uno y de sus disponibilidades técnicas y humanas.

—Vosotros tenéis también en marcha Mármol Rojo —explicó el policía—, de modo que si os parece bien nos quedamos con Kalashov, Oniani y Tiurin, y todo lo que se mueve a su alrededor.

—Está bien, nosotros nos ocupamos de Izgilov. Le tenemos un especial cariño. Incluso teníamos abierta contra él la operación Ogro. Os pasamos toda la información que tenemos de Kalashov.

La única «discrepancia» surgió precisamente con el nombre que se daría a las investigaciones. El Instituto Armado sostenía —y sostiene— que debería ser «Ogro», dado que era anterior a la Avispa de la Policía. Sin embargo, no salió adelante su criterio y la nomenclatura es aún hoy motivo de bromas entre los investigadores.

Los agentes se pusieron manos a la obra. La orden, tajante, era actuar con absoluta lealtad, porque unos y otros tenían muy presentes los años de penurias, aquellos en los que nadie creía en ellos y veían con desesperación cómo todas sus señales de alarma pasaban desapercibidas. Por primera vez, se podía contar con algo

parecido a una estructura: un órgano coordinador —la Fiscalía Anticorrupción—, responsables policiales dirigiendo sus equipos e investigadores dispuestos a colaborar en todo lo necesario con sus compañeros independientemente del uniforme que vistieran.

Tanto por parte de la Policía como de la Guardia Civil había buenos puntos de partida, información fiable acumulada al cabo de los años que ya comenzaba a poner el foco sobre los principales implicados. Así, en informes de finales de los noventa aparecía el nombre de Zakhar Kalashov, alias *Sakro el Joven*, de origen kurdo, nacido en Tblisi (Georgia) el 20 de marzo de 1953, aunque tiene también la nacionalidad rusa. Por aquel entonces vivía con su mujer en un chalé llamado Villa Hatuna, en la urbanización Playa Flamenca de la localidad alicantina de Orihuela. Esa vivienda la ocuparía posteriormente, hasta 2005, Alexander Minin, el secretario particular y chico para todo del *vor v zakone*. Kalashov, según se sabía ya entonces, pertenecía al denominado «Clan de los Once», una especie de superestructura que agruparía a los principales capos al estilo de la cúpula de Cosa Nostra, aunque esta es una de las pocas similitudes que pueden encontrarse entre ambas mafias.

No menos importante era Aslan Ussoyan, alias *Ded Hassan* o *el Viejo*, también nacido en Tblisi aunque muchos años antes, el 20 de febrero de 1937. Se trata de uno de los jefes criminales de mayor prestigio, con enorme poder en Siberia oriental, San Petersburgo, sur de Rusia, Krasnodar y la región de Moscú. Muy próximo al FSB, hay quien todavía hoy le acusa abiertamente de colaborar con ellos y ser el delator de sus enemigos. Fue el padre criminal de Kalashov, a quien coronó personalmente como «ladrón en la ley», facilitando su acceso al Clan de los Once, en el que él mismo tenía un enorme peso. Más adelante se convirtió en su suegro. Estuvo mucho tiempo preso y quedó en libertad en 1995. Al año siguiente comenzaron a detectarse sus viajes a España para reunirse con Sakro. Es su «ángel de la guarda», su mentor, su padre criminal y también espiritual, si es que puede aplicarse un término así a tipos tan siniestros como estos.

Jemal Khatchidze era otro de los que figuraban en aquel primer libro de honor. *Vor v zakone* nacido en 1937, fue considerado como un capo de primera fila y con capacidad operativa relevante tanto en las antiguas repúblicas soviéticas como en el resto del mundo. Su ámbito de actuación era, a finales de los noventa, Rusia y Alemania, donde la mafia rusa había comenzado su expansión unos años antes. La Policía consideraba por entonces que no tenía negocios en nuestro país, al que solo venía a pasar las vacaciones; curiosamente, elegía para descansar una vivienda de lujo muy próxima a la de Kalashov, en la urbanización Playa Flamenca de Orihuela.

En esos informes policiales también se daba cumplida cuenta de Tariel Guramovich Oniani —ese era su nombre completo—, «ladrón en la ley» nacido en Kutaisi el 2 de junio de 1958. En aquella época vivía en una urbanización de lujo

llamada Can Teixidó, en Alella (Barcelona), y estaba considerado policialmente como uno de los dirigentes de la Kutaiskaya, el grupo mafioso más influyente de Georgia.

Vitali Izgilov, alias *la Fiera*, fue igualmente objeto de atención como pieza clave del entramado. *Vor v zakone* nacido en Rusia el 10 de octubre de 1959, la Policía le situaba al frente de varios grupos criminales que trabajaban a las órdenes de la todopoderosa Solntsevskaya, nacida en el barrio moscovita de Solntsevo. Los investigadores consideraban entonces que su zona de operaciones era prioritariamente Alemania, aunque se precisaba que también podía trabajar en otras partes del mundo. A finales de los años noventa había fijado su residencia en la calle Almendros nº 2 de la urbanización Pueblo Español, en El Campello (Alicante).

El penúltimo objetivo importante que marcaban esos informes policiales era Vladimir Tiurin —o Tiourine, como también se le conocía—, uno de los primeros «ladrones en la ley» afincado en España. Jefe de la Bratskaya, mafia cuyo territorio era la región de Irkutsk, en Siberia, había logrado monopolizar los sectores del petróleo, la madera y el carbón. Contaba con numerosos antecedentes penales por violación, agresión, desórdenes públicos, extorsión, robo de automóviles, asesinatos y secuestros y mantenía buenas relaciones con grupos criminales de Moscú que le habían ayudado a controlar todo el territorio de Siberia. Primero residió, como alguno de sus colegas, en Orihuela; posteriormente se trasladó a Alfaz del Pí, también en Alicante, y luego a Benissa, una población de la misma provincia, en concreto a la finca La Amistad, en la urbanización Pla de Molins.

Finalmente se aludía a otro personaje, Vajtang Kardava, alias *Vajo*, nacido el 23 de junio de 1957 en Suchumi (Georgia), aunque usaba la identidad de Tamazik Zafirov, de nacionalidad griega. Era uno de los jefes mafiosos de la Kutaiskaya, liderada por Oniani, y sería asesinado a tiros el 25 de abril de 2005 junto a su guardaespaldas en un restaurante moscovita. Antes de eso vivía en la ya famosa urbanización Playa Flamenca de Orihuela, en una finca colindante con la de Kalashov. Un vecindario, como se ve, en el que se podía encontrar lo mejorcito de cada casa.

CADENA DE ASESINATOS

En el último trimestre de 2003 se sucedían las reuniones entre los responsables de la investigación, a la que se había sumado la Agencia Tributaria para el análisis de los flujos financieros. En esos encuentros se ponían los nuevos datos sobre la mesa y se daban instrucciones precisas para seguir adelante.

—Vale, sabemos que son muy peligrosos, que ganan enormes cantidades de dinero con el crimen organizado y que han elegido España como base de operaciones

y para blanquear dinero. Lo sabemos, pero no lo podemos demostrar. De modo que vayamos por partes. Primero acreditaremos que son líderes mafiosos. Y eso no lo podemos hacer solos. Tenemos que pedir la colaboración de los servicios policiales amigos —explicó el inspector jefe a su comisario.

—Pero no es suficiente; una vez que tengamos eso demostrado habrá que encontrar pruebas de que estos individuos no tienen una actividad laboral legal que pueda justificar su actual tren de vida. Debemos encontrar, por tanto, la conexión entre el dinero del crimen y sus actividades en apariencia legales.

—Y finalmente hay que poner al descubierto la trama de sociedades que han creado para el blanqueo, identificar qué papel juega no solo cada capo, sino también sus testaferros. Así, además, podremos acusarlos de asociación ilícita.

—Nos queda mucho trabajo por delante, pero al menos ahora sabemos qué queremos y cómo conseguirlo. No es poco.

En las informaciones en poder de los agentes españoles quedaba bien dibujado el perfil de los objetivos de la investigación. Así, sobre Taniel Oniani, la Policía tenía información procedente de sus colegas de la Policía Federal alemana, el BKA, según la cual había participado, con su lugarteniente Merab Dzhangveladze, en el secuestro y posterior asesinato en Georgia de un miembro de una banda rival. La víctima, por la que exigieron quince millones de dólares como rescate, debía pagar por una estafa de la que habrían sido víctimas, junto al propio Oniani, Vitali Izgilov y Aslan Ussoyan. Además, se le implicaba en otro crimen en Viena.

Los datos sobre Zakhar Kalashov no eran menos relevantes. Desde su primera condena por robo en 1971, cuando aún era menor, su vida ha estado siempre ligada a la delincuencia. En marzo de 1996 fue tiroteado por varios sicarios en una calle de Moscú y salvó el pellejo de milagro. Ni siquiera pudo ser interrogado por la Policía moscovita porque a las pocas horas, aún malherido, pidió el alta voluntaria en el hospital debido al miedo que tenía de que los criminales acabaran su trabajo en el centro sanitario. Y es que el *vor* sabía que por muy precario que fuera su estado físico, su vida corría menos peligro en la calle que postrado en la cama de aquel sanatorio. Años después, durante su juicio, trascendería que había sido Alexander Minin, su hombre de confianza y casi secretario particular, quien lo había protegido en aquellas horas dramáticas. Las pesquisas realizadas apuntaban a la todopoderosa Izmailovskaya como responsable del ataque.

Por su parte, la Fiscalía georgiana abrió una investigación contra Sakro y otro de sus hombres, Mikhail Mdinradze, «con el fin de confiscar y transmitir al Estado los bienes ilegales o sin justificantes correspondientes que estén en posesión de los mencionados imputados». En Georgia había asimismo abiertas diligencias contra Kalashov por el secuestro del súbdito estadounidense Alexander Krain, ocurrido en 2000. Por si fuera poco, en Suiza se le siguieron los pasos por blanquear grandes

sumas de dinero. Su fortuna rondaba por entonces los 200 millones de euros, según las estimaciones más fiables.

Informes de Inteligencia precisaban que Kalashov controlaba la actividad financiera de una serie de importantes casinos moscovitas, que habría robado a Krain, de los que obtenía unas ganancias mensuales de más de un millón de dólares. Esos documentos destacaban sus estrechas relaciones con un sobrino del ex presidente de Georgia y ex ministro de Exteriores de la Unión Soviética, Eduard Shevardnadze, con el que compartía un negocio de juegos de azar en Tblisi.

Pero para que Sakro pudiera blanquear en España los beneficios de sus actividades criminales tuvo que crear antes una cierta estructura. Es en este punto donde aparecen dos personas clave en la trama financiera del número uno de la mafia georgiana: Natalia Serova y Alexander Minin.

La Policía averiguó que Serova y Minin fueron los encargados de abonar la abultada factura del cumpleaños de Kalashov a través de una transferencia bancaria desde una cuenta de La Caixa. Los dos sospechosos, que desde hacía años estaban afincados en España, eran considerados como la punta de lanza utilizada por la mafia georgiana para sus actividades económicas. Recibían importantes cantidades de dinero mediante transferencias bancarias ordenadas por bancos de Estonia, Letonia, Emiratos Árabes Unidos, Austria y Estados Unidos. Parte de esas sumas se habrían utilizado en la adquisición de terrenos para construir urbanizaciones y centros comerciales, tal como se acordó en el cumpleaños de Kalashov.

En enero de 2003, Natalia Serova y Alexander Minin constituyeron una sociedad, Sunninvest 2000, S. L., domiciliada en Málaga. La mujer figuraba como administradora y su compañero era el apoderado. El objeto social era la compra, urbanización, promoción, edificación, venta y alquiler de todo tipo de solares. Ambos aparecían con los mismos cargos en otra sociedad, Elviria Invest, S. L., que tenía el mismo domicilio social que la anterior.

En octubre de ese año se supo que Sunninvest había ampliado su capital social el 22 de mayo anterior, pasando de 4.903 euros hasta los tres millones. Para ello se aportó un solar de más de 16.000 metros cuadrados en Benalmádena, donde la empresa tenía proyectado construir treinta y ocho adosados y ochenta y tres plazas de aparcamiento.

Minin fue el encargado de hacer la citada ampliación, junto con los *vory* Leon Lann y Konstantin Manukian, quienes figuraban como propietarios de la finca. Resulta curioso que solo tres días después de esa operación, en la que se hacía la ya citada valoración del terreno aportado, se pagaran solo 1.127.337 euros a las sociedades que lo vendieron. Para la Policía, la diferencia pudo deberse a que la parte que faltaba se había abonado en efectivo. Sea como fuere, según los investigadores las cuentas bancarias de esos dos nuevos socios actuaban como vías de penetración

de grandes cantidades de dinero procedentes de bancos extranjeros. Buena parte de esos fondos acababan en las cuentas de Sunninvest y de Elviria Invest.

En cuanto a Vladimir Tiurin, jefe de la Bratskaya, ya a mediados de 1998 había comenzado a estar en el punto de mira de la Policía española. Había informaciones de que podría estar dedicándose a blanquear dinero procedente del tráfico de cocaína y heroína organizado desde Colombia y con destino a la ciudad rusa de Brats, su localidad natal, que da nombre a la red criminal que controlaba. El Juzgado Central de Instrucción número 3 de la Audiencia Nacional abrió diligencias previas por este asunto y autorizó intervenciones telefónicas, que se prolongaron durante cinco meses. Los investigadores lograron abundante información sobre la trama familiar de este individuo así como de sus relevantes conexiones con otros rusos de Alicante. Esos contactos ponían al descubierto que Tiurin realizaba sus actividades financieras a través de Gibraltar y Londres.

A pesar de los datos concretos que lo acusaban, el juez instructor decidió archivar el caso porque consideraba que no quedaba acreditada la comisión de delito alguno. La llegada de nuevas informaciones motivó que el mismo magistrado decidiera, a mediados de 1999, abrir una nueva investigación que se sobreescribió a principios de 2000. A mediados de ese año los investigadores supieron que Tiurin ya se había afincado en España de forma más estable. Era el momento de retomar el caso y se autorizó una serie de intervenciones telefónicas. Por tercera vez se tuvo que cerrar el caso.

En mayo de 2001 se recibió por vía de urgencia una comisión rogatoria de Rusia en la que se solicitaban gestiones sobre unas cuentas bancarias a nombre de una ciudadana rusa llamada Polyacoba Lyubov, implicada en una extorsión junto a Vladimir Tiurin y a su mujer, Liudmila. Al *vor v zakone* se le investigaba por obtener así 1.600.000 dólares, dinero que habría sido transferido a cuentas bancarias de varios países, entre ellas una de una sucursal del Banco Central Hispano Americano de Benidorm.

El último de los objetivos principales era Vitali Izgilov, un tipo tosco, violento — de ahí su apodo de *la Fiera*—, a quien el Servicio de Información de la Guardia Civil detectó en Alicante en 1998 y que había llegado a España dos años antes, procedente de Alemania. De ese país había tenido que huir cuando descubrió que la Policía le seguía los pasos por ser uno de los miembros destacados del denominado «Grupo de San Petersburgo». Nacido en Majachkala (Rusia) el 10 de octubre de 1959, se instaló en un chalé de El Campello y años después se paseaba en un Masseratti Quattroporte, que conducía vestido con ropa deportiva comprada en hipermercados. Además, poseía dos potentes Mercedes.

Gastaba dinero a manos llenas, aunque eso no maquillaba su imagen de patán. Verle pasear por los vestíbulos de hoteles de cinco estrellas vestido con un chándal de

no más de diez euros provocaba hilaridad, pero era uno de los criminales más peligrosos que había en España. La Guardia Civil había entrado en contacto con él para intentar obtener información sobre los individuos con los que se relacionaba, como Kalashov, Ussoyan, Tiurin, Khatchidze, Oniani, Minin y Oleksander Taranenko, en aquella época embajador de Ucrania en España. La primera vez que los agentes hablaron con él se presentó con un sombrero de safari. Superado el estupor, le ofrecieron colaborar con ellos. Izgilov les dijo que estaba de acuerdo, aunque en realidad lo que quería era mantener esta relación para garantizarse su impunidad, vengarse de sus enemigos con informaciones falsas o no y entorpecer el trabajo de los investigadores.

El *vor* más macarra no tardó en comprobar que estaba en un error. Los hombres de Información de la Guardia Civil sabían perfectamente quién era el personaje, no se fiaban en absoluto de él y lo tenían sometido a un estrecho marcaje. Supieron que alardeaba de manejarles a su antojo, de darles pistas falsas para, a cambio, obtener la seguridad que necesitaba. Fue su perdición. A la segunda o tercera cita se dio cuenta de que no era tan listo como creía. Los supuestos pardillos eran investigadores de primera fila y le pusieron entre la espada y la pared. «Nos has mentido; ahora atente a las consecuencias», le dijeron.

El historial de Izgilov era extenso. Como ya se ha señalado, entre 1996 y 1997 había participado en una reunión de «ladrones en la ley» celebrada en San Juan (Alicante), a la que también acudieron, entre otros, Kalashov y Khatchidze. En esa cita se acordó el reparto geográfico de la provincia para delimitar las zonas que controlaría cada uno de ellos. A él le tocó la franja comprendida entre El Campello y Arenales del Sol, incluida la capital. Allí tenía a sus órdenes a un grupo operativo y, además, contaba con negocios legales para lavar el dinero que obtenía de sus crímenes en Rusia y Alemania. Montó dos restaurantes en el puerto de la ciudad, el Sushi Sakura y el Corona, que según todos los indicios le servían para blanquear, ya que los mantenía abiertos a pesar de que casi nunca había clientela. También era llamativa la rotación constante del servicio, formado por camareros y bailarinas de origen ruso. Además, ambos establecimientos fueron cerrados en varias ocasiones por problemas administrativos.

Junto a la Fiera siempre aparecía Áurea Ángela García Herreros, una «niña de la guerra» nacida en Guadalajara en 1928, considerada la testaferro, traductora y persona de confianza del capo. Su relación era tan estrecha que crearon una sociedad, Regina Lua, con un capital social de 60.000 euros en la que también participaba la mujer del jefe, Olga Izgilova. A nombre de esa compañía estaban los dos negocios de restauración bajo sospecha.

La presencia en el sector de la hostelería era una de las constantes en Izgilov, que también abrió un restaurante de comida japonesa en el hotel Kempinski de Estepona

(Málaga), aunque como en el caso de los anteriores jamás figuró su nombre ligado a él. La Guardia Civil sostiene que desde su domicilio de El Campello la Fiera dirigía sus organizaciones, mantenía los contactos necesarios para el funcionamiento de su trama y supervisaba todas las actividades de sus hombres.

Fue investigado asimismo por el secuestro y posterior asesinato de Mark Nudel, un ciudadano estadounidense nacido en Ucrania, perpetrado el 26 de diciembre de 1995 en un aeropuerto de Moscú. La víctima era presidente de la empresa Russkaya Vodka y se pagó un rescate por su liberación de 270.000 dólares. A pesar del fuerte desembolso, ese dinero solo sirvió para prorrogar unos meses su vida; en marzo del año siguiente apareció su cadáver en un río de Moscú con cuatro balazos en la cabeza. De nuevo la Fiera aparecía como uno de los sospechosos.

Estaba también la muerte violenta en 1999 de Tariel Adjba, relacionado con el crimen organizado ruso, y de su esposa, que fue igualmente asesinada en 2001. Ambos eran propietarios de un chalé en El Campello, la localidad alicantina donde residía Izgilov. El inmueble fue vendido en 2004 y en la venta actuó como representante del matrimonio la testaferro de Izgilov, Áurea Ángela García Herreros. El comprador fue el ex alcalde socialista de la población, Javier Ruzafa, y la operación se realizó en unas circunstancias calificadas como sospechosas por la Guardia Civil. Sobre todo resultaba llamativa la actuación del notario, quien dio por buenos los poderes que le presentó García Herreros —se habían hecho en 1999 y estaban en vigor hasta entonces— a pesar de que en ningún momento se le presentaron los documentos que acreditaban que los dueños de la casa estaban vivos; es más, la eficacia del contrato quedó condicionada a que se solucionase ese «pequeño detalle». A día de hoy continúa la anomalía.

Sin embargo, el dato definitivo que demostraba la importancia de Izgilov en el mundo criminal se obtuvo algún tiempo después, cuando se le relacionó con el fraude del Banco de Nueva York, por el que fueron detenidos y condenados Peter Berling y Lucy Edwards, un matrimonio de origen ruso. Ambos reconocieron que pertenecían a una organización criminal internacional cuya matriz estaba en su país natal, y que utilizaron el banco en el que trabajaban para blanquear, evadir capitales y cometer estafas. Lo hicieron a través de tres empresas y parte del dinero llegó a cuentas bancarias que el capo tenía en Alicante. En 2003 el FBI aún continuaba con la investigación abierta por el lavado de más de 7.000 millones de dólares. Izgilov había organizado una trama financiera con unas cuarenta cuentas corrientes en distintos bancos que manejaba con destreza.

LA AVISPA CLAVA SU AGUIJÓN

En el primer semestre de 2005 las cartas estaban ya sobre la mesa. El 14 de junio,

el fiscal presentaba la denuncia en la Audiencia Nacional, que correspondió al titular del Juzgado Central número 4, Fernando Andreu, cuyo trabajo ha sido decisivo en la investigación. El documento aportaba los datos que justificaban las detenciones solicitadas. Los análisis de los flujos monetarios estaban también avanzados. El día exacto de la intervención lo fijó Anticorrupción.

—Hay que tirar ya —afirmó rotundo el fiscal—. Esta investigación dura demasiado. Se nos va a echar encima el verano y si no se hace ahora vamos a tener que retrasar las detenciones varios meses. Montamos la operación, y al que podamos trincar los trincamos, pero no podemos marear la perdiz y esperar a que todos estén en España. Hemos visto que eso va a ser imposible, de modo que es absurdo dilatarlo más.

—No, es mejor esperar —respondió de forma tajante uno de los investigadores—. Es verdad que llevamos mucho tiempo con esto, pero precisamente por eso no nos debería preocupar aguantar algo más. Tenemos cuatro objetivos principales: Kalashov, Oniani, Tiurin e Izgilov. El resto son importantes, pero secundarios en comparación con los anteriores. Es factible que en algún momento podamos detenerlos a todos, menos a Kalashov, que como sabéis ya apenas viene por España. Pero aun así sería un éxito.

—Insisto, hay que hacerlo ya de una vez. Puede haber alguna fuga de información e irse todo al traste. Es demasiado arriesgado esperar. Lo hacemos ahora y luego ya se verá cómo podemos detener a los que no estén. La madrugada del día 17 es un buen momento, porque da tiempo a preparar todo el operativo.

—Queda mes y medio, solo pido un poco más de flexibilidad. Cuando se acerque la fecha, ya decidiremos.

—No hay alternativa. Será ese día.

Ni en la Policía ni en la Guardia Civil existía la certeza —por decirlo de forma suave— de que esa decisión de Anticorrupción fuese la correcta, pero al menos había un buen número de objetivos al alcance de la mano.

Retirado el Instituto Armado al haberse quedado sin su objetivo —pronto se supo que ese día Izgilov no estaría en España—, la Brigada Central de Crimen Organizado diseñó un amplio dispositivo en Levante y Cataluña para los arrestos. Era necesario planificar el despliegue con un par de semanas de antelación, ya que en él iban a intervenir unos cuatrocientos agentes que era necesario buscar, trasladar a los puntos de intervención y coordinar; también estaban implicados varios juzgados y eso requería la movilización de muchos funcionarios.

Desde la noche del 16 de junio los agentes vigilaban de forma discreta a los sospechosos. La sincronización en las detenciones era clave, de modo que no se diera margen a que pudieran comunicarse entre ellos. La hora fijada para el inicio de la «fiesta» eran las cinco de la madrugada, cuando se suponía que todos los objetivos

dormían y, por tanto, eran más vulnerables. En principio no era previsible que opusieran resistencia, pero se sabía que algunos de ellos tenían armas. «Mucho cuidado, emplead la mínima fuerza imprescindible, pero no os olvidéis de que es gente peligrosa. No sabemos cómo pueden reaccionar esos tíos. Que nadie se confíe».

La tensión era evidente entre los responsables de la operación, de forma particular entre aquellos que llevaban tantos años esperando a que llegara un momento como aquel. Ninguno de los investigadores iba a pegar ojo. También en la Fiscalía y el Juzgado de Instrucción número 4 de la Audiencia Nacional se iba a vivir una larga noche. Sabían que ni Kalashov, ni Izgilov ni Tiurin serían detenidos. En cambio, estaban convencidos de que capturarían a Taniel Oniani.

La casa de este *vor v zakone* no era una casa cualquiera. Situada en la calle Joan de Alós nº 24, se trata de un espectacular palacete de tres plantas en Pedralbes, la mejor zona de la Ciudad Condal. Como propietaria de la mansión figura la compañía gibraltareña Moler Limited, que en 2001 suscribió una hipoteca por valor de 1.202.04 euros para pagar en solo diez años. Ntiana Onianidou, esposa de Taniel Oniani, fue la persona que actuó como representante de la citada firma. Un par de años después, y sin que conste que se hubiese cancelado la anterior, se constituyó otra, esta vez de 300.000 euros.

Como estaba previsto, a las cinco de la mañana se desató la tormenta. Decenas de agentes del Grupo Especial de Operaciones de la Policía, de las unidades de intervención y de la Policía Judicial irrumpieron en las viviendas, muchas de ellas chalés de lujo que, si bien daban idea del poder económico de sus moradores, también demostraban, una vez más, que el dinero no va necesariamente acompañado por el buen gusto. El barroquismo de nuevo rico, las mayores horteradas imaginables, eran moneda común en esas casas. Pasados los momentos de tensión, el cachondeo entre los agentes fue bastante intenso: «¡Vaya banda! ¡Menuda decoración!».

—¡Alto, Policía!

—¡Vosotros dos, al primer piso!

—¡Vamos, vamos! ¡Deprisa!

—¡Quieto! ¡Al suelo!

—Todo despejado, podéis entrar...

La rutina se repitió una veintena de veces con una precisión milimétrica. En menos de dos minutos se hicieron con el control de cada inmueble. Ninguno de los objetivos había tenido oportunidad de escapar y, lo que era aún mejor, no fue necesario emplear la fuerza. La simple entrada de esos agentes armados hasta los dientes, con equipos de visión nocturna que en la oscuridad les hacían parecer extraterrestres recién llegados de Marte, resultó lo suficientemente disuasoria como para que nadie intentara una locura.

—Jefe, todo ha terminado. Nos los llevamos a comisaría.

—Ahora hay que organizar los traslados hasta Madrid; da la enhorabuena a la gente.

Los sospechosos, como estaba previsto, fueron sorprendidos mientras dormían. Algunas fotografías distribuidas por el Ministerio del Interior les mostraban esposados, en calzoncillos y camiseta, con los pelos revueltos y el miedo aún reflejado en el rostro. Nunca hubieran podido imaginar que algo así les podía pasar. Se sentían impunes y en décimas de segundo su suerte había cambiado. Pero no todo fue de color rosa: el peor temor se cumplió y alguien se fue de la lengua.

En el palacete de la calle Joan de Alós de Barcelona se vivían unas escenas muy distintas. Las novedades que se transmitían por la radio no eran en absoluto tranquilizadoras.

—Jefe, no te lo vas a creer. Oniani ha huido, aquí dentro solo está la niña y su cuidadora...

—¿Qué dices? ¡Joder!, alguien le ha avisado y se ha fugado. Ahora está claro que la llamada que recibió anoche en el restaurante en el que cenaba con Tetrushvili fue para darle un chivatazo. Por eso se marchó de allí a los pocos minutos. ¡Mierda!, no perdamos más tiempo, hay que intensificar su búsqueda, controlad los puertos y aeropuertos, las carreteras, todo. No puede ser... Quiero un informe detallado de todo lo sucedido, hay que averiguar como sea quién le alertó.

—¿Qué hacemos con la niña?

—Avisad a los servicios sociales y que nos digan dónde la tenemos que llevar. Vamos, que este tío nos lleva muchas horas de ventaja.

El chivatazo ha sido desde entonces uno de los principales dolores de cabeza de la Policía, que comprobó en carne propia la capacidad que tienen estos tipos para obtener información privilegiada. No hay datos fehacientes sobre quién alertó a Oniani, aunque en un principio se apuntó a algún agente de los servicios secretos rusos. Sin embargo, indicios posteriores señalan a un policía de Cataluña —un mando intermedio— que de forma intencionada o en un descuido hizo algún comentario indiscreto. Pero no hay pruebas concretas contra él. La magnitud de la operación hacía que fueran muchos —quizá demasiados— los que estaban al tanto de lo que se avecinaba, y el *vor* se aprovechó de eso y huyó de España, probablemente a bordo de un barco.

Días después, en Rusia, se desató una campaña mediática y política, con apariciones de la amantísima madre de la niña incluidas, en la que se acusaba a nuestro país de tener secuestrada a la hija de Oniani. Pasados unos meses la pequeña, que había quedado bajo la protección de los servicios sociales de la Generalitat, regresó a Moscú con su familia. No sería extraño que el padre, que no tuvo ningún escrúpulo en abandonarla para no ser detenido, la recibiera con lágrimas en los ojos.

En agosto de 2005, un par de meses después de la operación, la Policía situaba a

Oniani entre Gran Bretaña, Rusia e incluso en algún lugar de Georgia. Se mantuvieron intervenidas las comunicaciones de varios miembros de su organización, pero no se tenían datos concretos que permitieran localizarle. En esa época se interceptó una conversación en la que se hacía referencia a la situación económica por la que atravesaba este individuo y en la que se aludía a la necesidad de hacer frente a los pagos a través de cuentas bancarias legales, ya que el delito del que se acusaba al *vor* era precisamente de blanqueo de dinero.

Por otras escuchas se supo que Tariel Oniani estaba en Moscú y que antes de llegar a la capital rusa había pasado por Francia y Turquía. En esos meses hubo indicios según los cuales ya había mandado a sus abogados 100.000 euros como primer pago para que asumieran su defensa. El ingreso se concretó en dos envíos de 50.000 euros, ambos realizados por la sociedad Portland Enquito Inc., de Alemania.

También a partir de las comunicaciones intervenidas se obtuvo un relato de la fuga de Oniani, al parecer contada por él mismo a uno de sus hombres, o al menos eso es lo que este decía. «Oniani —afirmó el secuaz— salió de su domicilio a las tres y media de la madrugada del viernes 17 de junio. Antes, ordenó a la mujer de la limpieza que fuese a dormir con la niña para que no se asustase cuando llegasen los agentes. A su conductor le dijo que permaneciera despierto, ya que en poco tiempo se presentaría la Policía y debía abrir la puerta para que no rompieran nada. Tariel sabía todo por la llamada de aviso de un amigo».

Grupos rivales de Oniani proclamaron que el *vor v zakone* había sobornado a un miembro de las Fuerzas de Seguridad para que le diera el chivatazo. Eso le podía costar una sentencia de muerte, por no haber compartido la confidencia con otros jefes mafiosos que sí fueron detenidos. Para neutralizar esa «condena» la mujer del capo, Darejan Karseladze, habría intentado reclutar a un grupo de sicarios georgianos o chechenos que debían trasladarse a España para atacar contra alguna autoridad judicial relacionada con Avispa y así demostrar que su marido no sabía nada de la operación. Esos datos fueron tenidos muy en cuenta por los investigadores españoles, que de inmediato adoptaron medidas de protección en torno a los posibles objetivos.

La siguiente noticia de Oniani surgió en abril de 2006, cuando se supo que las autoridades rusas le habían proporcionado documentación, a pesar de que España tenía dictada contra él una orden de detención internacional. Lo cierto es que el idilio con el Gobierno ruso le duró poco, ya que apenas un par de años después cayó en desgracia y fue arrestado y recluido en una prisión, donde aún permanece.

La fuga de Oniani sirvió a los investigadores para aprender una lección que no olvidarían jamás: en este tipo de operaciones, cuantas menos personas conozcan los detalles, mucho mejor. Y como medida de prevención se decidió no volver a pedir la colaboración de la Policía rusa, ya que en esas solicitudes se tienen que aportar datos que, a la vista de los acontecimientos, era mejor mantener en secreto. Esa norma

permanece inalterable hasta nuestros días y ha dado excelentes resultados.

Pero al margen de este «contratiempo», la operación Avispa alcanzó una repercusión mediática notable y fue seguida con interés por policías de todo el mundo. Las cifras eran, sin duda, espectaculares: 28 detenidos en Cataluña, Murcia, Málaga y Alicante, 41 registros y 800 cuentas bloqueadas, por lo que los responsables políticos del Ministerio del Interior tenían buenas razones para mostrar su satisfacción. Además, se intervinieron ordenadores, numerosas armas largas y cortas, iconos rusos cuyo comercio suele ser ilegal, obras de arte, joyas de todos los precios, calidades y formas imaginables, un Rólex de oro, piedras preciosas y brillantes valorados en varios millones de euros... Y quizá lo más alucinante de todo: un teléfono móvil de oro, capricho de uno de los *vory v zakonen*, que retrataba a la perfección a su propietario.

Los agentes embargaron unas setenta propiedades, alguna de hasta diez millones de euros; locales comerciales en las mejores zonas de la costa española y unos cuarenta coches exclusivos con precios que en algún caso rondaban los 200.000 euros y que servían a sus propietarios para demostrar su poder ante propios y enemigos. Eran las pruebas del nivel económico alcanzado por los mafiosos, imposible de justificar con una actividad laboral normal, que por otra parte ninguno de ellos tenía.

Entre los detenidos había gente muy interesante. Por ejemplo, Mikhail Mdinardze, nacido en Moscú el 11 de abril de 1961 y considerado como el «administrador general y mano derecha» de Kalashov. Incluso existía información de que podía ser el contable de la *obshack*, la caja común donde los mafiosos ingresan dinero para hacer frente a las contingencias que puedan surgir, como pago a letrados, mantenimiento de los encarcelados, etc. Se le intervino un pasaporte ruso con varios visados recientes de viajes a Georgia y afirmaba controlar el cincuenta por ciento de la empresa Elviria Invest, S. L., donde quitaba y ponía responsables.

Otro de los que ingresaron en prisión era el ya citado secretario personal de Kalashov, Alexander Minin, al que se intervino en su domicilio de Benalmádena (Málaga) un pasaporte ruso a nombre de su jefe. También Natalia Serova, su compañera en Sunninvest, cayó en manos de la Policía.

En cuanto a Oleg Tchoubine, natural de Grodni (Rusia) y nacido el 16 de octubre de 1964, el juez consideró que jugaba un papel relevante en la organización y ordenó su encarcelamiento. Le fue intervenida gran cantidad de documentación, que luego daría mucho juego, y también un rifle con munición de bala blindada, un revólver, un puñal de grandes dimensiones y una pistola de descargas eléctricas. Tanto el rifle como el revólver estaban al lado de la cama del dormitorio del sospechoso. Explicó que las tenía tan a mano por miedo a sufrir un ataque.

Malchas Tetrushvili, nacido en Zareche (Rusia) el 24 de octubre de 1958, acabó también en prisión. Mano derecha del fugitivo Oniani, con quien cenó la noche en la

que este recibió el chivatazo, fue capturado en Barcelona. Se le intervino una gran cantidad de joyas que guardaba en una maleta. Propietario de la empresa GAMT, una de sus actividades consistía en la importación y exportación de productos de Coca-Cola. De los documentos confiscados se deducía que importaba productos de la citada multinacional comprados en países como Túnez, Ucrania y Georgia, donde el precio es muy barato, y los vendía luego en Reino Unido, Portugal y España, más caros. Parte de la mercancía venía sin etiquetar, y al parecer eso se hacía en nuestro país o en los otros destinos. Se trataba de una persona muy bien relacionada, lo que le daba oportunidades para hacer negocios en condiciones ventajosas. De hecho, invitaba a la inauguración de sus locales de ocio en la Ciudad Condal a políticos, empresarios y artistas, lo que le hacía muy conocido y le daba una cierta respetabilidad. En su poder se encontraron multitud de fotografías con sus ilustres invitados.

El georgiano Konstantin Asatiani, vecino de Marbella y nacido el 26 de mayo de 1963, ya se había visto implicado en 1998 en un asunto de falsificación de documentos, por el que fue arrestado por la Policía. Se le confiscó documentación sobre varios proyectos urbanísticos, entre otros el del complejo Los Eucaliptos de Benalmádena.

El último arrestado destacable sería Merab Gogya, que como se ha visto disputó a Oniani la comisión de Lukoil en su intento de expansión en España, y que ingresó también en prisión.

La operación Avispa, por tanto, puede calificarse de éxito. Y sin embargo, entre los responsables de la investigación quedó una sensación agridulce porque ninguno de los cuatro objetivos principales —Kalashov, Oniani, Tiurin e Izgilov— había sido detenido. Unos y otros dejaron que fueran los responsables políticos los que sacaran pecho por su trabajo. Ellos prefirieron seguir a lo suyo, trabajando de forma discreta. Tenían claro que el partido no había finalizado.

YO NO SOY GEORGIANO

—A tus órdenes, jefe. Le he dado muchas vueltas y no podemos quedarnos de brazos cruzados. Hay que volver a intentarlo.

—Sí, yo también lo he estado pensando. No sé qué demonios se puede hacer para detenerle, la verdad, pero aquí nadie va a tirar la toalla. Está en juego el trabajo de estos años.

—Yo creo que tenemos alguna oportunidad. Ya sabes que Izgilov es un tipo bastante básico, se cree muy listo y esa prepotencia puede hacer que cometa fallos.

—Tengo una idea: si logramos convencerle de que la operación Avispa solo estaba dirigida contra los georgianos, de modo que él, al ser ruso, no corre ningún peligro, es posible que vuelva a España... Vale; ya sé que es una excusa algo simple, pero no veo otra salida. Y en otras ocasiones las soluciones más sencillas son las que nos han salido bien.

El primer resultado concreto de esta revancha se produjo poco después. Desde la reunión preparatoria en la que se decidió explotar la operación Avispa el 17 de junio de 2005, sin esperar a que Vitali Izgilov estuviese en España, la Guardia Civil diseñó una estrategia alternativa. Los canales que iban a utilizar para los contactos tenían que tener la suficiente credibilidad y garantía para el capo. Por ello, era de vital importancia elegir bien al enlace, la persona que debía convencerle de que podía seguir moviéndose con libertad.

—Moviliza a quien ya sabes para que hable con él. Quiero que sea especialmente persuasivo. Que se tome el tiempo necesario, no hay prisa; da lo mismo resolver esto hoy o mañana. Hay que dirigirle, por supuesto, pero no lo atosiguemos, no vaya a ponerse nervioso y el otro sospeche. Ya sabes que yo me voy de vacaciones el 24. Estoy reventado con todo este follón, pero si hay cualquier novedad me llamas.

—No te preocupes; si hay cualquier cosa te mantengo informado. Descansa, que luego me tocará a mí.

El día previsto, el comandante del Servicio de Información comenzó sus vacaciones. Cargó las maletas y se puso al volante del vehículo, convencido de que aquel iba a ser el primer día de un tranquilo descanso en una localidad del norte en la que suele refugiarse. La familia subió al coche confiada, pero una vez más los acontecimientos depararían muchas sorpresas. Tantas, que el trayecto alcanzó por momentos tintes surrealistas.

—Jefe, ha colado.

—¿Qué ha colado? ¿De qué me hablas?

—Izgilov regresa a España; se ha tragado el anzuelo, nos los acaban de

comunicar ya de forma oficial. Hoy mismo coge un vuelo a Barcelona y además ha reservado allí una habitación de hotel.

—Perfecto. Pero tenía que ser precisamente hoy; es que no falla... Bueno, vamos a esperar acontecimientos. Que nadie lance las campanas al vuelo y, sobre todo, no quiero ni un fallo. Hazte cargo de todo y llámame en cuanto tengas algo.

Aquello parecía que pintaba bien, y en cualquier caso esa comunicación comenzaba a alterar el ritmo cardiaco del comandante, pero aún no de forma tan seria como para no ser capaz de atender el volante con las mínimas garantías exigibles. Una situación que se prolongó durante poco tiempo, ya que algo después del mediodía volvió a recibir una llamada en su teléfono móvil.

—Ya está aquí, jefe. El avión ha tomado tierra y este tío aparece en la lista de viajeros. Si no pasa nada raro, ya es nuestro.

—Buen trabajo, pero insisto; no quiero confianzas, que ya sabes lo que ha pasado otras veces. Necesito a todo el mundo al cien por ciento, que abran bien los ojos... Suerte, y ¡por Dios...!, llámame en cuanto haya novedades.

A partir de ese momento comenzaron a sucederse una serie de peripecias dignas de la mejor película policíaca que pueda imaginarse. Y es que todo el mundo sabe que en estas situaciones, si algo puede salir mal, acaba saliendo fatal. Por alguna razón inexplicable —hubo un problema informático a la hora de que un ordenador leyera la documentación del sospechoso—, Vitali Izgilov logró pasar sin dificultad el control de pasaportes, lo que además reafirmaba en el mafioso su sensación de impunidad.

—No te lo vas a creer, jefe; le hemos perdido en el aeropuerto.

—¿Me vas a decir que se nos puede escapar este tío? Moviliza a quien haga falta, que se rastree hasta el último pasillo del aeropuerto...

—No puede haber ido lejos, seguro que lo encontramos.

—Espera, que voy a parar un momento para que conduzca mi mujer. Yo ya soy incapaz. Lo que me faltaba hoy es darme un sopapo con el coche. Hablamos ahora.

El automóvil se había convertido en una oficina rodante, con constantes llamadas telefónicas, en la que la mujer y las hijas del comandante seguían los acontecimientos con el mismo interés y nerviosismo que el cabeza de familia. «Pero bueno, ¿lo detenéis de una vez o no?», le preguntaban desconcertadas ante la cascada de novedades.

En esta ocasión, la fortuna —la suerte es siempre para quien la trabaja— se vistió de guardia civil. A uno de los hombres del Instituto Armado, muy concienciado con las cuestiones medioambientales, le llamó la atención el coqueto maletín que llevaba un anónimo viajero, porque le pareció que podía estar fabricado con piel de cocodrilo. Tanto le intrigó el singular *attaché* que decidió retener a aquel tipo para identificarlo ante la posibilidad de que hubiera que intervenir la cartera. El misterioso

individuo era Izgilov.

Sin embargo, como la ley de Murphy es inexorable, se volvió a producir un nuevo inconveniente. Los agentes cometieron una errata al introducir el nombre de pila de Izgilov en el ordenador, de modo que la identidad no se correspondía con la de ningún delincuente buscado por las Fuerzas de Seguridad. Se le hizo la filiación, pero al final se le tuvo que dejar en libertad porque el supuesto ilícito penal cometido no justificaba una detención. Eso sí, se le requisó el maletín.

Para entonces, la Guardia Civil ya había detectado el error que se había producido y el oficial al mando del operativo, desde Madrid, había dado las órdenes para evitar a toda costa que el criminal buscado abandonase el aeropuerto de Barcelona. Mientras tanto, el comandante que intentaba comenzar sus vacaciones era informado al instante de cada paso.

—¿Un error informático? Mira, es lo mismo. O lo encontramos pronto o vamos a tener problemas.

—No te preocupes. Todo el mundo está avisado. Ya verás cómo la cosa sale bien.

—Eso espero. Vaya comienzo de vacaciones me estáis dando...

El Prat se convirtió en una especie de manicomio, invisible para casi todos los viajeros, pero en el que decenas de personas se movían con el único objetivo de detener a uno de los *vory v zakonen* rusos más peligrosos de cuantos habían elegido España para afincarse. Las frenéticas gestiones de los agentes permitieron *in extremis* averiguar que el sospechoso iba a coger en muy poco tiempo un vuelo con destino a Alicante. Había costado mucho, pero el círculo se había cerrado.

—Por fin; lo tenemos localizado. Coge ahora un vuelo a Alicante. Ya es nuestro.

—Vale, me tranquilizas —dijo sin demasiado convencimiento el jefe—. Pero insisto en que no quiero confianzas, que ya hemos tenido bastantes sustos hoy. Y que la gente tenga mucho cuidado, ese tío es muy peligroso y puede organizarla. ¡A por él!

El comandante, en su coche, aún no las tenía todas consigo y prefería esperar a que todo acabara para respirar tranquilo.

Los responsables de la investigación diseñaron en muy pocos minutos la operación para detener a Izgilov con el menor riesgo posible para el resto de los pasajeros del avión que iba a despegar rumbo a la capital alicantina. Para ello fue necesario contar con la complicidad de la compañía aérea, ya que la idea era proceder al arresto en la pasarela de la aeronave.

Avisado el personal de tierra, se facilitó la entrada en solitario de Izgilov en el *finger*. Cuando quiso darse cuenta, a sus espaldas se había cerrado la puerta de embarque y solo quedaban dos guardias civiles; frente a él le esperaban otros dos, que en muy pocos segundos le explicaron cuál era su situación. La chulería habitual del mafioso había dado paso a un estupor comprensible dadas las circunstancias. En

décimas de segundo se dio cuenta de que ese halo de impunidad que le rodeaba solo era una imagen interesada fabricada por la Guardia Civil para hacerle más vulnerable.

—Está detenido y esposado. No ha podido oponer resistencia.

—Por fin. Enhorabuena, amigo. Felicita a la gente. Si no hay más novedades, hablamos luego. A ver si llego pronto, que vaya viajecito...

—Venga, jefe, descansa, que no ha sido para tanto.

El comandante, en su automóvil rumbo a su lugar de vacaciones, comenzaba a relajarse; su familia, también. El día ya tenía mucho mejor color.

Como tenía previsto, Vitali Izgilov viajó ese día a Alicante, pero esposado y con destino a su casa para que esa misma noche, la de San Juan, se procediera a su registro. Desde Madrid, al mismo tiempo, salió un equipo del Servicio de Información y otro de Criminalística de la Guardia Civil para practicar esa diligencia. Comenzó ya casi de noche; le intervinieron un arma corta del calibre nueve milímetros parabéllum con silenciador y munición. La pistola estaba escondida en el vano de un armario situado justo en la entrada de la vivienda. Tras ser puesto a disposición judicial, el instructor ordenó su ingreso en prisión.

Junto a Izgilov se detuvo a su secretaria, Áurea Ángela García Herreros, y a un lituano relacionado con un club de alterne en Levante. Ambos quedaron en libertad tras declarar.

EVALUACIÓN DE DAÑOS

La vorágine de la semana del 17 al 24 de junio debía dejar paso a un periodo de reflexión para evaluar hasta qué punto se habían conseguido los objetivos. Un documento de la Brigada Central de Crimen Organizado fechado en septiembre de 2005 describe el alcance real de la operación Avispa desarrollada un par de meses antes. El informe arranca con una afirmación contundente: «La verdadera importancia de la presente operación no radica tanto en la cantidad de individuos detenidos, ni en el número y valor de las propiedades intervenidas; su verdadera trascendencia reside en la calidad y categoría intrínseca de los objetivos propuestos, tanto por la importancia de los detenidos como por la red financiera que estos estaban intentando construir en nuestro país para blanquear».

La Policía estimaba en un setenta y cinco por ciento el nivel de cumplimiento de los objetivos y consideraba que se había conseguido en grado alto o muy alto «la anulación de los jefes mediante la detención de los mismos», en algunos casos, y en otros impidiendo su movilidad geográfica al haberse dictado contra ellos órdenes internacionales de detención. De esa forma, tenían muchos problemas para poder dirigir las organizaciones.

La redacción de esta parte del informe, realizada en términos profesionales y para consumo de policías, jueces y fiscales, dejaba una cosa clara: la operación Avispa no había sido importante solo porque individuos muy peligrosos hubieran quedado fuera de la circulación, sino sobre todo porque se trataba de un «aviso a navegantes», en el sentido de que esa sensación de impunidad que en algún momento pudieron sentir los sospechosos se había acabado para siempre. «Ese era el mensaje —recuerda uno de los investigadores—, y creo que lo entendieron a la perfección».

De hecho, las pesquisas que se realizaron a raíz de Avispa revelaban que ya entonces había comenzado a producirse una serie de reuniones de *vory* del máximo nivel para tratar de evaluar el golpe recibido; es decir, para hacer una especie de informe de control de daños y tratar así de prevenir ataques futuros. En esos encuentros, los «ladrones en la ley» mostraban su preocupación por el hecho de que por primera vez se hubiera llegado hasta escalones muy altos de las organizaciones mafiosas.

La inquietud en las bandas era también creciente porque se impuso un férreo secreto de sumario y las únicas noticias que les llegaban eran a través de los medios de comunicación. Los responsables de la investigación jugaron también con este factor, ya que a través de la prensa se les enviaron determinados mensajes para aumentar su confusión. Los investigados, y otros que sin serlo sospechaban que podían estar bajo la lupa, intentaron presionar para obtener datos precisos sobre las pruebas del sumario. Se produjeron iniciativas en este sentido por parte de la televisión de Georgia; preguntas de supuestos organismos oficiales que no aportaban dato alguno a cambio de esa información; una presencia constante de los abogados en la Audiencia Nacional para intentar averiguar qué se estaba cocinando en realidad... Y sin embargo, eran incapaces de conseguirlo.

LA CAÍDA DE KALASHOV

Los meses siguientes a la operación Avispa estuvieron centrados en tres ejes de actuación: en primer lugar, el estudio de la ingente cantidad de documentación intervenida; en segundo término, y con el sosiego debido, el diseño de un nuevo golpe contra las mafias rusas, ya que estaba claro que había que insistir en la estrategia de presión; y finalmente, quedaba pendiente la detención de los capos que habían logrado escapar.

Los largos años de trabajo previo habían permitido a los investigadores tejer una tupida red de contactos en los distintos servicios policiales, que a la larga se demostraron decisivos. En aquella época se hizo una interesante labor de captación de lealtades que ahora permitía a la Policía conocer lo que se cocía dentro de las redes mafiosas rusas en buena parte de los países en los que actuaban. De ahí surgían

informaciones de interés que situaban a los objetivos buscados por España en determinadas zonas geográficas y, por tanto, se estaba siempre alerta para intervenir en el momento adecuado.

Después de Avispa, la Policía envió mensajes muy contundentes a todas sus terminales informativas internacionales en el sentido de que iría a por el máximo responsable de la mafia georgiana, Zakhar Kalasov, a cualquier parte del mundo. Se trataba de una prioridad y los investigadores querían saber, en tiempo real a ser posible, si este individuo salía de Rusia, porque estaba tomada la decisión de que se intervendría de inmediato. Aun así era difícil: para entonces, el capo únicamente se sentía seguro allí —a pesar de ser georgiano se había nacionalizado ruso— y solo viajaría a un lugar que le ofreciera las mismas garantías de impunidad.

A finales de abril de 2006 el inspector jefe del Grupo de Países del Este recibió una información clave.

—Hola, ¿qué es de tu vida?

—Hombre, ¿cómo estás? Yo aquí, como siempre, trabajando. Me coges en el aeropuerto a punto de subir a un avión. ¿Qué cuentas?

—Te llamo por Kalashov. Creo que tengo una información que te interesa. Sabemos que a primeros de mayo va a asistir a la fiesta de cumpleaños que Yaponchik [Vyacheslav Ivankov] celebrará en un lujoso hotel de los Emiratos Árabes Unidos, al que además van a acudir los principales *vory v zakonen*, entre ellos también Tiurin. Eso sí, no te puedo decir en qué lugar concreto van a estar, pero no creo que os sea difícil averiguarlo.

—Por supuesto, no te preocupes. Oye, muchísimas gracias. Ya sabes las ganas que tenemos de echar mano a ese tío. Nos ponemos con ello. Un abrazo y ya hablaremos.

El inspector jefe, siempre muy cauto, supo de inmediato que esta vez podía ser la buena. La fuente era fiable, en lo personal y por el puesto que ocupaba; el homenajado, además, tenía la suficiente importancia en el mundo criminal como para que a su aniversario asistiera la flor y nata de la mafia rusa; y por otra parte, por lógica, si Kalashov se arriesgaba a salir de Rusia sería solo para ir a un lugar en el que le ofrecieran garantías. Los Emiratos Árabes Unidos cumplían ese perfil, dado que se trata de un país rico en petróleo y el número uno de la mafia georgiana estaba relacionado con Lukoil. De hecho, las informaciones de Inteligencia dejaban claro que el fugitivo viajaba mucho a Dubai para cerrar negocios. Había un último elemento, nada desdeñable, para poner en marcha el complicado operativo: si Sakro estaba donde decía el contacto, era factible realizar la operación, ya que España mantiene muy buenas relaciones con las autoridades de ese país y una cierta capacidad de influencia.

—Comisario, me acaba de llamar un amigo y me dice que Kalashov va a ir la

primera semana de mayo a Dubai para asistir al cumpleaños de Yaponchik.

—¿Y tú qué crees?

—En mi opinión las piezas encajan; se trata de uno de esos lugares en los que no me extrañaría nada verle. Pero lo primero es buscar el hotel; si van a hacer una fiesta habrán tenido que reservar un montón de habitaciones.

—De acuerdo, no tenemos mucho tiempo, de modo que vamos a volcarnos en esto. Merece la pena intentarlo, y si no sale no pasa nada, esperaremos a una próxima ocasión.

Había que movilizar a la oficina de Interpol en ese país árabe para que a través de ella se hiciera llegar a las autoridades de los Emiratos la petición española de colaboración. Las gestiones, aunque solo fuera por una vez, dieron muy pronto resultado. En efecto, desde Dubai se comunicó que Kalashov podría estar allí. Sin embargo, se desconocía el sitio exacto de la reunión, por lo que la Policía española tuvo que enviar otro mensaje para facilitar las características del lugar en el que muy probablemente se encontrarían los criminales celebrando el cumpleaños del capo mafioso: tenía que tratarse de un hotel de lujo, en el que los asistentes manejaran mucho dinero e hicieran ostentación de ello, y además el grupo de huéspedes debía de ser bastante numeroso, dada la jerarquía del anfitrión. Unas condiciones que estrechaban bastante el círculo a la hora de hacer las gestiones en los establecimientos más elegantes del país.

—Jefe, esto va bien. Interpol Dubai nos acaba de comunicar que la Policía de los Emiratos ha detectado un grupo que responde a las características que buscamos. Dicen que se está celebrando una espectacular fiesta en un lujoso hotel de Jumeirah, una localidad costera situada a unos treinta y cinco kilómetros de la ciudad. Yo creo que la cosa está bastante clara.

—Esto pinta realmente bien, esperemos que no se tuerza. ¿Algo más?

—Sí, cuentan que uno de los regalos que se han hecho es un Lamborghini último modelo, una joya de cuatro ruedas al alcance de muy pocos bolsillos.

—Tienen que ser ellos. Hay que averiguar si Kalashov está allí. Yo voy a informar ya arriba de las novedades para que todo el mundo esté preparado; es probable que necesitemos hasta al ministro para trincar a este tipo.

Los acontecimientos se sucedían con una fluidez que invitaba al optimismo. Las gestiones en torno al hotel fueron una vez más rápidas y de nuevo se recibió una comunicación alentadora: sí, estaba en el hotel, acompañado de los jefes más importantes de las mafias rusas.

A partir de la confirmación, de forma extraña, las tornas cambiaron. Las autoridades de Dubai exigían más y más papeles, para desesperación de los investigadores, que sabían que si no se detenía a ese individuo en ese momento sería ya muy difícil, por no decir imposible, que se produjera una situación tan favorable.

Existía el riesgo, además, de que se produjeran fugas de información y un nuevo chivatazo diera al traste con todo. El juez instructor y la Fiscalía Anticorrupción, por su parte, seguían al minuto los acontecimientos, con todo preparado para poner en marcha los trámites judiciales de extradición justo en el segundo siguiente a que se recibiera la noticia de que Kalashov estaba ya en manos de la Policía de los Emiratos Árabes Unidos.

Cada trámite se convertía en un tormento, cada documento era enviado a siete sitios distintos; siempre faltaba algún detalle, algún dato... Para colmo de males, todas las gestiones había que hacerlas a través de la oficina central de Interpol en Abu Dhabi, y lo que servía para ese despacho no era adecuado para el de los enlaces en Dubai. No existía, pues, comunicación directa con los agentes que operaban sobre el terreno, con la complicación que eso suponía. En realidad, a las autoridades de ese país les importaba muy poco quién era ese tipo por el que preguntaba tanto España y era necesario hacerles ver que se trataba de un asunto grave para nosotros, hasta el punto de que la solución del caso podría tener consecuencias en las relaciones diplomáticas entre los dos países. Esa era la mejor forma de presionar a la Policía, junto con el hecho, claro está, de que nuestros agentes tenían mucha información sobre el objetivo y ellos eran plenamente conscientes de ese aspecto crucial del asunto. En definitiva, no podían poner excusas; si no actuaban era porque no querían. E iba a trascender.

El 7 de mayo de 2006 fue el día elegido para la detención. La Policía española quería que sus colegas en Dubai entraran en el hotel e identificaran a todos los invitados. Los responsables directos del operativo en Jumeirah, sin embargo, descartaron esa forma de trabajar.

—Nos han dicho que no, que nada de entrar en el hotel e identificarles. Prefieren rodear el edificio y esperar a que salgan.

—No me gusta nada, pueden morderles y escapar. O recibir un chivatazo. Estoy preocupado.

—Sí, sé que no es lo mejor, pero no tenemos opciones. O lo hacemos a su manera o se acabó.

Como era de esperar, muy pronto los asistentes al festejo supieron que las Fuerzas de Seguridad estaban fuera. De inmediato comenzó la desbandada; en coche, en moto, en autobús... Cualquier medio de transporte servía para poner tierra de por medio. Los agentes árabes tenían muy claro cuál era su objetivo, de modo que tampoco se preocuparon demasiado por esa fuga masiva.

Controlaron, eso sí, cada coche para evitar que Kalashov se fugara, pues pensaban que alguien de su categoría saldría en automóvil. Hasta que en uno de ellos, en efecto, los policías comprobaron que viajaba el capo. Al volante del vehículo estaba un conductor contratado por los mafiosos, y junto al *vor v zakone* permanecía nada

menos que Sergei Mikhailov, alias *Mijas*, el jefe de la Solntsevo, sin duda una de las mafias rusas más poderosas de cuantas actúan en el mundo.

—Jefe, es nuestro, lo tienen detenido y esperan la documentación para extraditarle.

—¡Enhorabuena! Habéis hecho un trabajo perfecto. Ahora mismo aviso al juez, al fiscal y a los de arriba. Hay que moverse rápido, porque van a empezar las presiones sobre las autoridades de Dubai para que lo suelten.

—Sí, es así. Aún queda mucho para traerle, pero lo más complicado está conseguido.

Tras la detención de Kalashov y Mijas se le planteó un dilema a la Policía de los Emiratos: qué hacer con el ilustre acompañante del número uno de la mafia georgiana, contra quien no existían cargos en su país, aunque la noticia de su captura seguro que sería muy bien recibida. En España tampoco había acusaciones contra Mikhailov, ni se había decretado su orden de busca y captura internacional, al contrario de lo que sucedía con su amigo Kalashov. Por ello, debía quedar en libertad. Para quitarse la «patata caliente» cuanto antes, fue directamente llevado al aeropuerto y subido a un avión rumbo a Rusia. Era un peligroso delincuente, pero no se podía hacer nada contra él: lagunas del Derecho Internacional.

Por fortuna, todos los trámites de Kalashov estaban perfectamente cumplimentados —aquello fue un máster acelerado en relaciones internacionales para los investigadores—. El capo fue conducido, primero, a dependencias policiales y después a un centro penitenciario, a la espera de que se produjera su extradición a España. Sakro intentó zafarse de su detención argumentando que él no era la persona buscada y que el número de su pasaporte no coincidía con el del individuo buscado. Fue inútil, porque los investigadores también contaban con la numeración de ese otro documento.

El trabajo del juez Fernando Andreu fue, una vez más, decisivo. El magistrado que, como la Fiscalía Anticorrupción, había creído desde el primer día en la importancia de Avispa, logró preparar en menos de 24 horas el escrito de extradición. Curiosamente, se tardó más tiempo en traducirlo al árabe: 48 horas. Era un requisito indispensable, pero no suficiente, porque debía ser el Gobierno quien aprobase en Consejo de Ministros la demanda para traer al criminal a España.

En este punto crítico jugó un papel decisivo el ministro del Interior, Alfredo Pérez Rubalcaba, quien, sin duda sensibilizado por los informes que recibía, se movió con la habilidad que le caracteriza para conseguir esa aprobación del Ejecutivo en un tiempo récord. En un mes, en lo que sin duda es un caso insólito en este tipo de situaciones, se habían cumplimentado todos los trámites y un equipo de agentes españoles despegaba en un avión oficial rumbo a Dubai para recoger y custodiar a tan codiciada pieza. El 13 de junio Zakhar Kalashov aterrizaba en Madrid esposado y

vigilado. Poco más tarde estaba ya delante del juez y esa misma noche fue la primera que pasó en un módulo de aislamiento de la cárcel de Soto del Real.

En la Base Aérea de Getafe esperaba a Kalashov, entre otros, el inspector jefe que desde muchos años antes había trabajado para que ese día llegara. El *vor v zakone* no reparó en su presencia y el responsable de que bajara de ese avión, mirándolo con una sonrisa contenida, no sería quien le diera pistas. Sakro se mostraba frío, parecía como si la cosa no fuera con él y, en su fuero interno, probablemente, pensaba que su puesta en libertad sería cosa de poco tiempo. Cuando se dio cuenta de que aquello iba en serio ya llevaba una buena temporada entre rejas.

En sus primeras comparecencias respondía casi con monosílabos. Sí le llamaba la atención que ni el juez ni el fiscal hiciesen más caso a su abogado que el que dictaban las mínimas reglas de cortesía, y con el tiempo eso le hizo convencerse de que debía cambiar de asistencia letrada para tener una más «influyente». Reconocía su relación con algunos *vory v zakonen* e incluso admitía, con una media sonrisa, que conocía a Alekperov, presidente de Lukoil, aunque solo por los medios de comunicación. Estaba, en fin, muy confuso, convencido de que aquello era una mala pesadilla y que pronto se solucionaría todo.

En la cárcel, sin embargo, se mostraba más expansivo y no dudaba en dar sus particulares opiniones sobre algunos políticos importantes: «Shaakashvili (presidente de Georgia) y Putin son unos maricones. Les conozco, y los dos son iguales». Lo decía, además, con la seguridad de saber de lo que hablaba.

El verano de 2007 estuvo a punto de acabar con un nuevo éxito. Hasta la Policía llegó información fiable de que Vladimir Tiurin, jefe de la Bratskaya, otro de los capos huidos de la Avispa, había sido detenido en Ulan Bator (Mongolia). La Brigada de Crimen Organizado se puso en marcha de inmediato, pero ni las autoridades de esa ciudad ni Interpol confirmaron la noticia. A pesar de ello, los agentes movilizaron a servicios de Inteligencia amigos que se movían por la zona, que confirmaron que el fugitivo estaba en prisión.

—Nos dicen fuentes fiables que tienen a Tiurin encarcelado y España tiene dictada una orden internacional de busca y captura contra él. ¿Qué está pasando?

—Me temo, señor, que se trata de un error, en nuestras prisiones no tenemos a nadie con ese nombre. Lo sentimos.

Los agentes sabían que aquello no era cierto, pero no tenían armas suficientes para presionar a las autoridades de Mongolia. Con el tiempo, recibirían una fotografía de un hermano del buscado, una persona de cabello rubio, que según ese país era el que de verdad había estado en la cárcel. Para los investigadores estaba claro que se trataba de una burda mentira y que el capo se había librado de la detención porque había pagado una importante cantidad de dinero por su libertad.

Fue el último error que ha cometido Tiurin en todo este tiempo. De hecho, apenas

hay nuevas noticias sobre él, pues no se relaciona con los ambientes criminales de Moscú y San Petesburgo, donde las guerras entre clanes son frecuentes, y se conforma con controlar Siberia, el territorio en el que se mueve como pez en el agua. Informes policiales y de Inteligencia consideran que se trata del hombre de Oleg Deripaska en la zona de Brats, muy rica en materias primas, y que se encarga de la seguridad de sus negocios. En alguna ocasión se le ha visto a bordo del avión privado del magnate ruso, que ha hecho su fortuna en el sector del aluminio. El *vor*, además, se ocupa más directamente que sus colegas de las operaciones de tráfico de drogas y asesinatos.

Mientras, la vida en prisión de Kalashov no era un camino de rosas. Permanecía en régimen de aislamiento, lo que quiere decir salir al patio apenas un par de horas al día y nunca acompañado por más de dos internos; que te registren la celda a diario; que te intervengan tu correspondencia y todas las comunicaciones, y que cada cierto tiempo te cambien de centro penitenciario como medida de seguridad. El *vor* estaba indignado y ordenó a su organización que se movilizara para sacarle de allí cuanto antes. Pero la Policía estaba al tanto. Había comenzado la operación Avispa II.

NI UN DÍA MÁS ENTRE REJAS

—Comisario, nos acaba de llegar una comunicación muy preocupante del FBI. Como temíamos, Kalashov ha comenzado a moverse para conseguir su libertad y ha ordenado a uno de sus hombres, un tal Oleg Vorontsov, que vive aquí, cerca de Madrid, que presione al emir de los Emiratos Árabes Unidos. Además, hay un abogado de Moscú muy conocido, Alexander Gofhstein, que ha viajado hasta Dubai para intentar que salga de prisión.

—Es lógico, no va a parar hasta que quede libre. Lo más peligroso es que no sabemos qué capacidad de influencia tiene en las autoridades de allí. Hay que volver a dejar claro ante los Emiratos que si ceden a las presiones habrá consecuencias serias. No creo que haya muchos problemas para convencerles, porque tenemos muy buenas relaciones con ese país y nadie entendería que dejaran a Kalashov en la calle después de haberlo detenido hace solo unos días. Pero es mejor prevenir que curar. Espero que la extradición sea rápida, porque este tipo de maniobras van a ser constantes. Oye, ¿qué más sabemos de ese Vorontsov?

—Es un ucraniano de los de «cuello blanco», está graduado en Derecho Internacional, es economista, parece que habla siete idiomas y mantiene excelentes relaciones con el Comité Olímpico Internacional. A mediados de los noventa formó parte del comité electoral de Boris Yeltsin. Vive en Las Rozas y los americanos le relacionan con algunas actividades delictivas. Lo más peligroso es su agenda; conoce a mucha gente y puede intentar algo. Nos consta, además, que mantiene contactos con Vladimir Tiurin. El FBI también nos ha facilitado su teléfono.

Estábamos a mediados de mayo de 2006 y el responsable del Grupo de Países del Este y su jefe contaron las novedades al fiscal Anticorrupción. Entre los tres decidieron que había que pedir al juez instructor, Fernando Andreu, la autorización para intervenir las conversaciones de este individuo. Se pensaba que Oleg Vorontsov había sido elegido por la organización de Kalashov como coordinador en España de un grupo formado ex profeso para sacar al *vor* de prisión y convenía seguirle los pasos muy de cerca para evitar sorpresas.

Las primeras intervenciones telefónicas, en junio, con el capo ya encarcelado en España, ya demostraban claramente que este nuevo personaje tenía entre sus misiones ocultar los vínculos de Kalashov con las sociedades instrumentales que utilizaba para blanquear dinero. En este sentido eran muy relevantes algunas de las instrucciones que recibía desde Rusia: «Hay que decirle al abogado ahí que no debe decir nada. Él debe decir que ha sido detenido ilegalmente (...) No debe demostrar de dónde le vienen a él los ingresos. Él no tuvo ningún negocio en España ni llevó allí ningún

negocio. Eso es todo. Eso es lo que el abogado debe hacer». En otras conversaciones posteriores se veía además cómo Vorontsov iba creando la red para que, como se le pedía, nadie pudiera vincular a su jefe con las empresas investigadas.

El reloj marcaba las 12:27. Era 16 de julio, un día especialmente caluroso en Madrid. Vorontsov recibe una llamada de teléfono de Surik, sobrino de Leon Lann, también *vor v zakone* y uno de los socios de Kalashov en Moscú. Tras los saludos de rigor, se produce la siguiente conversación:

—Surik [S]: ¿Qué tal nuestros asuntos ahí? ¿Qué tal nuestro hermano? —en referencia al capo detenido.

—Vorontsov [V]: Bueno, se está moviendo, estamos trabajando (...).

—Ahora se lo doy al abuelo —se refiere al poderoso *vor* Aslan Ussoyan, el protector de Kalashov—. El abuelo quiere hablar contigo.

—Abuelo [A]: ¿Qué hay de nuevo ahí? ¿Fue este y se vieron?

—[V]: Sí, ellos... ¿Aún no habéis visto a Sasha?

—[A]: Yo no lo he visto. ¿Qué tal ahí?

—[V]: Sí, él fue dos veces allá. Parece que le han puesto un televisor y le han permitido hacer más llamadas. Todo irá normal. Puede que la semana que viene le permitan cambiarse a otro módulo —estaba en uno de aislamiento.

—[A]: Ya fue. Bueno, gracias a Dios.

—[V]: Él también fue. Estuvieron todos allí. Le explicaron, la estrategia está clara, qué hay que hacer ahora, así que estamos trabajando. Hay algunos matices, como quién vendrá para acá. Esa es la cuestión, eso lo tenéis que resolver vosotros.

—[A]: Vale. Entonces no hay nada especial, hay lo que hay (...), Oleg, un abrazo, se lo paso a Surik.

—[S]: ¿Cuándo vamos a ver a Kniazevich [es el segundo nombre de Kalashov] en libertad?

—[V]: Bueno... Quiera Dios... Te lo dije: es mejor que por teléfono no hablemos de ese tema, y el apellido...

—[S]: Entiendo.

El teléfono de Vorontsov echaba humo y los investigadores, a medida que disponían de más escuchas, confirmaban el papel clave que jugaba este individuo en la trama. Además, sus cautelas a la hora de hablar por teléfono resultaban también muy sospechosas. Por lo que parecía, no solo se ocupaba de que su jefe estuviera lo mejor posible en prisión, sino que además se encargaba de los pagos a los abogados.

A las 14:05 del 17 de julio, apenas 24 horas después de la anterior conversación, se producía otra entre el coordinador del grupo en España, el citado Lann —detenido y pendiente de extradición—, y su colega Konstantin Manukian, el segundo pilar de la organización de Kalashov en Rusia, vicepresidente en aquellos años del Comité Olímpico armenio. Lann y Manukian eran conocidos por los investigadores por su

relación con Sunninvest y, junto con el patriarca Ussoyan, habían tomado definitivamente las riendas para lograr la libertad del jefe de la mafia georgiana.

De la conversación parecía deducirse que los pagos a los abogados se realizarían desde Rusia a través de una empresa española, y que parte de los honorarios se cobrarían en negro. Vorontsov lo organizaba todo en Madrid, aunque para entonces ya estaba meridianamente claro que las órdenes se daban desde Moscú. De nuevo una charla telefónica, esta del 25 de agosto, aportaba más detalles:

—Vorontsov [V]: Acabamos de terminar aquí una reunión de ocho personas con motivo de nuestro enfermo.

—Lann [L]): Entendido.

—[V]: Y cinco han ido ahora a verle al hospital.

—[L]: Ajá. Creo que el simposium ayuda al enfermo, ¿no?

—[V]: Por supuesto. El simposium ayuda. (...) Que nosotros sabemos seguro que no hay nada nuevo por ahora, me refiero a algo negativo, ¿no? Lo único, cuando apareció una noticia de Georgia, pero todo esto es literatura, él no es ciudadano georgiano, ¿no? Pero debemos entender. Estamos reuniendo los documentos, hacemos el plan de qué documentos entregar, traducir, registrar... Y el 11 de septiembre entregamos los documentos para su liberación del hospital, que esté en otras condiciones.

Era evidente que en su lenguaje encriptado el enfermo era Kalashov, el hospital la cárcel y los abogados los médicos.

—Jefe, esta vez han dado una fecha en la que dicen que Kalashov estará en libertad y hablan de documentos... Creo que van a intentarlo ya.

—Sí, está claro, pero aún no tenemos nada concreto. Hay que seguir como hasta ahora, muy encima de ellos, adelantarnos a sus movimientos...

El 14 de octubre, pasado el mediodía, se produjo otra conversación clave entre un individuo no identificado, que podría ser Aslan Ussoyan, *el Abuelo*, un hermano de este y Vorontsov. El primero de ellos se interesa por la situación de Kalashov y el contacto en España le responde que está bien y que están «esperando noticias que deben producirse en las próximas tres semanas». Pero es una segunda charla la que tiene aún más interés:

—Hermano [H]: ¡Buenos días, Oleg! ¿Con qué nos puedes alegrar?

—Vorontsov [V]: Ayer y anteayer estaba ocupándome de la familia de nuestro amigo, les acompañé hasta el tren y ayer ellas se marcharon a Marbella. Su suegra y su hija. Y ayer a él le visitó nuestro médico y tenemos que esperar unas tres semanas. Nosotros todos rezamos a Dios para que todo salga bien.

—[H]: ¡Ojalá, ojalá! Nosotros hemos depositado la esperanza en ti, en tu talento diplomático. Al parecer, de tu familia eres el menos ansioso por derramar la sangre, tienes mucha clase. Yo, al mirar la cara de una persona puedo decir si esta persona es

maligna, medio maligna, o tacaña. Y él es un tipo muy bondadoso y Dios debe ser misericordioso con la gente como él. ¿Por qué debe sufrir si no ha hecho daño a nadie? Con dos niños...

—[V]: Claro, claro, usted tiene toda la razón del mundo.

Vorontsov se movía con rapidez y además de intentar sacar de prisión a su jefe seguía reclutando a españoles que accedieran a ser testaferros de Kalashov para, como se ha dicho, impedir que se vinculara al capo con sus empresas instrumentales. Además, se dedicaba a hacer alarde de sus relaciones, y así presumía de su cercanía a Juan Antonio Samaranch, ex presidente del Comité Olímpico Internacional, y a alguna persona próxima a la Familia Real española. Sí era cierto que sus contactos con el movimiento olímpico eran muy estrechos —entre 1994 y 1996 fue asesor del presidente del Comité Olímpico ruso, Vitaly Smirnov, y desde 1992 y hasta 2002 participó en la organización de todos los Juegos, tanto de verano como de invierno— e incluso tiene una de las mejores colecciones del mundo de objetos olímpicos.

El 20 de noviembre, el Abuelo vuelve a la carga. Quiere conocer detalles de cómo van las cosas y Vorontsov le da cuenta de todo, siempre con su lenguaje encriptado: «Le hemos escrito mucho, de forma comprensible, al enfermo, sobre el curso de la medicación. Con la participación de nuevos médicos. Hay todo un consejo (...) Se lo hemos escrito para que se entienda. Para que entienda que todo lo que él ha pedido, concretamente, todo eso, lo posible y lo imposible, todo se está haciendo al mismo tiempo». Y en la misma conversación le precisa a Konstantin Manukian: «Ahora ya hay algunos resultados. ¿Sí? Hay algún resultado que es muy bueno. Pero no quiero hablar por teléfono».

La conversación disparó todas las alarmas de la Policía. ¿Lo posible y lo imposible? Sin duda, la última fase del plan de la organización de Kalashov estaba en marcha. La sospecha creció al día siguiente, cuando Ussoyan volvió a llamar a Vorontsov para decirle que valorarían su ayuda «al máximo nivel». Y esa frase la pronunciaba la única persona que podía hacerlo: el poderoso *vor v zakone* que muchos años antes había llevado al capo encarcelado a la cúpula de la mafia y que había diseñado toda la estrategia.

En este punto resultaba especialmente relevante un informe del representante del FSB en Madrid en el que se alertaba de que «desde los años noventa, Zakhar Kalashov participa activamente en la denominada optimización de las condenas (...). Para ello su gente establece contactos con los representantes de las fuerzas del orden público o de los órganos judiciales y, a cambio de sobornos, eximen a los criminales de su responsabilidad o bien reducen los plazos de las condenas». Ahí entraba el trabajo de Gofhstein.

En noviembre de 2006, además, se tenía información de que el elegante Vorontsov había entrado en contacto con tres personas en España para que influyeran

en el juez instructor, Fernando Andreu. El propio sospechoso los calificaba como «unas personas muy altas; tres personas que han hecho un plan y saben a través de quién y cómo ir». Ya con anterioridad, en junio, habían aparecido indicios de que este individuo tuvo la intención de influir en el titular del Juzgado Central de Instrucción de Vigilancia Penitenciaria, para lo cual habría comprado un icono que pensaba regalarle en el caso de que el asunto avanzara en la dirección correcta. Pero no hubo más novedades sobre esta cuestión.

La situación estaba a punto de estallar, mucho más después de que la Policía detectara la presencia en España del abogado Alexander Gofhstein, el mismo que había ido ya a Dubai y que además había defendido en otros casos a personajes tan siniestros como Ivankov, *Yaponchik*. Las investigaciones sobre este letrado señalaban que había sido encargado por la organización para que tutelara la defensa de Kalashov —no le era posible asumirla directamente porque no estaba colegiado en España y por tanto no podía ejercer—, dados los nulos resultados que se habían obtenido hasta entonces. Los encargados de las pesquisas sostienen que Gofhstein conocía y compartía todos los movimientos que habían comenzado a realizarse, pero lo cierto es que fue absuelto en el juicio que se celebraría tres años después. No obstante, la sentencia da por ciertos algunos de sus manejos.

El abogado estaba convencido de que la defensa del jefe mafioso era manifiestamente mejorable y, de hecho, en octubre advirtió ya de que la situación no podía continuar de la misma manera. En su opinión, los letrados españoles se llevaban demasiado bien con el juez y el fiscal y él quería poner en marcha una estrategia mucho más agresiva. Pasado algún tiempo, en efecto, Zakhar Kalashov cambió de abogados y contrató los servicios del ex juez de la Audiencia Nacional Javier Gómez de Liaño y de su mujer, la ex fiscal María Dolores Márquez de Prado. Las hostilidades con la Fiscalía Anticorrupción comenzaron de inmediato y ya no habría tregua.

—Hay que hacer las detenciones ya. Tenemos datos suficientes y no podemos permitir que den más pasos si no queremos correr el riesgo de perder el control de la situación.

—Estoy de acuerdo, creo que es el momento de plantearse a la Fiscalía y al juez.

La conversación entre el comisario y su jefe de grupo se producía a mediados de noviembre. La operación Avispa II estaba madura y ya solo era cuestión de esperar el momento más adecuado para proceder a los arrestos, una vez que los autorizase el instructor.

El día elegido fue el 22 de noviembre, por la mañana, y los objetivos, además de Vorontsov y Gofshstein, otros tres colaboradores del primero. Las órdenes estaban claras: las detenciones debían ser prácticamente simultáneas y además los arrestados

debían ser comunicados para evitar que unos alertasen a otros. Eso era especialmente importante en el caso del abogado, ya que se sabía que iba a visitar a Kalashov en la cárcel de Aranjuez pero se desconocía a qué hora.

Tal como comenzaba a ser costumbre, la operación tuvo su anécdota. A primera hora de la mañana la Policía controlaba uno de los objetivos, vigilante jurado de profesión, para detenerlo en el momento propicio. No se trataba ni mucho menos de uno de los principales implicados, pero en cambio sí demostró ser muy espabilado porque en un determinado momento se dio cuenta de que le seguían. Cualquiera hubiese intentado burlar a sus perseguidores pero él, lejos de alterarse, decidió provocar una escena insólita. Enfiló su coche hasta las dependencias de su empresa y una vez allí, delante de sus compañeros, comenzó a gritar que le perseguían, al tiempo que pedía a los desconocidos que se identificaran. Los agentes, sorprendidos, tuvieron que acreditar quiénes eran y además se vieron obligados a precipitar la detención, tal como les ordenaron sus jefes, para evitar que el escándalo aumentase. «Hay que hacer todos los arrestos ya —ordenó el comisario—; no podemos arriesgarnos a que los demás se enteren».

Alexander Gofhstein, tal como había hecho otras veces, acudió al centro penitenciario de Aranjuez para entrevistarse con Kalashov, acompañado de quien de verdad era abogado del capo en España, Jacinto Romera. En la prisión se le indicó que podía pasar, pero solo como amigo, ya que no podía acreditar su condición de letrado en ejercicio en nuestro país. Por tanto, ambos tenían que turnarse. Cuando acabó su cita, el letrado ruso salió a la calle, pero para su sorpresa solo unos segundos después vio cómo unos policías le ponían los grilletes y le comunicaban que estaba detenido.

Vorontsov, por su parte, llegó al aeropuerto de Barajas, donde pensaba subir a un avión rumbo a Ginebra. Unos metros antes de las puertas de embarque se le acercaron varios agentes que, como a los anteriores, le colocaron las esposas. El *gentleman* no salía de su asombro. Era incapaz de entender que alguien como él, con esas relaciones, acostumbrado a pisar moqueta y asistir a fiestas de alto copete, pudiera ser tratado así.

Tanto Gofhstein como Vorontsov, así como otros dos de los arrestados, Konstantin Asatiani y Carlos Antonio Fernández Asensio, dieron con sus huesos en prisión. En su declaración, el letrado ruso se mostró absolutamente indignado, hasta el punto de provocar el enfado del magistrado por su insolencia. El coordinador del grupo creado en España, por su parte, ni siquiera contestó a las preguntas del juez y del fiscal por considerar que su situación era «humillante». Fue el primero de una cadena de errores en su estrategia de defensa, que años más tarde pagaría caro.

El ingreso en prisión de Gofhstein provocó que el entonces decano del Colegio de Abogados de Madrid, Luis Martí Mingarro, enviara una carta a Fernando Andreu

para mostrar su preocupación por la decisión que había tomado. Igualmente, el catedrático de Derecho Penal Luis Rodríguez Ramos se presentó en el despacho del juez para quejarse.

En el fondo del asunto estaba el debate aún no bien resuelto de cómo delimitar si la actuación de un abogado se enmarca en el legítimo derecho de defensa o bien sirve a los intereses de una organización mafiosa y, por tanto, forma parte de ella. No sería la última vez que en la lucha contra la mafia rusa, tanto en España como en el resto de países, se planteara este dilema.

EL DEBUT DE LOS POLÍTICOS

«En Barcelona está pasando algo grave, muy serio. Hay que ponerse en marcha». Desde finales de junio de 2005, pocos días después de Avispa, la Policía alertaba una y otra vez a la Fiscalía Anticorrupción de que disponían de informaciones preocupantes según las cuáles miembros de la organización de Tariel Oniani, el *vor y zakone* huido gracias al chivatazo, mantenían buenas relaciones con altos cargos de la política catalana. Así lo indicaban algunos documentos intervenidos en esa operación y, por tanto, era necesario averiguar hasta qué punto se podía hablar de una trama de corrupción. Las sospechas se centraban en el georgiano Malchas Tetrushvili, mano derecha del jefe mafioso fugitivo, quien tras ser detenido permaneció unos meses en prisión, aunque luego quedó en libertad. Según las investigaciones realizadas, mantenía estrechos contactos con el diputado de CiU en el Parlamento catalán Antoni Fernández Teixidó y con el subdelegado del Gobierno en Barcelona, Eduard Planells, el hombre clave para la regularización de extranjeros en la Ciudad Condal.

Una de las primeras alertas había saltado al analizar la documentación hallada en poder de Tetrushvili en la operación Avispa, cuando se encontró un «contrato mercantil de colaboración profesional» con carácter indefinido, de fecha 23 de enero de 2005, por el que la sociedad del político nacionalista, Grupo Ceteb, prestaría una asesoría empresarial al Grupo Accionarial MT, propiedad del arrestado. Los honorarios fijos ascendían a 8.333 euros al mes más IVA, y se pactó igualmente una cuota variable en función de los beneficios que tuvieran las empresas del georgiano. Había más. También se le requisó una carta de Teixidó, con membrete del Parlamento catalán y fechada el 3 de febrero de 2004, en la que le agradecía «muy sinceramente (...) la cena que mantuvimos días atrás». En la misiva, el diputado autonómico añadía: «Hace tiempo que no teníamos ocasión de vernos», y se despedía poniéndose a su disposición «para todo cuanto necesitéis». Ya escrito a mano, enviaba «un abrazo para todos y familia».

Esas relaciones eran motivo suficiente para que cundiera la preocupación, pero a ellas se unieron nuevas informaciones que apuntaban a que Tetrushvili tenía cierta «facilidad» para arreglar los papeles de los numerosos compatriotas georgianos y también rusos que llegaban a Barcelona para trabajar en sus prósperos negocios de hostelería. Todo hacía sospechar que esos privilegios eran fruto de su complicidad con Eduard Planells. Lo más curioso era que desde hacía algunos años el georgiano había llegado a mantener una estrecha relación con esta persona gracias a los buenos oficios de Teixidó. Sin embargo, por aquel entonces esas informaciones aún no estaban trabajadas hasta el punto de que se pudiera abrir una investigación.

La relación del político con Tetrushvili se remontaba a 2001. Ese año Teixidó recibió una llamada de un miembro de la comunidad judía, a la que pertenece su mujer, en la que se le pedía ayuda para un comerciante georgiano de ese mismo origen que tenía dificultades a la hora de regularizar a los compatriotas que llegaban desde su país para trabajar en sus locales. Según le explicaron, la concesión de los permisos de trabajo se demoraba durante mucho tiempo como consecuencia del proceso de regularización de inmigrantes que estaba en marcha. Teixidó, según explicaría luego ante el juez, accedió a hacer algunas gestiones porque consideraba que para Cataluña era bueno facilitar la actividad comercial de las empresas, una línea de actuación que, afirmó, había sido eje de su política durante su época de consejero de Comercio de la Generalitat.

En este contexto —seguimos en 2001—, el diputado autonómico decidió llamar al que entonces era subdelegado del Gobierno en Barcelona, David Bonet, para pedirle una entrevista, a la que acudió con Malchas Tetrushvili. Bonet les recibió amablemente y cuando le expusieron el caso les sugirió la conveniencia de dirigirse al principal responsable de la Oficina de Extranjería, Eduard Planells, ya que era él quien se ocupaba de estos asuntos de forma más directa. Con la citada recomendación, el georgiano pudo ir a ver a Planells a su despacho y mantener una entrevista con él. Antoni Fernández Teixidó aseguró años más tarde que esa había sido su única participación en estos hechos, y puede que fuera así. Pero cabría añadir que para la Fiscalía Anticorrupción esa actuación rozaba el tráfico de influencias.

El caso es que la conversación mantenida entre Planells y Tetrushvili fue muy satisfactoria para este último, ya que convenció a su interlocutor de la bondad de que se agilizaran los permisos de trabajo que él solicitaba para sus empleados. El empresario se presentó como representante de una ONG de amistad hispano-rusa y el entonces jefe de Extranjería le entregó un escrito, de fecha 7 de mayo de 2001, en el que se decía que, una vez examinadas las actividades de esa ONG, recomendaba que se favoreciera la concesión de los citados permisos. El interesado llegó a presentar ese documento posteriormente en la Embajada de España en Moscú para intentar que se agilizaran los trámites.

Los datos comenzaban a acumularse sobre la mesa de los investigadores, pero aun así había que ser cautos. «De acuerdo —concedió el fiscal en marzo de 2006—; contamos con esas informaciones genéricas, pero no tenemos ni una sola prueba. A mí tampoco me huele nada bien este tema, lo sabéis, pero si no tenemos algo más concreto, no puedo judicializar la investigación».

A partir de ese momento, y por primera vez desde que comenzara la operación Avispa, las pesquisas se centraron en lo que parecía ser una trama de corrupción política al servicio de una mafia rusa tan poderosa como la Kutaiskaya, liderada por el ya citado Taniel Oniani. Además, en esta organización ya se veían de forma nítida

las tres patas de las que siempre habían hablado los expertos: una criminal, en este caso, por lo que se refiere a España, dedicada de forma especial al tráfico de drogas y la extorsión; otra económica, centrada en el sector de la hostelería, que primero lideró Tetrushvili y luego pasó a manos de Bogveradze; y la última, la de corrupción política, con relaciones con la Administración tan delicadas como la del subdelegado del Gobierno en Barcelona y, de forma más tangencial, con la del conocido diputado nacionalista.

Aquellos meses, además, las vigilancias permitieron detectar la presencia de Fernández Teixidó en fiestas organizadas por Tetrushvili con motivo de la apertura de alguno de sus restaurantes. En esos encuentros se apreciaba de forma clara que su relación era especialmente amistosa, lo que hacía aumentar la inquietud entre los encargados del caso. Sin embargo, seguía sin ser suficiente, ya que si bien algunas escuchas hacían pensar que la principal actividad de la trama era la regularización de extranjeros que trabajaban al servicio del capo, Anticorrupción necesitaba hacerse con los correspondientes expedientes de Extranjería para ver qué criterios se habían seguido en cada caso concreto. Sí llamaba mucho la atención que durante Avispa se hubiesen hallado en la empresa GAMT, propiedad de Tetrushvili, pasaportes originales georgianos, algo a lo que en aquel momento no se encontró una explicación convincente. Ahora, sin embargo, parecía que el hallazgo comenzaba a entenderse mejor.

En mayo de 2006, a la vista de que cada vez se acumulaban más evidencias, el fiscal pidió a los máximos responsables de la Policía Judicial que asignasen a alguien en exclusiva para esta investigación. En ese periodo, además, hubo una intervención telefónica importante; los comunicantes, próximos a Tetrushvili, afirmaban: «Tenemos mucha mano en los permisos». Era el detalle que faltaba para que en el mes de julio Anticorrupción abriera unas diligencias de investigación en las que la Unidad de Delincuencia Económica y Fiscal (UDEFE) se encargó de hacer el informe de las escuchas. Además, su comisario jefe, un hombre con mucha experiencia y muy bien relacionado, aportó documentación incriminatoria respecto a Planells, que había obtenido gracias a sus contactos en la Ciudad Condal.

Las pesquisas, por tanto, avanzaban a buen ritmo y se confiaba en que en poco tiempo pudiera haber algún resultado concreto. Sin embargo, después del verano, en septiembre, todo se torció. El periodista Nando García informó en *El Mundo* del resultado de las investigaciones, de las sospechas que había sobre Planells y Fernández Teixidó y de muchos detalles que solo podía conocer alguien directamente relacionado con el caso o que mantuviera una relación de confianza con gente muy implicada en el mismo. Nunca se llegó a saber su identidad. Lo que sí estaba claro es que la filtración ponía en serio peligro el futuro del trabajo policial, pues a partir de ese momento todos los implicados sabían que eran objetivo de las Fuerzas de

Seguridad y tomarían las medidas adecuadas. Anticorrupción, muy molesta con lo sucedido, decidió apartar del asunto a la Policía y se lo encargó al Servicio de Información de la Guardia Civil. No sospechaba de la UDEF, cuyo trabajo no solo en esta investigación sino en todas las relacionadas con la mafia rusa ha sido siempre ejemplar, pero consideraba que la medida era necesaria para evitar más fugas de información.

Como se temía, esa filtración periodística provocó un parón en las investigaciones. Durante meses las intervenciones telefónicas no dieron ningún resultado y se seguía sin tener pruebas documentales que apoyaran las sospechas. Había, por tanto, que dar un nuevo giro al caso. Una vez más, fue el comisario jefe de la UDEF quien sirvió de «desatascador». Gracias a sus buenas relaciones, a mediados de junio de 2007 logró que alguna de las personas que trabajaban en la Subdelegación del Gobierno aportara detalles muy concretos sobre las actividades de Planells y de todos los funcionarios que conocían lo que estaba pasando y no hacían nada por evitarlo. Además, por fin se tuvo acceso a los expedientes en los que estaba implicado Tetrushvili.

Uno de los detalles que más llamó la atención de los investigadores fue que la ex delegada del Gobierno, Julia García Valdecasas, había creado una oficina para tramitar los permisos de trabajo «especiales». Entre ellos se incluían, por ejemplo, los de los deportistas extranjeros que fichaba el Barcelona, pero también aquellos que presentaba el empresario georgiano, sin que estuviesen claras las razones de la urgencia del trámite. En estos casos, la carpeta con los documentos llegaba con una anotación específica en la que, por orden del subdelegado del Gobierno, se señalaba que había que resolver rápido el asunto y, por supuesto, en sentido favorable.

Con esas declaraciones el caso había progresado más en unos días que en los nueve meses anteriores. Existía información de primera mano de los trabajadores de la Subdelegación del Gobierno que podrían estar implicados en la corruptela; se disponía de testimonios «de gente de dentro» que explicaba el *modus operandi* de la trama y se contaba con los expedientes sospechosos. Había, por tanto, material suficiente para hacer las detenciones.

El 16 de julio de 2007 fue el día elegido para que la Guardia Civil hiciera los arrestos. Junto a Eduard Planells, que desde el 18 de junio anterior había dejado la Subdelegación para trabajar como director de Administración de la Comisión del Mercado de las Telecomunicaciones, fueron detenidos dos funcionarios, una persona que se movía en los alrededores del consulado ruso en Barcelona y que afirmaba trabajar para el CNI, y otro español de origen marroquí que también recibía un trato preferente del principal sospechoso. La noticia, como es lógico, levantó una enorme polvareda política y hubo peticiones de dimisión para el entonces delegado del Gobierno, Joan Rangel, ya que conocía las sospechas y aun así no adoptó medida

alguna.

Los dos funcionarios detenidos en la operación eran la responsable de la «oficina especial» donde se resolvían los casos urgentes y el encargado del despacho al que llegaban los expedientes rechazados en primera instancia. Además, hubo registros en los que se intervino abundante documentación.

Los arrestados fueron llevados a la Comandancia de Barcelona, donde se produjo un pequeño incidente. El jefe de la Unidad cometió la imprudencia de sugerir que se le diese a Planells un trato menos rígido del habitual, de modo que no tuviese que ser encerrado en un calabozo, ya que, al fin y al cabo, las Fuerzas de Seguridad habían trabajado antes con él y no existía el menor riesgo de fuga. La respuesta del fiscal fue tajante: «No vuelva a hacerme esa insinuación; no vuelva a hacer nada por beneficiar a un detenido».

Las investigaciones posteriores continuaron deparando sorpresas. Por ejemplo, se supo que Francisco Álvarez, antiguo jefe del Mando Único de la Lucha Antiterrorista, condenado en 1995 por el secuestro de Segundo Marey, había mantenido una reunión en su despacho con una persona próxima a Tetrushvili y un comisario de Extranjería en activo que en la actualidad se encuentra en libertad bajo fianza por un asunto que nada tiene que ver con las mafias rusas. Según parece, el capo georgiano había contratado a Álvarez como asesor en materia de seguridad y este tuvo que declarar ante el juez como testigo en esta causa.

En cuanto a Antoni Fernández Teixidó, también prestó declaración como testigo en este procedimiento. En su caso, junto a lo ya relatado, hay otro elemento sorprendente: los investigadores encontraron un correo electrónico de las empresas de Tetrushvili en el que se decía que el gerente iba a ser sustituido por el político nacionalista. Incluso aparece un organigrama en el que el diputado autonómico depende del capo georgiano en todo su entramado societario. Teixidó nunca ha sabido explicar de forma convincente por qué se le iba a nombrar gerente de una empresa a la que había favorecido con sus gestiones en la Subdelegación del Gobierno en Barcelona. En cualquier caso, hay que añadir que en el momento en que Malchas Tetrushvili fue detenido en la operación Avispa, en junio de 2005, cortó toda relación comercial con él.

En septiembre de 2009, el juez de la Audiencia Nacional Fernando Andreu dictó un auto en el que confirmaba la existencia de suficientes indicios contra Eduard Planells, al que imputaba los delitos de prevaricación y tráfico de influencias. En el mismo auto se inhibió en favor de los juzgados de Barcelona para que continuaran investigando al ex subdelegado del Gobierno y al resto de imputados por este supuesto trato privilegiado a una organización criminal.

Andreu aseguraba que la actuación de Planells iba más allá de dar «un trato arbitrario e injustificado» al empresario georgiano, puesto que también «aleccionaba

a funcionarios subordinados a él para que tramitaran favorablemente y/o con una preferencia que no les correspondía diversos expedientes presentados en nombre de empresas propiedad de Tetrushvili y requería a funcionarios también subordinados para que tramitaran determinados expedientes según su conveniencia y directrices».

La gran pregunta que queda por responder es qué ganaba el antiguo subdelegado con todo esto. La respuesta no es sencilla, pero quizá haya que relacionarla con lo que se podría llamar un «pago en especie».

EL ÚLTIMO SERVICIO DE PABLO VIOQUE

Derrotado, con la tez amarillenta, los ojos hundidos detrás de sus finas gafas de metal y, sobre todo, muy consciente de que escribía el último capítulo de su vida. Así era el Pablo Vioque que en julio de 2007 irrumpió en la operación Avispa, un hombre para entonces muy alejado de aquel todopoderoso narcoabogado que trajo de cabeza a la Policía, que contaba con relaciones privilegiadas con tipos como Pablo Escobar o que contrató a unos sicarios para que asesinaran al fiscal jefe Antidroga Javier Zaragoza. «Daba la sensación de que quería ponerse en paz consigo mismo —recuerda ahora un comisario de Crimen Organizado, que mantuvo con él largas horas de conversación—. No buscó en su colaboración beneficio alguno, ni económico ni de otro tipo. Necesitaba que sus hijos estuvieran orgullosos de él aunque solo fuera por una vez, después de tantos años dedicados al crimen. Y también anhelaba compañía; se sentía solo, completamente solo».

—¿Puedes venir un momento al despacho? Es por la minuta que me pasaste el otro día de la entrevista con Vioque —dijo por teléfono el comisario a un policía de Estupefacientes—. Quiero que me aclares un par de cosillas —añadió.

—Deme un par de minutos para acabar una gestión y voy a verle enseguida.

El mando policial releyó una vez más el informe y esperó la llegada del agente.

—Pasa y siéntate. Mira, como te he dicho antes, he estado leyendo la minuta del encuentro que Manolo [un inspector jefe de Estupefacientes] y tú mantuvisteis con este tío en el hospital. Estoy sorprendido, porque pensaba que le ibais a preguntar por una operación de blanqueo y me encuentro con que aquí, en esta nota a pie de página, aparece el nombre de Zakhar Kalashov, que no tiene nada que ver con vuestro negociado.

—Sí jefe, así es; precisamente lo hice constar porque a mí también me llamó la atención que Vioque citara a este ruso sin que le hubiésemos pedido información sobre él. Dijo que alguien le había propuesto lavar un montón de millones de este tipo. Nosotros no sabíamos nada de ese individuo, de modo que tampoco preguntamos más. Pero incluí la frase por si a alguien le servía para algo.

—Vale, perfecto, has hecho muy bien. Hablaré con Manolo; es posible que este tema nos pueda dar mucho juego en otra investigación.

El comisario, veterano, astuto y bienhumorado siempre, no perdió el tiempo. Su olfato de investigador, entrenado en miles de horas de trabajo, le decía que el narcoabogado, al que se había concedido el tercer grado penitenciario días antes por razones humanitarias —la metástasis se le había agarrado al hígado y ya no había tratamiento posible— podía aportar datos importantes para emprender una nueva

línea de actuación contra Kalashov. Habló con el inspector jefe de Drogas, que mantenía una buena relación con Vioque, forjada, de forma paradójica, durante los muchos años que el primero persiguió al segundo por haber blanqueado enormes cantidades de dinero. Le pidió que le concertara una cita con él.

Solo unos días después del encargo, Manolo descolgó el teléfono para llamar al comisario:

—Vioque me dice que vale, que habla contigo. Hay que decirle fecha, hora y lugar. Mejor cerca de su casa, porque ya sabes que está muy delicado de salud y se cansa muy rápido.

—Muchas gracias por la gestión. Pero te voy a pedir otro favor: en esta primera cita tienes que venir conmigo y así se rompe el hielo más fácil.

—No te preocupes, lo haremos de esa forma. Aunque la verdad es que no creo que tengas muchos problemas para ganarte su confianza. Si los dos sois gallegos, aunque él haya nacido en Extremadura...

El primer encuentro se produjo a finales de junio. El lugar, una concurrida terraza de una localidad del norte de Madrid; la hora, a media tarde. Por tanto, los tres contertulios estaban a la vista de todo el mundo, y eso que Pablo Vioque no era precisamente un desconocido y su imagen había aparecido muchas veces en los medios de comunicación. Nada había que ocultar y, por tanto, era absurdo esconderse. Tras las presentaciones, y después de haber pedido unas bebidas, los tres entraron en materia.

—Mire, me dicen mis compañeros que usted tiene información sobre una persona que nos interesa mucho. Se trata de Zakhar Kalashov, un mafioso ruso. ¿Usted le conoce?

—Personalmente no; todo lo que sé de él es a través de terceras personas. Hace algunos meses me pidieron en prisión que blanqueara mucho dinero para él.

—Ya, pero es extraño que se dirigieran a usted para hacerle un encargo tan delicado como ese si no le conocía...

—Él no, pero quienes me pidieron ese trabajo, sí. Sabían que aún tengo muy buenas relaciones y que me sería muy fácil utilizarlas para lavar el dinero. Como ustedes conocen bien, en ese campo tengo algunos «méritos» demostrados.

—Queremos que colabore con nosotros, pero en este momento no le podemos ofrecer nada a cambio. Eso lo decide el juez.

—Tampoco yo he pedido nada.

Desde el primer momento hubo empatía entre el investigador y el narcotraficante, que ya antes había hecho otros trabajos para la Policía. Los contactos estaban aún en una fase muy incipiente, pero de aquella conversación, que se prolongó durante un par de horas, el comisario sacó la conclusión de que había que seguir trabajando en esta línea. Antes de despedirse e intercambiarse los números de teléfono, quedaron en

verse pronto de nuevo.

A la mañana siguiente el policía llamó a su despacho al inspector jefe encargado de la operación Avispa para analizar la conversación de la tarde anterior. La conclusión fue que lo que contaba Vioque no era ni mucho menos descabellado. Muy al contrario, algunos de los datos que había aportado eran comprobables. Y además, nadie podía dudar de que tenía la capacidad, la experiencia, los conocimientos y los contactos necesarios para poder blanquear el dinero que se propusiese.

A la segunda reunión ya solo asistieron el comisario y Vioque. Mano a mano, en un local ruidoso de la misma población que la vez anterior, con una máquina tragaperras de desagradable sonido ambiente, el narcoabogado dijo estar dispuesto a contar ante el juez cómo la gente de Kalashov se puso en contacto con él en la cárcel, quién fue el enlace entre ambos y todos los detalles del episodio. Solo pedía declarar como testigo protegido, por razones de seguridad.

El asunto estaba ya claro, al menos desde un punto de vista policial, de modo que había que avisar al fiscal Anticorrupción. Solo con la autorización del juez y del Ministerio Público se podía dar carta de naturaleza a esa colaboración. La pelota estaba en su tejado.

—Hola, don José —siempre llama así al fiscal, con cierto tono socarrón—; soy yo. ¿Tiene un momento? Me gustaría contarle algo que creo que es muy interesante.

—Me coges en Jaén, en Torres, el pueblo de Garzón. Ya sabes que en verano el juez organiza unos cursos y este año soy uno de los invitados. Pero dime.

—Nos ha surgido la posibilidad de que Pablo Vioque colabore con nosotros. Está dispuesto a implicar a Kalashov en una operación de blanqueo. Dice que recibió una oferta de un enviado del capo para que le lavara un montón de millones. A nosotros nos parece que no miente y que puede ayudar mucho, pero también sabemos muy bien quién es este tío, lo que ha hecho y que con él vamos a tener problemas de credibilidad.

—Bien, por mi parte no hay problema, pero el juez tiene que estar de acuerdo. No voy a actuar por mi cuenta en un tema tan delicado. También lo hablaré con mis jefes y con mi compañero Javier Zaragoza. Como sabes Vioque ordenó que le mataran y yo no voy a entrevistarme con ese individuo si él no está de acuerdo. Te mantengo informado.

Los siguientes días fueron muy intensos para el fiscal, con numerosas consultas necesarias antes de tomar una decisión tan peliaguda como esa. Sus jefes consideraron que no se perdía nada con explorar la vía Vioque, y el juez de instrucción, con los datos que tenía sobre la mesa, mostró su disposición a tomarle declaración como testigo protegido siempre y cuando el fiscal se entrevistase antes con él y comprobase que podía aportar datos nuevos a la causa. Quedaba el último trámite, quizá el que más preocupaba a la Fiscalía. La conversación con Javier

Zaragoza. La respuesta del fiscal jefe de la Audiencia Nacional fue impecable: «Si pensáis que es bueno para vuestra investigación, no lo dudéis, seguid adelante. Una cosa es lo que pasó y otra que no se agoten todas las posibilidades en un caso tan importante como este. Muchas gracias por informarme».

—De acuerdo, he hablado ya con todos y voy a tener esa entrevista con Vioque. Preparad una cita. Si de verdad tiene datos buenos declarará en su momento como testigo protegido. Por supuesto, tú te vienes conmigo.

—Don José, lo pongo todo en marcha.

Estaba ya muy entrado el verano en Madrid cuando se produjo la reunión. Durante la entrevista Vioque se mostró más preciso que en ocasiones anteriores, facilitó datos concretos e incluso, como muestra de su buena voluntad, llegó a proponer al fiscal seguir adelante con la operación de blanqueo de dinero que le ofrecía la gente de Kalashov y pasar la información desde dentro, con lo que la Policía obtendría de forma muy sencilla pruebas irrefutables. El representante del Ministerio Público se sorprendió por la oferta y cortó en seco a su interlocutor: «Eso nos convertiría a la Policía y a mí en culpables de provocar un delito, lo que como bien sabe, porque es abogado, está castigado en el Código Penal. Ni hablar de ese asunto. Usted declara ante el juez, cuenta todo lo que sabe, y luego la investigación continúa por su cuenta». Ya no volverían a tener más contactos hasta el día que fuese a los juzgados, lo que aún tardaría bastantes meses en producirse.

La fecha fijada para la declaración fue el 8 de julio de 2008. Con Vioque acudió hasta la sede de la Audiencia Nacional, en la calle Génova, su interlocutor de la Brigada de Crimen Organizado. El edificio no era en absoluto desconocido para el colaborador, aunque esta vez el motivo de su presencia era muy distinto del de otras veces.

En el despacho del juez Andreu se encontraban el fiscal y las defensas. El testigo protegido, por su parte, permaneció en un cuarto de baño anexo, con el policía a su lado leyendo un periódico deportivo para pasar el rato de la mejor manera posible. Desde ese lugar tan peculiar —son las cosas de tener unos edificios judiciales antiguos y poco funcionales— contestó a las distintas preguntas que se le plantearon, si bien con la voz distorsionada para evitar que fuera identificado.

Explicó que en abril de 2007 un individuo llamado Norbert Khöler —le llamó «A» para que no trascendiera su nombre, que solo reveló al juez y al fiscal, y tampoco precisó que se trataba de su compañero de celda—, a quien conocía de antes y del que sabía que estaba relacionado con la mafia rusa, le propuso que transfiriera a paraísos fiscales 300 millones de euros propiedad del número uno de la mafia georgiana. A cambio, recibiría una comisión del quince por ciento, mientras que el intermediario se quedaría con un dos. En esa misma reunión, siempre según el narcoabogado, Khöler le contó que ese dinero procedía de actividades criminales y

que por eso cobrarían esas abultadas comisiones.

Vioque relató que posteriormente otras dos personas, el que había sido abogado del capo, Jacinto Romera —en la declaración solo identificado por la letra «B»—, y el también letrado José Miguel Garrido Mestre —«C»—, le confirmaron el encargo; en concreto, este último durante una cita celebrada en junio de ese mismo año. Aún habría un tercer encuentro con Garrido Mestre en julio, en el que, según el confidente, este hombre le dijo que tanto él como Romera habían recibido de Kalashov unos veinte millones de euros para blanquear, operación de la que habrían obtenido un quince por ciento de comisión.

Esa cantidad millonaria, siempre según el relato del testigo protegido, les habría sido entregada por la organización de Kalashov a lo largo de 2006. El coordinador de las entregas era una persona de nacionalidad rusa llamada Sergei. La operación se habría hecho a través de unos abogados de Gibraltar, que, sin embargo, en lugar de transferir los veinte millones a las Bahamas, como se les había pedido, los ingresaron en cuentas corrientes del Peñón, algo que al parecer enfadó mucho a los rusos.

El narcoabogado continuó con su exposición y afirmó que tanto Romera como Garrido Mestre habían recibido también un millón de euros y que parte de esa cantidad estaba destinada a obtener ventajas en la situación penitenciaria de Kalashov, a fin de asegurar su traslado a módulos normales desde los de aislamiento que había ocupado siempre hasta entonces. Finalmente, Vioque aseguró que no aceptó la oferta, pero se negó a responder a la pregunta de por qué se había decidido ahora a contar estas cosas: «Se trata de motivos personales que no quiero explicar», dijo sin aportar más detalles.

Pablo Vioque, por tanto, tal como prometió un año antes a los agentes, había facilitado nombres y fechas susceptibles de ser investigados por la Policía, aunque se trataba de un trabajo muy complicado. Las entrevistas del responsable policial con él se sucedían cada cierto tiempo, si bien ya no se centraban en el testimonio que había prestado, sino en otros muchos aspectos de la vida del «arrepentido». Esas citas se celebraban en su casa, y en varias ocasiones estuvo presente su hijo. Durante las charlas, en las que el narcoabogado intentaba sobre todo huir de su soledad, hizo múltiples revelaciones sobre su vida, tantas que darían para escribir otro libro. Valga como ejemplo algún detalle de su estrecha relación con Pablo Escobar, de quien contaba que en una de las ocasiones que estuvo en su residencia vio cientos de millones de dólares tirados encima de una mesa; o determinados asuntos de la banda terrorista ETA, que conocía por boca de algunos de sus presos con los que llegó a tener cierta confianza. Proporcionó datos o pinceladas, según los casos, de asuntos que aún hoy se investigan, entre ellos la desaparición de partidas de cocaína en la Jefatura de Policía de Sevilla, un caso del que estaba al tanto mucho antes.

Para Vioque, sin embargo, todo acabó el sábado 13 de diciembre de 2008, cuando

falleció a causa del cáncer. El comisario se enteró días después de la muerte y admite que, si lo hubiera sabido a tiempo, habría acudido a su entierro; al fin y al cabo, la última etapa de su vida colaboró con la Justicia sin pedir nada a cambio. «La defensa de Kalashov me acusa de haberle beneficiado a cambio de su declaración, pero ¿qué podría ofrecerle yo, si cuando le conocí ya estaba en libertad?», se pregunta el investigador, sorprendido por la virulencia de los ataques del letrado, que incluso llegó a denunciarle en los juzgados y a lanzarle duras acusaciones durante el juicio contra el georgiano.

La muerte del testigo protegido provocó que días después, el 21 de enero de 2009, se conociera su identidad. La reacción del abogado del capo georgiano, Javier Gómez de Liaño, a su vez letrado de Vioque, pasó en pocos segundos de la sorpresa a la indignación, y menos de una semana después presentaba un escrito en el juzgado en el que se pedía la nulidad de todas las actuaciones en las que aparecía el fallecido. Además, con esta justificación, volvió a solicitar la libertad de Kalashov, en un documento repleto de descalificaciones al fiscal y al que había sido su cliente.

Curiosamente, 48 horas antes de presentar esa petición, los hijos del narcoabogado, Pablo y María, se presentaron en el Juzgado Central de Instrucción número 1 de la Audiencia Nacional para hacer una insólita comparecencia. Era domingo 25 de enero, y los familiares del fallecido afirmaban que si su padre había hecho esas declaraciones «tuvo que ser porque se sentía intimidado por algo o por alguien, bajo alguna presión, o en circunstancias parecidas; pues su padre no era una persona que se prestase a este tipo de cosas, menos aún siendo abogado y, sobre todo, por su experiencia en los tribunales».

Lo cierto es que ni esa comparecencia ni los sucesivos escritos de la defensa pidiendo la nulidad del testimonio de Vioque y la libertad de Kalashov tuvieron el menor éxito. Entre otras razones, porque como señaló la Sala que resolvió los recursos, las acusaciones contra el capo georgiano no estaban basadas en absoluto en esas declaraciones. El *vor v zakone*, por tanto, tendría que esperar en prisión a que se celebrara el juicio.

Cuestión distinta es que la Sección Segunda de lo Penal de la Audiencia Nacional, en la sentencia que dictó más de dos años después, decidiera prescindir de ese testimonio por considerarlo carente de credibilidad. Y ello porque, según el tribunal, no la tuvo para el instructor, que no hizo ninguna investigación para aclarar las graves imputaciones, y porque «no se entiende, ni es razonable, que Kalashov tuviera que correr el riesgo de entregar físicamente tan importante cantidad de dinero en España, pudiendo trasladar dichas cantidades a paraísos fiscales por cualquier medio más seguro dado su estatus en el crimen organizado».

Lo que decía el Tribunal era cierto, pero había una explicación. Cuando iba a cerrar el sumario para enviar a juicio a Kalashov y su gente, Andreu le planteó al

fiscal:

—¿Puedes ir a juicio sin que sea necesario hacer más gestiones sobre el asunto Vioque o es imprescindible para tu acusación hacer algún trámite más?

—No, claro que no; ya tengo todos los elementos para conseguir una condena. Es preferible que se les juzgue de una vez antes que retrasarlo todo por este tema.

¿DE QUÉ SE RÍE EL ACUSADO?

Allí estaba; sentado en el banquillo de los acusados, con un jersey de lana verde de dudoso gusto y unos vaqueros corrientes. Allí estaba, en apariencia inofensivo, con su mirada penetrante de siempre, su apenas 1,70 metros de estatura, su cara redonda y sus inconfundibles ojos achinados, profundos y capaces de lanzar miradas que hielan la sangre. Habían pasado casi tres años y medio desde su detención en los Emiratos Árabes Unidos y su posterior extradición a España y llegaba el momento esperado durante tanto tiempo. Zakhar Kalashov, considerado por los servicios policiales y de Inteligencia de buena parte de la comunidad internacional como uno de los mafiosos más peligrosos del mundo, al fin iba a rendir cuentas ante la justicia española, acusado de blanqueo de dinero, asociación ilícita y falsedad de documentos. Sí, es cierto; pueden parecer cargos menores para un tipo al que se presupone un historial tan largo como siniestro. Pero esas son las paradojas del crimen organizado internacional, tan peligroso como escurridizo, opaco, casi invulnerable.

—¿De verdad ese tipo es tan malvado como dicen y es necesario este despliegue policial? —preguntaba con cierta incredulidad y media sonrisa uno de los encargados de custodiar el edificio que la Audiencia Nacional tiene en San Fernando de Henares—. Han venido dos vehículos de la Guardia Civil exactamente iguales para que nadie pudiese saber en cuál de ellos viajaba Kalashov. Eso lo he visto pocas veces.

—Lo es; quizá incluso más de lo que nosotros mismos nos damos cuenta —respondía el periodista interpelado—. Puede que ese sea el problema; no hemos sido capaces de explicar bien la importancia de este juicio. Pero sí, créame, hay unanimidad entre quienes conocen sus andanzas. Es la primera vez que se juzga en España a un criminal de este nivel. Cosa distinta es que viéndole aquí no lo parezca.

En la sala de vistas, por el contrario, todos los que vivían la escena —tribunal, fiscal, abogados, acusados y público— sabían de la importancia del juicio; eran conscientes de que marcaba un punto de inflexión, desde luego para aquellos que luchan contra el crimen organizado, pero también para los propios mafiosos. Hasta hacía muy poco nadie, ni los más optimistas, apostaban un euro porque Kalashov rendiría cuentas ante un tribunal español. Verle en el banquillo era el símbolo del fin de la impunidad. El mensaje de las autoridades era (es) nítido: «A todos aquellos de su calaña que utilicen nuestro país como base de operaciones les espera el mismo destino».

Eran las diez de la mañana del 2 de noviembre de 2009 y la presencia del *vor* despertó inquietud entre la parte del público que conocía su historial, y respeto entre sus compañeros de banquillo, que sin duda no lo ignoraban. Con su entrada en la sala

había quedado en evidencia quién mandaba y quién obedecía entre los procesados. Sakro el Joven se sentó en la primera fila, acompañado solo por una traductora que ya en los primeros días se demostró innecesaria. «¿De qué se ríe? Parece que aunque no entiende el español hay algunas cosas que le hacen gracia», le espetó severo el presidente del tribunal, Ángel Hurtado, en pleno rifirrafe dialéctico entre la defensa y la Fiscalía.

Transmitía tranquilidad absoluta, su rostro se mantenía imperturbable, y así estuvo durante todas las sesiones del juicio. Como el mejor jugador de póker imaginable, fue capaz de ocultar cualquier sentimiento. Dominaba la situación. Observaba con frialdad al presidente del tribunal, al ponente, al secretario, al fiscal e incluso a sus abogados. «Nadie es capaz de mantener la mirada a Kalashov», decía una de las muchas leyendas que circulan sobre él. Al representante del Ministerio Público, sin embargo, aquello no le sorprendía, porque fue la misma actitud que el criminal mantuvo en su primera comparecencia ante el juez de instrucción, poco después de aterrizar en España a bordo de un avión de la Fuerza Aérea custodiado por el equipo policial que fue a buscarlo a Dubai.

Su mayor concesión fue bajar la cabeza, cruzar las piernas y esbozar una leve sonrisa, quizá pensando aún cómo él, el todopoderoso Zakhar Kalashov, cuya palabra es ley, había podido ser detenido por las Fuerzas de Seguridad españolas y juzgado fuera de su país, como cualquier «desgarramantas» de los que trabajaban para él en los últimos escalones de su organización. Esa idea debió de atormentarlo durante esos días interminables que tenía que pasar en los doce metros cuadrados de su celda, retrete y ducha incluidos. Seguro que le dio muchas vueltas a la cabeza, que mes a mes enfureció entre los muros de prisión con la falta de resultados de sus letrados, primero unos, luego otros que creyó más influyentes y preparados, consciente siempre de que cada día que pasaba entre rejas su poder y su prestigio disminuían.

—Dicen que a Sakro también le empiezan a temblar las sillas debajo del culo.

—Eso no lo sé, porque es muy cercano a Ded [Aslan Ussoyan].

La significativa conversación telefónica, grabada a las 20.43 horas del 30 de abril de 2008, fue mantenida por Alexander Malishev, jefe de la Malishevskaya, por entonces investigado en España en el marco de la operación Troika, y Ruslan Tarkovski, otro mafioso de nivel que fue quien hizo el arrogante comentario. Como se ve, Malishev, un tipo veterano, astuto, con muchos años de carrera criminal, no negaba de forma tajante a su interlocutor que Kalashov hubiera comenzado a perder parte de su poder al llevar tanto tiempo en prisión, pero al mismo tiempo dejaba claro que si Ussoyan seguía protegiéndole, como había hecho desde el comienzo de su carrera criminal, en cuanto pusiera un pie en la calle las cosas volverían a su sitio.

Sí, seguro; aquel primer día de juicio el jefe de la mafia georgiana, el hombre que había puesto de rodillas en su país y fuera de él a presidentes y ministros, a militares

de alta graduación, a policías y a servicios secretos, un tipo con intereses en empresas energéticas y capaz de manejar a golpe de voz negocios legales e ilegales, volvió a pensar en cómo le había podido suceder una cosa así. En la misma sala —también en algunos despachos fuera de ese edificio de la Audiencia Nacional— otras personas, estas defensoras de la ley, se hacían la misma reflexión. Solo que en su caso, con una indisimulada sonrisa en el rostro.

No había sido nada fácil llevarle hasta el banquillo. De hecho, a mediados de junio de 2008, coincidiendo con la contratación como abogados defensores del antiguo juez de la Audiencia Nacional, Javier Gómez de Liaño, y de su mujer y ex fiscal del mismo órgano, María Dolores Márquez de Prado, estuvo a punto de salir de la cárcel. Los dos letrados habían pedido a la Sección Cuarta su libertad con el argumento de que ya se habían superado los dos años de prisión preventiva y el juicio no se había celebrado. Razonaban que los plazos de detención debían contar desde el momento en que fue arrestado por la Policía de los Emiratos Árabes Unidos (7 de mayo de 2006) y no desde que llegó a España y fue puesto a disposición de la Audiencia Nacional, más de un mes después, como sostenían el instructor y la Fiscalía. Este segundo criterio, además, era el que siempre se había aplicado.

Ni juez ni fiscal estaban, por tanto, demasiado preocupados por esa petición de la defensa. Sin embargo, el viernes día 20 se dispararon todas las alarmas: el magistrado Fernando Andreu, que se encontraba esos días en Galicia, recibió una llamada telefónica de una compañera de la Audiencia Nacional, Teresa Palacios, para advertirle de que la semana siguiente Kalashov podría salir en libertad al estar sopesando la Sala atender el recurso de sus abogados. No existía explicación lógica para que por primera vez se corrigiera el criterio. En la Fiscalía Anticorrupción cundió la indignación. ¿A santo de qué venía una cosa así, y con un tipo tan peligroso como el capo georgiano?, se preguntaban sin obtener respuesta todos los que iban conociendo la intención de la Sección Cuarta de lo Penal de la Audiencia Nacional. Estos mismos magistrados, Ángela Murillo, Juan Francisco Martel y Carmen Paloma González, fueron quienes dos años después, en enero de 2010, pondrían en libertad con fianzas millonarias a los jefes mafiosos rusos Gennadis Petrov, Leonid Kristoforov y Alexander Malishev, en otra decisión difícilmente justificable para muchos.

Tampoco otros compañeros de Andreu estaban dispuestos a dejar que se consumara el disparate, que afectaba no solo a la mafia rusa, sino también de manera especial a la lucha contra el terrorismo etarra. La decisión que iba a adoptar la Sección Cuarta sobre los plazos de prescripción era exactamente la contraria de la que se aplicaba a los miembros de la banda asesina que eran entregados por Francia. Si se abría esa brecha sería un caramelo para los abogados de los pistoleros. Había que detener esa locura. Porque era de justicia, primero; y también por una cuestión de

Estado.

En esos días hubo dos personas que decidieron actuar sin perder un minuto: por una parte, el presidente de la Sala de lo Penal de la Audiencia Nacional, Javier Gómez Bermúdez —que tiempo después dirigiría el juicio del 11-M—, que nada más enterarse de lo que se estaba cocinando puso el grito en el cielo; el segundo fue Baltasar Garzón, titular del Juzgado Central de Instrucción número 5, no solo afectado porque él también llevaba un asunto de mafia rusa —la operación Troika—, sino además porque infinidad de veces había aplicado los mismos criterios que su compañero y amigo Fernando Andreu.

Javier Gómez Bermúdez levantó el teléfono y habló con la Sala: «Lo que vais a hacer es inadmisibile —les advirtió sin rodeos—. No se pueden contar los plazos de detención de una forma para los terroristas y de otra distinta para la mafia rusa. Es absurdo y no tiene sentido». Pero el presidente de la Sala de lo Penal fue más allá y durante el fin de semana recopiló decenas de autos en los que siempre se había mantenido un mismo criterio en este asunto; idéntico al que defendían Andreu y el fiscal. Baltasar Garzón, por su parte, llamó al entonces presidente de la Audiencia Nacional, Carlos Dívar, para alertarle del disparate jurídico que se iba a cometer. Todos eran conscientes, además, de que el escándalo mediático podía alcanzar unas proporciones memorables.

En medio de ese tira y afloja llegó el lunes, 23 de junio. Gómez Bermúdez envió a la Sección Cuarta los autos que había recogido en los que quedaba claro que siempre se había actuado de la misma forma. Tomar ahora una decisión contraria a esas pautas, por tanto, iba a ser imposible de explicar e incluso había quien pensaba que, si lo hacían, los jueces Murillo, Martel y González se situaban al borde de la prevaricación. La sangre, por fortuna, no llegó al río. Los magistrados comprendieron que si seguían adelante no solo iban a quedarse solos con su insólito criterio, sino que iban a ser señalados por la prensa y, sobre todo, por sus propios compañeros. Había llegado la hora de la rectificación.

Durante esos días Kalashov intuyó o supo lo cerca que estaba de la libertad. Se mostraba convencido de que su salida de prisión era inminente y no se molestaba en disimularlo. Al abandonar la cárcel de Zuera (Zaragoza) donde estaba recluso para ser trasladado a una prisión de Madrid para comparecer ante el juzgado, recogió los enseres de su celda de aislamiento y anunció a los funcionarios: «Yo aquí ya no vuelvo». Una vez más, comprobó que la realidad era diferente a como se la contaban.

Para Gómez de Liaño y Márquez de Prado la decisión última de la Sección Cuarta de la Audiencia Nacional de mantener a su cliente en prisión fue un duro golpe, hasta el punto de que renunciaron a la defensa del capo. En torno a finales de noviembre o principios de diciembre los letrados José Aliste y Santiago Díaz Muñoz anunciaron que se hacían cargo de ella. El segundo, además, también aceptó como cliente a

Leonid Kristoforov, uno de los detenidos en la operación Troika. Quince días después, Díaz Muñox fue asesinado a tiros por no haber sacado a un mafioso de prisión en un mes, a cambio de un millón de euros, como había prometido.

Esa circunstancia fue la que, según algunas versiones de su entorno, movió a Gómez de Liaño y a Márquez de Prado a encargarse de nuevo de la defensa no solo de Kalashov —ya nunca le abandonarían—, sino también de la de Kristoforov. No se les podía dejar sin asistencia letrada; tras lo sucedido, representarles era un deber casi moral... que además se vería recompensado con millones de euros, dado el nivel económico de los clientes.

En el banquillo de los acusados, junto a Kalashov —detrás de él para ser exactos—, se sentaban otras dos personas clave: Alexander Gofhstein y Oleg Vorontsov, el abogado ruso al que la organización había puesto supuestamente a su servicio, el primero, y el segundo el empresario del mismo origen con relaciones peligrosas en algún caso y otras privilegiadas en el Comité Olímpico Internacional, que no duda en utilizar cuando se siente amenazado. Ambos estaban acusados de coordinar la red creada para sacar al jefe de prisión, por las buenas o por las malas; con un trabajo profesional o con otro no menos profesional, pero ya dirigido a comprar voluntades en España, fuesen estas las de un médico de la prisión en la que estaba el *vor* o un juez con ascendencia suficiente como para modificar la situación personal del capo o, cuando menos, con el poder necesario para «convencer» a algún colega de que lo más conveniente sería dejarlo en libertad.

Los meses anteriores al juicio habían sido intensos tanto en el juzgado de instrucción como en la Fiscalía Anticorrupción, entre las Fuerzas de Seguridad y también en *ABC*, donde en septiembre se recibió una carta de Oleg Vorontsov, en libertad provisional, en la que se advertía de que si Madrid no era elegida como sede de los Juegos Olímpicos de 2016 —la designación estaba prevista para el 2 de octubre— sería en parte por la información publicada por los autores de este libro: una crónica escrita tiempo atrás sobre los indicios existentes de que se habían comprado voluntades en la elección del presidente de la Asociación Internacional de Boxeo Amateur.

—Cruz, Pablo, hemos recibido esta carta... Leedla y me decís qué os parece —pidió Ángel Expósito, el director del periódico—. Como veis, y al margen de las descalificaciones de la primera parte, que no me interesan, y de su petición de rectificaciones casi dos años después de la información, lo llamativo es que nos hacen responsables de que nos quedemos sin las Olimpiadas. Como sabéis, el Comité Olímpico Internacional toma la decisión la próxima semana.

—Ángel, este hombre va a ser juzgado en un par de meses y da la sensación de que está nervioso, que quiere presionar. No es lógico que haya esperado a estar a las puertas del tribunal para escribir esa carta. Tenemos las escuchas concretas que

indican que esa compra de voluntades existió, de modo que por lo que afecta a la parte legal estamos tranquilos. Pero nos llama la atención que Vorontsov afirme que ha estado en contacto con uno de los evaluadores de las candidaturas porque se trata precisamente del individuo que fue elegido presidente de la Asociación Internacional de Boxeo Amateur. Habrás visto que sugiere que ese hombre le ha contado que si no rectificamos la información va a maniobrar contra Madrid. Has de saber que Vorontsov cuenta con privilegiados contactos en el COI y que incluso hizo una exposición en Madrid de su colección de objetos olímpicos para impulsar Madrid 2012, que fue inaugurada por Gallardón.

—Ya, entiendo, y todo esto se produce a pocos días de la decisión del COI, con lo que nos jugamos como país. Bien, hablamos. Tenedme informado. Quiero seguir estos temas de cerca porque, como habéis comprobado, no es la primera ni será la última presión que recibo por vuestras informaciones sobre la mafia rusa.

El goteo no se detuvo. A primeras horas de la noche de un día cualquiera, en la segunda quincena de septiembre, Cruz Morcillo recibió una llamada telefónica de una antigua fuente de información.

—Cruz, ¿cómo estás? Cuánto tiempo... ¿Te acuerdas de mí?

—Claro que sí, ¿cómo estás?

—Aquí, como siempre, con mis cosas. Te llamo porque he visto que Pablo y tú tenéis muy buena información de los casos de la mafia rusa y yo estoy perfilando un dossier que me han pedido unas personas sobre cómo están estos asuntos en España. Lo tengo ya todo, pero me falta una cosa: ¿Me podéis dar el nombre del fiscal? A cambio yo os puedo proporcionar toda la información de que dispongo.

Jamás se planteó la posibilidad de aceptar el trato. Si hay algo que se aprende rápido en este asunto es que se puede confiar en pocas personas. Y las que proponen ese tipo de componendas en ningún caso están entre ellas. También llegó alguna llamada más amistosa, de gente cercana que aconsejaba que, en la medida de lo posible, *ABC* no adquiriera demasiado protagonismo en un asunto como el de las mafias rusas: «El periódico está muy marcado», afirmaba el interlocutor.

En ese ambiente contaminado —el tribunal también recibió sugerencias aquellas semanas— llegó el juicio. Los abogados, en especial algunos de ellos, sabían lo que se jugaban y estaban dispuestos a sacar toda la munición, aunque algunos cartuchos evidenciaran una agresividad hacia la acusación un tanto inusual en una vista oral. El fiscal, mientras, observaba la escena, desentrañando cada gesto de los acusados para buscar nuevas razones que le afianzaran en sus tesis trabajadas durante años. Y entre el público se palpaba la desconfianza, con un intercambio constante de miradas con el que se pretendía averiguar en qué bando se alineaba cada uno.

Pocos minutos después de las diez de la mañana de aquel 2 de noviembre de 2009, con insólita puntualidad, los magistrados entraron en la sala. El silencio era

total, casi solemne. La ocasión lo merecía. Comenzaba un juicio contra una organización mafiosa de un país del Este tan poderosa como la georgiana y en el banquillo se sentaba su jefe indiscutible.

La primera intervención del fiscal ya marcó el tono de lo que allí se iba a vivir:

—Señoría, pido que se acepte como prueba este correo electrónico que me acaba de llegar procedente de las autoridades georgianas en el que se me anuncia que los dos agentes policiales de ese país que iban a declarar como testigos de la acusación no van a venir a España porque no creen que se pueda garantizar su seguridad. Afirman que si declaran podrían poner bajo amenaza su vida y la de sus familias.

Las defensas plantearon dudas sobre la verosimilitud de esa comunicación —«Quién nos dice que no se lo ha inventado el fiscal, no está acreditada su procedencia... Lo que quiere es dar a entender que estos señores son más peligrosos de lo que son, resulta hasta infantil», dijeron—, pero lo cierto es que aquel mensaje era auténtico, su contenido verosímil y así lo entendió el tribunal, que decidió admitirlo como prueba. Hasta la semana anterior al comienzo del juicio las autoridades georgianas garantizaban su presencia. ¿Qué había sucedido para que se produjera ese súbito cambio de opinión? Solo hay una respuesta lógica: el miedo de los agentes georgianos a Kalashov y su gente se había vuelto insuperable.

Por su parte, el abogado de Kalashov, Javier Gómez de Liaño, continuó con la misma estrategia agresiva contra la Fiscalía que había mostrado casi desde el mismo día en que se hizo cargo de la defensa. Por momentos parecía que se trataba de una cuestión personal, con algunas alusiones que el presidente del tribunal cortó de raíz.

El primer día de juicio se produjo otro hecho relevante. El abogado de Kalashov, Gómez de Liaño, se hizo cargo de la defensa de la procesada Natalia Serova, después de que el letrado de esta renunciara en el último momento. En la siguiente sesión el fiscal mostró sus dudas por la maniobra:

—Señoría, puede que se haya producido una incompatibilidad de defensa. Natalia Serova ha hecho dos declaraciones ante la Policía durante la fase de instrucción en las que la implicada dijo sentirse amenazada. Incluso, aseguró que recibió una llamada telefónica, tras su primera declaración ante el instructor, en la que la conminaron a callar. Esta mujer había sido acusada por algunas partes de ser colaboradora de la Guardia Civil y se dijo que ella, junto a otro acusado, Alexander Minin, presentó documentación que incriminaba a Kalashov en el asesinato de un individuo que controlaba los casinos de Moscú.

—Bien, la argumentación del fiscal es razonable.

—Señoría —expresó entonces Gómez de Liaño—, la mejor forma de saber si se siente amenazada por el hecho de que nosotros asumamos su defensa es preguntárselo directamente a ella. Que sea la acusada quien diga si quiere que la defendamos.

—De acuerdo, así lo haremos. Señora Serova, ¿quiere que estos abogados asuman su defensa?

—Sí, señorita.

—Entonces continuemos.

Ago parecido sucedió con Alexander Minin, que se acogió a la defensa de Ignacio Peláez, otro fiscal de la Audiencia Nacional reconvertido en abogado.

Las sesiones fueron transcurriendo con las declaraciones de los procesados. Alexander Gofhstein se presentó como un simple abogado que había sido contratado por la familia de Kalashov para dirigir su defensa en España, dado que ya lo había representado con éxito en otra ocasión y que el acusado no confiaba en sus primeros letrados españoles. Destacó que viajó a Dubai para ejercer como letrado suyo y que cuando se trasladó a España fue por la preocupación de los familiares del capo ante la falta de resultados de la defensa. Negó haber traído dinero para comprar voluntades —«solo me ocupé de que le llegara calderilla para vivir en prisión. A sus abogados les dimos pequeñas cantidades para que le compraran ropa deportiva, un televisor y para solucionar un problema dental, lo normal»—. Intentó desmontar todas y cada una de las acusaciones que había sobre él. Se trataba de una relación estrictamente profesional y en ningún caso él trabajaba a las órdenes de la organización del georgiano. Gofhstein, pulcro como un pincel y con tono monocorde, sin mirar ni una sola vez al frente, hizo hincapié en que la familia de su cliente estaba muy descontenta con los letrados españoles. Estuvieron en negociaciones con un tercero que pidió 10.000 euros mensuales y un extra si liberaban a Kalashov o se archivaba el caso y se defendió asegurando que las grabaciones que le habían hecho en prisión cuando hablaba con su representado no estaban completas. No solo traía documentos para la defensa, sino que fue el mensajero que consiguió una carta de la Duma a favor del georgiano detenido. El prestigio de Gofhstein en su país es indudable —entre otros pleitos ha estado presente en el de Yukos—, y sin duda eso le sirvió para que en España, en aquellos momentos, le defendiese un abogado del bufete Cuatrecasas. Finalmente resultaría absuelto.

En cuanto a Vorontsov, doctor en Economía con porte de caballero inglés, aseguró que ni siquiera conocía al capo georgiano y que si intervino en algunas cuestiones — buscar abogado para él, hacer algunos pagos, recibir a la familia en Madrid, hacer de enlace entre los letrados españoles y Gofhstein, entre otras— fue por una cuestión de amistad con una persona con la que sí tenía una buena relación, pero de la que nunca imaginó «que pudiera pertenecer a una banda ilegal ni que su dinero fuera ilícito». Insistió asimismo en que su pasión era el movimiento olímpico —«para mí es como una religión»— y aseguró que las escuchas comprometedoras de las que disponía la Policía o bien «estaban mal traducidas» o bien, cuando hablaba, lo «hacía en broma». «Noté que me seguían —aseguró—, y sabía con certeza que me estaban escuchando,

pero no me importaba. Incluso se lo dije a mi interlocutor en Moscú —se trataba de Konstantin Manukian—, que me contestó que no teníamos nada que ocultar».

Lo más extraño de su testimonio fue que durante muchos meses —desde mayo de 2006 hasta su detención el 22 de noviembre de ese año— estuvo volcado en ayudar a Kalashov, incluso descuidando su vida familiar y profesional, y que lo hizo, según explicó, solo por amistad con ese individuo de Moscú: «Nunca cobré por esto que he hecho; soy el único que no ha cobrado un céntimo en todo este asunto. Acabé harto de hacer de traductor, de asistente e incluso de canguro», afirmó en la vista oral. Durante su relato, quedaron claros sus magníficos contactos —«Tras las detenciones hablé con el vicealcalde de Moscú, que es íntimo amigo mío, y con otro conocido del COI»—; reconoció que algunas personas le habían pedido ayuda para ocupar puestos en la Asociación Internacional de Boxeo Amateur, aunque minimizó su papel. El economista se refirió a «una mano negra» en la causa y desplegó todas las cartas que le retrataban como un empresario de éxito con intereses en campos muy variados, desde el movimiento olímpico a la distribución de relojes exclusivos.

En el banquillo se sentaron otros once acusados, además de Kalashov, tres de ellos españoles. Casi todos estaban relacionados con las sociedades de blanqueo creadas para ocultar el dinero de la organización del capo georgiano, según la Fiscalía. La declaración de Alexander Minin no tuvo desperdicio. Primero intentó evitarla por todos los medios, alegando que no podía comparecer ante el tribunal debido a su delicada salud (sufrió un accidente cerebro-vascular en 2008 y es diabético). El forense tuvo que examinarlo dos veces. «Entiende y responde adecuadamente», dictaminó el médico. Mediado su testimonio, prestado en ruso, necesitó una nueva revisión —tenía dificultades para vocalizar en ciertos momentos—, pero se recuperó solo con un placebo. Minin, en silla de ruedas, temblón, estaba nervioso, casi descompuesto, y no paró de mirar de reojo a su antiguo jefe, al que había acusado en dos declaraciones en el juzgado de instrucción.

Se presentó, sin etiquetarse, como un colaborador de la Guardia Civil, un tipo que no daba un paso sin consultarlo con los agentes, que incluso había cambiado su domicilio y sus negocios de Alicante a Málaga porque se lo habían pedido sus «protectores». Construyó en Playa Flamenca (Alicante) las casas no solo de Kalashov sino también de otros reputados «ladrones» rusos como Vladimir Tiurin o Jemal Khatchidze. «Yo ganaba dinero y no preguntaba», dijo, y con esa filosofía de hormiga que coopera levantó una urbanización de *vory*. A su antiguo jefe lo definió como «una buena persona, respetada por todos. Nunca hace nada malo, solo descansa, viaja por el mundo, piensa, habla por teléfono y da órdenes... ¡perdón!, quiero decir que pide algo a alguien». Un retrato redondo, que el fiscal confrontó con el que había dibujado ante el juez cuando lo detuvieron: «No se puede discutir con él ni contradecirle, si lo haces, morirás», dijo entonces. El afectado Minin, tan enfermo

como para no recordar casi nada, argumentó que esas palabras se debieron a que estuvo tres días sin insulina y casi llegó a perder el conocimiento.

El presidente del tribunal, Ángel Hurtado, hastiado de las incongruencias, pidió al fiscal que pasara a otras preguntas: «Ya ve que el acusado dice lo que le da la gana en lugar de responder, así que vamos a avanzar». Minin no solo era víctima de la enfermedad, también de la Policía y la Guardia Civil, según él, que lo acosaban cada semana y lo amenazaban con que tendría problemas si no colaboraba. Se quedó tan ancho pese a que el fiscal mostró un escrito policial en el que figura que fue el encausado quien solicitó la segunda declaración ante el juez de instrucción. Ante cada evasiva de su antiguo secretario, a Kalashov le asomaba una sonrisa maliciosa. De tanto en tanto se frotaba las manos. El broche final sobre el jefe fue casi hilarante. «Solo le conozco por hechos buenos. Le quieren mucho las mujeres —soltó sin que nadie le preguntara—, por eso sus parejas no son estables». Ese parecía ser el mayor pecado del capo georgiano.

Las palabras en castellano del también georgiano Konstantin Asatiani, antiguo vendedor de *La Farola*, dibujaron a Kalashov como otro dechado de virtudes. Pasó de ser monitor de tenis y de esquí del jefe —según él solo eran compañeros de juego— a administrador de sus empresas en la promoción inmobiliaria como sustituto de Minin. La dependencia jerárquica podrá existir o no, pero lo que se evidenció durante el juicio es que Asatiani no soltaba una frase sin mirar a Sakro; se fue girando en su silla hasta quedar casi de espaldas al tribunal, que tuvo que reconvenirle cada cinco minutos. Negó cualquier vínculo del capo con las empresas investigadas; aseguró que las constructoras españolas se aprovechaban de que eran rusos; se presentó como una víctima del proceso que, tras ser detenido en 2005, pasó en la cárcel los «peores días» de su vida. La ironía le alcanzó para evidenciarla incluso en castellano. «Usted dijo en el juzgado que Kalashov era un hombre importante», le recordó el fiscal. «Me refería a que habla con amabilidad y respeto. Importante para mí es el presidente del Gobierno y ahora el señor juez», afirmó clavando la mirada al frente. Igual que Minin, cerró su confusa alocución hablando de los escarceos amorosos del *vor*, como si el tribunal estuviera dilucidando un asunto de faldas en lugar de juzgar a la mafia georgiana. «Kalashov le quitó la novia al que ahora es presidente de Georgia; era su amante, una actriz georgiana muy famosa en Hollywood. Quizá los problemas del señor Kalashov sean por culpa de eso».

Confusión, exculpaciones del hombre al que se dirigían todas las miradas, palabras reverenciales hacia él. Esa fue más o menos la tónica de casi todo el juicio. Algunos acusados se sentían estafados, pero por supuesto no por el jefe; en realidad no quedaba nada claro por quién.

Por fin, el 17 de noviembre de 2009 le tocó el turno a Zakhar Kalashov. Como se sospechaba, apenas necesitó a la traductora y dio muestras de defenderse en español.

Algo que no dejaba de ser curioso, dado que había estado siempre recluido en módulos de aislamiento, donde el contacto con el resto de reclusos es —o debería ser— muy limitado, y resultaba extraño que hubiera podido aprender el idioma.

—¿Participó el 6 de febrero de 2006 en una reunión junto a Tariel Oniani, Aslan Ussoyan y otras personas en la que se decidió asesinar al presidente de Georgia?

—Es absurdo, no, es falso...

—¿Se ha dedicado al tráfico de armas?

—Nunca, jamás he tenido que ver con el tráfico de armas.

—¿Conoce a Aslan Ussoyan, cuyo sobrenombre es *el Abuelo*?

—Sí, le conozco, sus amigos y familiares le llaman así. Es familiar de mi ex mujer [es su padre]. Nunca he tenido negocios con él, tiene casi ochenta años, no está ya para hacer negocios.

El fiscal le fue preguntando uno por uno por los principales hombres de la mafia georgiana que se habían instalado en España desde finales de los años noventa: «A Vitali Izgilov lo conocí en Moscú, pero sobre todo en España. Él tenía casa aquí y, como había pocos rusos, nos relacionábamos todos. Pero eso no es delito. Nunca tuve negocios con él; nunca me ha ayudado en ningún trámite administrativo; no sé por qué tenía un pasaporte mío, no lo recuerdo, y tampoco sé por qué guardaba una fotografía mía de tamaño carné». Sobre Tariel Oniani tampoco fue mucho más explícito: «Me lo presentaron a principios de los noventa en Moscú, a través de amigos comunes. Luego desconozco dónde estuvo, ya que desapareció muchos años. Le volví a ver en España». También había tenido contactos con Merab Gogya, detenido en la operación Avispa: «Sabía que le habían condenado en Georgia por blanqueo de dinero, pero ahora estaba libre».

—¿Sabe lo que es un *vor v zakone*, un «ladrón en la ley»?

—No tengo ni idea.

—¿Quién es un *vor v zakone*?

—En Rusia no existe el término mafia, usan la expresión «ladrón en la ley», pero no es un término judicial. Allí ningún fiscal va a preguntar por eso.

—¿Por qué le intentaron matar en 1996?

—Sí, es verdad, me intentaron matar ese año, pero no sé por qué. Era una época difícil, mataban abogados, empresarios, fiscales... La Policía no tenía ningún poder.

—¿Pero sabe quién intentó matarle?

—Han corrido muchos chismes sobre eso, la verdad es que a día de hoy tengo alguna idea.

—¿Prestó declaración como víctima?

—Sí, claro que sí. Después de aquello, seguí viviendo en Rusia.

Uno de los datos que mejor retratan la personalidad de Kalashov —y así se ha relatado en estas páginas— es que tras ese ataque, en el que recibió varios disparos y

estuvo al borde de la muerte, pidió el alta voluntaria en el hospital cuando aún no estaba ni mucho menos recuperado. Como ha habido ocasión de explicar, sabía que estaba más seguro fuera del centro sanitario que dentro, a pesar de que las heridas que había sufrido eran muy serias.

Algunos de los episodios de su estancia en prisión también fueron objeto de interrogatorio en la vista oral. Las respuestas del acusado estaban teñidas de ironía en algunos momentos, de falsa humildad en otros y casi en todas las ocasiones asomaba una punta de audacia, propia del personaje.

—El 23 de octubre de 2007 ofreció en la cárcel 10.000 euros por un teléfono móvil y 1.500 al mes si le ayudaban...

—Bueno, lo cierto es que uno de los funcionarios de la prisión me comentó ese asunto y yo le respondí en broma. No tengo ningún parte de sanciones.

—¿A qué había ido a Dubai, donde fue detenido?

—Yo era un intermediario inmobiliario y era un viaje de negocios. También vendía piedras preciosas... —En ese momento, Kalashov esbozó una sonrisa, porque sabía que había sido detenido cuando salía del cumpleaños del capo mafioso Ivankov en esa ciudad.

La defensa intentó presentarle como una víctima de las circunstancias.

—¿Cuánto tiempo estuvo en la prisión de los Emiratos Árabes Unidos?

—Poco más de un mes, y en todo ese tiempo no me visitó ni un abogado. Nunca pude oponerme a la expulsión a España. Me entregaron a la Policía española en el aeropuerto de Abu Dhabi. En el avión había cuatro o cinco agentes que me hablaban en castellano e inglés. Llegué a Madrid un sábado y el juez me envió directamente a prisión. El lunes me llevaron al juzgado para declarar.

—¿Desde cuándo lleva en prisión?

—Desde el 10 de junio de 2006. Siempre he estado en aislamiento. El primer año y medio me sacaban solo al patio. Luego me llevaron a Palencia y ya podía salir con otros reclusos.

—¿Cuántas visitas ha recibido en estos tres años y medio?

—Las de mi abogado y, en dos ocasiones, en agosto y septiembre de 2006, las de mi familia. Después de lo de Vorontsov y Gofhstein le dije a mi mujer que no viniera, que tenía miedo.

—¿Alguna visita más?

—La Guardia Civil fue a verme a Palencia. Me dijeron que me podían ayudar si les contaba algo. Me preguntaron qué sabía sobre Rusia, pero yo les respondí que nada que pudiera decirles.

—¿Fue coronado en 1971 como «ladrón en la ley»?

—Me gusta la palabra coronado. Si me coronaron en 1971 fue antes que a Juan Carlos... —Y volvió a reírse, a pesar de lo que se estaba jugando.

El interrogatorio de Zakhar Kalashov estaba transcurriendo según lo previsto. El capo demostraba ser rápido de reflejos, pero también quedaba en evidencia que no tenía respuestas para muchas de las cuestiones que se le planteaban.

—¿Por qué vino a España?

—A mí y a mis compatriotas nos gusta su gente, su clima. Ahora estamos preocupados porque creemos que está pasando algo raro, arrestan a muchas personas de Rusia y hay muchos que tienen miedo de venir aquí.

(...)

—¿No me pregunta usted si soy rico?

—Le pregunto: ¿Es usted rico?

—Claro que soy rico, tengo una preciosa familia, preciosos amigos, una vida maravillosa. Y económicamente no tengo tanto dinero como el propietario de Lukoil, pero sí suficiente para vivir bien.

En una respuesta que parecía pactada con la defensa, explicó que tras su detención en Dubai fue trasladado con los ojos tapados, esposado y encadenado, y que ya en España le dijeron que lo acusaban de asociación ilícita y blanqueo de capitales. Contó su dura estancia en prisión, siempre en régimen de aislamiento y siempre solo hasta que en la cárcel de Dueñas tuvo un par de compañeros con los que empezó a aprender español. Kalashov relató su vida: huérfano de madre desde que tenía un año, amantísimo hijo que solo se desplazaba a Georgia desde Rusia para visitar las tumbas de sus padres. Intentó, bien asesorado, impresionar, ofrecer una imagen muy alejada de lo que dicen sobre él policías de media Europa.

Los peritos policiales explicaron las informaciones que tenían sobre Kalashov; por qué le consideran un respetadísimo *vor v zakone*; las escuchas donde se planeaba sacarlo de la cárcel a cualquier precio; el interés de Georgia en declarar contra él; el miedo de algunas de esas personas; cómo se han desclasificado documentos de Inteligencia para poder aportarlos a la causa... En resumen, desgranaron una imagen del georgiano que se ajustaba a cómo se planteó el juicio en cuanto a seguridad y discreción, casi de puntillas.

Uno de esos peritos, inspector jefe de la Brigada Central de Crimen Organizado, contó al tribunal que las autoridades georgianas querían venir a declarar. Detalló que seis meses antes, el fiscal Anticorrupción y él mismo fueron invitados por ese país. El fiscal general de Georgia se comprometió a enviar a un representante del Ministerio Público al juicio, si él no podía hacerlo, así como a dos policías especialistas. En esa reunión se debatió sobre la conveniencia o no de extraditar al capo al que habían condenado en rebeldía a dieciocho años. Solo asistieron a la cita cinco personas: los dos españoles, los dos fiscales georgianos y el número dos del Ministerio del Interior de ese país. La conversación fue, pues, absolutamente reservada. Sin embargo, Kalashov, durante su declaración se despachó con una frase aparentemente

intrascendente, que en absoluto lo era: «Sé que los españoles han ido a Georgia para pedir que ese país solicitara mi extradición», lanzó. De nuevo, la sorpresa. Si ni el fiscal ni el policía español habían hablado de ese tema, ¿cómo tenía el mafioso la información? Otro punto sin aclarar para sumar a la lista.

Acababa de declarar el capo georgiano y el primer testigo de la Fiscalía era un guardia civil destinado en la Comandancia de Alicante. Se le asignó el nombre de Tepro I —era testigo protegido—. Había tenido una estrecha relación con sus compañeros de Información de los servicios centrales y estaba previsto que contara al tribunal los resultados de sus años de trabajo, en concreto desde 1998, cuando empezó a seguir la pista de individuos procedentes de los países del Este.

—¿A quién conoció, y cuándo, de la organización de Kalashov? —le preguntó el fiscal.

—La primera persona que investigamos, en 2000, fue Alexander Minin. Había traído a España a una quincena de inversores rusos, entre ellos Zakhar Kalashov, lo que era visto como un peligro por los constructores españoles de la zona de Orihuela, donde residía este hombre. Entramos en contacto con él y poco a poco ganamos su confianza; llegó a ser una buena fuente de información para saber qué se cocía en el cerrado mundo de los inmigrantes rusos. Él, a cambio, nos pedía cierta seguridad para sus clientes, muy preocupados por la posibilidad de ser víctimas de un ataque. Insistió en que su propósito era evitar que se asentaran en nuestro país grupos de delincuencia organizada.

No obstante, y aunque el agente no lo destacó en el juicio, había cosas que chirriaban: el confidente afirmaba que Kalashov no tenía nada que ver con la mafia rusa y sin embargo relataba que ayudó al capo georgiano cuando fue tiroteado años antes en Moscú. De hecho, señalaba que él fue quien lo sacó del hospital y que luego lo ocultó durante uno o dos años. No solo eso: el guardia civil detalló que, como consecuencia de su lealtad al jefe de la mafia georgiana, la compañera de su confidente fue secuestrada y él tuvo que pagar tres millones de dólares de rescate. Tras ese episodio Kalashov se habría ofrecido a identificar a los criminales, e incluso le dejó vivir en su casa de Alicante, Villa Hatuna.

«Todo lo que sabíamos de Kalashov nos lo dijo Minin —explicó Tepro I—; la información sobre él era superficial». La declaración se ajustaba al guión previsto, hasta que dejó de hacerlo y a la Sala se le pusieron los ojos como platos con su relato del cumpleaños del Montíboli. El agente explicó que el 10 de marzo de 2003 recibió una llamada de su colaborador en la que pedía una reunión con traductor para tratar un asunto importante.

En la cita, el confidente preguntó a sus interlocutores de la Guardia Civil si seguían interesados en Kalashov y sus amigos. Incluso les ofreció, según Tepro I, una entrevista con él. Minin les contó que el 20 de marzo el capo iba a celebrar su fiesta

de cumpleaños, a la que asistirían muchos amigos relevantes. En principio su jefe había pensado celebrarla en un país árabe, pero cambió de opinión; más tarde optó por Rusia, pero allí tenía problemas con el Gobierno y alguna organización enemiga. Por eso le había llamado para hacerla en España, en Málaga o Alicante. Minin conocía a los agentes de Información y pensó que les podrían ofrecer la seguridad que necesitaban. A cambio, les permitiría fotografiar a todos los invitados y él luego les ampliaría información sobre cada uno de ellos. La oferta, según el testigo, se trasladó a la superioridad, que la aceptó.

El runrún corrió por la Sala de la Audiencia Nacional y los abogados se cruzaban comentarios y miradas indisimuladas. Si lo que contaba el testigo era cierto, la Guardia Civil habría hecho las funciones de servicio de escolta en una fiesta de mafiosos y eso resultaba bastante increíble, dado que se envió al equipo más experto de Madrid para controlarla. Pero sigamos con Tepro I. Según afirmó, fueron los agentes quienes consiguieron el hotel para Kalashov y sus amigos, hasta el punto de hablar con su director para poder despejar algunas habitaciones que ya estaban reservadas. El 17 de marzo, aseguró el guardia civil, Minin les comunicó que la mayoría de los invitados llegaría en avión y que otros lo harían en sus coches particulares. Además les anunció que el capo no hablaría con ellos esos días: «Kalashov sabía que la Guardia Civil controlaba la fiesta», añadió desde el anonimato visual el testigo. «Quería dos cosas: garantías de que nadie reventaría el cumpleaños y evitar que otros grupos de su país o del Gobierno pudieran atentar contra ellos».

Una vez que llegó el avión se cotejó la lista de pasajeros para comprobar que no había nadie en busca y captura. Se hizo lo mismo con todos los invitados. El 26 de marzo, ya acabada la fiesta, se produjo una nueva reunión con Minin. En ella se le mostraron las fotografías, pero el confidente cambió de actitud y alegó problemas de visión para identificar a los asistentes. Una semana después hubo otra cita en la que ya sí puso nombre y apellidos a algunos. Más tarde les proporcionó la identidad del resto de huéspedes a través de Natalia Serova. Allí había empresarios, comerciantes rusos y «ladrones en la ley». Con todo ese material elaboraron un informe.

En las semanas siguientes Minin y Serova, según Tepro I, cambiaron de aires y se instalaron en Marbella. Los agentes les insistieron en que se habían comprometido a presentarles a Kalashov. Finalmente, según el testigo, el 7 de mayo se produjo esa reunión, importante, entre otras razones, porque tuvo lugar en el nuevo domicilio del capo, que nadie conocía. Sin embargo, la cita no resultó provechosa; el georgiano no estaba dispuesto a responder a determinadas preguntas.

El testigo añadió que además de con Kalashov se habían reunido con Asatiani y con otros acusados.

—¿Alexander Minin era un confidente? —le preguntó el fiscal.

—No, solo un colaborador.

—¿Y se han reunido con alguien más?

—Sí, con Mikhail Mdinradze.

Ahí acabó el interrogatorio del Ministerio Público, tenso y correoso en algunos momentos.

En la Dirección General de la Guardia Civil hubo sorpresa y cierto malestar por la versión ofrecida por Tepro I sobre los acontecimientos del Montíboli. Allí desmienten que los hombres del Instituto Armado, además de vigilar la fiesta mafiosa para obtener información, hicieran las veces de servicio de seguridad. «No íbamos a montar un dispositivo de esa naturaleza, con el desplazamiento desde Madrid de nuestros mejores hombres, si a ellos no les importaba que estuviésemos en el hotel», sostienen los mandos consultados. Tampoco supieron, aseguran, que Kalashov no solo estaba al tanto de su presencia sino que los agentes de la Comandancia de Alicante habían tenido una reunión con él, como sostuvo el testigo. «¿Por qué no lo supimos? Es difícil de responder: la única certeza que tenemos es que la información no fluyó como debió hacerlo de Alicante a Madrid y eso no es responsabilidad del testigo, que es lo que en el argot llamamos un manipulador de fuentes, no un analista. Habría que derivarla hacia arriba, nunca hacia él, que cumplió a la perfección con su trabajo».

Al final del juicio, el 3 de diciembre de 2009, Kalashov hizo uso de su derecho a la última palabra. Se volvió a declarar inocente, mostró su deseo de volver a Rusia a ver a su familia, pero pidió al tribunal que en ningún caso se le impidiera regresar a España, un país que, por lo que se ve, le debe de gustar mucho a pesar de haber pasado en prisión casi cuatro años.

El caso estaba visto para sentencia. Era la hora del tribunal. Doce acusados se enfrentaban a penas de prisión de entre dos y doce años por asociación ilícita y blanqueo de dinero. Pero mucho más importante que cualquier veredicto de inocencia o culpabilidad era el hecho de que por primera vez se había podido sentar en el banquillo de los acusados a un criminal de la categoría del georgiano. Y sin duda ese era un paso de gigante en la lucha contra la delincuencia organizada internacional en general y contra las mafias rusas en particular.

CONDENADOS

«Pablo, Cruz, el tribunal acaba de rechazar la última petición de Liaño para que Kalashov quede en libertad». La llamada telefónica, breve, recibida una fría mañana de finales de diciembre, en plenas Navidades, era muy significativa pues alertaba de que el capo georgiano, con toda seguridad, sería condenado. Quedaba la incógnita de a cuánto tiempo y de si solo habría penas para él o para algún acusado más, en especial los que formaban la columna vertebral de la acusación. Pero ya no había dudas: el trabajo que se había iniciado tantos años antes iba a tener resultados.

Los responsables de las Fuerzas de Seguridad disponían de los mismos datos, pero aun así no las tenían todas consigo.

—No sé, yo prefiero no hacerme ilusiones porque luego el palo puede ser mayor. Aquí las hemos visto de todos los colores y hasta que no haya sentencia no me creo nada.

—Venga, jefe, no seas cenizo, si han rechazado la petición de libertad solo puede ser porque está condenado. Y seguro que no va a ser el único al que empapelan, ya lo verás.

—¡Cómo se nota que eres mucho más joven que yo! Ya veremos luego en que queda todo ese optimismo...

—Ocho años; como poco le caen ocho años. No tendría sentido otra decisión.

En aquellos días, la impresión generalizada era que, en efecto, habría condenas, y no solo para Kalashov. Sin embargo, iban pasando los meses y no se tenían nuevas noticias del tribunal. Incluso se esperaba una sentencia a principios de 2010. Los plazos se dilataban sin ninguna razón aparente, lo que causaba cierta inquietud tanto en la Fiscalía como entre las defensas. Bien es cierto que se trataba de un caso muy complejo, con muchos acusados y otros tantos recovecos legales, por lo que había una coincidencia general en que era preferible que la Sala se tomase su tiempo a que, por precipitación, redactara un texto poco fundado o con lagunas. Estaba claro que el resultado del juicio iba a abrir o cerrar muchas puertas en el futuro en la lucha contra las mafias rusas y ese no era un asunto menor.

Las semanas se sucedían sin novedades, hasta que el 2 de marzo saltó la sorpresa. La Sala Segunda de lo Penal de la Audiencia Nacional dictó ese día un auto por el que decretaba la libertad bajo fianza de 300.000 euros del capo georgiano, que llevaba en prisión preventiva desde junio de 2006. Además del dinero, el tribunal le prohibía salir del territorio nacional y le imponía dos comparecencias semanales en el juzgado más próximo a su domicilio, o bien en el cuartel de la Guardia Civil o comisaría más cercana.

En el auto, los magistrados dejaban claro que su decisión no prejuzgaba «el fallo de la sentencia», sino que era consecuencia del tiempo que el *vor v zakone* había estado en la cárcel sin que un tribunal se hubiera pronunciado sobre las acusaciones que pesaban contra él. Además, se aludía al «estado de la deliberación»: los tribunales ponen en libertad a los presos que van a ser absueltos o cuya pena será leve. La noticia cayó como un jarro de agua fría entre los investigadores, ya que resultaba extraño que la Sala hubiese variado de criterio de forma tan sustancial en apenas tres meses. Por si fuera poco, *ABC* desveló por esas mismas fechas que pocos días antes de salir de la cárcel los funcionarios de la prisión le habían intervenido en su celda un teléfono móvil con el que pudo comunicarse a su antojo con el exterior.

La inquietud por la salida de la cárcel de Kalashov crecía en la misma medida en que no se dictaba sentencia. Llegó la Semana Santa y con ella aumentaron los rumores de que era inminente, pero pasó el tiempo y todo estaba como el primer día. Nadie dudaba de que desde un punto de vista técnico se trataba de un texto complicado; pero tantos meses sin que se conociera el fallo comenzaba a resultar extraño.

El 31 de mayo, al fin, casi seis meses después de que finalizara el juicio, los magistrados Ángel Hurtado (presidente), Enrique López y Julio de Diego (ponente) dictaron sentencia. Zakhar Kalashov, el número uno de la mafia georgiana, fue condenado a siete años y medio de prisión y a una multa de veinte millones de euros por un delito continuado de blanqueo de dinero. No fue el único. Uno de sus hombres de confianza, Mikhail Mdinradze, recibió una pena de cinco años de cárcel y ocho millones de sanción al señalarle el tribunal como «administrador general y mano derecha» del capo, cuyas órdenes obedecía.

Konstantin Asatiani fue igualmente condenado a cuatro años y 500.000 euros de multa por blanqueo, al ser administrador de las sociedades instrumentales del georgiano y haber actuado además como testaferrero suyo. La misma pena recayó en Oleg Vorontsov, aunque en este caso la sanción económica fue de 300.000 euros. Según los jueces, este individuo era «coordinador de un equipo de trabajo al servicio de los intereses» de Kalashov y de su «organización criminal en Moscú». Además, conocía el origen delictivo del patrimonio de su jefe e hizo todo lo posible por lograr su impunidad.

Tampoco escapó Alexander Minin, secretario del *vor*, que fue condenado a tres años de cárcel y multa de tres millones de euros. En este caso la pena fue algo inferior porque el tribunal consideró que «su responsabilidad se ve atemperada a tenor de su colaboración con la Guardia Civil, en el ejercicio de sus funciones investigadoras y de su declaración ante el instructor aportando datos importantes para la instrucción de la causa». Algo parecido sucedió con Natalia Serova, a quien se impusieron dos años y 900.000 euros de sanción, un castigo más leve de lo que podía

haber sido. La Sala ponderó que era «un instrumento de los verdaderos gestores de las empresas, sin tener ninguna responsabilidad, acatando únicamente sus decisiones» y valoró asimismo «su colaboración con la Guardia Civil».

Lo más llamativo de la sentencia, en cualquier caso, era que los magistrados no habían considerado culpable a ninguno de los acusados de un delito de asociación ilícita, tal como había pedido la Fiscalía Anticorrupción. En el caso de Kalashov, la razón era que se aplicó el principio legal de *non bis in idem*, es decir, que a nadie se le puede condenar dos veces por el mismo delito, y el capo ya había sido juzgado en rebeldía en su país, donde en octubre de 2008 se le impusieron dieciocho años de cárcel, entre otras razones, por ser un *vor v zakone*.

Pero también era relevante el hecho de que el resto de los condenados no fueran merecedores de pena alguna por esa acusación, ya que según la propia sentencia todos y cada uno de ellos habían jugado un papel perfectamente definido en la organización del capo, a cuyos intereses sirvieron.

En cualquier caso, en términos generales la sentencia fue bien recibida por la Fiscalía porque «los más importantes, además de Kalashov, fueron condenados». No solo eso; según se explicaba por aquellos días, «abre la puerta a que el resto de capos rusos que están a la espera de ser juzgados sean condenados en su momento». No obstante, decidió presentar un recurso ante el Supremo porque consideraba que la Sala no había aplicado de forma correcta el principio de la cosa juzgada y, por tanto, era posible condenar al *vor* georgiano también por asociación ilícita.

La defensa de Kalashov, por su parte, aseguraba que su cliente había salido bien parado y que la sentencia echaba por tierra las tesis del fiscal en tanto que no se había producido una condena por el citado delito. Quizá su cliente no pensaba lo mismo, entre otras razones porque desde que fue detenido en Dubai todas las personas de su entorno le aseguraban que, como casi siempre había sucedido en el pasado, iba a salir bien parado del trance.

Sí era cierto que, dada la sentencia, el capo georgiano, que desde su salida de prisión se había instalado cómodamente en Marbella, no tenía que volver a la cárcel. Al menos, eso es lo que esperaban tanto él como su abogado, Javier Gómez de Liaño, porque la verdad es que pocos días después de que se pronunciara el tribunal comenzaron a sucederse acontecimientos que comprometían su futuro.

El viernes 4 de junio autoridades georgianas estaban en España en visita oficial, que había sido concertada desde tiempo antes. La ocasión era buena para volver a plantear algunos asuntos relacionados con la colaboración entre los dos países en la lucha contra el crimen organizado, y en ese contexto salió a relucir la nueva situación de Kalashov y el hecho de que la pena que le había sido impuesta no era suficiente para volver a encerrarlo. Por lo que concernía de forma directa a España, por tanto, nada se podía hacer. Los invitados mostraron su preocupación y preguntaron si había

alguna posibilidad de que Georgia pudiera actuar contra el *vor*. Se les hizo ver entonces que habían solicitado su extradición, pero sin embargo no habían emitido una orden de busca y captura internacional para asegurarse de que este individuo no pudiera huir mientras se tomaba una decisión al respecto. Algo que era probable si se tiene en cuenta que le esperan en su país dieciocho años de reclusión.

La reacción de las autoridades judiciales georgianas fue rápida y esa misma tarde-noche llegó esa orden de detención. El caso de la extradición de Kalashov lo instruye Fernando Andreu, de modo que debía ser él quien tomara la decisión de capturar o no al jefe de la mafia georgiana. En pocas horas, tras analizar toda la documentación, ordenó su arresto. A las cuatro de la madrugada del viernes al sábado un equipo de la Brigada Central de Crimen Organizado salió en coche rumbo a Marbella para cumplir la misión.

El trabajo no fue sencillo. Kalashov se refugiaba en su magnífica casa de una urbanización de lujo, donde hacer una vigilancia sin ser detectado era casi imposible. Además, allí no había movimiento alguno, salvo el del fiel Asatiani, que se pasaba la mayor parte del día en casa de su jefe para atenderle en todo lo que necesitara. Pasaban las horas y aumentaba la tensión. Era como jugar al ratón y al gato.

—Chicos, esto se acabó —dijo el sábado por la tarde el jefe del equipo policial tras analizar lo que sucedía—. A partir de ahora quiero que nos hagamos visibles, que Kalashov sepa que le estamos vigilando.

—Jefe, lo haremos como dices pero...

—Mira, él está obsesionado con que le vigilemos desde el mismo momento en que salió de prisión, pero es posible que no sepa que tenemos una orden de detención contra él. No sé, pero si conseguimos que nos vea y piense que nos ha detectado, es posible que se ponga nervioso y cometa un error.

La estrategia era arriesgada, pero tantos años de investigación sobre Kalashov permitían a la Policía anticiparse a sus movimientos. Si todo salía como estaba planificado, el capo consultaría con su abogado si esos agentes podían detenerle. El letrado, como es natural, le contestaría que no tenía nada de lo que preocuparse y que si era vigilado sería para intentar amedrentarle.

La conversación, en efecto, se produjo. Kalashov, según los testimonios recabados, preguntó a Gómez de Liaño por la situación y este le tranquilizó. Convencido de que no debía temer nada malo, el *vor* decidió dar una lección a la Policía. Pasada la una y media de la tarde del domingo salió de la vivienda en su coche, junto con otro acompañante... De nuevo calculó mal sus fuerzas.

—Ahí está, nos ha salido de libro. Lo importante ahora es no perderlo.

—Jefe, si no lo veo... No te preocupes, nuestro primer coche sobrepasará el suyo para confirmar que está ahí dentro y desde el segundo lo seguimos a una distancia prudente.

—Esperad mi orden para arrestarlo. No quiero problemas; aunque no sospecha nada, no es ningún pardillo.

El automóvil de Kalashov recorrió una veintena de kilómetros por autovía hasta que tomó una salida que resultaba muy familiar para los investigadores y que llevaba de forma inexorable hasta un estupendo restaurante. Al filo de las dos de la tarde el vehículo del criminal se detuvo en el aparcamiento. La Policía, mientras, observaba la zona para garantizar que su intervención no pondría en peligro a nadie.

—¡Ahora! —ordenó a sus hombres el jefe del equipo policial, situado a una distancia suficiente como para poder controlar la escena.

—¡Alto, Policía! ¡Está detenido! ¡Venga, rápido! ¡Las manos sobre el capó y las piernas abiertas! ¡Acompáñenos hasta el coche! ¡Se viene con nosotros a comisaría!

Todo había sucedido en segundos. Kalashov no articulaba palabra y solo se preguntaba qué demonios pasaba ahora para que fuera otra vez detenido. ¿No le había garantizado su abogado que no le podía pasar nada? ¿A qué venía entonces esto?

Solo unos minutos después de las dos de la tarde, en Madrid el teléfono interrumpía la tregua dominical.

—Cruz, Kalashov está trincado otra vez —anunciaba satisfecha una fuente policial de total confianza—. Ahora es por el asunto de su extradición a Georgia.

—¿Pero cuándo ha sido?

—Ahora mismo, hace unos minutos, según me dicen.

Una vez más estaba claro que en periodismo lo de los festivos no pasa de ser una aspiración que se tiene a primera hora de la mañana y que suele torcerse poco después.

—Pablo, no te lo vas a creer. Acaban de detener a Kalashov por orden de Andreu. No ha opuesto resistencia.

—¿Pero no podían hacerlo un lunes, como las personas normales? Estoy tomando el aperitivo... Venga, tú prepara ya una crónica para la web y yo empiezo a hacer llamadas. Cuando sepa algo más te cuento.

El capo pasó la noche del domingo en la comisaría de Málaga y al día siguiente fue puesto a disposición judicial. Javier Gómez de Liaño estaba indignado. Exigió la puesta en libertad de su cliente y argumentó que el instructor no era imparcial. Tuvo poco éxito. El juez ordenó el ingreso en prisión incondicional del jefe mafioso por el elevadísimo riesgo de fuga, que podría impedir en su momento, si fuera el caso, proceder a su extradición. Andreu lo argumentaba diciendo que lidera una potente organización criminal que dispone de medios más que suficientes para ayudarle a huir, lo que era muy peligroso si se tenía en cuenta que en su país le esperaba una condena de dieciocho años de cárcel.

Pero en el escrito, además, el magistrado revelaba que muy poco antes de que fuera detenido en Dubai, Kalashov amenazó por teléfono a un alto cargo del

Ministerio del Interior de Georgia si continuaba hostigando a los *vory v zakonen*. Es más; le advertía de que toda la comunidad criminal, con él a la cabeza, daría una respuesta adecuada en el caso de que no cambiara de actitud.

Cuando el juez comunicó a Kalashov que volvía a prisión, el *vor* no pronunció una palabra. Eso sí, según los presentes, dirigió a su abogado una de esas miradas que hielan la sangre y que, según la leyenda, nadie es capaz de mantenerle.

EL MAFIOSO TAPADO

—Anton, he estado en casa de Tolik. Tú tienes que acercarte a verlo la semana que viene.

—¿Y qué pasa con su puesto?

—Me ha comentado que se queda en el mismo sitio por mucho tiempo. Le he propuesto hacer negocios y me ha dicho que sí, que empezaremos pronto. Tienes que explicarle todo y darle el documento.

—Habrás que regalarle algo, ¿no, padre?

—Ya me he ocupado. Le he comprado una botella de coñac muy bueno y él me ha regalado un sable.

Para el ruso Gennadis Petrov, ex agente del FSB y reputado hombre de negocios, 2008 no podía empezar de manera más prometedora. La mañana de Año Nuevo cuenta a su hijo Anton que ha ido a visitar a Tolik, apodo con el que se referían al ministro de Defensa de Rusia, Anatoli Serdiukov, a su casa moscovita. Tienen un gran trato entre manos: la compra de tanques al Ejército posiblemente para revenderlos. «El Primero», como también denominan al titular de Defensa en sus conversaciones telefónicas, es una pieza mayor y el capo no está dispuesto a dejarla escapar. Esa Navidad, que Petrov pasaba en Moscú, estaba resultando muy fructífera. Serdiukov, primer civil que dirigía el mastodóntico Ejército ruso, le había prometido ayuda tanto en el negocio de los aviones como en el de las tierras y en el de la electricidad. Al suegro de Serdiukov, un funcionario colaborador de Vladimir Putin desde su paso por la alcaldía de Leningrado, lo acababan de nombrar primer ministro. Todos tenían en común su procedencia, la ciudad de San Petersburgo, que se revelaría como la base de unas férreas alianzas políticas y económicas basadas en relaciones de juventud.

Petrov, un mafioso «tapado», había aterrizado en Mallorca una década antes y desde las islas había creado un imperio amparado en su fama y sostenido a golpe de influencias políticas, relaciones con miembros de los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad rusos, dueños de bancos y grupos criminales o individuos pertenecientes a esos grupos. Cuando fue detenido en junio de 2008 vivía, y hoy sigue haciéndolo, en una mansión valorada en siete millones de euros en la urbanización más lujosa de Mallorca, donde tiene como vecinos a la hermana del Rey, la infanta doña Pilar, a la familia del emir de Kuwait o a la mediática Carmen Martínez-Bordiú, entre otras celebridades. «Tiene muchos elementos llamativos, pero lo que me dejó impactado de su primera casa en la Avenida del Mar nº 82, en El Toro, es el túnel horadado en la roca que desde el mar, y atravesando la cala, llega a través de un pasadizo al interior

de la vivienda», recuerda uno de los agentes que le colocó las esposas.

El capital de sus empresas superaba entonces los treinta millones de euros y había conseguido erigirse en el jefe supremo, una «autoridad criminal» capaz de unir en España dos nombres mafiosos irreconciliables en Rusia: los de las organizaciones Tambovskaya y Malishevskaya. Con ese currículum, los investigadores tenían claro quién era el objetivo número uno de la operación policial que se bautizó como Troika.

«España es el único país que conoce la evolución de Petrov. Hace catorce años que dejó Rusia. Su verdadera proyección la ha alcanzado aquí. Nunca hemos dicho que fuera un *vor* ni que estuviera tatuado. Sus códigos son otros: poder, dinero e influencias, y estas últimas las maneja con auténtica destreza. Por eso todos, incluido el ex vicepresidente de la Duma, Vladislav Reznik, le reconocen como jefe», detalla un investigador.

Petrov ignoraba en los meses vertiginosos de 2007 y principios de 2008, con viajes continuos a Rusia en su *jet* privado para cerrar tratos, que todos sus pasos y contactos eran seguidos por la Guardia Civil, la Policía, la Agencia Tributaria, la Fiscalía Anticorrupción y el juez Baltasar Garzón. Los investigadores cuadraban nombres y cuentas, ataban cabos y completaban un puzzle empresarial que nacía en Rusia y España y pasaba por conocidos paraísos fiscales como Panamá, Suiza, Islas Vírgenes británicas, Delaware y Chipre. El entramado criminal en el que se sustentaba no era menos complejo, y las relaciones saltaban desde el nivel de autoridades o líderes de otras organizaciones —Alexander Malishev, Vitali Izgilov o Sergei Kuzmin, objetivos como él de la operación policial— hasta un núcleo de *brigadir* (jefes de brigada) y *bojevik* (soldados de la organización), que eran los que de verdad se manchaban o se habían manchado las manos de delitos y de sangre, como su fiel escudero, Leonid Kristoforov.

El mafioso de moqueta y despachos despreciaba o fingía hacerlo a parte de esa chusma, pese a que trataba con ellos casi a diario. Cuando el juez Garzón lo interrogó, el 14 de junio de 2008, dos días después de que le colocaran las esposas en su mansión de Calvià, lo primero que negó fue su condición de *vor v zakone*.

—¿Sabe lo que es un *vor v zakone*? —inquirió uno de los tres fiscales Anticorrupción presentes.

—Para mí que un idiota.

—Explíquelo antes de adjetivarlo, por favor.

—Es una persona que se dedica a robar, empieza desde nada robando carteras y va subiendo en la categoría. Después de estar muchos años en prisión, todos empiezan a respetarle y está en la categoría más alta de los ladrones.

—¿Es usted un «ladrón en la ley»?

—No, no soy uno de esos. Soy un hombre de negocios.

Su metro noventa largo, su complexión atlética, su nariz semiaplastada de aspirante a figura del boxeo, el pelo cano y recortado con esmero, la voz aguardentosa de capo de cine negro, que le nace casi en un susurro, impresionaban. Pero no tanto como los movimientos circulares de millones de euros saltando de país en país, que el juez instructor y los fiscales tenían en su cabeza. Y, por supuesto, no tanto como esos cientos de horas de conversaciones que habían leído en las que el presidente Putin, su sucesor Medvedev y varios ministros y diputados sobrevolaban al alcance de la mano del capo.

«Hablaban continuamente sobre la situación política de Rusia y los cambios. Nos acostumbramos, según pasaban los meses, a que si en el entorno de Petrov se barajaba un nombre para un puesto relevante, el nombramiento luego era seguro. Tenían información de primera», analiza un guardia civil. Las escuchas corroboraron punto por punto esta opinión cualificada. Solo unos días antes de la Navidad de 2007, los teléfonos del ruso echaban humo. Todos querían contarle las novedades: «En las noticias han comentado que Medvedev presentará su candidatura a presidente si Putin encabeza el Gobierno», le dice su íntimo Kristoforov. «Eso es bueno», ríe Petrov. «Nos interesa. Medvedev será un presidente sin corona, un cero a la izquierda». A media tarde, en otra conversación con uno de sus socios en Rusia, vuelven a hablar sobre los candidatos a presidente y primer ministro y se refieren a Putin como «uno de los nuestros». Durante dos días, llamada tras llamada, las charlas giran en torno a lo mismo. Petrov no esperaba que se presentara Medvedev, pero no dudaba de que Putin seguiría moviendo los hilos políticos del país y que ambos nombres beneficiarían a sus intereses porque los ministros «amigos», caso del de Defensa, permanecerían en sus puestos.

Cuando meses después, en marzo de 2008, esos candidatos ganaron las elecciones, el futuro pintaba tan bien que Malishev, el otro gran jefe criminal investigado, preguntó a Petrov con ironía si iba a formar parte del Gobierno. «Yo ya me he comprado una maleta para coger y guardar los sobornos que te harán», le decía a su amigo situándolo en el nivel de poder y relaciones que tenía y que habría de mantenerse invariable con el Ejecutivo que estaba a punto de formarse.

Su imagen pública proyecta un personaje extremadamente hábil en los negocios e intachable en las formas, sin ninguna relación con la organización Tambovskaya, a la que niega pertenecer. «Los *tambovskie* escribieron una denuncia falsa contra mí cuando yo vivía en España y la mandaron al consulado diciendo que era uno de ellos. Quiero decirle, señor juez, que nunca he sido, que no soy uno de ellos. Tengo casi sesenta años y a eso se dedica otra gente, la gente joven. Yo estoy con mi familia y mis negocios y no tengo nada que ver. Pueden hablar con las autoridades rusas. Siempre he trabajado solo. Conocí a muchos de ellos porque en Rusia en esos años vivimos tiempos difíciles y peligrosos, cuando se disparaba y era muy fácil un

atentado. Por eso mucha gente como yo hemos escapado de Rusia para tener una vida más tranquila». A Petrov le pinchaba la silla cuando Garzón le preguntó por la Tambovskaya y su relación con este grupo. Sí admitió conocer al jefe Vladimir Kumarin, alias *el Manco*, con el que nunca tuvo negocios, según dijo, porque no le consideraba «una persona honrada». Ni la Fiscalía Anticorrupción ni el juez Garzón le creyeron.

«El grupo Tambovskaya, a través de Gennadis Petrov, puede avanzar, si no lo ha hecho ya, hacia un nuevo estadio en el fenómeno criminal en España y comenzar a realizar actividades enfocadas a corromper voluntades entre funcionarios del Estado, políticos y personas influyentes», advierte un informe de la Guardia Civil fechado el 19 de junio de 2006. Cuatro meses después la Unidad Central de Delincuencia Económica y Fiscal de la Policía (Udef) detalla en otro documento cómo surge Tambov, su funcionamiento en nuestro país y quiénes son sus líderes.

—¿Qué tal las vacaciones, chicos? —saludó el comandante recuperado de su peripecia con la detención de Vitali Izgilov. No ha salido todo como esperábamos, pero ha sido un gran trabajo. Al menos la Fiera está entre rejas y eso ya es mucho. Estoy casi seguro de que la Policía va a ir a por Kalashov. Nosotros a lo nuestro.

—Mi comandante, no hace falta que le recuerde que tenemos bastante material de Petrov y de todos los que se mueven en su entorno en Mallorca.

—Por supuesto, y nuestra gente de Alicante se ha quedado en la recámara con magnífica información de los que vivían allí. Tiurin se ha fugado, pero mantiene la casa y las empresas.

—¿Cómo lo vamos a plantear esta vez?

—Primero recapitulamos y nos centramos en una serie de objetivos. En cuanto tengamos algo consistente nos vamos al juez. Yo voy a hablar con la Policía y la Fiscalía.

El verano de 2005 había acabado con una intensidad inusual para la gente de Información de Guardia Civil. Sabor agrisulce que estaban dispuestos a enmendar diseñando una nueva operación contra la mafia rusa. El partido no había acabado con Avispa, ni mucho menos.

En Canillas, la central de la Policía, también se movían piezas desde meses antes. La Brigada de Crimen Organizado tenía en mente que la primera redada debía ser muy espectacular y transmitir el mensaje de que no se iban a detener ahí. Troika ya estaba en la mente de los investigadores y tenía que salir redonda.

—Y después de Avispa, ¿qué vamos a hacer?

—Mira, nosotros lo tenemos claro, sabemos quiénes son los objetivos y cómo llegar a ellos. Pero hay que cambiar muchas cosas, porque si no es así no merece la pena intentarlo. Tenemos que tener personal, medios y ser conscientes de que será una investigación larga. Esta vez vamos a planificar al milímetro. Necesitamos que la

Audiencia Nacional nos conceda un montón de escuchas. No podemos cometer los mismos errores que en Avispa.

—Tienes razón —admitió el comisario—. A estos tíos no se les va a pasar por la cabeza que les podamos estar escuchando. Si acaso, se mirarán las espaldas por si la Policía rusa coge onda. ¿Qué tenemos por ahora?

—Hay flecos sueltos, bastantes, y yo sigo tocando todos los palos para rematar Avispa. Si todo va bien, es probable que podamos montar dos operativos en paralelo.

—Ya sabes que hay que dejar gente libre para otras cosas. Tengo en la mesa cuatro o cinco asuntos a los que hay que meter mano.

—No te preocupes. La experiencia nos ha venido muy bien y estoy seguro de que no vamos a andar tan mal de policías.

En el otoño de 2006 se convocó una reunión con todos los actores en la sede de Anticorrupción: veintiuna personas para diseñar la operación. Cada uno debía aportar lo que sabía. A la mesa se sentaron dos inspectores de Policía, uno de Crimen Organizado y otro de Delincuencia Económica; dos oficiales de Información de Guardia Civil, dos fiscales, personal de Vigilancia Aduanera y de Prevención de Blanqueo. No puede afirmarse que fuera un encuentro distendido.

—Nosotros estamos centrados en Petrov y las actividades de los rusos en Baleares —comenzó el comandante—. Pinta bien, aunque el tipo se pasa la vida viajando a Moscú. Tiene un nivelón; sin embargo, en Mallorca casi no sale de su casa. A su alrededor hay individuos francamente interesantes.

—Nuestra gente de Crimen Organizado está tirando de mucha información que nos llega de otros países y controla a los que se han quedado en la Costa del Sol —intervino el inspector jefe que llevó el peso de Avispa—. Ahí el rey es Alexander Malishev, que fue un jefe de Tambovskaya y es amigo de Petrov. Tiene a la familia entera aquí y pasa casi todo el tiempo en su finca de Málaga; igual que el vuestro, no para de viajar. Eso será un problema.

Cada uno resumió sus avances hasta que le tocó el turno al experto en delincuencia económica de la Policía. Ellos habían funcionado por su cuenta; elaboraron un informe muy básico y, para sorpresa general, ya habían presentado la denuncia en el juzgado de Garzón. Algunos de los presentes, indignados, estuvieron a punto de levantarse de la mesa. Finalmente, se optó por establecer compartimentos estancos, coordinados por la Fiscalía Anticorrupción. Cada participante trabajaría una parte de los objetivos y, dentro de la Policía, unos se encargarían de las escuchas y otros de los movimientos de capitales. Se fijaban cuatro personas como eje de las investigaciones. Era el germen de Troika.

Esta vez a Garzón le costó poco convencerse de que sobre su mesa tenía un gran asunto: complejo, sin duda, pero apasionante. Conocía a los investigadores y los informes previos eran prometedores.

—Creo que ya tenemos claro qué es Tambovskaya, cómo funciona y cuáles son sus cabecillas —planteó el inspector jefe a sus subordinados en una reunión para coordinar los siguientes pasos.

—Sí, jefe, pero tanto las conexiones geográficas como las de sus actividades habrá que delimitarlas con más precisión; y en cuanto a las relaciones con los capos en Rusia, hay versiones distintas.

—Son alianzas complejas y nos van a exigir un trabajo muy intenso, sobre eso no tengo duda. Pero vamos a por todas. Hay que pararles los pies. Por cierto, Izgilov ya está en libertad. Supongo que estáis todos al tanto. Ha pasado solo seis meses en prisión. Me temo que no se va a retirar a su casita de Alicante a esperar. Hay que hablar con la Guardia Civil, a ver qué sabe de sus nuevas andanzas.

Desde la accidentada reunión de octubre de 2006, la Policía y la Guardia Civil no tuvieron respiro. Había que reunir pruebas, seguir los sigilosos movimientos de capital y la incesante actividad desplegada por varios miembros del grupo. Fueron horas, días, meses de trabajo incansable para mucha gente que afrontaba unas pesquisas bien distintas de cuanto existía hasta ese momento. Poco a poco consiguieron desenmarañar sociedades, introducirse en los subterráneos de propiedades y cuentas y situar a cada líder criminal en su lugar tirando del hilo hacia atrás, hasta su etapa en Rusia, para llegar al origen, al nacimiento de la principal organización criminal de San Petersburgo.

Tambov fue constituida en 1988 por dos individuos oriundos de esa ciudad: Vladimir Kumarin, estudiante de óptica, y Valery Ledovskikh, estudiante de educación física, especialista en boxeo. En los noventa el grupo creció como la espuma y en sus filas reclutó a boxeadores y atletas; al mismo tiempo comenzó a absorber a bandas menores y la organización dio el salto desde la extorsión y los ajustes de cuentas a la inversión en negocios legales, con el control del suministro de petróleo a San Petersburgo como eje. En 1998 Kumarin, que para limpiar su expediente se hacía llamar por su apellido materno Barsukov, fue nombrado vicepresidente de Petersburg Fuel Company (PTK), la compañía suministradora de esa ciudad. En el año 2000 la organización mantenía el control político de San Petersburgo y encabezaba una campaña para limpiar la imagen de sus gestores.

Pero antes de que el manco Kumarin perdiera un brazo en un atentado (1998) y llegara a ser la cabeza visible de la petrolera PTK, las calles de San Petersburgo se habían cobrado una ristra de vidas. La guerra por el control del negocio mafioso a mediados de los noventa fue implacable. El aterrizaje en nuestro país de los principales personajes de la galería criminal hay que encuadrarlo en ese marco donde el liderazgo se dirimió a tiros y con bombas.

Alexander Malishev, deportista profesional de lucha libre, condenado por homicidio en dos ocasiones, se había hecho un nombre en San Petersburgo y lideraba

la organización conocida como Malishevskaya. A sus órdenes tenía varias brigadas de delincuentes, reclutados entre antiguos deportistas, y bandidos caucásicos. Vivían de la extorsión y las palizas, y en los escaparates de algunas tiendas, en un lugar visible, figuraba la leyenda «Negocio protegido por Malishev». La guerra contra sus rivales de Tambovskaya no había hecho más que empezar. En 1992 cayó en una gran redada y fue detenido con una pistola. Tres años después salió de prisión y se vio obligado a abandonar Rusia porque su enemigo a muerte, Kumarin, el jefe de los *tambovski*, intentaba eliminarlo y preparaba un atentado contra él. Malishev pasó una temporada refugiado entre Alemania y Chipre, con alguna visita a España —donde acudía a la conocida clínica Buchinger de Marbella—, hasta que se instaló en Málaga con otro nombre: Alejandro Lagnas González.

Durante el tiempo que pasó entre rejas, su amigo del boxeo y el hampa, Gennadis Petrov, que logró eludir el cerco policial, le cuidó los negocios, un detalle que el vengativo Kumarin no pensaba consentir. El jefe de Tambov, al que también apodaban «el Gobernador de San Petersburgo», ya había demostrado de lo que era capaz. Este enfrentamiento y un supuesto intento de secuestro sufrido por su hijo Anton precipitaron su salida de Rusia con destino a España, donde se reencontraría con su amigo Malishev. En su declaración judicial, más de una década después, no solo negó haberse ocupado de los asuntos de Malishev, sino que incluso aseguró que no era su amigo, solo un simple conocido al que había visto un par de veces y a quien había telefoneado otras dos.

«En Moscú no se entendió la operación Troika. Dijimos que habíamos descabezado la organización Tambovskaya-Malishevskaya y, con la perspectiva de allí, eso era sencillamente imposible. “¿Cómo van a hablar de un grupo único si son dos bandas enemigas irreconciliables?” Nos recriminaron que nos habíamos equivocado de planteamiento», argumenta uno de los protagonistas de las investigaciones. «Pero no, no era ningún error. La clave es que Petrov asciende imparable en España y se hace con el control de las dos. Malishev pasa de jefe a subordinado suyo —en una de las escuchas se aprecia con nitidez—, aunque sigue teniendo un papel muy relevante. Son dos autoridades criminales. Por eso, a veces, entre nosotros hablamos simplemente de Petrovskaya».

El exilio mafioso de los líderes supuso un cambio en las estructuras de poder y un acople de piezas, de forma que personajes que habían gozado de cierto relumbrón en Rusia quedaron del todo relegados en España, caso de Victor Gavrilénkov, que pasó de tener una posición relevante por ser el hermano de uno de los jefes de Tambovskaya a casi mendigar favores, primero a Petrov y, más tarde, a Vitali Izgilov.

«Llegaron juntos en 1996 y se compraron tres de los mejores chalés en venta de Marbella, rodeados de campos de golf, de pinares y a un paso de la playa. Desde aquí seguían con sus negocios sin que nadie los molestara y viviendo a cuerpo de rey». El

policía que en su día se encargó del primer informe económico sobre Petrov y compañía recuerda su sorpresa al comprobar el inicial destino dorado donde aterrizaron los mafiosos petersburgueses. Petrov, Sergei Kuzmin, otro duro entre los duros, hombre de Malishevskaya, y el citado Victor Gavrilencov adquirieron tres casas de lujo en los números 19, 21 y 22 de la urbanización La Reserva. No tenían ni que salir de su calle para manejar el emporio. «La organización, aparte de sus actividades en el extranjero, blanquea en nuestro país a través de la inversión inmobiliaria, ya sea en la zona balear o en la Costa del Sol», explica el autor de ese informe.

A los dos años de instalarse en Marbella, Petrov decidió cambiar de aires para separarse de su origen criminal y se trasladó a Palma de Mallorca. Un poco más tarde le siguió Victor Gavrilencov, quien huyó despavorido de Rusia tras resultar herido en un tiroteo. Unos meses después de la llegada de Petrov a la isla, la Guardia Civil investigó el intento de asesinato de un empresario alemán relacionado con grupos criminales en su país. En los bajos del Rolls Royce de su mujer colocaron e hicieron estallar una granada de fabricación soviética. El atentado no se pudo atribuir a la Tambovskaya, pero en esas fechas se alojaron en la isla dos sicarios, miembros confirmados de la banda. Uno de ellos fue detenido al año siguiente junto a otro compinche en un complejo turístico de Palma con una pistola y una bomba de hexógeno soviética. No abrieron la boca ni tras la detención ni en el juicio, aunque los investigadores están convencidos de que se disponían a ejecutar a un ruso con nacionalidad española, Piotr Vassetski, socio de Petrov en un negocio en Alemania. Al parecer había estafado a la organización unos 1.500 millones en la compra del hotel Palmyra Beach en Calvià.

«Petrov se esforzaba en ocultar su pasado criminal. La imagen que daba era la de un hombre de negocios respetable e influyente, que esquivaba cualquier tipo de conflicto personal o empresarial», cuentan quienes seguían sus pasos en esos años. Presumía, ante empresarios mallorquines, de contar con las relaciones necesarias para llevar a cabo toda clase de actividades comerciales entre España y Rusia. Tiempo después, en su declaración ante el juez Baltasar Garzón, ofreció una visión muy alejada de lo que reflejaban sus cuentas. Se presentó casi como un anciano desmemoriado, dedicado en exclusiva al cuidado de su familia, obviando las decenas de intrigas económicas y políticas que el magistrado conocía.

—Se le acusa de asociación ilícita, blanqueo de capitales, delitos contra la Hacienda pública y falsedad en documento mercantil. ¿Quién es su gestor personal?
—le interrogó el veterano magistrado, que se había desplazado por primera vez a Mallorca en misión oficial acompañado por los fiscales Anticorrupción.

—No recuerdo ahora mismo su nombre porque a veces mi memoria se pierde.

—¿Por qué vive en España?

—Cuando vine por primera vez me gustó y decidí quedarme. Primero estuvimos en Marbella y después fuimos a Mallorca.

El juez tuvo que pedirle varias veces que hablara más alto porque el ex boxeador de aspecto fiero apenas susurraba, y al intérprete le resultaba imposible traducir sus respuestas.

—¿Cuántas empresas tiene en España?

—Tres o cuatro, no estoy muy seguro —mintió, para añadir que no sabía el nombre de esas compañías y volver a insistir en que tiene mal la memoria, pero que todo estaba en sus papeles.

—¿Y fuera de España?

—Nada, fuera no tengo nada. Los que tienen empresas en Grecia son mis hijos, es lógico que yo les ayude en lo que pueda.

Por supuesto, tampoco recordaba cómo se llamaban esas empresas. La memoria sí le alcanzó para contar al instructor que uno de sus hijos murió y que además tiene otros dos: Anton Petrov y Alexandra Petrov, una niña que nació en Mallorca en 1999. Insistió una y otra vez en que se olvida de las cosas y a veces incluso hasta del número de teléfono. Quienes le interrogaban no podían quitarse de la cabeza las exhaustivas y contundentes conversaciones —hasta quince al día, cuyas transcripciones habían leído— en las que siempre llevaba la voz cantante.

Para compensar la desmemoria del capo, la Guardia Civil entregó al juez una relación parcial de las empresas vinculadas y participadas por él. Solo en Rusia, donde aseguró no tener nada, aparecen más de 350 joyerías, catorce compañías, entre ellas una química de cobalto, varias dedicadas a los combustibles y derivados del petróleo, una cadena de alimentación con más de treinta tiendas, una fábrica de grúas, un banco, una firma de medicamentos y una agencia inmobiliaria. Es socio, asimismo, de una empresa en Alemania y de un puñado más de ellas en España dedicadas a material de construcción, alimentación, productos cárnicos y promoción inmobiliaria, entre otras actividades.

Mucho antes, cuando los agentes solo contaban con pinceladas sobre la vida de Petrov, ya era rara la semana que no se topaban con una sorpresa.

—Mire, jefe, lo que he encontrado. Este tipo me tiene loco. No deja cabo suelto —le contó una mañana un agente a su oficial.

—¿Más empresas o gente nueva a la que atornillar? —suspiró el comandante imaginando la cantidad de trabajo que se avecinaba.

—No, no es eso. Hemos averiguado que Petrov tiene tres números de identificación de extranjero correlativos. Ha ido solicitando documentación española de distintas formas y con papeles diferentes, posiblemente falsos o con datos cambiados.

—Para no dejar rastro ni de sus negocios ni de su vida, claro.

—Eso es. Ya le digo que lo tiene todo controlado.

—Bueno, eso está por ver. Vosotros seguid a tope, que ya lo engancharemos.

Petrov había tenido tres NIE, sí, pero es que cada uno lo nombraba como una persona distinta. Uno se lo dieron en Palma de Mallorca, en 1998, a partir de la documentación que lo identificaba como ciudadano griego; otro le fue concedido cuando aún vivía en Marbella y en él consta que nació en 1947, en Carkt (Rusia); su padre era Vasilij y su madre Lraidapaulouna; en el tercero figura que nació dos años después en la ciudad rusa de Odessa, pero en este caso sus padres eran Lev y Anastasia. Nadie comprobó que se trataba de la misma persona, aunque hubiera cambiado de ciudad y de padres. Sonaría a guasa si no fuera por la gravedad de los hechos investigados.

Según su cartilla laboral rusa nació en Leningrado en 1947 y cursó estudios en la Academia marítima Lenin; entre 1964 y 1980 parece que tuvo numerosos empleos: ayudante cocinero en un restaurante, ayudante de tornero, cadete en la Escuela Naval de su ciudad, marinero en reserva, encargado de mercancía, estibador, vendedor en una tienda de carne. Entre 1980 y 1987 no se dedicó a nada, al menos a nada legal, porque en 1985 fue condenado a seis años de cárcel; se cree que fue en esa época cuando se fraguó su carrera criminal, ya que en 1991 renace a la vida laboral pero convertido en director general de un empresa soviético-sueca y dos años después ya es presidente del consejo de administración de una financiera.

Petrov, Kuzmin y Gavrilénkov, el trío inicial, no solo había adquirido casas vecinas en Marbella; los tres habían pedido papeles españoles al mismo tiempo e incluso pretendían enfermar a la vez. El capo solicitó en noviembre de 1996 una exención de visado por «enfermedad que impide el retorno a su país». La misma estrategia utilizada el mismo día y por idéntico motivo por el jefecillo al que se asignó la zona de Levante, el fiel Gavrilénkov. Con un año de diferencia —uno en 1998 y el otro en 1999— pidieron la nacionalidad griega, que les fue concedida aunque se investiga si cometieron falsedad documental. Ya eran ciudadanos comunitarios y, por tanto, podían moverse a su antojo por Europa. Fue entonces cuando decidieron cambiar de paraíso y se trasladaron a Mallorca. Una década después, la nacionalidad griega, obtenida de forma fraudulenta, aún seguía provocando quebraderos de cabeza al capo, como reconoció ante Garzón.

NEGOCIOS SOBRE EL ACANTILADO

San Petersburgo es como Mallorca. Parece grande, pero es pequeño y todos se conocen, o eso sostiene Gennadis Petrov. Una metáfora, como otra cualquiera, para justificar ante Garzón su apabullante nivel de relaciones: políticos, oligarcas, militares, banqueros, jueces. Nadie escapaba a su influencia. Tumbado junto a su piscina con cascada al borde del mar, en la exclusiva urbanización Sol de Mallorca de Calvià, el potentado pasaba los días pegado al teléfono. Con cierta frecuencia, media docena de veces al año, viajaba a Rusia en su *jet*, o a Alemania, en vuelo regular para ir al dentista. Cuando su destino era Moscú o San Petersburgo, su ciudad de origen, un grupo de seguridad a sus órdenes comprobaba los lugares donde iba a estar para detectar si habían colocado dispositivos de escucha u otros medios de vigilancia; una vez allí, se desplazaba en un potente blindado. Mijail, su contable en Moscú y chico de seguridad, le adelantó en una conversación que le había comprado un equipo portátil para vigilar espacios exteriores y le pidió dinero para pagar a los vigilantes nocturnos que contrataba cuando el jefe se desplazaba a su país. Pese a su apariencia de honrado empresario, lo cierto es que no se sentía seguro en Rusia.

«Vigilar a Petrov ha sido una de las labores más complicadas que recuerdo. Solo dar con su teléfono resultó una odisea. Ninguno de los que tenía estaba a su nombre, sino que habían sido contratados por empresas, en Valladolid o Cuenca, de leche o de paquetería, lo mismo daba. Era una locura; todo teléfonos seguros. Hasta que logramos engancharlo», recuerda un guardia civil. «Montamos una base de vigilancia en Calvià, pero el tipo parecía un monje. No salía de su casa para nada. Como excepción, se tomaba unas pizzas con su lugarteniente Kristoforov en terrazas próximas. Llegó a ser frustrante».

Petrov o Genna, como le llaman sus íntimos, se hizo construir una fortaleza de más de 500 metros cuadrados sobre el acantilado de la urbanización, en el nº 5 de la avenida Portals Vells. Fue su segunda casa en Mallorca, tras la que poseyó en el residencial El Toro, que en 2004 vendió o regaló, no está nada claro, a su amigo el diputado ruso Vladislav Reznik. La actual está flanqueada por dos leones de piedra y una columnata neoclásica con escaleras de mármol, pasamanos incluidos. La parte trasera de ese templo de dudoso gusto da a la piscina y al mar; cuenta con gimnasio, *yacuzzi* y un baño turco; chimenea de mármol, cara y hortera, y alrededor joyeros repujados, dagas y sables, cortinas imposibles de raso, frontispicios de madera noble sobre cada puerta, esculturas de inspiración romana y hasta calefacción en la caseta del perro. Allí vive con su mujer Elena y su hija Alexandra, que asiste a un colegio de la zona. De cuando en cuando aparece de visita el hijo mayor, Anton, su auténtico

lugarteniente, el encargado de los negocios en Rusia y con quien habla casi a diario.

Enfrente, en el número 16, levantó su palacete Yuri Salikov, compinche y vecino. La vivienda es también espectacular: el interior gira en torno a un ficus de cuatro metros, plantado en el salón, que costó miles de euros, y desde ahí los dueños acceden a la piscina cubierta y a otra al aire libre. Minimalista, cuidada hasta el último detalle por su exquisita esposa, está rodeada por un túnel secreto que llega hasta el borde de la calle y que, siguiendo su trayectoria, alcanza la casa de Petrov por debajo del asfalto. Los agentes encontraron esa parte tapiada, pero era la comunicación segura que habían planeado para garantizarse una eventual huida. Ambos habían vivido antes en otros chalés de esos que ofertan las inmobiliarias baleares para nuevos ricos, con catálogos editados exclusivamente en cirílico y que no se pueden comprar por menos de seis millones de euros. Pero les habían sabido a poco.

«Petrov practica la penetración social, económica o política a través de contactos con personas muy relevantes en Rusia», relataron los agentes al juez Garzón en su momento. A los políticos los utilizan para que, mediante tráfico de influencias o cohechos, tomen decisiones que favorezcan a la organización en sus inversiones o ayuden a alguno de sus miembros a anclarse en la Administración. Los oligarcas les sirven para controlar sectores estratégicos y alcanzar mayores cotas de intervención; es evidente para qué buscan la colaboración de abogados y jueces; y las relaciones criminales nunca las han abandonado.

La Guardia Civil, tras hacerse con los teléfonos «seguros» de Petrov, escuchó durante casi un año sus conversaciones y las de sus socios. No podían meterse en su casa, físicamente, pero sí conocer sus tejemanejes. Todos le mantenían permanentemente informado —con frecuencia las identidades de los interlocutores se protegían—, le rendían cuentas y él siempre era el amo de la última palabra.

—Seguimos teniendo problemas con las joyerías, papá —le explica su hijo Anton desde Moscú—. Tienen documentación y dicen que podrían investigar.

—Seguro que es la gente de Mijas [se refieren a Sergei Mikhailov, uno de los jefes criminales de Solntsevo] —aventura Petrov.

—He pensado que podríamos publicar algunos artículos en prensa para desacreditarlos, aunque me han ofrecido arreglar el problema de otra forma —le propone Anton.

—Me parece bien, pero quiero saber cuánto nos va a costar.

Ese verano de 2007 transcurría sin tregua para Petrov. Ya se había designado Sochi como ciudad para los Juegos Olímpicos de Invierno de 2014. Un individuo apodado Vova quería saber si el empresario iba a hacer alguna inversión.

—Ya he comprado terrenos y voy a comprar más —le explica desde Mallorca Petrov.

—Yo tengo un amigo que es uno de los encargados de los temas olímpicos en Sochi y hay una buena oportunidad para construir edificios para los atletas, deberías viajar allí para ver qué propone —le recomienda Vova.

Solo un par de días después, recibía otra llamada en la que se hablaba de la reunión mantenida en la residencia del Presidente por varios oligarcas, entre ellos Alexander Abramov (uno de los dueños del acero y la minería) y Oleg Deripaska (el rey del aluminio) para ver unos terrenos.

—Abramov lo vio y le gustó, pero está crítico con esa zona y, además, ahora está comprando una península en Nueva Zelanda, donde quiere construir una ciudad —le avanza su interlocutor.

La voracidad empresarial del capo no tenía fin: se interesaba por una carretera que se iba a construir entre Moscú y San Petersburgo y le pedía a su hijo que buscara socios para invertir en ese negocio; se planteaba entrar en el sector del cemento y daba el visto bueno a su hijo para que mantuviera una entrevista con el citado magnate Abramov destinada a tratar el futuro del sector energético y una concesión de centros de formación. «Tenemos que hacer muchas cosas conjuntas pero con diferentes personas», aconseja a su hijo Anton.

A la luz de las conversaciones, quedaba claro que el personaje era un hacha en los negocios y que ninguno parecía resistírsele: transporte marítimo de petróleo, una empresa de vigilancia que se estaba planteando vender, otra sociedad compuesta por sus propios guardaespaldas, venta de pisos en Rusia. El aparentemente burdo Kristoforov se mostraba como un emprendedor y ofrecía a su jefe abrir una fábrica de producción cárnica en España, dado el desarrollo de la ganadería en nuestro país, aunque pagando los impuestos fuera; incluso manifestaban su intención de extenderse al mercado de América Latina, con Brasil y Argentina como puntos de referencia.

—Tengo muchos amigos allí que se relacionan a alto nivel y se podría gestionar a través de ellos. Nos reunimos en Madrid con unos tipos para empezar a plantear el negocio —le avanza Petrov.

La vida sonreía a Genna: sus múltiples negocios iban viento en popa y sus poderosos amigos en Rusia —al margen del ex vicepresidente de la Duma, Vladislav Reznik, y dos altos cargos de Interior, Nikolai Aulov e Igor Sobolevski, que merecen una explicación aparte— lo eran cada vez más.

«Queda patente en numerosas conversaciones la relación estrecha que tanto Petrov como sus interlocutores mantienen con dirigentes de la política nacional de su país o personas de ese entorno —explica la Guardia Civil—, hasta el extremo de que tienen conocimiento de los movimientos o sustituciones que se van a producir en los ministerios antes de que ocurran. Como fruto de esas relaciones quedan en evidencia los favores que se solicitan mutuamente, apareciendo un trasiego de cartas y notas que se remiten y las instrucciones de lo que se pretende o se debe hacer». Algunas

muestras de esas excelentes amistades aparecen en las escuchas.

En esos meses florecientes para sus finanzas, solo una cuestión inquietaba permanentemente a Petrov: el problema de su documentación en Grecia, que no terminaba de arreglarse; ahí mostró su mano implacable. En una conversación a finales de septiembre de 2007 le explicaba a un amigo su intención de reunirse con los abogados y con el cónsul; tenía en su poder unos documentos comprometedores para el intermediario, de quien sospechaba que lo había engañado. Se mostraba partidario de castigar a esa persona a través del sistema, pero afirmaba igualmente que si el asunto no se resolvía así, lo haría por las malas. Su amigo Ilias Traber, conocido anticuario de Moscú, le animaba «a contratar a unos tíos para que hagan el trabajo». El capo estaba de los nervios con el asunto porque, al parecer, el abogado heleno que se comprometió a borrar cierta información sobre él había fallecido; además, otras fuentes le confirmaron la prohibición de entrada al país y, en consecuencia, a toda la Unión Europea, tras averiguar las autoridades griegas que había utilizado documentación falsa.

Petrov se sinceró con alguien de su confianza y le dijo que, tras doce años viviendo en España, hacía mucho tiempo que podía haber obtenido esos papeles «en vez de las gilipolleces de Grecia», que solo le perjudicaban.

Tras su detención, en junio de 2008, el fiscal Anticorrupción le preguntó por qué le llamaban de Rusia para consultarle y para que tomara decisiones sobre diversos negocios.

—Es algo normal tener relaciones. En Rusia ayudo a muchos amigos, a muchas empresas. Ya no trabajo en Rusia pero es algo normal que me hagan consultas y que dé consejos a mis amigos y a los amigos de esos —le soltó Petrov sin inmutarse.

—En ocasiones le dice a su hijo o a otras personas que habrá que llevar gente para asustar a algunas personas.

—No, no es verdad, no es como antes. La garantía de seguridad es la Policía y no se necesita amenazar a nadie.

—Explique entonces por qué le llaman a usted desde Rusia para que impida un asesinato; qué poder tiene para evitar que maten a alguien. —El fiscal se refería a la posible intercesión del capo para evitar la muerte de un alto cargo del FSB en Armenia, en abril de 2008.

—Todo lo que cuentan las gentes sobre esos temas son tonterías. No hay que creer lo que las gentes cuentan.

«No hay que creer lo que las gentes cuentan», pero su imperio criminal parecía inabarcable. Pese a que negó a Garzón cualquier relación con los *tambovskie* o con otros grupos criminales, los agentes tenían constancia de todo lo contrario.

Uno de los asuntos que ocupó durante meses las charlas de los sospechosos fue la detención del enemigo de Petrov, Vladimir Kumarin, el jefe de Tambovskaya, a

mediados de agosto de 2007 en San Petersburgo. Dejaban entrever que fue una orden del presidente Putin; quedaba asimismo patente que estaban preocupados porque llegaban informaciones fidedignas de que Kumarin estaba dando nombres de gente y declarando contra antiguos esbirros del grupo criminal. Numerosas conversaciones giraban en torno a él, a lo que se publicaba, a las revueltas de bandas que habían surgido en Rusia y a la posibilidad de que el encarcelado se fuera de la lengua...

Tanto Alexander Malishev como Sergei Kuzmin advirtieron a Petrov en septiembre de 2007 de lo inoportuno de su viaje a San Petersburgo, ante la posibilidad de ser detenido. Malishev había sido alertado por un hombre del FSB de que su amigo Petrov debía tener cuidado con uno de sus negocios petersburgueses.

—Ten cuidado, va una ola [se refiere a una investigación] —le susurra por teléfono Malishev.

—No me preocupa, yo soy un criminal limpio —dice Petrov, en una mala jugada de su subconsciente—; quiero decir, un hombre de negocios limpio.

Sus reuniones siempre tienen jugo. En una ocasión le contó a su hijo que estaba reunido con unos amigos entre quienes se encontraba un individuo llamado Poliakov, uno de los inseparables del *vor* Vladimir Tojtajunov, que fue detenido en 2002 acusado de haber sobornado a jueces deportivos para amañar pruebas de patinaje en los Juegos Olímpicos de invierno de Salt Lake City.

En octubre de aquel 2007, uno de sus interlocutores le comentó que había asistido a una reunión de «ladrones en la ley» en la que participaron también miembros de una provincia rusa y de la República Checa. Uno de los *vory* habló muy bien de Petrov. Él mismo se reunió en una de sus visitas a Rusia con Ded Hassan, quien se ofreció a ayudarle en un conflicto relacionado con una de sus tiendas. El Abuelo le pidió la dirección «para encargarse del asunto a unos chicos muy buenos por un precio módico y así solucionar todos los problemas». ¿Por qué le daban cuenta a Petrov de las reuniones de estos capos? ¿Qué interés podía tener en ellas un honrado empresario como él? Solo él lo sabe.

Petrov hablaba con soltura de extorsionadores, de gente a la que había que dar palizas, de sobornos a policías para hacer la vista gorda ante el tráfico de productos falsificados. Era informado, como quien recibe el parte del día, de que en Moscú habían matado a dos oficiales antidroga. Los policías habían aparecido congelados y los interlocutores especulaban con la posibilidad de que hubieran sido envenenados, tal como les había ocurrido el año anterior a unos periodistas. En otra ocasión, Anton, el hijo, se mostraba preocupado ante la posibilidad de que un empleado suyo detenido por fraude pudiera declarar contra ellos; Petrov, impassible, le convenció de que con dinero se arregla todo.

Un día, un tipo cercano al capo fue designado inspector de certificaciones de carreteras, situación con la que Petrov no estaba de acuerdo, por no ser ese el puesto

ansiado. Su interlocutor le intenta convencer de la importancia del nombramiento, que incluye la responsabilidad de dar el visto bueno a todo y convierte a su titular en destinatario de los sobornos de los constructores interesados en obtener certificación de las obras aunque estas no se hubieran realizado. Le pide al jefe el dinero para pagar a quien designó al inspector y Petrov accede a pesar de no estar satisfecho con el nombramiento.

—Vaya con el monje —le soltaba con frecuencia el comandante a su gente en las reuniones—; no para de trajinar, y los informes económicos que están preparando Vigilancia Aduanera y la Policía son demoledores.

—Pero nosotros vamos a seguir centrándonos en las escuchas y en las vigilancias, como habíamos quedado, ¿no, jefe? —intervino un teniente de Información.

—Sí, sí. Nosotros a lo nuestro. Tenemos ya bastante perfilado quién es quién y hemos logrado desenmarañar y situar la mayoría de los nombres, pero aún debemos afinar más.

Mientras ellos afinaban, el jefe mafioso se ilusionaba por momentos con su nueva embarcación, un yate escandalosamente opulento que le estaban construyendo en unos astilleros de Moscú y cuyo precio, según algunas fuentes, rondaba los treinta millones de euros. El patrón del *Anastasia* iba a ser Andrei Malenkovich, el marido de su secretaria y fiel colaboradora Iulia Ermolenko. A finales de 2007, Petrov le envió a la capital rusa para que supervisara la construcción, en la que participaban británicos e italianos encargados de decorarlo a base de mármoles y maderas nobles. El *Anastasia* tiene capacidad para unas sesenta personas y Petrov quería estrenarlo en Mallorca con una fiesta por todo lo alto.

La constructora se demoraba en la entrega y, apenas unos días antes de las detenciones, un alto cargo de la Fiscalía rusa amigo del jefe, Igor Sobolevski, propuso interceder. Al más puro estilo mafioso, el tipo se acercó al astillero con uno de sus chicos y trató a los responsables «con mucho cariño», al tiempo que les enseñaba su *xiva* —«credenciales»—, tal y como relató días después a Petrov, y como el patrón del yate explicó a su mujer por teléfono: «El jefe ha mandado a unos amigos suyos del FSB para que se den prisa y el encargado se ha llevado un susto de muerte. Le he enseñado el barco a un amigo y se ha quedado estupefacto». El *Anastasia* tuvo visitas tan ilustres durante su construcción como la del ministro de Defensa. Petrov estaba ansioso por verlo terminado, pero no viajó a Rusia porque estaba a la espera de que su hija Sasha acabara el curso escolar.

La primavera de 2008 tocaba a su fin. Troika estaba casi madura, pero aún faltaba el casi. La Guardia Civil sabía que Petrov se relacionaba con ministros rusos, con funcionarios, con miembros de las Fuerzas de Seguridad, del poder judicial, con oligarcas y con criminales. Su red estaba perfectamente engrasada y la integraban básicamente su hijo Anton, que aunque vivía en Rusia era el auténtico lugarteniente y

mano derecha en todos los negocios; Leonid Kristoforov, el segundo de a bordo para los temas «sucios»; su vecino y compinche en algunos asuntos, Yuri Salikov; sus abogados y gestores: Juan Antonio Untoria y Jesús Angulo, y su secretaria Iulia Ermolenko. Los tres últimos estaban, según los investigadores y el fiscal, plenamente integrados en la organización. Junto a estos íntimos, el ruso mantenía negocios conjuntos con otras autoridades criminales que también habían elegido España para operar, caso de su amigo Alexander Malishev, al que la Policía seguía tan estrechamente como a Petrov la Guardia Civil. Todos ellos eran objetivo de los investigadores.

NO HAY QUE DARLE A LA LENGUA
EN LA CÁRCEL

—Mirad, sabemos que el gran hombre de confianza de Petrov es su hijo Anton, pero este apenas viene a España, así que va a ser casi imposible detenerlo. De momento, lo dejamos de lado para no condicionar toda la operación y nos centramos en el resto de la banda.

—Jefe, nosotros seguimos igual, ¿no? ¿Vamos a dejar a Salikov que hable desde la cárcel hasta que todo esté maduro?

—Por supuesto, no hay problema con ese asunto. Está resuelto. Creo que incluso ha cambiado de móvil, o eso le dijo el hermano a Petrov.

—Sí, pero el abogado sigue moviendo cielo y tierra para sacarlo de prisión; esperemos que el juez no se ponga blando.

—Saldrá, no te quepa duda —resolvió el jefe—, la cuestión es si antes o después de que tiremos de la manta.

Yuri Salikov, miembro activo de la organización de Petrov, con quien, al igual que con otro de los peces gordos, Sergei Kuzmin, el capo había constituido varias sociedades de blanqueo, ingresó en prisión en 2007 y proporcionó un pequeño respiro a la Guardia Civil: uno menos que podía largarse a Rusia en mitad de las investigaciones. El vecino del jefe tuvo que abandonar su espectacular casa y a su no menos estupenda señora, Marlena, acusado de un fraude del IVA en el que obtuvo devoluciones indebidas de 28,5 millones de euros. Lo hizo junto a los hermanos Vassetski, huidos de la justicia española.

Durante su estancia en prisión —salió justo a tiempo para volver a ser detenido en Troika— no hizo sino afianzar sus relaciones: en septiembre, desde la cárcel, había transmitido a Petrov consignas para que le ayudasen a abandonar el centro penitenciario y para realizar unos negocios. El 5 de octubre, su hermano Igor Salikov llamó al jefe y le proporcionó un número de móvil alegando que era el nuevo teléfono que Yuri tenía en el centro penitenciario de Meco —donde huelga decir que está completamente prohibido contar con esos aparatos—. El reo llamaba con frecuencia a Petrov y los investigadores, por supuesto, le dejaban hablar; Igor contó al mafioso que estaba encargándose de recaudar dinero para la fianza.

Ya en marzo de 2008, días antes de que Yuri consiguiera la libertad, su hermano volvió a telefonar a Petrov. Comentaron que el preso estaba a punto de salir, pero que el fiscal seguía «jodiéndoles» porque decía que poseía un montón de empresas en Rusia. Petrov mostró su extrañeza sobre cómo el fiscal había podido enterarse de los negocios de Rusia.

—¡Coño!, no hay que darle tanto a la lengua en la cárcel y hay que tener la boca cerrada —le explica Igor Salikov—. Si te preguntan a qué te dedicas, les dices que eras conductor de tranvía, «crucé la calle cuando el semáforo estaba en rojo y he acabado en la cárcel».

—Ja, ja —ríe Petrov.

Yuri estaba indignado: al alcalde de Marbella lo habían dejado en libertad por la mitad de lo que él tenía que pagar: una fianza de 600.000 euros que acabarían depositando y que le permitió salir de prisión el 26 de marzo, tras 15 meses entre rejas. Una semana después el que ya era hombre libre telefoneaba a Petrov, que estaba acompañado por su amigo Alexander Malishev, quien se puso al aparato para felicitarlo.

—Me alegro de hablar contigo y de que las cosas se hayan resuelto —le dice Malishev.

—Fue gracias a Petrov, que se esforzó por conseguirlo y encontró cómo hacerlo. Aquí la cárcel es un horror, no hay ley ni orden —argumenta Salikov.

Por esta frase preguntaría el fiscal a Petrov, tras su arresto: ¿Había ayudado a Salikov cuando estaba en prisión en España?

—Es mi vecino, el que vive enfrente, y claro... como son rusos y su mujer venía muchas veces a mi casa y lloraba todo el tiempo que él estaba en prisión, por eso le ayudé.

—¿Le prestó usted 600.000 euros por ser vecino suyo? —ironizó el fiscal con tono serio.

—No es cierto, nunca me ha pedido esa suma de dinero. Él tiene un hermano, tiene a su padre.

—¿Qué ayuda económica le han pedido? ¿Cuánto le pidieron?

—Alguna vez me han pedido sumas pequeñas como cien o doscientos euros; como son vecinos, si de repente necesitaban para comprar algo..., pero nunca sumas grandes. Su hermano es una persona con dinero...

Desde su llegada a España, Salikov intervino en la constitución y uso de sociedades por las que entraban cantidades enormes de divisas procedentes de paraísos fiscales. Por esos fondos tributó a su antojo. Tanto él como su mujer, Marlena, vivían, y siguen haciéndolo, casi todo el año en Calvià, así que debían hacer declaración de la renta. Y la hicieron. Pero solo en los años 2000 y 2002 defraudaron 950.000 euros. Tras su detención en Troika, el Juzgado de lo Penal de la Audiencia Nacional condenó a Salikov a siete años y medio de cárcel por el fraude del carrusel del IVA, aunque la Sección Cuarta de la Audiencia Nacional rebajó la pena a dos años y medio.

Según todos los indicios, Salikov colaboró con Petrov en el negocio del blanqueo, pero no era ni mucho menos mano derecha del *vor*. Ese papel le correspondía, como

se ha dicho, a Leonid Kristoforov, a tenor de las continuas y comprometedoras conversaciones telefónicas, en una de las cuales el tosco Leonid llama a Gennadis «nuestro boss»; en otra, un mes antes de las detenciones, le cuenta que tiene intención de comprarse el yate *Princesa* por 450.000 euros y pide al jefe su opinión. Este sentencia que es un buen barco.

Al jefe operativo de Guardia Civil que seguía el día a día de la banda en Mallorca no le cuadraba la estrecha relación entre el pulcro Petrov y Kristoforov, un hombre de aspecto descuidado. «Tiene pinta de matón», pensaba para sí, «y eso le puede venir bien al jefe para los negocios sucios, pero no casa con los nuevos contactos del ruso». Un día oyó una conversación que podría encerrar la explicación: se mencionaba la antigua amistad entre el padre de Leonid y Gennadis, una relación de la época dura de San Petersburgo, perpetuada a través del hijo. El fiscal le preguntó a Petrov en el juzgado por qué Leonid le llamaba «jefe» y le trataba como si él le ordenase.

—Los hijos de Kristoforov están bautizados por mí, replicó el detenido. Somos muy amigos y yo no veo nada malo en esto. Ellos viven aquí, han comprado una casa. Vivo hace muchos años aquí y los verdaderos amigos que tengo son muy pocos y son normalmente rusos con los que me relaciono. Si a ellos les gusta llamarme así yo no tengo nada en contra.

Poco después, el fiscal hizo la misma pregunta a Kristoforov.

—¿Por qué trata a Petrov como si fuera su jefe?

—No me dirijo a él como un jefe, sino como a una persona mayor.

El considerado lugarteniente del capo llevaba en el momento de su arresto un reloj de diamantes valorado en cerca de medio millón de euros. Aseguró que no vivía en España, que tan solo venía de turismo, pero lo cierto es que residía en una urbanización donde había adquirido una casa por valor de 1,9 millones de euros. Esa vivienda fue comprada con un préstamo que le otorgó La Caixa por tan desorbitante importe, con la única aportación documental, según él, de su declaración de la renta en Rusia.

Garzón le interrogó insistentemente sobre posibles negocios relacionados con el mundo deportivo o el de las apuestas —el juez tenía en su poder la escucha donde Leonid se jactaba de que habían comprado la semifinal de la copa de la Uefa de 2008—. Negó cualquier vinculación deportiva y solo admitió que su padre tiene un cargo directivo relacionado con el Hockey de San Petersburgo. Por supuesto, conocía a Petrov, «pero jamás había hecho negocios con él».

Kristoforov es miembro de la Tambovskaya en España; mantiene relaciones estables, frecuentes e intensas con Petrov. Junto a él prepara la importación de cemento de Rusia, falseando el país de procedencia. Demuestra subordinación hacia él y le da cuenta de las reuniones con otros «ladrones en la ley». Se le acusa, además, de haber introducido en el mercado los beneficios de los crímenes mediante la

utilización de sociedades españolas. Pese a no contar con ingresos, es capaz de traer a nuestro país cuantiosos fondos y de adquirir una embarcación valorada en 450.000 euros, así como el citado inmueble de 1,9 millones de euros, cuando gana al año, según su propia declaración, 100.000.

—Ya tenemos algunos datos bien fundamentados y a algunos personajes colocados, por ejemplo, al abogado Juan Antonio Untoria. Sabemos que aparece o ha aparecido en órganos de administración de varias sociedades de Petrov —explicó el comandante a sus hombres cuando la investigación ya estaba avanzada.

—Con permiso, jefe —le interrumpió uno de los analistas del equipo—. No solo eso; es que el letrado utiliza la dirección de su despacho en Madrid como domicilio social de las empresas. Algunos lo hacen pero es bastante sospechoso.

A continuación hicieron constar en un informe lo siguiente: «En España nacen las órdenes para que funcione la máquina criminal y es aquí donde descansan los personajes más influyentes; aquí les llega parte del dinero que integran en la economía nacional como ampliación del capital de sus sociedades».

En la posterior denuncia de la Fiscalía se afirma que la larga lista de sospechosos, de común acuerdo, constituyeron e hicieron funcionar diversas sociedades españolas. Todas carecen de actividad comercial o mercantil y «su finalidad no es otra que la adquisición patrimonial de inmuebles, vehículos y yates». Así, ponen los bienes a disposición de los miembros de la organización y al tiempo las utilizan para blanquear capitales y evadir impuestos. Las sociedades sirven para algo más: encubrir transferencias y movimiento de fondos, de forma que sea muy difícil averiguar la procedencia y el destino de las cantidades remitidas. Solo entre Inmobiliaria Balear e Inversiones Gudimar, dos de ellas, habían sido o eran propietarias de nueve coches de lujo (Mercedes, Porsche y Bentley) y dos yates, además de las mansiones en las que viven los investigados.

Tres personajes imprescindibles para esas maniobras fueron su secretaria, su abogado y su gestor, además de los citados Salikov y Kristoforov. Iulia Ermolenko es uno de los pilares fundamentales. Secretaria y confidente de Petrov entre 1999 y 2008, originaria también de San Petersburgo, está a caballo entre los supuestos colaboradores rusos y los españoles; no en vano es quien hace funciones de traductora y la que habla continuamente con los abogados y gestores madrileños contratados por el jefe. Actúa como representante y apoderada, no solo de Petrov, sino de otros miembros de la «comunidad criminal».

Iulia tenía control sobre las cuentas suizas del grupo e intervenía en los movimientos económicos. A veces era administradora y otras participaba en las sociedades pantalla y cobraba por hacerlo. Junto con el abogado Juan Antonio Untoria y el gestor Jesús Angulo tomaba ciertas decisiones sobre las empresas.

Su actividad era incensante: entre ella y el gestor Angulo decidieron transmitir

todas las acciones de Centros Comerciales Antei —participada asimismo por el diputado Reznik y su mujer— a una sociedad creada en Inglaterra a tal efecto después de haber tenido problemas para registrar el yate *Neva* a nombre de Reznik, por lo que finalmente se puso a nombre de Antei. Nada más volver de uno de sus viajes a la «querida patria», lo primero que hizo Petrov fue llamarla para que solucionara problemas; Iulia actuaba como verdadero canal de comunicación entre el jefe y los abogados para todo tipo de gestiones, no solo de las empresas.

—Señor Petrov, he hablado con Untoria y me ha dicho que no ha podido hablar con el comisario porque estaba en el despacho del ministro. Jesús [el contable] se ha acercado a la comisaría para tratar el tema de Extranjería.

—Mira, Iulia, lo único que me interesa es saber cómo puedo conseguir la tarjeta [de residencia permanente] de forma rápida.

—Yo creo que Untoria está esquivando su obligación y se lo está cargando a Jesús. No me gusta la actitud que está tomando, creo que no comparte el dinero con el gestor.

—Ya, por eso les pago lo mismo a los dos.

En octubre de 2007, Petrov tenía problemas con su documentación porque Grecia estaba investigando si era fraudulenta. La secretaria llamó unos días más tarde de nuevo al jefe y le contó que el gestor iría a hablar con el comisario.

—Dile a Jesús que lo que me interesa es la posibilidad de viajar con los documentos que tengo, después obtener unos nuevos y luego dejar de utilizar los antiguos. Me estoy planteando irme de aquí —comenta Petrov en tono misterioso.

Pero antes parecía estar meditando también algún chanchullo con sus papeles. Su gestor acudió a ver al famoso comisario y este se comprometió a controlar la solicitud personalmente para que el proceso no se alargara, o bien a facilitarle el nombre de alguien de su confianza que le ayudaría a resolver la cuestión con rapidez.

Iulia Ermolenko se negó a declarar ante Garzón, preocupada únicamente —o eso aparentaba— por su bebé de un año, al que no tenía con quién dejar, y por la puerta de su casa, reventada por la Guardia Civil durante la detención. En el registro de su domicilio aparecieron buena parte de los documentos más importantes de la operación. La mujer adoptó una actitud chulesca y vacilona con los investigadores, hasta que el responsable del equipo que intervenía le aclaró las ideas: «Mire, creo que es mejor que cambie de comportamiento. Nosotros, al fin y al cabo, dormiremos esta noche con nuestras familias. Usted, por el contrario, la pasará en un calabozo y no podrá estar con su hijo».

En cambio, Petrov le contó al juez que Iulia, su gestor personal y su abogado se ocupaban de todos sus negocios; que la secretaria le informaba como mínimo dos veces a la semana sobre la marcha de todo, porque como él tenía tantos negocios no le daba tiempo a acordarse de los pormenores. ¿Por qué tantas atribuciones para una

secretaria? Porque él no hablaba bien castellano, fue su sucinta explicación.

El abogado y ex militar Juan Antonio Félix Untoria Agustín se reveló como una de las piezas clave en la ingeniería financiera. Su historia profesional y personal es un auténtico culebrón; él mismo lo contó por boca de su abogado en un escrito presentado en agosto de 2008 en el juzgado. Untoria había pasado a la reserva un mes antes de Troika con el grado de teniente coronel del Cuerpo General de las Armas, aunque desde 1994 estaba en la reserva transitoria. Ejercía como letrado desde 1987 y vivía con su segunda mujer en el Paseo de la Castellana, en pleno corazón de Madrid. Su carrera militar empezó en 1973 y sus empleos posteriores casi siempre estuvieron relacionados con su diplomatura de ingeniero técnico de telecomunicaciones. El 23-F, día del golpe de Estado de Tejero, era responsable de la Guardia del Palacio de la Zarzuela. Pronto descubrió que su verdadera vocación, más que la vida castrense, pasaba por un bufete. Pero tenía amigos, y muchos, entre los militares. Conoció a Petrov a través del empresario Luciano Velasco Kuper y enseguida debió de adivinar un negocio redondo. Poco después se lo contó a su amigo, un coronel compañero de promoción en la academia militar y comandante como él en esa época (en torno a 2001).

El coronel pertenecía al CNI, había sido responsable de Contrainteligencia y, según Untoria, conoció a Petrov cuando este último sirvió como espía en la KGB. Fue su amigo, según ese relato, quien le informó de que Petrov era un importante empresario ruso, amigo personal del entonces presidente Vladimir Putin desde que ambos trabajaron en la KGB. No solo eso: en esos años Putin estaba a las órdenes de Petrov. Esa es la versión de Untoria, porque el miembro del CNI aseguró que le había alertado de que se trataba de un mafioso. España quizá podría obtener alguna contraprestación informativa de esa relación con el supuesto empresario, pensaron quienes estaban al tanto de esos contactos. Sin embargo, nunca la hubo. El dinero fácil ganó la partida.

Untoria tenía mucho e interesante trabajo por delante. Sostiene que nunca sospechó, que siempre se ocupó de actividades legales, y aún hoy —argumenta su abogado— tiene la certeza de que todas las transferencias del extranjero procedían de cuentas y negocios totalmente legales. Petrov era un honorable empresario y bien relacionado, rumiaba para sí el ex militar. Sus conjeturas se transformaron en certezas cuando el jefe le presentó a dos grandes amigos suyos que querían una casa de vacaciones en Palma: el diputado Vladislav Reznik —y su mujer Diana Gindin, presidenta del First Boston Bank en Rusia y representante en ese país del Credit Suisse— y Leonid Reiman, ministro de Telecomunicaciones. Ambos iban a tener sus propias sociedades en España y ambos se convertirían en sus clientes.

El abogado calló que quizá el otro amigo de Petrov, el entonces presidente Putin, también quiso tener su casa de vacaciones o alguna inversión en España. En su

despacho se intervino una nota manuscrita con el encabezamiento «Reunión 16-1-2001», donde además de varias gestiones personales y económicas sobre el *vor* aparece una anotación que reza: «Sr. Putin, terreno en Málaga, población rusa o urbanización rusa. Terrenos no comprados. Administrador asuntos presidenciales. Empresa propietaria del terreno: 10% / 90%; contrato de gestión. Después del día 20 de enero».

Los investigadores no creyeron a Untoria; tampoco el juez. El letrado con despacho en Madrid formaba parte de la «comunidad criminal» y actuaba como asesor principal de Petrov, según Garzón; aconsejaba a su jefe en aspectos jurídicos, documentales y en sus relaciones con la Administración tributaria. Fue él quien diseñó el entramado de sociedades de las que recibe un sueldo de 3.900 euros al mes, y presta sus domicilios profesionales para personas y sociedades del grupo.

Todos confiaban en él y le pedían asesoramiento en asuntos privados. Las cuentas servían para la penetración de fondos procedentes de paraísos fiscales y otros lugares. Entre 1998 y 2007 había entradas por valor de más de dieciséis millones de euros desde las Islas Vírgenes, Panamá, Letonia, Suiza, Gran Bretaña y Rusia. Utilizaba su relación con la organización para obtener más poder, aun sabiendo que se trataba de un grupo criminal, y era capaz de verter duras amenazas.

En octubre de 2007, Untoria cuenta a una amiga llamada Olga que la noche anterior había visto a su secretaria en un bar con otra chica y que les había propuesto entrar en un local de intercambio de parejas, proposición a la que ellas no habían accedido. Untoria, enojado, le dice a la tal Olga que va a despedir a la secretaria. Su amiga le explica que la citada empleada va diciendo que como algún día el abogado se atreva a dejarla sin trabajo le va a arruinar su vida por todo lo que sabe y que, además, se lo contará a su mujer. Untoria no se detiene: «Si hace eso, voy a ser yo quien la arruine. Primero la pongo en Internet y luego le mando a dos rusos y desaparece».

A primeros de diciembre de aquel año hubo otra conversación en torno a las dificultades para cobrar una deuda. De la misma se desprende que, tras el fracaso de las acciones legales destinadas a conseguir la devolución del dinero, Untoria había llamado al deudor, que se encontraba en Melilla, amenazándole: «Vamos a cobrar de una forma u otra, lo que queremos es que lo tengas muy claro; es mejor que se cobre de una forma que no sea dolorosa para ti, queremos saber cómo y cuándo vamos a cobrar eso; si no, tendremos que mandar a gente para que lo cobre».

Ya en 2008, cuando Yuri Salikov estaba a punto de quedar en libertad, el abogado habló con Marlena, la esposa del encarcelado. En una de las charlas Untoria le dijo que tenía un amigo juez y que estaba insistiendo sobre los jueces de la Sala para que «miraran con cariño» el caso de su marido, con el fin de que le pusieran en libertad bajo fianza.

Los enredos de cuentas, llegadas y salidas de dinero eran continuos. En una ocasión, el director de una sucursal del BBVA de Madrid llamó a Untoria como representante de la sociedad Caspian para decirle que había recibido instrucciones del banco de romper relaciones unilateralmente con la empresa. Como estaba domiciliada en Delaware, el abogado dio su despacho como domicilio social y acordó, sin consultar a nadie, que él mismo pasaría al día siguiente a recoger el dinero a la sucursal; y así lo hizo. Era julio de 2007. Al día siguiente, en una conversación con su amiga Sofía, reconoció que el motivo de esta estrategia era el blanqueo de capitales.

El abogado hablaba permanentemente con las dos secretarias de Petrov: Iulia Ermolenko y Svetlana Vassilieva. En abril de 2008, Untoria asesoraba a la segunda sobre cómo obtener un permiso de residencia para un socio del jefe con doble nacionalidad, rusa y griega, que tenía una casa y una empresa en España. «La empresa no funciona mucho —le dice Svetlana—, ya que la tiene para lo mismo que estos tienen la de Inmobiliaria Balear, para mantener la casa, es decir, está hecha para lo que está hecha».

Junto a Ermolenko y Untoria, el tercero en discordia era Jesús Angulo Pérez, que actuó como asesor no solo de Petrov, sino también de su amigo Alexander Malishev y de la mujer de este, en aspectos económicos, administrativos, jurídicos y documentales utilizando una sociedad propia. Fue Untoria quien presentó a Petrov y a Angulo; el gestor se relacionaba continuamente con las dos secretarias del jefe y con el abogado de Malishev.

Las conversaciones telefónicas evidenciaron que aunque trabajaba para los dos rusos, solo le pagaba el primero, indicio de que servía a un entramado único. Para encubrir la titularidad de los fondos, su cuantía y su procedencia ordenaba confeccionar balances económicos ficticios para las sociedades; preparaba transferencias de fondos y operaciones para que no se detectaran y asesoraba sobre qué sociedades de paraísos fiscales debían ser utilizadas.

España era ya para todos ellos una base segura donde «purificar» pingües beneficios mobiliarios e inmobiliarios, con una vida de grupo tranquila e introspectiva. Para conseguir ese paraíso particular utilizaron a expertos contables y letrados que pasaron a convertirse en una especie de asesores permanentes de la «comunidad criminal». Esa es, al menos, la visión del juez Garzón.

PISTOLAS Y ALTARES

Alexander Malishev mide cerca de dos metros. A sus 52 años es un hombre de complexión fuerte, herencia de sus años como boxeador, que combina con cierto porte elegante. Quizá sean sus ojos claros enmarcados por el pelo y la barba entrecana; quizá es que su voz, suave pero firme, impone. O lo más probable es que sea un efecto de su leyenda como dueño y señor de la Malishevskaya, una de las organizaciones mafiosas de San Peterburgo que disputó el territorio y el poder a la Tambovskaya a principios de los noventa en Rusia. La organización debe el nombre a su jefe, que cambió el apellido Malishev por los de la mujer alemana de origen hispanoamericano con la que se casó tras salir de la cárcel en Rusia en 1995. Ahora se hace llamar Lagnas González y con esa filiación viajaba a Rusia desde Málaga o desde Alemania, convencido de que en su país había mucha gente con ganas de «picarle billete». No eran imaginaciones suyas, dado que ya le atacaron con un lanzagranadas en la década de los noventa. Además, intentaba deshacerse del halo criminal que rodeaba al apellido Malishev.

Mientras la Guardia Civil seguía la enigmática y recogida vida de Gennadis Petrov, la Policía hacía lo propio con Malishev, considerado uno de los grandes jefes criminales que había elegido España para retirarse y como «plataforma de blanqueo» de sus numerosos negocios en Rusia, Alemania y Chipre. Vive en nuestro país, al menos de forma intermitente, desde 1996, en un espléndido cortijo en Frigiliana (Málaga) con su compañera Olga Solovieva y la extensa prole de seis hijos que han reunido entre ambos. Alexander o Sasha, como le llaman sus íntimos, ha sido condenado al menos tres veces en Rusia por homicidio y tenencia de armas.

Si Petrov ha llevado una vida discretísima en España, la de Malishev aún lo era más, pero la Policía concluye que ha sido el director de orquesta de una organización jerarquizada con gente en Rusia, Alemania y Chipre —Suren Zotov, Ruslan Tarkovski, Ildar Mustafin, Nikolai Demko y Mikhail Rebo— que le rinde cuentas a diario de sus inversiones y cumple sus órdenes. Tras su exilio voluntario se siguió relacionando con otros criminales y tenía a su cargo a un grupo de individuos que le hacían trabajos de seguridad y protección. En los últimos años no ha parado de blanquear dinero. Según Garzón, el volumen de fondos que purificó entre 2001 y 2008 podría ascender a unos diez millones de euros.

«La casa de Frigiliana no tiene nada que envidiar a las mejores de La Moraleja, y no es la típica ostentosa y de pésimo gusto que hemos visto de algunos de estos personajes», aclara uno de los policías que recorrió cada rincón cuando detuvo a la pareja. Es una mansión elegantísima, una fortaleza sobre el acantilado, con

habitaciones de invitados excavadas en la roca, un hall de unos 60 metros cuadrados presidido por una gran mesa de mármol y vigas talladas. Una esquina del salón la ocupa un altar ortodoxo con iconos búlgaros —Malishev es bastante creyente y se le ha visto incluso visitar a un sacerdote en Madrid—. En la parte inferior, en la zona de la piscina, levantaron una serie de dependencias con cristales oscuros que les ocultan a miradas indiscretas, donde dispusieron sillones, tumbonas, barbacoa y cocina de verano; todo lo necesario para no moverse de esa parte de la casa en los meses más calurosos. Malishev se construyó un gimnasio para cuidar su maltrecha espalda, con un tatami de 40 metros, sacos, abrazaderas y todos los aparatos que utiliza.

Así pasaba su tiempo: entrenando, con sus hijos, recibiendo invitados y, por supuesto, colgado del móvil. Horas y horas manejando su fortuna a través de las ondas por medio mundo. De vez en cuando su mujer y él iban a cenar a un restaurante japonés cercano o a las terrazas del balcón de Europa en Nerja, a diez minutos de su casa. Otra afición que compartía la pareja —una pareja intermitente, todo hay que decirlo— era gastar dinero a espuestas en las tiendas más exclusivas de Marbella (ella tenía gastos mensuales en su Visa de hasta 6.000 euros). Cuando viajaban a Rusia lo hacían por separado. Alexander, que tiene pánico a los aviones, se movía casi siempre en tren, en una ruta que le llevaba desde Málaga a Madrid, de ahí a París, Berlín y Hamburgo, donde solía coger un barco con dirección a su antigua patria (ya no tiene nacionalidad rusa).

Los subordinados de Malishev le trataban como jefe y recurrían a él para todo; tenía intereses conjuntos con Gennadis Petrov, aunque ambos solo admitieron en sede judicial ser amigos. «Las investigaciones acreditan la preeminencia y plena autoridad de Malishev en la comunidad criminal que comparte al más alto nivel con Petrov y con Sergei Kuzmin, los tres *avtoritiety* o autoridades criminales». Malishev no se ensuciaba las manos ni los bolsillos, intentaba no aparecer en registros públicos ni firmar papeles que pudieran implicarlo, si bien a través de su mujer controlaba todas las operaciones de blanqueo y transacciones de dinero derivado desde Rusia al extranjero.

Acababa de echar a andar Troika. Policía y Guardia Civil se habían repartido los objetivos y las zonas de actuación, cada uno con sus métodos de trabajo y su carga de información previa. En Canillas, la sede de los servicios centrales de la Policía, entre cajas atestadas de documentos y carpetas a punto de reventar, en unos despachos que están pidiendo a gritos un lavado de cara, se celebró una reunión para puntualizar detalles. El inspector jefe al mando de la operación tomó la palabra:

—Como sabéis, tenemos teléfonos intervenidos en Málaga, Madrid y Alicante con autorización de Garzón. Es un asunto complejo por muchas razones y una de ellas es que la mayoría de las conversaciones están en ruso. Tenemos una traductora en Málaga que lleva tiempo trabajando con los compañeros de allí, pero hasta ahora

siempre ha hecho temas de drogas.

—Pues eso quizá nos dé problemas —medió un inspector.

—De hecho, ya nos los está dando. No quiero ni una sola interpretación. Quiero transcripciones puras y duras y los oídos abiertos a cualquier cosa.

—Jefe, nos han comentado que no sale nada de cocaína, ni de entregas, ni claves...

—Ahí voy. Si partimos de esas premisas, nos precipitaremos, nos equivocaremos y no podemos cometer ni un fallo. Tenemos un policía que sabe ruso perfectamente, así que, en primer lugar, vamos a cambiar de traductor y en segundo, este agente va a chequear a diario todas las conversaciones.

Alguno de los presentes silbó por lo bajo, adivinando la que se avecinaba, aunque la mayoría no eran nuevos en el negocio y sabían cómo se trabaja en su brigada; daba igual que los objetivos fueran colombianos, chilenos, italianos o rusos; las investigaciones debían ser igual de puntillosas. En esa unidad no se concebían las operaciones de otro modo; por algo era la Central, el espejo donde se miran policías de toda España.

—Por ahora no va a bajar nadie a Málaga, pero en unas semanas habrá que empezar a moverse. Avispa nos va a servir relativamente. Aquí hay menos informes y tanto las intervenciones telefónicas como las vigilancias van a ser claves. No sabemos cuánto va a durar esto. Yo le auguro bastantes meses de recorrido —concluyó el mando.

Meses era una utopía, de sobra lo intuía él y también sus hombres más curtidos; seguramente la investigación se alargaría más. Eran muchos objetivos y la mayoría tenían una intensa actividad, sobre todo económica. Estaban Malishev y su mujer Olga Solovieva, pero también Kuzmin e Izgilov, que ya había salido de prisión y no parecía que se fuera a quedar cruzado de brazos; y estaban todos los secundarios que trabajaban a las órdenes de unos y otros, en España y en otros países. No iba a ser fácil controlarlos; eso lo tenían clarísimo. Como siempre, faltarían gente y medios y tendría que pedir a los investigadores no uno, sino demasiados extras.

Los miembros de Malishevskaya, a quienes los agentes rastrearon durante meses, se conocían desde su juventud cuando muchos de ellos empezaron a aficionarse a ciertos delitos en Rusia. Con el tiempo a algunos les fue muy bien y ascendieron. Sin una fecha precisa, se cree que al menos la organización data de finales de los años ochenta, pero se mantiene casi invariable el papel indiscutible de Alexander —Malishev o Lagnas, lo mismo da—, que impartía instrucciones sobre cómo actuar y cómo repartir los beneficios, decidía cuáles eran las inversiones más jugosas y la forma en que arbitrar los conflictos.

En una conversación con Ruslan Tarkovski, que se encargaba de muchos de sus negocios en Rusia y era socio en algunos, este preguntó a su jefe, solo una semana

antes de las detenciones, si podía ir a Moscú en caso de emergencia porque había que tomar una decisión.

—Pero, ¿para qué me necesitas? —se interesa Malishev.

—Para conocer a esta gente y decidir si dejamos el negocio o iniciamos una nueva etapa porque hay un montón de ofertas, pero también problemas de financiación.

Tres días después volvían a hablar sobre una inversión en la ciudad de Kazan y el supuesto robo cometido por algunos dependientes.

—¿Tú sabes por qué él se interesó por el negocio? —pregunta al jefe.

—Porque las ganancias serían de un billón y medio y se invierten sesenta millones —le aclara su socio.

Malishev y sus allegados dejaron de mancharse las manos y empezaron a pisar moqueta, según aumentaba su estatus. Cambiaron la violencia por el cuello blanco: lavado de dinero, fraude fiscal y tráfico de influencias, como se desprende de un documento intervenido en la casa malagueña del miembro de la banda Ildar Mustafin. Actuaban en distintas zonas de Rusia (Moscú, Kazan, San Petersburgo, Tambov), en España y en Alemania (Alexander posee la nacionalidad de ese país), pero como se ha dicho manejaban cuentas y personas que trabajaban para el grupo en Chipre, Suiza y Panamá.

En Rusia, Alexander tenía un jefe de seguridad, guardaespaldas y dos coches blindados. Pocas veces trataba con su gente sobre ese espinoso asunto para evitar implicarse, aunque sí salía a relucir la protección o ayuda que les prestaban los «hermanos de Tambov», es decir, la organización Tambovskaya, con la que había cesado la guerra.

El 11 de junio de 2007 su segundo en Rusia, Ruslan, llama a Malishev preocupado porque habían disparado a uno de los suyos en la ciudad de Kaluga.

—Malishev [M]: Rus, no he recibido nada.

—Ruslan [R]: Ivanovich [segundo nombre de Alexander], tenemos unos pequeños problemas aquí, ahora voy a la oficina, joder, porque han disparado a una persona nuestra en Kaluga (...) desde otro teléfono te explico de qué va todo.

—M: ¿Problemas locales o generales?

—R: No, son problemas antiguos, un guardaespaldas de Sura (...) Les metieron en la cárcel hace un año y él [al que le han disparado] fue a pasar el fin de semana y este le vio, sacó el arma y le disparó sin más. Está en el hospital. He mandado ahora a los chavales para allá.

—M: Está vivo, ¿no?

—R: Sí, pero ha perdido mucha sangre (...). Ahora me ocupo de esto y voy para la oficina.

Los problemas continuaron en los siguientes meses. En septiembre, Tarkovski

contaba a Malishev que estaban pasando cosas raras y que habían disparado a Zotov; además, él había recibido amenazas. No entendía qué estaba pasando porque ellos se dedicaban «a un negocio limpio». Alexander le tranquilizó: iban a comprar un coche blindado. En octubre Malishev le explicó a la misma persona que algunos ex socios de un amigo suyo intentaron presionar al hijo de este por lo que él lo había tomado bajo su protección y los «hermanos de Tambov» le iban a echar una mano. El hombre de negocios confió a Ruslan que una conocida suya le llamó un mes antes para pedirle amparo; le ayudaron los *tambovskiye* y les pagó «doscientos».

En otra escucha grabada por la Policía en abril de 2008 entre Malishev y Yakov, su jefe de seguridad en Rusia, este le pasa con un tal Iván. El *vor* le pide que busque a un chico joven, sin ocupaciones, para prestar el servicio de seguridad; no tendrá ninguna responsabilidad respecto al dinero, solo tiene que saber «mover los puños» o dar una paliza y con eso ganará 1.000 al mes. Su puesto será de administrador del restaurante. Le explica, además, que si hace falta registrará un arma para él, pero en la «otra estructura».

Pero, ¿a qué negocios se dedicaba exactamente Malishev con su nuevo barniz de honrado empresario? ¿De qué vivía en España?, fue la pregunta directa que le hizo Garzón al interrogarlo.

—Nunca he tenido actividad laboral en España, ni antes, ni ahora —respondió por boca de la traductora.

—¿Cuál es la procedencia de sus ingresos económicos? —insistió el juez.

—Tengo una empresa en Alemania, en Berlín, que tiene ingresos anuales y presento allí mi declaración de la renta.

—¿Qué empresas tiene en Rusia?

—En Rusia no tengo nada, hace diez años que no voy por Rusia.

Malishev añadió que vivía en Alemania y que acababa de llegar a España, aunque más adelante matizó que vino la primera vez a nuestro país en 1996 para pasar dos meses de vacaciones y que estuvo descansando en la clínica Buchinger. Su compañera sentimental Olga Solovieva negó ante el juez que vivieran juntos: «Él, cuando quiere viene y cuando quiere se va», resumió de forma gráfica. No obstante, su relación se remonta veinte años atrás y les ha proporcionado excelentes resultados económicos.

Las investigaciones policiales pusieron al descubierto que el entramado de empresas de Malishev y sus socios abarcaba el mercado inmobiliario, tanto en la construcción de viviendas como de oficinas, aparcamientos, complejos de ocio y urbanizaciones, así como la compra de grandes terrenos; hallaron asimismo mercantiles destinadas a invertir en tiendas y restaurantes.

En el otoño de 2007 el grupo desplegó una frenética actividad comercial, como reflejan las escuchas. Suren Zotov, encargado personalmente de los negocios en

Moscú, dadas las dificultades que tiene Malishev para viajar a su país, explica al jefe un proyecto de envergadura. Se trataba de un edificio de lujo en el centro de la ciudad, de 4.700 metros cuadrados, construido por unos armenios que se iban a mudar. Le dice que lo ofertan «a muy buen precio, 36 o 37 millones de dólares». Zotov da su opinión y dice que «no es mucho dinero». Pero es que la mayoría de proyectos en los que se embarcaban o a los que echaban el ojo eran gigantescos. El 4 de junio de 2008, en una de esas charlas entra en escena Petrov. Suren le propone a Malishev «coger la pausa y esperar las ofertas de Gennadis porque se trata de casi un millón de metros cuadrados, un distrito entero, y sería para compartir». Los socios especulan con que pueden tener ganancias durante siete u ocho años sin hacer nada.

Los sospechosos se retraían si trataban sobre asuntos violentos, pero cuando el tema giraba en torno al blanqueo rondaban la obscenidad, aireándolo abiertamente, llamándolo por su nombre, hablando de negocios en los que «lavarían el dinero» o distinguiendo continuamente entre dinero negro y blanco... Daban la impresión de ser unos expertos blanqueadores, de ahí el desorbitado volumen purificado que Garzón atribuyó a Malishev.

No hubo semana en que no consumieran horas y horas de teléfono hablando del mismo tema. En octubre Malishev anticipaba a su socio Tarkovski que una persona de su entorno debía blanquear 200 millones. Ese mismo día, en una conversación con su otra mano derecha en Rusia, Suren Zotov, este le recordaba que se acercaba el fin de año y había que «blanquear». Se sucedían las charlas en las que el dinero blanco y el negro salían a relucir, a veces en relación con sobornos y otras con necesidades apremiantes de efectivo.

A principios de enero de 2008 se grabó un curioso diálogo con un tal «Bocha», sobre paraísos fiscales y medidas para adaptarse a la nueva normativa.

—Mira Serguey, estoy en la oficina de mi abogado financiero y acaba de enterarse de que los españoles han creado una lista de los países que consideran «paraíso financiero», entre ellos Chipre, Liechtenstein y Suiza, y de esos países no admiten transferencias. Alemania, Austria y Rusia no están en la lista, así que desde allí sí se pueden hacer.

—Pero Sasha [Alexander Malishev], eso es una violación de derechos humanos —se escandaliza el tal Serguey a propósito de las restricciones.

—Así es. Según mi abogado [se refiere a Jesús Angulo], tarde o temprano eliminarán esta regla, pero de momento Hacienda no permite esas transferencias. Hay que buscar alguna empresa alemana o rusa.

—El 12 de enero iré a Rusia y buscaré allí alguna empresa.

—Haremos un contrato a una persona física y la próxima vez irá al otro lado, no a España (...). He hablado con Kostya y según él no hay problemas. A mí no me cuesta nada transferir dinero desde Rusia por cualquier vía, aunque sea en un saco. Por

término medio puedo sacar hasta cinco grandes, tengo unas personas que se dedican a esto desde hace muchos años.

—Sasha, ya hablaremos, no es una conversación para mantener por teléfono.

Tampoco se autocensuraban si había que tirar de influencias, siendo —como eran— moneda habitual. En las escuchas se manejaban partidas económicas concretas de las empresas que tenían un destino claro: pagar sobornos; e incluso aparecieron policías rusos que cobraban mensualmente de la organización. A muchos kilómetros de distancia la guardia pretoriana del jefe comentaba con soltura reuniones con mandos de algunas comisarías o informaciones que les habían pasado miembros del FSB.

Durante septiembre y octubre de 2007, tras la detención en Rusia de Vladimir Kumarin, capo de la Tambovskaya, todos los teléfonos pinchados echaban humo en torno a ese suceso. Malishev le insinuó a su subordinado Ildar Mustafin que le habían aconsejado no viajar a su ciudad favorita —se refiere a San Petersburgo— porque allí iba a ser «la segunda ola», la nueva tanda de arrestos. Alexander le recomendó que se quitara de en medio y se trasladara a Alicante.

—Andrey y Mikhail quieren quedarse con todo el poder en San Petersburgo —resume el *vor* a su hombre en Rusia.

—Claro, Andrey trabaja con los policías «correctos» y el otro «se equivoca», por ejemplo Dvorkin, que les trajo muchos problemas, le sobornaban mensualmente —le aclara su compinche Tarkovski.

La Policía hizo constar en sus escritos que en las escuchas trataban de mercantiles con beneficios o facturaciones astronómicas, mencionando miles de millones, incluso un billón en un caso; la vida de lujo y opulencia que mantenían no hacía sino abonar esas tesis. Con ambos factores se explica que los medios de comunicación rusos siguieran publicando reportajes sobre Malishev una década después de que abandonara el país, y situándole como uno de los más importantes capos. Esa querencia que le tiene la prensa rusa fue, según él, la razón por la que cuando viajaba a su patria utilizaba el nombre de Lagnas González, aunque los investigadores opinan que lo hacía como medida de seguridad.

Una tarde de abril de 2008 el policía encargado de visar las transcripciones de los teléfonos de Malishev y su jefe, el agente que habla ruso, entró al despacho de su superior en Canillas con bastante urgencia.

—Jefe, tienes que oír esto, no puedo creerlo. Alexander y su hombre en Rusia, Ruslan Tarkovski, se han pegado una parrafada increíble. Han hablado de todos los *vory v zakonen*... Una reunión en un restaurante con todos los jefes, a la que además asistió Ruslan.

—¿Qué dices? ¿Estás seguro? ¿Con nombres concretos?

—Y no solo eso, hablan de organizaciones, de cambios... Creo que va a haber

movida. Oniani lo tiene chungo.

—¿Tienes ya la transcripción?

—Sí, pero quiero volver a revisar un par de detalles. Te la paso esta misma tarde. Ah, por cierto, a Malishev parece que le da un poco igual, el tipo va a lo suyo, le dice a Ruslan que a ellos no les concierne. Bueno, ya la leerás.

La importantísima conversación se produjo el 30 de abril. Malishev llamó a su compinche a las nueve menos cuarto de la mañana:

—¿Conoces a Tariel Oniani? —inquire tras saludarlo y preguntarle si lo ha despertado—. Tiene *rombolsh* [un problema].

—Ha habido mierda, estoy al corriente —le responde su socio.

Tarkovski le da pelos y señales. No solo está al tanto sino que él mismo acudió a esa reunión, algo que sorprende a Alexander. Le explica que estuvo en el restaurante Zveriny con un paisano apodado «Nabishka» cercano a los capos.

—Allí estaban las «autoridades», los «ladrones en la ley» de todos estos colegas «norteños» [se refiere a los *vory* del Cáucaso]. Estaban unos diez tíos a la mesa, todos del norte, venidos por este asunto porque han tenido movida.

—Sí, y según mi información, a él [Oniani] y a Merab Dzhangveladze, su segundo, les han sacudido las orejas —le precisa Malishev.

—Yo, cuando llegué allí, Nabishka me dice: «Siéntate a la mesa». Y les dice a ellos: «Este es mi amigo, os podéis presentar». ¡Joder, la hostia! El restaurante lleno, porque allí cada uno viene con los suyos, traen escolta. Y este me dice, «pasa esto, Tariel ha tenido una enganchada con uno de estos», uno de sus colegas.

—El ha tenido enganchada con un animalito que hay allí, que también «está sentado en el petróleo» y «lleva un gorro» [protegido por las autoridades]. Tú le conoces (...).

—Y vinieron todos los norteños. Esos tienen una autoridad tan seria. Esos no son los de Moscú o *Sochi*, no son ballenas, son unos mastodontes (...).

—Ayer —le precisa Malishev— estuve charlando con nuestro amigo común y me dice que les ha llamado canallas. Y toda esa situación la ha movido Slava [el *vor* Vyacheslav Ivankov, *Yaponchik*].

—(...) Y dicen que a Shakro [Kalashov] también le empiezan a temblar las sillas debajo del culo.

—Eso ya no sé —duda Malishev—, ya que él es muy cercano a Ded [Aslan Ussoyan]. Y Ded ya sabes que también es un mastodonte.

—Ded está claro que se ha jubilado y claro que es una autoridad, pero estos los pisotean. Eso era antes, cuando los ricos eran Tiuryk [Vladimir Tiurin], uno, dos, tres... pero ahora todos son muy ricos, todos están «sentados» en el petróleo.

—Lasha, ese es —recuerda Malishev de golpe el nombre del tipo con el que Oniani había tenido la enganchada [se cree que se referían a Lasha Shushanashvili]

—; ellos tuvieron una mordida con él y al parecer la situación es irreversible.

—Le han dicho que es *músor* [«basura», el término para referirse a la Policía]. Y Lasha se lo ha hecho saber a todos y ha dicho que está dispuesto a enfrentarse a cualquiera.

—Por lo que yo sé, la decisión está tomada.

—Pero ¿dónde está Tariel?

—No tengo ni idea. Él últimamente estaba cerca de Izmaylov [hace alusión a la organización criminal Izmailovskaya].

Tarkovski, en un vaticinio que se materializará tiempo después —durante la operación Java, de marzo de 2010—, aventura que es posible que todo el asunto vaya más lejos, y ahí Malishev opta por el pragmatismo:

—Para nosotros —dice— lo que importa es que se sigan vendiendo nuestras tuercas. Y todo lo demás, gracias a Dios, a nosotros no nos concierne. Lo importante es que no nos molesten.

«Nos quedamos estupefactos con esa conversación —rememora el inspector jefe, artífice de Troika—. Nosotros argumentábamos que los investigados no hablaban sobre organizaciones criminales ni sobre *vory v zakonen* para desligarse y mantener su apariencia de adinerados empresarios, y ahí estaban muchos de los nombres clave de la mafia rusa y georgiana de corrido, con sus relaciones, sus ascensos y caídas en desgracia. No es la única, pero sí la fundamental, y muchas de las cosas que se decían se han ido cumpliendo, se ha asesinado a gente que estaba en mitad de ese fuego cruzado».

Claro que, cuando Garzón y el fiscal interrogaron a Malishev sobre sus conocidos, o no le sonaban o no los recordaba, pese a haber mantenido con algunos de ellos horas de conversaciones telefónicas.

Tras ser preguntado por Vyacheslav Ivankov, al que aseguró no haber tratado, el fiscal intentó atornillarle.

—Vale, quizá no es usted un *vor v zakone*, pero igual es un *authority*.

—Si soy un criminal, una autoridad criminal, por qué no me ven en la cárcel, por qué voy por ahí y nadie me hace nada ni me molesta. Soy un pobre, pobre hombre enfermo —concluyó.

El fiscal quiso saber su versión sobre el enfrentamiento entre las organizaciones Tambovskaya y Malishevskaya que se llevó unas cuantas vidas por delante en los noventa en Rusia.

—¿No se marcha usted a España en razón de ese conflicto?

—No se trata de relaciones buenas o malas entre dos grupos, sino que a mí me gusta España, el clima, y por eso decidí venirme para acá.

—¿Le suena el nombre de Tariel Oniani? —le inquirió tras haber leído la extensa conversación.

—He escuchado ese apellido, que está relacionado con otras operaciones por aquí, por España.

Tras preguntarle por varios conocidos «ladrones en la ley» de los que aparecían en esa escucha y aparentar que no le sonaban de nada, respondió:

—No me acerco mucho al círculo de los «ladrones en la ley».

De su larga nómina de colaboradores, la más cercana sin duda es su compañera sentimental, Olga Solovyeva, con la que entró en relaciones ya en España, según él. Mientras ponían en circulación millones les dio tiempo a rodearse de una prole de seis hijos, el más pequeño adoptado a golpe de talonario en Rusia durante las investigaciones. Tienen, además, dos parejas de gemelos. Malishev, sin ninguna formación académica, según admitió, negó que su compañera sentimental se ocupara de sus negocios, pero el juez no opinaba lo mismo.

«A través de éste se relaciona de forma indirecta con los principales imputados. Frente a la nula formación académica de Alexander, los documentos y las conversaciones telefónicas permiten acreditar que la imputada se ha valido de sus conocimientos económicos y financieros para manejar los fondos de la comunidad criminal, compartiendo los objetivos del grupo, contando con el concurso de los letrados y también imputados Jesús Angulo Pérez e Ignacio Pedro Urquijo Sierra para blanquear los fondos procedentes de sus actividades criminales».

Olga ganaba dinero a manos llenas y de la misma forma lo gastaba, comprando en las tiendas más exclusivas de Puerto Banús. Tenía la colaboración de su madre, Tatiana Solovieva, que vivía en Berlín, de su hermana Irina Oussova y del gestor de sus negocios en Chipre. Urquijo se ocupaba de sus intereses inmobiliarios en España y Angulo, quien también trabajaba para Petrov —como se explicó anteriormente—, de todo lo demás, incluidas las sociedades en Alemania. Urquijo tuvo movimientos en balanza de pagos de distintos países —Irlanda, Reino Unido, Suecia, Francia, Dinamarca, Holanda y Suiza— por un importe de cinco millones y medio de euros entre 2001 y 2007. Antes que a los Malishev tuvo como clientes a Alexander Minin y Natalia Serova, condenados por la operación Avispa. Leocadia Martín, secretaria de Olga Solovieva, también era uno de sus apoyos.

Las cuentas de Olga y de su hermana Irina recibieron dinero de Hungría, Suiza, Letonia, Estonia y Rusia. El circuito de fondos de los Malishev suele seguir el recorrido Rusia-Alemania-Chipre-España, con testaferros en cada uno de los lugares. Una vez aquí, una parte se dedica a los gastos —hay que hacer frente a un altísimo nivel de vida— y otra a seguir invirtiendo. De cada cantidad que se ingresa Olga Solovieva, previa consulta con su pareja, decide el reparto, aunque es ella la que demuestra un férreo control sobre todos los fondos. No solo eso; pese a haberlo negado, tiene relación personal y de negocios con la mayoría de investigados: con Petrov, quien les vendió un yate; con Kuzmin, con Izgilov y los subordinados

respectivos.

Ante Garzón se presentó como una empresaria dedicada al cuidado de sus hijos; arrogante, con una actitud casi insolente. «Con los maridos de mis amigas prefiero no tener tratos», respondió al fiscal al ser interrogada sobre otros rusos. «Son los niños los que nos unen a las esposas, sus fiestas de cumpleaños en Marbella». Cada vez que viajaba a Rusia sola o con sus retoños —nunca a la vez que Alexander— se hacía acompañar de dos matones que la protegían. A quienes la vigilaban no les pasó por alto su afición a las copas a horas intempestivas ni su compulsiva obsesión por las compras: una Mont Blanc, un bolso exclusivo, árboles para el jardín, un yate o una promoción de pisos, tanto daba.

Olga Solovieva aseguró en su declaración que era amiga desde los dieciocho años de Mikhail Rebo y que este había viajado desde Berlín a Málaga dos veces para su cumpleaños. Rebo es considerado el canalizador de los negocios de los Malishev en Alemania, una especie de «número 2», sin que llegue a existir un nivel de dependencia al uso, dado que participa como socio, gestor o intermediario, según el caso. Las dos parejas mantienen una estrecha relación. Rebo es un judío con gran ascendencia entre los miembros de esa comunidad en la capital germana, respetado e influyente en círculos políticos y económicos. La Policía española sabía que era un hueso difícil de roer. Lo comprobó en su fiesta de cumpleaños, celebrada en un lujoso restaurante a las afueras de Berlín el 12 de abril de 2008. La lista de invitados confirmó sus temores: empresarios, allegados de representantes políticos, gente poderosa y fina compartieron mesa y mantel con los Malishev, más los hombres del *vor* en Rusia. Los agentes de Crimen Organizado, con colaboración de los alemanes, apostados en un coche camuflado, no perdieron detalle de la cita que quedó inmortalizada para el sumario judicial.

Tatiana Rebo, su mujer, estaba más que al tanto de los manejos de la organización. Trabajaba en un banco y Malishev le propuso encargarse de una doble contabilidad de algunas inversiones. Las conversaciones entre los dos amigos avalaron las hipótesis iniciales. En una de ellas Rebo le dice que tienen contruidos nueve restaurantes en San Petersburgo y uno en Kazan; cuatro están amortizados y dan beneficios que se reparten según el esquema que «Alexander conoce». El judío viaja a veces a Rusia para supervisar sobre el terreno los negocios conjuntos, le arregla el pasaporte a su amigo e incluso se ocupa de buscar médico y hospital a Olga para una intervención quirúrgica a la que fue sometida en Berlín.

El otro eje importante sería Ildar Mustafin, a las órdenes directas de Malishev para ejecutar sus actividades en Rusia. Obedece y respeta al jefe y frecuenta al resto de miembros de Malishevskaya, entre otros a Sergei Kuzmin, con quien llega a enfrentarse; a Petrov, con quien se reúne varias veces, y a varios subalternos de Izgilov. Mustafin se ocupa de acercarse a autoridades estatales y locales rusas para

que estos muevan sus influencias y beneficien al jefe y consigue información sobre adjudicaciones de contratos de obras y suministros públicos. Es otro de los que acuden al cumpleaños de Rebo y poco antes al del hijo menor de Malishev en Málaga. Mustafin no goza de la misma confianza por parte del capo porque le considera una persona poco competente y de fuerte carácter. En una trifulca económica entre Kuzmin y Mustafin el mandamás se pone de parte del primero y abre una guerra entre ambos. En la casa de la mujer de este último en Nerja se intervino un documento clave que evidencia cómo se las gasta la organización a la hora de hacer negocios.

El protagonista es Sergei Kuzmin, pero actúa en nombre de la organización. Había invertido más de un millón de dólares en una mercantil dedicada al traslado de propano-butano, sin que hubiera constancia por escrito del dinero aportado, como es habitual en sus negocios. La empresa no funcionó y entonces informaron tanto él como Mustafin y Zotov al director financiero de que el capital invertido no era personal sino de la organización. Cuando la sociedad estaba al borde de la bancarrota reclamaron los inexistentes beneficios ofreciendo a cambio a la empresa protección y recurriendo a las coacciones y las amenazas de muerte. Kuzmin fue en esa ocasión el enviado, que brindó el amparo de sus amigos de «Peter» (San Petersburgo) como miembro del «sindicato», es decir la organización criminal de su ciudad. El financiero de la compañía acudió a un notario para que supieran dónde buscar si lo asesinaban. Así funcionaban los honrados hombres de negocios que se sienten «perseguidos» en España.

UN FERRARI PARA CADA RUBIA

Vitali Izgilov, *la Fiera*, iba por libre. Con su aspecto de gañán y su afición a la cocaína no encajaba en el progresivo refinamiento y las poderosas amistades de Petrov o de Malishev. Ni falta que le hacía. Él, con sus coches únicos —en su casa se intervinieron un Clinet histórico valorado en 40.000 euros, un Masseratti, un Ferrari y dos Mercedes— y sus mujeres despampanantes, tenía suficiente. Es una incongruencia, pero la justicia española le hizo un favor metiéndolo en la cárcel. Sus seis meses entre rejas, tras ser detenido en Avispa, le supusieron un ascenso en la comunidad criminal. Pasó de ser un tipo de segunda a un *vor v zakone* de pleno derecho al que informaban y rendían cuentas, al que requerían para que diera su aprobación y mediara en todo tipo de conflictos. Desde su casa alicantina de El Campello ordenaba, sin que le temblara el pulso, transacciones económicas millonarias o ajustes de cuentas, lo que tocara. Paradojas criminales: individuos que antes le mandaban se colocaron a su servicio.

—Vuestro Izgilov nos sale en las escuchas. El tío no para de darle al pico —le contó una mañana de mayo de 2007 el inspector jefe encargado de Troika en la Policía al capitán de Información.

—¿Te acuerdas de que lo hablamos? A ver, si ha estado solo seis meses dentro, era previsible. Entonces, según el reparto que hicimos, ¿os lo quedáis vosotros?

—Sí, claro. Quería que lo supierais antes de la próxima reunión. Ya te iré contando a qué dedica su tiempo.

—A lo de siempre, no te quepa duda; o peor, ya sabes que estos se crecen con poco y Vitali es bastante chulo.

Los dos investigadores eran los más antiguos en eso de seguir las huellas de criminales procedentes de la antigua Unión Soviética, de ahí que no albergaran grandes incertidumbres sobre las futuras andanzas de Izgilov. Sabían que la cárcel lo habría envalentonado y que el resto lo miraría con mejores ojos, como era costumbre en sus códigos no escritos; algunos incluso le perdonarían su insultante zafiedad.

«A mí nunca dejaba de sorprenderme ver a un tipo en los mejores hoteles y restaurantes de Madrid con esas pintas. Un día estábamos tomando un agua a su lado en un Meliá cerca de la Embajada de Estados Unidos. Llevaba un chándal, como casi siempre, que le quedaba corto; unos calcetines negros, unas zapatillas de punta cuadrada y una camiseta dos tallas menor que la suya con lamparón de aceite incluido», relata un policía que lo siguió durante meses. «No se dignó a ponerse presentable pese a la exuberante rubia, recién llegada de Rusia, con la que había quedado. Conocíamos su nombre y su voz, pero no la habíamos visto nunca. No nos

hizo falta indagar mucho. Destacaba por su belleza y elegancia. Y estaba con él».

Izgilov, *vor* y blanqueador, tiene mujer y dos hijos, que intermitentemente viven en Alicante. Su esposa Olga —tan atractiva como la otra— le traía dinero en efectivo y llevaba un ritmo de vida que casaba mal con los menos de 2.000 euros que dijo ganar en su país. El Ferrari aparcado en el garaje de la casa era suyo, o eso mantenía el marido. Los líos de faldas del ruso eran otra de las constantes que los investigadores se sabían de memoria.

El capo no tenía trabajo conocido ni una profesión que le permitiera manejar el dineral que aparecía por todas partes. Él se considera un «hombre de negocios», como todo su entorno, y así, sin ningún empacho, se lo dijo a Garzón cuando le detuvieron por segunda vez, argumentando que por eso recibía 5.000 euros al mes de Rusia, de sus negocios, sus restaurantes. A los policías no les hacía falta repasar su largo historial delictivo en media Europa para concluir que sus riquezas procedían del crimen organizado. Sus amistades con los dueños y señores de las principales familias mafiosas rusas las acreditaron país por país las comisiones rogatorias que fueron llegando a España. Según Garzón, tendría control accionarial en el Banco Báltico de Desarrollo. Poco antes de su arresto se reunió en Puerto Banús junto a Alexander Malishev con un importante ejecutivo de esa entidad bancaria. En una conversación telefónica le propusieron obtener una comisión del veinticinco por ciento de un total de once millones de euros que el interlocutor se encargaría de hacer llegar desde un banco suizo al Báltico de Desarrollo. En otra escucha ordena a uno de sus chicos que aparte sus 3.500 y el resto «lo dividan como les dé la gana»; hay otro momento en el que se trata sobre una transferencia, e Izgilov, enfadado, deja claro a quien le llama que no discuta sus órdenes. En una tercera conversación el interlocutor le identifica como *boss*.

Su pasión eran los coches: los que encontró la Policía valían cerca de 600.000 euros, pero estaba a punto de llegarle uno muy especial, encargado en Estados Unidos y valorado en 115.000 dólares. Si el vehículo era del año 1928, según le contó quien le hacía las veces de secretario, costaba medio millón. Al salir de la cárcel se convirtió en referente criminal, con subordinados que cada vez lo eran más. No intentaba ocultar sus métodos violentos y al tiempo se relacionaba con Malishev, aunque cada uno tenía sus negocios, y con otros jefes, como corroboraron las escuchas, algunas muy claras de que se trataba de un matón.

El 6 de octubre de 2007 le llamó un tal Andrey, de parte de otro amigo. Le contó un episodio macabro: la muerte de un chico en una cárcel tras inyectarse droga, ocurrida en la misma celda donde estaba un miembro de la organización. Andrey pide a Vitali que interceda y este se compromete a solucionarlo a través de Skif (Andrey Golubev), un «ladrón en la ley» que sería asesinado dos años después en medio de una guerra entre organizaciones. Un mes más tarde recurre a él un tal Guram, que

está en Grecia. Le explica que un amigo suyo va a entrar en una cárcel moscovita y necesita la mediación de Izgilov. Vitali le dice que no hay problema, que a la gente que está allí les encanta la «carne fresca».

Vulgar y acostumbrado a mandar, no se mordía la lengua. En una conversación con Victor Gavrilencov, otro de los investigados, en mayo de 2007, este se queja porque ha vuelto a su casa de Alicante y no tiene luz. El matrimonio no había pagado un recibo de 70 euros y les habían cortado el suministro:

—Izgilov [I]: Maricones, son unos maricones.

—Gavrilencov [G]: Cabrones... país de cabrones. ¿Cómo pueden quitar así la luz? Por lo menos llama y avisa. Y nada. Hoy todo el día sin eso, la piscina, nada... y se puede quemar el motor.

Vitaly le da la solución: que abra el contador de la calle, enchufe el agua y «a tomar por culo». Victor se anima: «Ven que eres extranjero y te cierran el agua, les da igual si se te quema algo. Estamos aquí a la vista de toda la “basura” (policía) y compañía».

En varias conversaciones seguidas durante el mes de marzo de 2008 con uno de sus subalternos quedan en evidencia las maneras del mafioso:

—Parece ser que esta gente ya ha hecho la transferencia, pero por ahora no hemos visto nada —le explica un tal Vadim.

—Quisiera saber cómo le gustaría que le dieran una buena hostia. ¿Este merece la pena seguir con vida o no? —resume Izgilov.

Al día siguiente le ordena que vaya a ver a un tal Stalnoi que parece que les intentaba engañar en un negocio de caviar rojo, para romperle el segundo brazo.

—Eso no llevará a ninguna parte —le responde Vadim.

—Después del brazo, le rompes una pierna y después la otra, porque todas sus palabras son vacías y no hace nada concreto. Es más cómodo romperle el brazo a Stalnoi ahora que está en el hospital, lo atenderán *in situ*.

—(...) Ha prometido devolver cuatro millones en la última cita. Todo estaba acordado.

—Si hemos acordado eso, Stalnoi debe cumplir con su palabra, y si no id y rompedle el brazo —dice a gritos Vitali.

En esas mismas fechas, en un contacto con otro tipo identificado como Arkady, este le comenta, refiriéndose a una tercera persona, que fue encontrada tirada en el bosque, y emplea la expresión «trozo de carne envuelto, tirado en un bosque». Izgilov recibe una nueva llamada de Vadim, que está con Arkady, y le dice que «junto al muerto había un mantel del restaurante» del que es propietario el capo «y eso puede acarrear problemas de cara al cierre del mismo, si bien todo dependerá del fiscal encargado del caso».

Su desprecio por la Justicia y la Policía aparece con reiteración durante los meses

de escuchas. El fiscal de la operación Avispa es para él «el gallo» (en argot ruso, «homosexual»); pese a que está en libertad provisional, cuestiona a abogados, jueces y representantes del Ministerio Público. En una charla del 19 de febrero de 2008 con un tal Marat hablan de cómo está su procedimiento en tono de burla; en esa ocasión se refieren al fiscal como «el pollas ese». Vitali se queja: «Están solo por dar por el culo».

—Marat [M]: ¿Quién, el fiscal?

—Vitaly [V]: Sí, sí. El juez está hasta la polla. Dice: «Vete a ver al fiscal que a mí me da igual».

—M: Él quiere que se la claven.

—V: Claro que quiere.

—M: Pues clávasela.

—V: Mándame a nuestro amigo.

—M: Que se la clave.

La Fiera será todo lo *vor* que quiera, pero además es un bocazas. A consecuencia de una de sus bravuconerías, los agentes descubrieron una maniobra que planeaba. Vitali tenía pasaporte israelí, como muchos de estos mafiosos, pero estaba caducado y debía renovarlo; de esa forma, debió de pensar, podría abandonar España. Tiró de contactos y llamó a un par de israelíes que viajaron desde Jerusalén a Madrid para avalar la renovación, puesto que Izigilov se encontraba en libertad provisional. La Embajada no tragó, y el viaje de los conseguidores fue en balde, aunque la Policía, con la colaboración de la Guardia Civil, ya había preparado un dispositivo para que no se saliera con la suya. Esa misma tarde se había citado en el hotel Meliá con su rubia despampanante.

Izigilov fue una pieza codiciada en Avispa y en Troika, pero no solo él. Hubo otro personaje que ya apareció en la primera operación y consiguió dar esquinazo a los investigadores. En Troika resurgiría como un dioscecillo venido a menos, un segundón ensombrecido pese a su ilustre apellido mafioso. Se trataba de Victor Gavrilencov y, contra todo pronóstico, volvería a escapar por segunda vez...

Gavrilencov es un tipo con estrella: ha burlado dos veces a la muerte en Rusia y otras dos a los policías en España. Lleva la mafia en las venas, pero también unas profundas creencias religiosas que le permiten estar cerca de sacerdotes ortodoxos y practicar la caridad, como mostraron las escuchas. Victor es el hermano menor de quien algunos sitúan como uno de los creadores de la organización Tambovskaya en San Petersburgo, junto a Vladimir Kumarin. Nikolai Gavrilencov llegó a ser accionista mayoritario de la petrolera PTK, pero en la guerra de poder desatada a mediados de los noventa se convirtió en una de sus víctimas. En junio de 1995 le acribillaron a balazos en un atentado en el que su hermano Victor salvó la vida. Todas las miradas apuntaron a Kumarin, que el año anterior había sufrido un atentado con

coche-bomba en el que perdió un brazo —desde entonces era apodado como el Manco—. El impacable Kumarin no estaba dispuesto a dejar a medias el trabajo. En febrero de 1996 Victor Gavrilencov fue tiroteado por dos tipos medio tapados con gabardinas y sombreros en la cafetería del hotel Nevsky Palace de San Petersburgo. Quedó malherido, pero sobrevivió. Las ráfagas de Kalashnikov acabaron con la vida de sus dos guardaespaldas, dos sargentos de la policía, y de un empresario escocés que estaba de paso.

Victor y su mujer Zhanna, que estaba embarazada, huyeron de Rusia con lo puesto, siguiendo los pasos de Gennadis Petrov y su familia. «Petrov nos llamó y nos dijo que en España todo estaba tranquilo, que no nos iba a pasar nada», declaró ella ante Garzón tras ser detenida. Así, en 1996 ya estaban las dos familias más los Kuzmin viviendo en la misma urbanización de Marbella; pidieron la misma documentación con papeles falsos a Grecia —Victor hablaba de su segunda patria— y empezaron a trajinar con nuevos negocios. Cuando Petrov se mudó a Mallorca, Victor le siguió. Se presentaba como entrenador de boxeo, un entrenador peculiar, puesto que conducía un Jaguar; uno él, y otro su señora, y esta tenía además un Mercedes de gama alta.

Los primeros informes policiales ya sitúan a Gavrilencov con negocios en Alicante cuando todavía mantenía la casa de Calvià. A finales de los noventa era aún un hombre poderoso amparado en el relumbrón de su apellido. Participó en una sociedad creada en Marbella, denominada Hisparue, en la que coincidió con Petrov y Kuzmin y a la que también estaba vinculado Luciano Velasco Kuper. Este último fue investigado junto con Piotr Vassetski y Yuri Salikov por una operación de venta de aviones MIG 29 y helicópteros rusos que tenían como destino un país africano. Luciano tenía el papel de intermediario entre los vendedores y dos españoles. La compraventa fracasó, pero los agentes tomaron buena nota del círculo de amigos, de los que les llegaron datos desde varios países europeos. Petrov contó a Garzón que fue Luciano Kuper quien le presentó a su asesor, el ex militar Juan Antonio Untoria. A Victor se le relacionó asimismo con el asesinato a tiros del industrial ruso Roman Frumson en su mansión de Marbella en 1998, un caso nunca aclarado.

Los Gavrilencov vivían muy bien —recibían envíos de dinero, hasta 75 millones de pesetas, de una empresa que operaba desde Alicante—, pero poco a poco su poder decayó y Victor se convirtió en un segundón para todos. Petrov le seguía manteniendo en su entorno, aunque no dudaba en llamarlo el «cara pepino» cuando hablaba con terceros y en mostrar su fastidio tras un encuentro fortuito en Rusia. Ninguneado o en busca de nuevos aires, Victor se trasladó a Jávea (Alicante), y en la última etapa de las investigaciones apareció claramente a las órdenes de Izgilov, a quien rendía auténtica pleitesía.

El cuarto objetivo decisivo de Troika era, desde el inicio, el ya mencionado Sergei

Kuzmin o Kouzmine, alias *Zema*. Fue un alto cargo de la mafia petersburguesa, un criminal de la vieja guardia que llegó a ser acusado de 28 asesinatos y estuvo encarcelado con el consiguiente prestigio posterior que deparaban las prisiones. Cuando llegó a Marbella, junto a Petrov y Gavrilencov, estaba al nivel de Malishev, pero su imagen acabó desplomándose con el paso de los años, fundamentalmente porque se convirtió en un hombre agarrado a una botella. Aquellos a los que había enseñado y ordenado se referían a él como «el borracho» y sus francachelas continuas eran motivo de cotilleo entre criminales de primera y de segunda. El propio Malishev, frente a terceros, habla de su afición a la bebida, de un tipo que no es de fiar porque desaparece periódicamente y no se le puede dejar al frente de negocios importantes.

Cuando aún no había caído en ese declive personal Kuzmin era una auténtica leyenda. «Para nosotros era el jefe más importante en los primeros momentos de la investigación por sus relaciones mafiosas y también políticas. Contaba ya con un montón de empresas en España, aunque algunas hubieran dejado de funcionar», recuerda un policía. Los investigadores tuvieron que oír muchas conversaciones para constatar hasta qué punto Zema se había enfangado.

Mucho antes de eso Kuzmin, que fue de los primeros en aterrizar en Marbella, había montado dos sociedades con Petrov. En 1997 ambos fundaron la mercantil Hisparue, ya mencionada, y en pocos meses, otras siete más. A partir de ahí despegaron y emprendieron caminos separados. Kuzmin se quedó en la Costa del Sol, donde adquirió varias viviendas, pasaba los veranos, y mantenía una tormentosa e intermitente relación con la que era su esposa, según los días, Svetlana Kuzmina. Desde España, Sergei comandaba a sus hombres en Moscú y San Petersburgo y montaba negocios de todo tipo, incluidas sociedades dirigidas que luego intentaba quebrar de forma fraudulenta. El jefe criminal tenía relaciones comerciales con gente de Sontsevo y de Tambovskaya y negocios con individuos en Emiratos Árabes y en Tailandia.

Sergei tenía inversiones en la Costa del Sol que ascendían a varios cientos de millones de pesetas. En el año 2000 ya hubo una investigación contra él por parte de un juzgado de Marbella donde había adquirido cinco áticos y ocho dúplex. Pero tanto cayó después que pasó a disputarse con un tipo menor como Ildar Mustafin el puesto de segundo de a bordo de Malishev. Este tenía que mediar continuamente porque Kuzmin y Mustafin estaban enfrentados debido a un asunto económico. En los meses que duró Troika no corrían buenos tiempos para el antaño poderoso Kuzmin. No solo era la bebida, una afición que le llevó a ingresar en varias clínicas de desintoxicación; además, atravesaba dificultades económicas debido a su falta de liquidez, que no de patrimonio.

En una conversación con Malishev, en agosto de 2007, Kuzmin le cuenta su delicada situación económica y familiar: necesita dinero para evitar el embargo de

uno de sus bienes y para pagar el tratamiento médico requerido tanto por su madre como por su esposa. Alexander se ofrece a ayudarle.

—Kuzmin [K]: Hola, Sasha.

—Malishev [M]: Hola, Serioiga el desaparecido.

—[K]: Escucha, aquí hay una racha negra.

—[M]: ¿Qué pasa?

—[K]: Llegué de Moscú y fui un día después a la región de Pskovsk porque era el cumpleaños de mi madre [le cuenta que la progenitora sufrió un accidente doméstico]. Volví a San Petersburgo y un día después me llamó el abogado de España, que han embargado el terreno, tenía una deuda pendiente y lo han embargado. He vuelto aquí y no tengo dinero. Además a Svetlana Valerevna [su mujer] casi le tienen que hacer un trasplante de hígado o un tratamiento en Moscú y va a costar cuarenta mil y pico.

Hablan sobre la evolución de la madre y de la mujer.

—[M]: ¿Qué tiene, cirrosis?

—[K]: Sí, le han dado casi medio año.

—[M]: ¡Qué lío! Adónde ha llegado por la bebida (...).

—[K]: Y ahora han embargado esto y en el siguiente juicio me lo quitan.

Malishev se interesa sobre la parcela embargada, la antigua casa de Kuzmin, y le asegura que va a arreglar la situación —el otro necesita 70.000, se supone que euros—.

Kuzmin, no obstante, seguía teniendo buenos enganches en departamentos de seguridad rusos. En otra escucha, un mes después, Malishev le contó que le habían dicho que no debía ir a San Petersburgo por temor a que le detuvieran.

—[M]: Me he puesto en contacto con Guenka [Petrov] y me ha pedido que te pregunte qué estructura te ha proporcionado esa información.

—[K]: Los del FSB.

—[M]: Entendido, porque yo tengo una información análoga del MVD [Ministerio del Interior de Rusia].

—[K]: Entonces es que hay algo caliente.

—[M]: A mí me han aconsejado simplemente no viajar por ahora a San Petersburgo (...). Yo no pienso ir a ninguna parte ni hacer nada. Y aunque tú y yo seamos comerciantes limpios, a saber lo que tienen en la cabeza. Como no les guste alguien, a tomar por culo.

Malishev, Kuzmin, Petrov... ninguno se fiaba de qué les podía pasar en Rusia; en cambio aquí, en sus retiros, se sentían intocables. Ninguno adivinaba que su caída estaba a la vuelta de la esquina.

UNA CÁMARA EN EL NIDO DEL CUCO

—¿Cómo andas, señor comisario? Te veo cada día mejor —soltó a modo de saludo el comandante.

—Calla y no me vaciles, que estamos en todos los saraos. En los que no nos metemos nosotros, nos acaban metiendo igual. Tengo a la gente ya sabes hasta dónde, a punto de divorciarse unos y los otros jurando en arameo.

—Ya será para menos. Te han reforzado los grupos, ¿de qué te quejas?

—Yo no me quejo nunca, pero es que estos tíos nos tienen locos. ¿Qué tal por el Benemérito Instituto?

—De mi planta no salgo, bastante con enterarme de lo que pasa en ese lado. ¿Te vas pronto de vacaciones?

—Cuando nos dejen los mafiosos. Mi señora quiere cambiar de aires y está empeñada con Málaga. A ver qué se me ha perdido a mí en Málaga...

Era cierto; para el comisario, uno de los tipos más respetados entre los suyos, la Costa del Sol era un lugar de batalla, un punto donde casi siempre iba a parar alguna de las investigaciones de su Brigada de Crimen Organizado. Para descansar, nada como su pueblo de Galicia. «Hasta que lo descubran estos tíos y me levanten unas cuantas urbanizaciones», ironizaba de cuando en cuando.

La distendida charla entre los dos mandos, en el límite entre el trabajo compartido y la amistad, cesó en cuanto el juez apareció en el despacho. La reunión, en la Fiscalía General del Estado, estaba dirigida por Garzón, que había convocado a los pocos investigadores de uno y otro Cuerpo al tanto de Troika. El magistrado quería tirar ya de la operación —explorarla, en el argot— porque le habían surgido problemas de agenda para más adelante, pero cada uno tenía argumentos de peso que esgrimir para que se retrasara un poco. Era la primera semana de junio de 2008.

La Guardia Civil esperaba, casi con ansiedad, la llegada del *Anastasia*, el imponente yate que se había hecho construir en Rusia Gennadis Petrov, a imagen y semejanza del que tiene el magnate Roman Abramovich, según algunos. Primero pensaban que iba a llegar a Mallorca en abril, pero por unos trámites de aduanas se retrasó la entrega y se tenía que quedar en Sochi. A finales de ese mes los mafiosos hablaron de que la embarcación se botaría en mayo y para agosto ya estaría, sin ninguna duda, en España. Las escuchas les habían confirmado que el yate navegaba hacia Mallorca, en esos primeros días de junio, y que su dueño tenía intención de bautizarlo en alta mar con un festejo por todo lo alto. Con un poco de suerte asistirían mafiosos, empresarios y políticos. Los agentes veían en esos fastos una oportunidad única, una especie de cumpleaños de Kalashov, que podían controlar hasta el último

detalle. Un teniente de Información formado como patrón años antes en el Servicio Marítimo del Cuerpo se haría cargo del *Anastasia* en caso de ser intervenido.

La Policía, por su parte, estaba casi segura de que Sergei Kuzmin, uno de sus sospechosos clave, estaría de vacaciones en Italia en esas fechas y consideraban que un poco más de tiempo no les vendría nada mal. Después de meses tan intensos, todos querían amarrar la operación. Los cuadrantes sobrevolaban la mesa de la reunión. Unos y otros se habían hecho calendarios de todos los objetivos, dónde estaban cada día. «No sabíamos cuándo nos íbamos a ir nosotros de vacaciones, pero sí teníamos clarísimo los días que se iban a tomar ellos».

—A ver, contadme por partes, ¿a quién tenéis aquí la segunda semana? —quiso saber Garzón con su habitual afán de concreción.

—Creemos que a todos, aunque Petrov habló el otro día de que está a la espera de que su hija Alexandra acabe el colegio (la niña tiene vacaciones el día 14) para desplazarse a Sochi —resumió el comandante.

—Ya sabemos que estos son un tanto veletas, pero en principio, salvo la duda de Kuzmin, los demás no tienen previsto moverse —explicó por su parte el inspector jefe.

El comisario, con dentelladas vitales en el uniforme que casi nunca vestía, recordó para sí una reunión muy similar antes de las detenciones de Avispa. Rememoró con rabia la posterior fuga de Oniani, gracias a un chivatazo. En teoría no hacía falta decir que no debía trascender ni un solo detalle del dispositivo, pero en su fuero interno esperaba que alguien refrescara las memorias. Nadie lo hizo.

—Pues entonces no se hable más: el próximo día 13 tiramos. Luego los fiscales y yo tenemos todo el fin de semana para tomarles declaración. Me parece que no vamos a tener mucho respiro.

El Mago, como algunos apodan a Garzón, había sentenciado. La hora convenida eran las seis de la madrugada. El magistrado tenía el convencimiento de que, esta vez sí, la coordinación había funcionado como una rueda engrasada, mejor que nunca.

Si alguien ajeno a Troika hubiera podido observar esa reunión la habría calificado de solemne: el imponente edificio de la Fiscalía General, el grado de exhaustividad alcanzado en las pesquisas y el número de jefes policiales reunidos contribuían a crear esa atmósfera. El viernes 13 de junio de 2008 sería un día marcado en rojo para cada uno de los asistentes, un día para recordar, o eso anhelaban todos.

—Estad atentos, a finales de semana va a haber una movida importante.

—Déjate de misterios, que estamos hasta arriba de temas y, como siempre, no hay espacio en el periódico para nada. ¿Tiene algo que ver con un tringue en el Ayuntamiento de Estepona?

—No, no, son nuestros rusos que vuelven al ataque.

—¿Otra de rusos? Ya estamos en Avispa III, por lo menos...

—Nada que ver con Avispa, si sale como debe, va a ser todavía más gorda; están bien enganchados. No hace falta que diga que no se puede contar ni una palabra, solo es para que estéis prevenidos.

—¿No me puedes avanzar alguno de los sitios para movernos?

—Ni hablar, si se enteran se va al traste. Reserva absoluta.

—Oído, un detalle que nos avises. Te debo una.

A veces, no tantas como querríamos ni como les gustaría a nuestros jefes, los periodistas recibimos llamadas de algunas fuentes que nos alertan de operaciones importantes sin revelar datos. El pacto es claro: te avisan y tú callas hasta que no perjudique a la investigación. En ocasiones, muchas, a riesgo de guardar el secreto mientras otro compañero lo cuenta. Es el juego y todos lo conocemos de sobra. Esa llamada, el martes 10 de junio, nos puso las pilas, pero había que esperar.

Mientras nosotros aguardábamos, la Policía y la Guardia Civil montaban sus macrodispositivos con todo el sigilo que era posible: cerca de cuatrocientos funcionarios con los relojes sincronizados se repartían casas y despachos donde había que entrar. Las vigilancias habían constituido una obra de orfebrería para ambos Cuerpos, una puesta en práctica de la excelencia y la imaginación de cada uno. Lo sabía Garzón y lo sabía la Fiscalía, de ahí el empeño de todos en que nada se torciera a última hora.

La discreción tanto de Gennadis Petrov como de Alexander Malishev en España complicó la vida a los investigadores desde el primer día. Parecía mentira, a medida que pasaban los meses, que llevaran tanto tiempo escuchándolos y siguiéndolos y aún les faltara tanto por saber. «Estos tíos aquí parecen anacoretas», solían comentar en las reuniones los agentes. En la primavera de 2008 la Guardia Civil decidió convertirse en la sombra de Petrov. No podían meterse en su mansión-fortaleza, ni siquiera aproximarse a ella porque corrían el riesgo de que los detectaran, así que agudizaron la imaginación. En Mallorca se había puesto en marcha un programa para la recuperación del cuco, una novedosa experiencia cuya primera fase consistió en colocar pequeñas jaulas repartidas estratégicamente por los árboles de la isla para que el esquivo pajarillo pudiera anidar con comodidad. Una de esas jaulas fue a parar a solo unos metros de las casonas de Petrov y de su subordinado Yuri Salikov. El interior de ese nido fue durante un par de meses el ojo de los investigadores. Allí colocaron una cámara de vigilancia, con cables ocultos en el acantilado, que grababa cada movimiento que se registraba en los números 5 y 16 de la avenida Portals Vells de la urbanización Sol de Mallorca. Las salidas cada mañana de la hija de Petrov al colegio, los hábitos de Gennadis y de su mujer Elena, los viajes al aeródromo cuando volaban a Rusia, las visitas que recibían... Todo quedó registrado en unos fotogramas en blanco y negro, sin sonido, pero elocuentes. Un par de agentes se acercaban de cuando en cuando para comprobar que todo funcionaba como un reloj, cruzándose a

veces con los escoltas de los ilustres vecinos de los rusos y teniendo que dar más explicaciones de las que hubieran querido.

La Policía no lo tuvo más fácil en el chalé de Malishev en Frigiliana. Otro acantilado sobre el mar, otra casona aislada y otro vecindario poco dispuesto a colaborar fueron el marco de situaciones curiosas. Uno de los residentes de la urbanización, en cuanto se percataba de que había alguien desconocido paseando por los alrededores (un agente camuflado) sacaba a sus dos rotweiller a pasear y disuadir. Allí salió en su ayuda una marquesina de la parada del autobús en la que cada día uno o varios policías con aspecto de mochileros desaliñados fingían esperar el transporte público durante horas. Así pudieron reconstruir con cierta precisión los horarios de los Malishev.

En la última semana de vigilancias, la Policía tuvo un pequeño respiro tras un gran sobresalto. Vitaly Izgilov con su familia y Alexander Malishev con su extensa prole, aprovechando el inminente verano, quedaron para llevar a los niños a Terra Mítica, en Alicante. Los agentes en un primer momento creyeron que se trataba de una cita de *vory v zakonen* y que podían estar planeando algún movimiento inesperado. Al final todo quedó en un tranquilo y familiar domingo de capos en el parque de atracciones, a solo una semana de la operación planeada...

La tarde del 12 de junio hervía la Comandancia de Palma, la comisaría de Marbella y la de Alicante. Eran los tres puntos neurálgicos desde donde se desplegarían los dispositivos para detener a los objetivos rusos. Salvo los jefes, nadie sabía a quién iban a colocar los grilletes. Cada mando dio las instrucciones de última hora, facilitó a sus hombres planos de las complejas casas y las oficinas donde había que entrar, explicó que se trataba de gente peligrosa y que en algún caso podrían estar armados, que en casi todas las viviendas había niños y lo fundamental: cuando salieran de los edificios policiales y hasta el día siguiente, nadie podía abrir la boca. Más que nunca se exigía un absoluto sigilo. No iba a ser una noche fácil. Estaban en juego meses, años de trabajo.

El capitán de Información se alojaba en la residencia militar de Mallorca, en una espartana habitación en la que el aire acondicionado había perecido.

—Jefe, hemos escogido una noche maravillosa. Tengo un cielo y una luna inigualables —ironizó—, pero no sé si aguantaré hasta las cinco de la madrugada. Debe hacer 40 grados en la habitación.

—Déjate de minucias. A ver cómo te crees que estoy yo. Aquí no hay ni dios, todos los jefes están fuera de España y te juro que tengo la duda de si va a ser una noche gloriosa o... en fin, no quiero ni pensarlo.

Después de meses codo con codo, el capitán estaba en Mallorca controlando sobre el terreno y el comandante, completamente solo, en el imponente edificio de cristal, la sede de la Unidad Central Operativa (UCO) y de Información, en Madrid.

Aún faltaban unas horas para que dieran las cuatro de la madrugada.

El inspector jefe, el otro gran artífice de Troika, se había desplazado a Alicante y se alojaba en el hotel de costumbre. Izgilov y su gente estaban donde debían. El policía había cargado por tercera vez la batería del móvil oficial y llamó de nuevo a su inspector de confianza, al que había encomendado detener al otro pez gordo: Malishev, en Frigiliana. El jefe de ambos, su comisario, más que mando amigo y compañero de todas las batallas, aguardaba novedades en Madrid, otra noche en vela, ¡cuántas ya!

—Los «picos» han decidido entrar a las cinco por no sé qué historia, así que adelantamos una hora. Que todo el mundo esté preparado. Suerte, don Juan y compañía. Espero novedades, llamadme en cuanto estén los pájaros.

Más de cuatrocientos agentes de ambos Cuerpos se desplegaron a la vez. Los geos, pertrechados con sus gafas de visión nocturna, sus fusiles de asalto y sus equipos que aterrorizan al más valiente, tardaron cuarenta minutos en asegurar la mansión de Malishev, y eso que al frente estaba uno de los jefes más experimentados de esa unidad, el mismo que tres años antes había asaltado la vivienda de Tiurin en Alicante. El inspector de la Unidad de Drogas y Crimen Organizado (Udyco) al mando de la parte de Málaga, desde un punto alejado, esperaba mordiéndose las uñas. «Se han tumbado a alguien de la casa o de los nuestros», mascullaba con creciente desazón. Cuando comienza una de esas «juergas» ya no hay vuelta atrás; tampoco teléfonos ni comunicación posible hasta que acaba la entrada por la fuerza, las puertas reventadas o los cristales rotos. Todos los agentes confiesan que se pasa muy mal. Se puede levantar alguien y que haya disparos, que un niño rompa a llorar por sorpresa y desate el nerviosismo, que en una habitación haya un extraño con quien no se contaba...

—¡Alto policía, que no se mueva nadie! ¡Todo el mundo quieto! ¡Están detenidos!

El grito de guerra, con distintas versiones —no en todas partes fue necesario el asalto de los geos— se fue sucediendo a las cinco de la madrugada por Frigiliana, Nerja, Marbella, Estepona... Todos los allegados o subordinados de Malishev estaban en la cama; ninguna resistencia, solo algún desmayo, como el de la secretaria de Kuzmin, que primero se desplomó y después ni siquiera tuvo tiempo de ir al baño.

El capo ruso, recién arrancado del sueño, no daba crédito. Se comportó, eso sí, con amabilidad y educación, durante las más de seis horas que duró el registro del cortijo. Al final, a duras penas podía sostenerse en pie por culpa de sus problemas de espalda. Malishev solo estaba obsesionado con que no se le interviniera su carta de identificación alemana, una especie de DNI, que acreditaba esa nacionalidad. A toda costa quería llevarla consigo al juzgado porque ese documento, pensaba él, le distanciaba de su biografía criminal. Olga Solovieva fue conducida a los registros del

yate y del resto de oficinas. Dicen que su trato en esas horas iniciales fue exquisito.

Cuando ya se lo llevaban a comisaría, Malishev pidió permiso para despedirse de sus hijos y abrazarlos. Le permitieron hablar con la mayor, adolescente, y más tarde firmó un documento en el que dejaba a los críos a cargo de las cuidadoras. En su despacho encontraron la ampliación de una foto del también *vor* Alexander Cheliuskin. «¿Quién es este?», le preguntaron los policías, que sabían de sobra de quién se trataba y habían seguido toda su enfermedad a través de las escuchas. «Es un amigo querido que ha muerto», fue la respuesta emocionada del *vor*. Su aspecto en esos momentos, con camiseta azul, bermudas y zapatos de calle, distaba años luz de la imagen que tantos policías se habían forjado de él.

En la Costa del Sol cayeron todos los que tenían que caer, salvo el *vor v zakone* Sergei Kuzmin, que, según había dicho a su mujer —o ex mujer, pues se han casado y divorciado dos veces—, iba a estar en Marbella, pero perdió el avión a consecuencia de una de sus tremendas jaranas y se quedó en Rusia.

La madrugada se vivió con la misma intensidad, casi pasión, en Mallorca. Los agentes de Información habían proporcionado a los miembros de la UEI (Unidad Especial de Intervención) planos detallados de las mansiones de Petrov y Salikov, les habían marcado las cámaras de vigilancia, las entradas, las posibles vías de huida de los sospechosos... El primero tenía al lado el casino, una parada de taxis, podía salir por detrás y escapar por mar. Durante media hora un helicóptero sobrevoló la zona con discreción, mientras una zodiac del Servicio Marítimo se ocultaba en una cala. Pese a que todo estaba amarrado, no era fácil decidir cuál de las entradas a la casa era la más apropiada. También las viviendas de Kristoforov y Ermolenko estaban bajo control, a la espera de la orden de asalto que llevarían a cabo miembros de los Grupos Rurales de Seguridad (GRS).

El capitán seguía al minuto el desenlace desde la habitación de la residencia militar y el comandante esperaba solo en su despacho de Madrid.

—Todo está listo, jefe, en la casa duermen. Hay silencio absoluto. Tengo 230 hombres dispuestos a actuar y en pocos minutos daré la orden de asalto. Te lo digo para que cruces los dedos y no me llames, ya lo haré yo en cuanto tenga todo asegurado.

—De acuerdo, la Policía está preparada también. He hablado con ellos. Que sea lo que Dios quiera. Que tenga mucho cuidado la gente, no hace falta que te lo diga, ya sabes que si pasa algo el marrón te lo vas a comer tú, que para eso eres el jefe del dispositivo.

—No tengo problema —dijo el capitán bromeando—, ya tengo la carrera hecha, no voy a llegar a general...

«Cuando colgué el teléfono y empezó la cuenta atrás se me vino encima toda la soledad del momento. Es como un disparo, una vez que sale está descontrolado, y no

sabes adonde va a ir a parar. Son quince minutos en los que piensas en si algo va a salir mal, en si vamos a cometer un error o si alguien sufre algún daño. No se piensa en la carrera profesional, solo en la vida de todos los que están ahí. Sabemos que si algo sale mal no se lo come el Cuerpo, te lo comes tú. Siempre es lo mismo», recordaría mucho tiempo después el capitán evocando la noche de Troika.

Si un asalto de los geos impresiona, los chicos de la UEI, con sus uniformes negros, su envergadura de armario y sus armas automáticas en ristre provocan temblores en más de uno. Sobre todo si una de sus ametralladoras te apunta nada más abrir los ojos en mitad del sueño. Así sorprendieron al todopoderoso Petrov y a su mujer Elena, en su cama, con las colchas blancas tiradas por el suelo junto a las descalzadoras estampadas. Alexandra, la niña, dormía en su cuarto, y el perro no abrió la boca. La señora se puso brava: «Ustedes no tienen derecho a estar aquí, salgan de mi casa», les soltó sin amilanarse. «O se calla o la detengo ya», le amenazó el jefe de equipo mientras comenzaban a registrar la mansión.

—Hemos acabado de detener. Todos los pajaritos estaban en el nido. Kristoforov se ha puesto un poco chulo, lo normal, ya sabes.

—Pero, ¿ha habido que hacer algo?

—No, qué va... se ha calmado rápido. Tenías que haber visto la cara de Petrov y la de Salikov, que ya se creía a salvo. Cuando veas las casas te va a dar un pasmo. Qué nivel, jefe... Todo ha salido perfecto. En cuanto empecemos el registro, te llamo y te voy contando.

—Hecho, yo ahora tengo que estar pendiente de Untoria, que aún dormirá plácidamente. Me ha llamado ya el comisario. A ellos también les ha salido redondo en Málaga y en Alicante. Me han contado que Izgilov apareció en calzoncillos como una auténtica fiera. Bueno, Kuzmin no está, parece que ni siquiera había llegado a Marbella, pero ya sabían que era previsible, lo mismo que Gavrilénkov. Se llevan a comisaría a las señoras de ambos.

A esas horas ya, la adrenalina empezó a volver a niveles habituales. Aún faltaban los objetivos de Madrid: los abogados Juan Antonio Untoria y Jesús Angulo, que descansaban ajenos a lo que ocurría con sus ilustres clientes. Un par de horas después al comandante por una parte y al comisario por la otra casi se les atraganta el que ya era el cuarto café de la mañana. En las noticias de la radio, en el boletín de las ocho, oyeron que se estaba deteniendo a rusos por toda España. Los dos jefes enmudecieron.

«Maldita sea, otra vez una filtración —se enrabetó el comandante—. Untoria estará desayunando y oyendo la radio en su casa. Tiene permiso de armas, ahora qué narices hacemos». El abogado de Petrov vivía en el Paseo de la Castellana en Madrid, que a esa hora ya bullía. Habían decidido dejarlo para el final y esperarlo en la puerta de su vivienda cuando saliera para el despacho. Pero esa noticia podía dar con todo al

traste; el ex militar tenía armas y nunca se sabe si un tipo así puede utilizarlas. Horas después, cuando ya había sido arrestado, averiguaron que las había depositado en la intervención de armas para arreglar unos papeles.

La noche había terminado. Radios, agencias, televisiones y páginas web de los periódicos vomitaban noticias sobre la operación. Se hablaba de los líderes más importantes de la mafia rusa, empezaban a circular fotos de sus mansiones. Los periodistas preguntábamos una y otra vez por esos nombres impronunciables mientras los agentes seguían sacando cajas y cajas de documentación, precintando coches de lujo, embargando cuentas bancarias, vaciando cajas fuertes y joyeros que parecían no tener fondo, cargados de relojes con diamantes y alhajas de todos los tamaños. En total, hubo 19 detenidos.

Al día siguiente era la hora de la Justicia. Garzón y los tres fiscales Anticorrupción del caso, acompañados por la secretaria y la oficial del juzgado, se desplazaron a Mallorca para interrogar a Petrov, Salikov, Iulia Ermolenko y Leonid Kristoforov. El domingo, el Juzgado Central 5 se constituyó en Málaga y allí declararon Malishev y su mujer, Svetlana Kuzmina, Ildar Mustafin, Leocadia Martín, Leonid Khazine, el abogado Ignacio Pedro Urquijo y otras dos personas que quedaron en libertad. El último día, ya en Madrid, fue el turno de los detenidos en Alicante: Izgilov y su esposa, la mujer de Victor Gavrilenkov, Vadym Romanyuk y los abogados madrileños Untoria y Angulo. Garzón los envió a todos a prisión, salvo a Zhanna Gavrilenkova, Leonid Khazine y Olga Izgilova, a esta última sin fianza.

Según el auto de prisión, Petrov dejó de declarar entre 1999 y 2003 ingresos por más de tres millones de euros y defraudó otros tres en concepto de IRPF e IVA en esos mismos años. Sus sociedades habían acumulado un valor patrimonial de treinta millones, acababa de comprar un inmueble en Calvià por siete procedentes de las Islas Vírgenes y en los bancos tenía saldos por valor de otros diez millones. Garzón lo tuvo fácil para acusarlo de blanqueo. «No es Al Capone», debió de pensar el magistrado, «pero se le parece bastante».

Solo unos días después del mazazo de Troika una pareja de policías viajó a Berlín en busca de Mikhail Rebo, un personaje fundamental para las inversiones económicas de la trama en Centroeuropa. Cuando llegaron, los agentes alemanes se habían adelantado porque había partido de la selección de fútbol. En la capital germana descubrieron los funcionarios españoles hasta dónde alcanzaban los tentáculos de Rebo. Ellos tuvieron que esperar durante horas en un cuartucho del BKA mientras al distinguido arrestado los agentes de ese Cuerpo le servían café y pastas y le prestaban su móvil personal para que pudiera llamar a su abogado. Decir que se sintieron humillados es insuficiente. Dos meses después, en agosto, sería extraditado a España para que ingresara en prisión, no sin otra cadena de presiones de por medio, protagonizadas por el *lobby* judío.

Los esfuerzos resultaron baldíos; cuatro meses más tarde, en diciembre, la Audiencia Nacional le dejaba en libertad contra todo pronóstico. El argumento judicial fue que Rebo sufría una enfermedad cardíaca y debía volver a Alemania para recibir tratamiento. Casi nadie, salvo el propio beneficiado, salió bien parado con esa jugada. La Policía se sintió ofendida: sobre todo porque ni siquiera se les avisó de que le habían concedido la libertad. Tuvieron que enterarse por una llamada de teléfono desde Alemania. Alguno juró ese día que no volvería a cruzar la frontera en pos de ciertos fugitivos.

EL ZENIT SERÁ CAMPEÓN

El veterano comisario había participado en muchas operaciones policiales y había estado al frente de unas cuantas más, pero lo de los rusos no dejaba de asombrarle. Aún faltaban unos cuantos meses para las detenciones. Cada vez que sus hombres le traían un nuevo informe de escuchas para que estampara su firma o despachaba con los grupos operativos los detalles de la investigación se acomodaba en su mesa y rumiaba durante un buen rato lo que acababa de leer o de oír. Le inquietaba el nivel, el dineral que manejaban, sus asombrosas relaciones sociales y políticas. Transmitía con fidelidad a sus superiores lo que se estaba cocinando aunque a veces dudaba de si ellos eran conscientes del todo. Por otra parte, era una de esas personas que se aburría si no le caían los marrones más turbulentos. El jefe estaba en uno de esos escasísimos ratos de divagación provechosa cuando uno de sus subordinados asomó la cabeza por la puerta.

—Jefe, ¿sabíamos que estos tipos están interesados en el fútbol?

—Qué cosas tienes, y quién no lo está...

—No me ha entendido. Me refiero a la pasta del fútbol, a si tienen intereses económicos.

El inspector, pese a su juventud, no daba puntada sin hilo. Su comisario lo conocía a fondo.

—A ver, no te hagas el gallego y explícate.

—Mejor lea esto, que está recién cocinado. Nos hemos quedado a cuadros.

Aquel maldito marzo corría a un ritmo enloquecido. Tenían decenas de teléfonos intervenidos pero la operación se llevaba tan en secreto que habían solicitado apoyo a muy pocos compañeros. Aún no había fecha para tirar de la manta, aunque tal y como se estaban desarrollando los acontecimientos no se podía esperar mucho más. El comisario se sentó en la mesa de su despacho de Canillas, el mastodóntico edificio en el que se dejan la piel algunos de los mejores investigadores de la Policía. La Judicial, la antigua «pringue», se aprieta en las plantas del ala más antigua. No se puede decir que las instalaciones estén a la altura de las operaciones que allí se pergeñan, entre las que destacan la Malaya, que desmanteló el Ayuntamiento de Marbella; todos los grandes golpes a los clanes de la droga; las redadas contra atracadores multinacionales... o la mafia rusa. Empezó a leer la conversación transcrita que el inspector acababa de dejarle en el escritorio. Tenía fecha de 3 de marzo de 2008, o sea, de una semana antes, y en ella hablaban Vitaly Izgilov, uno de los cuatro grandes objetivos que perseguían, y un tal Vlad al que no habían identificado. Casi todo el contenido se basaba en la situación de un jugador de fútbol del equipo Zenit de San

Petersburgo llamado Yury, al que parece que obligaban a jugar en una posición que no era la suya y que además había firmado un documento que le comprometía con el equipo.

—¿Él no ha firmado nada? —pregunta Izgilov.

—Él sí, pero aún no ha cumplido los dieciocho años, los cumplirá el día 6, pero firmó en febrero (...) Hay que enterarse de si podemos meterle en algún equipo —explica su interlocutor.

—Meterle en algún equipo podremos, pero ¡joder... cómo le engañaron así! Es lo mismo que poner un boxeador de izquierda a la derecha.

—Ahora llamo a Aryuja y me entero —se compromete Izgilov.

El jefe empezó a cavilar sobre qué pintaba Izgilov en esa guerra y en qué nuevos intereses andaba metido. Estaba en libertad provisional, seguía con sus chanchullos, pero lo del fútbol era un paso más. Parecía evidenciarse una relación con el Zenit, una influencia suya o de algún otro mafioso a los que seguían, e Izgilov aparentaba que podía encontrar una solución ventajosa para un jugador. La cuestión era por qué se habían embarcado en el mundillo deportivo y hasta dónde se habían implicado.

La segunda transcripción que su subordinado le había pasado, fechada solo un día antes, el 9 de marzo, trataba íntegramente sobre fútbol aunque con dos partes diferenciadas. Un interlocutor es Izgilov; el otro, Arsen Minassov, un ruso agente de fútbol afincado en Marbella. Hablan sobre un partido que se había celebrado ese mismo día entre el Zenit de San Petersburgo y el Lokomotiv de Moscú, que ganó el primero de los equipos por dos goles a uno. Se muestran sorprendidos por el fallo de uno de los jugadores del Zenit que había estrellado un balón en el poste y se refieren a él con una familiaridad e intimidad sorprendentes: le llaman Romka, apelativo que, según los agentes, se utiliza en ruso para nombrar a los Roman. Minassov va un paso más allá y cuenta a Izgilov que había llamado al tal Romka para interesarse por qué había fallado ese balón. Los investigadores averiguaron que hacían referencia a Roman Shirokov, jugador del equipo petersburgués.

—Nos han dado una paliza —se lamenta Izgilov.

—¿Has visto cómo ha jugado Romka? —le pregunta el agente deportivo.

—Ha dado contra el poste.

—Sí, le llamé después del partido y le pregunté por qué daba a los postes. Me contestó que qué podía hacer, se vio obligado —le explica misterioso el agente, de visita en Rusia, según se deduce de la conversación.

Siguen charlando acerca de la gripe de Izgilov y el interlocutor de este le informa sobre sus planes de los próximos días, entre ellos un viaje a una localidad del Cáucaso, así como de las gestiones que está haciendo acerca de un pasaporte antes de volver a Málaga; hablan además sobre la situación de libertad provisional en la que se encuentra el primero, quien se jacta de estar registrado en un hotel —en España,

porque no podía salir del territorio— sin su apellido.

La conversación vuelve al mundo del fútbol. A Izgilov le interesa saber si el agente ha hablado con un individuo, llamado Oleg, acerca de «los argentinos», en referencia a jugadores de esa nacionalidad.

—¿Habéis hablado lo de los argentinos? —inquire el capo.

—Sí, he verificado todo en el ordenador. Me he llevado los discos y he mirado un par de ellos en el avión. Lo que he visto no me ha impresionado mucho. Luego las condiciones, hermano, como dice él; reunimos entre unos cuantos un millón o uno y medio, si cogemos varios. Le he preguntado a Oleg cómo lo vamos a registrar allí en Argentina: cogemos, pagamos y después... ¿qué? Lo intenté con los brasileños hace cinco años; es una situación complicada, no se puede registrar desde el punto de vista jurídico.

—Sí, luego vete a buscarlos —le da la razón Izgilov.

—Tengo miedo a entrar en Argentina; qué voy a hacer con ellos después. Entrego con mis propias manos el dinero y dónde lo voy a buscar luego: matar, exigir, joder... no se sabe nada, el país es ajeno, si cierran tendré que pagar más dinero para huir de allí. Hay otros intermediarios, son gente de allí, quieren su negocio (...).

—Pues sí.

—Vitaly, de todos modos, hay uno interesante allí, de momento ha dado ocho o nueve discos. En general son uruguayos, colombianos, un argentino (juega en Francia en la Segunda División). Lo veremos, si acaso, se puede ir hasta Francia para verle en persona. A él le han dicho que éste jugaba en el River Plate cuando trabajaba allí Díez. Aquellos necesitan sacar provecho de esta situación, puede que quieran hacerse socios con el dinero ajeno; la participación puede ser de medio millón y ellos dicen que vamos a dar un millón. Cogerán medio millón y su dinero no lo gastarán... ¡cómo les vas a controlar! —se inquieta el representante.

Los agentes lo tenían claro. Los tipos estaban a punto de invertir en varios jugadores, pero el que conocía mejor la situación, el tal Minassov, se mostraba reacio porque temía perder el dinero por culpa de intermediarios argentinos. La relación de los investigados con el mundo del fútbol parecía, pues, clara, mediante la inversión de cantidades importantes en la contratación de jugadores. Minassov, de hecho, se dedicaba a ese mundo; no así Izgilov, que no tenía ni conocimientos ni ningún tipo de titulación para ejercer como representante o agente de jugadores de fútbol.

El comisario se quedó rumiando la nueva información. Troika se complicaba cada día más, pero había que rematar y tenían que hacerlo con lo puesto: nada de echar mano de un enjambre de gente de otras plantillas porque estaba el antecedente de Oniani. No se podía correr ni un riesgo. Cada vez que recordaba ese negro episodio al veterano policía se le revolvían las tripas.

No habían pasado ni dos meses de la escena de Canillas cuando saltó un click en

la segunda planta del edificio que la Guardia Civil tiene en Barajas.

Los agentes estaban ya muy encima de Gennadis Petrov, su objetivo número uno: lo escuchaban y vigilaban casi las 24 horas del día. El día 13 de mayo, poco antes del almuerzo, Petrov recibe una llamada.

—¿Qué opinas, va a ganar el Zenit, no? —le pregunta un tal Misha al otro lado de la línea.

—El Zenit va a ganar —comenta pensativo el ruso—. Ja, ja, ja. A mí el Zenit me importa un bledo, me da exactamente igual.

—Lo han pagado, ¡joder!

—No lo sé —ríe Petrov.

—¿Sabes cuánto dicen que han entregado al Bayern? Cincuenta han entregado.

—¿Al Bayern han entregado cincuenta? —se interesa el capo.

—Sí, cincuenta.

—Sí, puede, puede ser... ¿Y de otra manera, cómo? De otra manera no se puede ganar —sentencia Petrov.

—Aquellos estaban parados, ni siquiera estaban corriendo.

—Sí, así es.

No había duda. Petrov y la persona que lo llama —no está claro si se trataba de un «ladrón en la ley» llamado Andrey Myrich o de uno de los jefes de la Tambovskaya, Mikhail Gluschenko, refugiado por aquel entonces en Ucrania— se referían a una de las dos semifinales de la Copa de la Uefa, que un par de semanas antes, el 24 de abril, había enfrentado en el encuentro de ida al Zenit de San Petersburgo con el Bayern de Múnich. El partido tuvo como escenario el estadio Allianz Arena de la ciudad alemana y empataron a uno. Pero para desesperación de la afición alemana, en el partido de vuelta, disputado en el estadio petersburgués de Petrovsky, el Zenit se impuso nada más y nada menos que por 4 a 0 a los germanos. El encuentro se había jugado el día 1 de mayo y los ánimos estaban encendidos. La prensa del país había calificado aquello como «espectáculo ridículo», entre otras lindezas. Para echar más leña al fuego se trataba del partido de despedida del popularísimo guardameta de la selección Oliver Kahn, un tipo admirado en media Europa, pese a sus salidas de tono. Después de ese fiasco, el Bayern quedó fuera de la final en la que el día 14, es decir 24 horas después de esa charla de Petrov, se iban a enfrentar el Zenit y el Glasgow Rangers en la ciudad británica de Manchester. Y ahora los mafiosos decían que se podían haber pagado cincuenta (se supone que millones de euros).

El encuentro comenzaría a las nueve de la noche. A las ocho y veintisiete, Leonid Kristoforov, mano derecha de Petrov en Mallorca, llama a San Petersburgo a su amigo Sergei Belevich.

—¿Qué haces? —se interesa Kristoforov.

—Estoy esperando a que empiece el partido de fútbol.

—Ah, hoy tenéis... ¡Me cago en la leche! Se me había olvidado.

—Sí, hoy tenemos la final, ¡coño! Diez mil he gastado en Supra —según los agentes, puede estar refiriéndose a una apuesta.

—Sí, amigo mío. Te voy a contar una cosa. Más tarde, no por teléfono, te contaré cómo se han celebrado las semifinales y la final.

—¿Qué pasa? ¿Te refieres a que ya han pagado el dinero?

—Me he reunido con gente muy interesante. Me han contado todo, sí —se pavonea Kristoforov.

—¿Por qué dices esto? Yo quiero a mi equipo, ja, ja.

—Quiérello, quiérello más —ríe el mafioso.

—¿Tú crees que...?

—Claro, por lo menos han cogido el pago anticipado, joder. Como será después no lo sé... pero han cogido el pago anticipado.

Ambos ríen con ganas sin soltar prenda y se preparan para ver el encuentro separados por miles de kilómetros. Al día siguiente Leonid Kristoforov, poco antes de las doce de la mañana, recibe otra llamada desde Rusia. Se trata de un tal Seva, que según la Guardia Civil puede ser Vsevolod Ivanovich, otro asiduo en las escuchas de Petrov.

—¿Has visto el fútbol? —le pregunta Seva a Leonid.

—Escucha... ¿Y para qué lo voy a ver?

—¿Qué?

—Que para que lo voy a ver.

—Entonces, ¿de antemano lo han comprado?

—Claro... que estaba claro. Yo lo sabía ayer a las tres de la tarde —le suelta Kristoforov.

—No, no creo que ellos lo hayan vendido.

—¿Qué dices?

—No creo que lo hayan vendido.

—Te lo digo ahora. Yo lo sabía ayer a las tres de la tarde. Llama a Minya y pregúntaselo, porque yo le llamé ayer y le dije cómo acabaría el partido.

No había mucho que añadir. Algunos personajes del entorno de Petrov parece que no necesitaban tener televisión por cable durante esas semanas. No les hacía falta; al menos se jactaron de ello, de una compra interesada de partidos para inclinar la balanza en un sentido muy claro: el triunfo del Zenit, el equipo bandera de su «querida ciudad».

La información era una bomba de relojería. Los investigadores de ambos Cuerpos están habituados a tratar con bombas a punto de estallar cada poco tiempo, pero la semifinal y la final de la Copa de la Uefa eran un asunto brumoso que podía mover

los galones a más de uno. Todo el mundo tenía clarísimo que se trataba de una cuestión delicada, más que delicada. La Fiscalía y el juez Garzón debían saberlo de inmediato; y el resto del mundo, ignorarlo hasta que se decidiera una estrategia. Mientras, se abrió una pieza separada para intentar averiguar si se trataba de una fanfarronada o por el contrario los mafiosos habían llegado a «tocar» a alguien de los equipos o de los clubes con los que se enfrentó el Zenit.

Hay épocas en las que la información se acumula sin descanso y otras en las que se encharca. Eso es así en general, y es un axioma en las noticias de sucesos, susceptibles de adueñarse de la política editorial de un medio en determinados momentos. Estábamos a finales de junio, con un ojo puesto en las ansiadas vacaciones y el otro en la borrachera informativa que acabábamos de vivir. Las detenciones de los mafiosos rusos habían reunido todos los ingredientes del género: poder, dinero, lujo, relaciones intrincadas, éxitos policiales, Garzón de por medio... Habían sido unos días intensos cruzándose con nuevos escándalos de corrupción urbanística en la Costa del Sol, pero aún teníamos la sensación de que estaba todo por contar, de que solo habíamos aspirado en la superficie...

En ese junio en el que un puñado de periodistas nos habíamos convertido una vez más en una especie de psicópatas de la información, una fuente nos preguntó si habíamos visto la final de la Uefa y si sabíamos la querencia que le tenían los rusos al Zenit. Tratándose de quien era, alguien que te pone de continuo un hueso en la boca para que sigas el rastro si puedes, tenía buena pinta pero era difícil engancharlo. La advertencia fue, además, taxativa: «No se puede dar ni una línea todavía. Os metéis en un berenjenal del que no os saca ni dios».

No hubo día en las siguientes semanas en el que no removiéramos cielo y tierra en busca de un alma caritativa que nos permitiera contar, sin que nadie quedara en evidencia, que la mafia rusa podía haber amañado los partidos clave de la Copa de la Uefa. Tampoco uno en el que no nos estrelláramos. Podíamos escribirlo, claro, y de paso perder unas cuantas fuentes por el camino. Estábamos donde casi siempre: en el valor del silencio y con los intestinos del revés por si la competencia se enteraba y nos quedábamos en la cuneta. No solo no podíamos publicar una exclusiva estupenda, sino que además sabíamos que Luis Gómez, compañero de *El País*, tenía los mismos datos que nosotros: suficientes para reventar el tema.

Para alguien que no es un maniaco de la información puede resultar difícil entender que uno no viva del todo cuando la noticia te quema entre las manos y te persigue como un pensamiento único. Con ese resquemor fueron pasando los meses y el cerrojazo informativo continuaba, hasta que una mañana uno de los palos que habíamos tocado nos dijo que ya no había problema y podíamos publicarlo. Eso sí, no nos daban ni un dato más. La Fiscalía de Múnich ya estaba al tanto. Garzón, a instancias de Anticorrupción le había hecho llegar todo lo que había a la Fiscalía de

Berlín y desde ahí se había enviado a la de Múnich, por lo que se suponía que había abierto una investigación.

Era ya 30 de septiembre y habíamos tenido la noticia en el congelador... ¡tres meses! No la íbamos a aguantar ni un segundo más. Al día siguiente publicamos una página titulada «Los capos de la mafia rusa se jactaron de comprar la final de la Uefa para el Zenit». *El País* también sacó su información, y las reacciones, como habíamos previsto, no se hicieron esperar. Las oficiales llegaron de la mano del Bayern de Múnich, el Glasgow Rangers, el Zenit y la Uefa. Mientras los dos primeros apostaban por recabar todos los datos posibles —según los alemanes la Fiscalía de Múnich no conocía el caso, aunque eso era falso—, el Zenit calificaba la «suposición de la compra de partidos» como un ultraje y anunciaba medidas legales en defensa de la reputación del club. La Uefa, por su parte, capeó el temporal con una declaración institucional: «Cuando hay rumores de este tipo, nuestra comisión disciplinaria se ocupa de ellos y vamos a seguir todo esto de cerca», dijeron.

Las repercusiones no oficiales consistieron en decenas de llamadas de colegas de medios de comunicación de toda Europa y Sudamérica para intentar que les ampliáramos la información. Algunos optaron por ponerse en contacto con la Policía o la Guardia Civil, sin mucho éxito, según nos contaron. Muy poca gente estaba al tanto de esas escuchas. Sin embargo, la tarde anterior a la publicación de la noticia, recibimos una llamada desconcertante: «Pablo, eso que vais a sacar mañana del fútbol es muy interesante. Supongo que recibiréis algún toque de atención, pero no os preocupéis».

En los meses siguientes volvimos a interesarnos por las escuchas una y mil veces, así como por los avances en la investigación del delicado asunto. Otras tantas nos estrellamos contra un muro. En noviembre de 2009 saltó una noticia que en seguida intentamos vincular a lo que sabíamos: «La Uefa investiga 200 partidos sospechosos de arreglo, incluyendo tres en la Champions League», era el titular. Se había desmantelado una red de apuestas deportivas que amañaba los encuentros para obtener enormes beneficios. Hubo quince detenciones en Alemania y dos en Suiza. «Es sin duda el mayor escándalo de la historia del fútbol europeo. Estamos consternados por la amplitud de la manipulación de esta banda internacional», afirmó Peter Limacher, máximo responsable del comité de la Uefa encargado de velar por la limpieza de las competiciones. Sin embargo, no se conocieron datos de que la mafia rusa estuviese implicada en este caso.

—¿Pablo Muñoz?

—Sí, soy yo, pero... ¿quién es usted?

Eran las once de la mañana del 14 de abril de 2010 y la llamada había llegado a través de la centralita de *ABC*, como otras muchas que se reciben a diario. Lo habitual es que ese tipo de comunicaciones se despachen de la forma más breve posible

porque a esas horas se planifica el trabajo de la jornada, pero desde el primer momento aquella tenía algunos elementos por los que merecía la pena prestarle mucha atención. Al otro lado del teléfono hablaba una persona con acento centroeuropeo y el asunto por el que se interesaba obligaba a estar alerta.

—Mire, soy Christian Bergmann, periodista alemán, y he seguido su trabajo y el de su compañera Cruz Morcillo sobre las mafias rusas, en particular lo referente a la compra de partidos de fútbol.

—Ya... Se lo agradezco, pero... ¿qué puedo hacer por usted?

—Creo que podemos colaborar, tengo una buena fuente en la Uefa y me dice que están muy preocupados por este asunto, que van a ayudar en la investigación siempre y cuando tengan los interlocutores adecuados. Ustedes tienen información de primera mano de la investigación española y yo puedo complementarla con mis contactos aquí.

—Por nuestra parte, estamos dispuestos, pero le recuerdo que la Uefa tuvo una reacción muy tibia cuando denunciarnos el escándalo. No sé por qué ahora quieren colaborar.

—Tiene razón, aunque me insisten en que quieren viajar a España y reunirse con ustedes y con los encargados de la investigación. ¿Tendría inconveniente en que se produjera ese encuentro?

—En absoluto; que quede claro que solo colaboraremos en la medida en que ellos estén también dispuestos a dar información.

A lo largo de los días siguientes las conversaciones con el colega alemán se hicieron habituales. Poco a poco surgió la confianza necesaria para que el grado de sinceridad fuera inusualmente alto, teniendo en cuenta que solo nos conocíamos a través del teléfono y de lo delicado del asunto. Pero hubo un par de detalles de las conversaciones, que no vienen al caso, que demostraban que el interlocutor era un magnífico profesional.

—Pablo, mi fuente me dice que el viernes —era 30 de abril— va a viajar a Madrid para reunirse con los encargados de la investigación. Quiere verte después. ¿Tú estás dispuesto a comer con él?

—Sí, claro que sí. Cruz Morcillo vendrá conmigo. Espero noticias. Si hay buena voluntad por su parte podemos colaborar en lo que quiera.

El día previsto se produjo la cita, en un hotel próximo al aeropuerto de Barajas. La hora, las dos de la tarde, y como testigo estaba un compañero de la redacción que hizo las veces de traductor. En la mesa, dos personas de la Uefa, nuestro colega de *ABC* y los autores del libro. El menú, salvo un arroz caldoso con costilla manifiestamente mejorable, excelente. El clima, pues, invitaba a la conversación.

—Lo primero que quiero saber es por qué cuando publicamos lo de la semifinal y la final de la Copa de la Uefa reaccionaron de esa forma tan tibia y ahora piden ayuda

para aclarar todo ese asunto.

—Es verdad, tienen razón, pero nos han llegado nuevas informaciones y queremos ir hasta el final. Estamos decididos a limpiar de una vez las competiciones que dependen de nosotros. Para eso necesitamos ayuda. ¿Qué nos pueden contar de todo esto?

—Nosotros tenemos las conversaciones intervenidas y según nuestras investigaciones está claro que la mafia rusa tiene intereses económicos muy importantes en el deporte. Nos dicen que el verdadero peligro está en las casas de apuestas, donde cada día se cruzan muchos millones de euros. Si alguien controla ese negocio tendrá beneficios multimillonarios. Y solo una mafia tan potente como la rusa es capaz de lograrlo. Pero esa es nuestra opinión, ¿qué datos tienen ustedes?

—Muy parecidos. Lo que han publicado es solo la punta del iceberg. Sabemos que se están amañando partidos. Nos hablan de Petrov, de Kristoforov y de gente que ha pagado la fianza del primero que podría estar involucrada en el negocio. También nos han contado, como a ustedes, lo de las apuestas. Pero son solo eso, informaciones que no somos capaces de contrastar. Por eso necesitamos que España nos ayude.

—Miren, hay algo en lo que pueden estar tranquilos. Los agentes españoles que trabajan en mafias rusas saben muy bien lo que hacen. Pueden confiar en ellos al máximo. Por cierto, ¿qué les parece que haya importantes clubes de fútbol patrocinados por casas de apuestas?

—No podemos hacer nada. Nos preocupa, claro que sí, pero no tenemos ninguna información que nos permita tomar decisiones. ¿Ustedes piensan que los mafiosos investigados actúan por romanticismo o porque se trata de un negocio más?

—Puede haber de todo, pero esta gente se mueve solo por dinero y poder. Una cosa más: nosotros vamos a publicar las escuchas literales del Bayern y el Zenit y que ustedes han abierto una investigación sobre este tema. ¿Qué va a hacer la Uefa esta vez?

—Nos comprometemos a que no saldrá ninguna voz que ponga en duda esa información.

La comida, de tres horas, dio para mucho más. Salieron a relucir nombres y circunstancias concretas; se hicieron confidencias y se aventuraron hipótesis. Pero el compromiso era mantener la reserva y, en nuestro caso, es costumbre hacer honor a la palabra dada. A partir de esa reunión quedaba por determinar el día exacto en que el periodista alemán y *ABC* publicarían la información. Para evitar malas interpretaciones, se descartó hacerlo coincidiendo con la final de la Liga de Campeones que Inter y Bayern de Múnich jugarían en Madrid el 20 de mayo. Lo último que deseábamos eran reacciones victimistas en el sentido de que queríamos desestabilizar un club en vísperas de un compromiso tan importante como ese. Al final, la fecha elegida fue el día 30 de ese mes. Tras varios tiras y aflojas con distintos

medios, la revista *Stern* decidió asumir el riesgo en Alemania y contar una historia que, estaba claro, le iba a costar muchos disgustos, al estar implicada una institución tan potente en ese país como es el Bayern.

Como era de esperar, el día siguiente fue largo. El equipo bávaro exigió a *Stern* retirar de su página web la información si no quería verse en los tribunales, algo a lo que naturalmente se negó. La Uefa, por su parte, demostró una descoordinación inexplicable, pues a primera hora de la mañana un portavoz desmentía que se hubiese abierto una investigación por el asunto denunciado, lo que sin embargo fue confirmado por otro ya por la tarde. Aquel día hubo célula de crisis en el organismo deportivo. El problema residía, según parece, en que los partidarios de llegar hasta el final habían ocultado la información a los que consideraban menos proclives a la transparencia, de modo que estos se encontraron con el «tsunami informativo» sin estar preparados para ello.

—Bueno, Pablo, ha sido duro pero ha merecido la pena.

—Sí, la verdad es que sí, Christian. Pero ahora no nos podemos quedar aquí, amigo. Hay que continuar.

La investigación periodística, judicial y policial sigue adelante. Que haya resultados concretos es solo cuestión de tiempo.

AMISTADES EN EL KREMLIN

Rusia empezó a ponerse nerviosa con la operación Troika. Cada información nueva les suponía un quebradero de cabeza. Primero cayó Petrov, el próspero empresario; cuatro meses después los investigadores registraban la casa mallorquina del que fuera vicepresidente de la Duma, Vladislav Reznik, y el juez Garzón lo imputaba en el procedimiento; varios ministros y ex ministros aparecían en las conversaciones telefónicas de los encarcelados y, por si no fuera suficiente, se encontraron con un demoledor informe de la Guardia Civil aportado al sumario en julio de 2009 en el que dos de sus altos cargos de Interior y de la Fiscalía —el general Aulov y el vicefiscal Sobolevski— eran mostrados como comparsas de la organización criminal desmantelada en España. Suficientes indicios como para que en un año y medio la Fiscalía rusa se haya desplazado un mes sí y otro también a nuestro país con el fin de interesarse por «sus» ciudadanos y que algunas de esas reuniones hayan contado con la presencia de Garzón o del fiscal general del Estado, Cándido Conde-Pumpido.

EL DIPUTADO DE LA DUMA

Hay una escucha grabada por la Guardia Civil que en los despachos de Moscú pone los pelos de punta: el diputado Vladislav Reznik, portavoz del partido «Rusia Unida» y hombre próximo a Putin, hace tratos continuos con Petrov y se reúne con él tanto en Mallorca como en Rusia. El día de Año Nuevo de 2008 llamó al capo para felicitarle el año y, sin ningún empacho, se dirigió a él como «caudillo» o «nuestro líder», y empleó expresiones como «todo para nosotros». Compartían el *jet* privado en el que ambos viajaban de Rusia a Mallorca —Anton, el hijo de Petrov, se quejaba de que Reznik lo utilizaba más y pagaban lo mismo (154 de *leasing* más 200.000 por los vuelos)—; una sociedad de Petrov vendió en 2004 su primera casa en Mallorca al diputado y a su esposa Diana Gindin por 1.200.000 euros; desde otra de las empresas del mafioso se produjo una transmisión de dos coches al político y aún no está claro si el *Neva*, el barco que utilizaba el parlamentario, fue una venta o un regalo del capo. Como mínimo aparentan ser promiscuidades económicas.

Las secretarías de Gennadis en Mallorca trabajaban asimismo para el político. Son ellas las que se encargaban de las exigencias de Reznik sobre la reforma de su mansión, Casa Artemis, en la que intentó construir una terraza y un *spa* ilegales. Había contado con un contratista local que antes tenía «amigos» en el Ayuntamiento de Calvià y podía hacer «cosas al margen de la ley», según explicaban en las conversaciones, y al que el diputado intentó penalizar con 1.000 euros diarios por

cada día de retraso en la entrega de la obra. Según las escuchas, el matrimonio Reznik había adquirido más de 100.000 participaciones, por importe de 1.100.000 euros, de una de las sociedades de la organización, la misma empresa a la que se hizo propietaria del yate del que a partir de entonces disfrutaría el político ruso.

Reznik era socio para todo de Petrov. Hay una conversación con Ilias Traber, el anticuario, donde el capo le dice que tiene que ajustar cuentas con algunos rusos que deben estar en la cárcel. Para conseguirlo se está reuniendo con gente; habla de una inminente cita en Madrid donde se desplazará con Reznik.

Elena Petrova, su mujer, está en Rusia, y él en Mallorca.

—Me voy a reunir mañana con Reznik, con su compañero de Gobierno y la mujer de este, aquí en la isla.

—Ah, no sabía que Slava [diminutivo con el que nombran al político] estuviera ahí —le dice ella.

—Sí, ha venido porque tengo unas propuestas que hacerle.

Era finales de octubre de 2007, cuando todos los vientos soplaban a favor. Un día después Petrov habla con su hijo Anton.

—Estuve en el barco con Reznik, con su compañero, el que va a sustituir a Gryzlov [entonces presidente de la Duma] y con su mujer. Quieren comprarse una casa en Mallorca.

Casi siempre quedaba claro que para ciertos negocios contaba con el consejo y el asesoramiento del diputado. Así, en varias conversaciones con subordinados suyos, Petrov les recordaba que tenían que hablar con su amigo antes de tomar ciertas decisiones, por ejemplo, en una inversión de barcos; se le pide que interceda para nombramientos que convienen a la organización —hay una expresa para que un conocido del jefe, ex miembro de la KGB, ocupe un cargo relacionado con asuntos inmobiliarios—. A veces las charlas son a tres bandas, con Anton, el hijo de Petrov, como tercer protagonista. A finales de enero de 2008, el capo estaba preocupado por una posible crisis en Estados Unidos que afectaría a sus propiedades, ya que estas bajarían de precio, por lo que pidió a su hijo que apelara al diputado y se enterara de si esa crisis podía extenderse a Rusia. No se sabe si Reznik sospechaba algo, pero lo cierto es que manifestaba a Gennadis su inquietud sobre los teléfonos empleados. Este le convenció de que los que utilizaban eran «buenos»; el diputado tenía sus dudas y prefería un fijo.

Según la Fiscalía, Reznik es uno de los 27 millonarios que se sientan en la Duma rusa. En 2002 se le atribuyeron ingresos de cuatro millones de dólares y contaba con depósitos bancarios por valor de 6,2 millones. Participó en la privatización de una compañía estatal de seguros donde, al parecer, supo sacar una buena tajada. Era además miembro del Comité de Presupuestos e Impuestos del Parlamento ruso. La mecánica y cuantía de las transmisiones que se le hicieron desde sociedades de Petrov

llevó a la Fiscalía española a concluir que los fondos procedían de posibles delitos de cohecho y la finalidad era la de ocultar o blanquear fondos.

Las detenciones de Troika, como se ha visto, tuvieron lugar el viernes 13 de junio. Reznik tenía previsto llegar a Mallorca ese fin de semana, de ahí que ni Garzón ni los fiscales interrogaran a Petrov sobre su poderoso amigo. Mejor callar que levantar la liebre. Aun así el diputado paralizó su viaje y ya nunca más volvería a la fastuosa mansión que tenía a medio construir en la urbanización El Toro. Antes de la operación no era infrecuente verlo en las reuniones religiosas de los potentados rusos en la iglesia ortodoxa de Mallorca o en los selectos torneos de golf para personajes del Este del Club Santa Ponça. Reznik no ha vuelto a pisar España, consciente de que le podrían colocar las esposas como a su amigo.

«Esperamos unos meses pero ya vimos que no iba a aparecer por aquí, por eso en octubre de 2008 decidimos intervenir. Seguíamos escuchando teléfonos y gracias a eso nos enteramos de que el diputado tenía previsto llevarse ciertas cosas de la casa».

—Ya sabes lo que te he dicho, vacía esos cajones y los empaquetas. Saca también los candelabros de plata, sí, los últimos que llevamos —le ordenó Reznik un día de octubre al guardés búlgaro que tenía en su casa.

—Pero, ¿para cuándo tiene que estar listo? —le preguntó el empleado.

—A las dos y media pasará el repartidor a recogerlo todo. Tenedlo preparado; el resto está resuelto.

La Guardia Civil debía actuar rápido. Si las cajas embaladas iban a salir de la casa a esa hora, solo podían tener un destino: Rusia. Averiguaron que el siguiente vuelo hacia Moscú despegaba esa misma tarde a las cinco y media.

—No podéis perder ni un minuto, haced lo que haga falta —ordenó desde Madrid un oficial a la gente de la Comandancia de Palma—. Si esas cajas salen, ya no las volvemos a ver.

A las cinco y media en punto, un Nissan con el emblema del Cuerpo se atravesaba en la cabecera de pista del aeropuerto de Son Sant Joan y abortaba el despegue del avión en cuya bodega se almacenaban las cajas de Reznik. Guardaban objetos de plata muy valiosos, adquiridos en Londres, y documentos supuestamente comprometedores. Poco después los agentes registraban Casa Artemis, la mansión del diputado en Calviá, dotada de un completo circuito de vigilancia. Allí, se produjo un encontronazo con el secretario judicial, partidario de que se requisaran todas las obras de arte. Ante la cantidad y el tamaño de los cuadros, los agentes preferían dejarlas en la vivienda y precintarla. No hubo manera de convencerlo, de forma que varios de esos lienzos aún siguen almacenados en la Comandancia de Palma, provocando más trastornos que alegrías. Poco después, la mujer de Reznik se jactaba en una escucha de que los funcionarios no entendían de arte porque no se habían llevado los más valiosos. En realidad, primó una cuestión de espacio.

La casona cuenta con una espectacular bodega, tipo mesón, con cámara de conservación de temperatura incluida y algunos caldos de cientos de euros. Tras el registro, el abogado del político se quejó de que faltaban botellas de vino y de que otras estaban a medias. Nadie se imagina a los agentes echándose al colete unos lingotazos de Vega Sicilia en mitad del registro, pero parece que ese mismo día el guardés —que ya no trabaja en la casa— descubrió su afición a la enología.

Reznik fue imputado y tanto el juez Garzón como la Fiscalía han intentado en varias ocasiones viajar a Rusia para tomarle declaración, la última a primeros de diciembre de 2009. El magistrado y el fiscal se quedaron con los billetes comprados porque, tras un tibio «sí» por parte de las autoridades moscovitas, a última hora se echaron atrás. En la Duma han podido escucharse encendidos discursos a favor de ese ilustre miembro en los que se ha llegado a acusar a España de inventarse las pruebas.

AULOV

—Tenemos a un alto cargo que parece que trabaja para Petrov, jefe —le contó el capitán a su comandante en el invierno de 2008, en plena efervescencia de Troika.

—¿De quién se trata esta vez? Porque ya han aparecido varios.

—Es un general de la Policía, nombrado por Putin hace dos años como jefe de la Dirección Principal del Ministerio del Interior en el distrito central. Se llama Nikolai Aulov. Mantiene una relación muy estrecha tanto con Petrov como con su hijo Anton, y otros miembros de la organización también hablan con él por teléfono.

—Lo mejor es que vayáis recopilando todo y luego ya veremos si merece un apartado especial. Hay que informar de inmediato al fiscal y al juez.

—Eso pensábamos. Se habla mucho de él también en fuentes abiertas de Rusia.

—¿Hay alguien más de ese nivel?

—Sí, el otro que le comenté, Igor Sobolevski, es un vicejefe de la Fiscalía; parece FSB y tiene rango de coronel o teniente coronel, aún no lo tenemos claro.

—Entonces, seguiremos el mismo procedimiento y a ver qué da de sí.

La investigación dio de sí y mucho. En las conversaciones telefónicas intervenidas, Petrov y el general Nikolai Nikolaevich Aulov hablaron 78 veces, y en 74 de ellas es el policía el que toma la iniciativa de llamar. En un informe fechado el 17 de julio de 2009 —un año después de las detenciones de Troika—, la Guardia Civil explica: «Del contenido de las conversaciones entre ambos se puede inferir que es mayor la dependencia de Aulov hacia Petrov que viceversa. En otras 172 conversaciones el capo y sus interlocutores hablan de Aulov por diversos motivos».

Aulov no solo se relacionaba con Petrov, también Alexander Malishev —el otro gran capo de la operación— le mencionaba continuamente para que intercediera en determinadas decisiones y nombramientos. Parece que ambos eran amigos desde

muchos años antes, cuando uno era alto cargo policial en San Petersburgo y el otro un reputado criminal. Ya asentado Malishev en la Costa del Sol, Aulov viajó a España para pedir al *vor* que mediara y pacificara la guerra entre bandas desatada en la ciudad petersburguesa. El ahora general a punto estuvo de pagar con su vida sus inquietantes amistades. En 1999 sufrió un atentado. Un francotirador le disparó, aunque no logró matarlo. Todos los ojos miraron al manco Kumarin, en guerra abierta con los amigos del entonces coronel, que ocupaba un puesto de suplente del jefe en la unidad policial que luchaba contra el crimen organizado en San Petersburgo. La prensa rusa le había relacionado con las estructuras semimafiosas de esa ciudad.

Los investigadores obtuvieron un rosario de indicios contra Aulov: era una de las personas claves para Petrov en Rusia —«existe una clara penetración de la organización en los estamentos policiales de ese país»—. En las conversaciones toman precauciones, utilizan un lenguaje cifrado y están siempre atentos a la seguridad del teléfono; recibe dinero del capo o de su gente; se hacen favores mutuos para lograr beneficios personales o profesionales; el general hace uso de su poder para intimidar o amenazar a individuos que quieren perjudicar a Petrov; da instrucciones para borrar pruebas contra alguien del entorno del capo; le cuenta informaciones secretas sobre investigaciones en marcha y se dedica al tráfico de influencias para que conocidos suyos de la Administración concedan licencias o autorizaciones a favor de su amigo y de su entorno.

Nada más y nada menos que 78 conversaciones, algunas muy comprometedoras, registraron los agentes entre julio de 2007 y mayo de 2008. Las hay sobre los enredos que urden para declarar contra el jefe de Tambovskaya, Vladimir Kumarin, que sería detenido en agosto de 2007, al parecer con la ayuda de Aulov, al que llaman familiarmente Kolya.

El general hacía uso de su poder para intimidar a individuos que querían perjudicar a Petrov: Aulov le llama y le cuenta que gracias a su intervención varias personas pertenecientes a un Cuerpo de Seguridad estatal han sido detenidas. Se proponían arrestar y confiscar las propiedades de un socio del capo. El jefe adoctrina a su hijo Anton recordándole que con dinero se arregla todo y, en ese mismo contexto, telefonea al beneficiario de esos favores y le indica que no tiene que pagar a Aulov porque este ya va a recibir el dinero de otro sitio.

Unos días más tarde el policía le confiesa que ha preparado a unos chicos de su confianza y les ha mandado «tener una charla muy seria con los canallas y basura» que quieren hacer daño a Petrov, entre ellos un escritor.

Las charlas se suceden, a veces varias en un día.

—Genna, tengo buenas noticias. He ido a ver a «el Primero» [hablan del ministro de Defensa] y está resuelto el tema del empadronamiento.

—No sabes qué alegría me das —le dice Petrov—. Te lo agradezco mucho.

—Tengo que ponerme en contacto urgentemente con Anton, pero no soy capaz de hablar con él. Inténtalo tú y que me llame sin falta —le pide el general.

—No te preocupes, en cuanto cuelgue lo hago.

Horas más tarde, Aulov vuelve a llamarle y le dice que tiene muchas novedades pero que no son para hablarlas por teléfono. Le comenta que lo que está gestionando se solucionará favorablemente, aunque no existe precedente, y que él mismo va a controlar el proceso para que todo salga bien. Se refieren al nombramiento de una persona para un cargo y Petrov está convencido de que el policía tiene muchas posibilidades de acceder a ese cargo.

Kristoforov, el escudero de Petrov, le telefonea dos días después para que llame a su amigo y le felicite porque ha recibido una estrella más (se refiere al ascenso de Aulov del que habían hablado). Aulov, ya ascendido, quiere saber si el capo se ha enterado de los nuevos nombramientos. Petrov reconoce que no se los esperaba, pero argumenta que no pasa nada porque los ministros clave siguen en su lugar. El general le pregunta si finalmente puede contar con su retiro y el otro le responde que todo está en orden y que lo hablará con los interlocutores personalmente. En esas fechas, finales de otoño de 2007, empiezan a tomar precauciones y dejan de hablar por teléfono porque Petrov va a viajar a Rusia en las Navidades. Cuando ya están juntos en Moscú un individuo les llama —parece ser un funcionario policial— y cuenta a Aulov que a «nuestro compañero» le están inculcando de ciertas cosas y que ya está harto de borrar asuntos del ordenador. El general le explica con severidad que todo cuanto salga tiene que borrarlo.

Aulov parece encantado de solucionar todo lo que el capo le pide y así se lo hace saber. Un día le llama eufórico para contarle que la persona «X» ya ha sido designada para el puesto y le repite que le gusta llevar a cabo las tareas encomendadas.

«Tienen máximo interés —dice la Guardia Civil— en tener a personas de su confianza en puestos relevantes, tanto gubernamentales como empresariales, para poder aprovecharse de su influencia en beneficio de la organización».

Y vaya si se aprovechaban. Aulov aparece como una pieza clave del engranaje. Hablando con otros allegados de Petrov sobre succulentos negocios inmobiliarios, el capo transmite a su gente que el general no tiene dudas sobre la buena voluntad de «el Primero» —el ministro de Defensa— para firmar algo que beneficiaba al grupo.

Un mes antes de las detenciones de Troika, Kolya estaba muy nervioso porque había sido movido de su puesto de trabajo y se sentía traicionado. Petrov, ajeno a lo que se avecinaba, le recomendó tranquilidad y le prometió que todo se iba a arreglar. Él personalmente hablaría con «el Cosmonauta» (un ministro). Todo saldría bien. No tuvo tiempo de cumplir su promesa.

Garzón y la Fiscalía quisieron saber cuál era el lazo entre ambos, por boca de Petrov. Fue una de las partes del interrogatorio antes de encarcelarlo.

—¿Qué relación tiene con Nikolai Nikolaevich Aulov? —le preguntó el fiscal.

—Es amigo mío, nada más —respondió el mafioso displicente.

—¿Qué cargo ocupa esta persona?

—No estoy muy seguro, pero si no recuerdo mal es un general, un policía o algo así. Tiene un rango bastante alto.

—¿No es un general del FSB?

—Son preguntas que no sé contestar —señaló por boca del traductor—. Me siento incómodo. Tengo muchos amigos y me hace sospechar que tal amigo es alguien muy importante.

—Es un general del FSB —le recordó el fiscal.

—Diga el nombre completo del organismo —terció Garzón, ante la vacilación de Petrov—. ¿Servicios de Inteligencia?

—Sí, servicios de la Inteligencia, pero interno.

—Pregúntele si sabe qué es el FSB —le dice el juez al traductor.

—Claro que lo sé.

—Yo le había preguntado por la relación que tenía con esa persona de la que no sabía el cargo —medió el fiscal.

—Es un amigo de toda la vida, de corazón, es un amigo y nada más, es una buena persona.

Rusia está tan interesada en no dejar caer a Aulov que incluso ha pedido que se le dé traslado del procedimiento contra el general. Por ahora no ha conseguido su objetivo. La justicia española decidió dar tiempo a la rusa para que actuara contra él y el resto de altos cargos implicados, sin respuesta. La Convención de la ONU de 2003 sobre corrupción de funcionarios públicos establece la prioridad del Estado al que pertenece el funcionario para actuar, pero si este no lo hace permite a un segundo país mover ficha. Y en ello está la Fiscalía Anticorrupción cuando se escribe este libro, con Garzón, el instructor, apartado de su juzgado. La intención es imputar al general por ser un funcionario público que recibe cohechos y esperar la reacción de Moscú.

SOBOLEVSKI

En mayo de 2009 el presidente ruso Dmitri Medvedev destituyó a Igor Sobolevski, vicesjefe del comité de investigación de la Fiscalía General de Rusia, un cargo que dependía directamente del fiscal general. Oficialmente la decisión se debió a razones familiares, pero a esas alturas Rusia ya tenía bastante claro el estrecho lazo que unía a este alto cargo de Interior con Petrov, que llevaba casi un año encarcelado en España. El informe en poder del juzgado de Garzón sobre el personaje había levantado ampollas. Las conversaciones con Sobolevski —con empleo de coronel y relacionado con el FSB— revelan unas relaciones de amistad, camaradería e

intermediación así como unos intereses económicos claros, en el sector inmobiliario y el textil.

Petrov le regaló un coche caro para uso oficial, le entregó una partida de seis ordenadores que necesitaba, le proporcionó una secretaria e incluso le pagaba el dentista, el mismo al que acudía el capo en Moscú, utilizando incluso a su conductor personal, tal y como aparece en las conversaciones intervenidas. Por si fuera poco, sufragaba las tres cuartas partes del alquiler de la nueva casa de Sobolevski (unos 2.500 dólares mensuales) y, por supuesto, era uno de los invitados de honor al cumpleaños que Petrov celebró en Moscú. A cambio, el coronel mediaba o hacía uso de sus influencias para colocar a algunos amigos del capo en lugares convenientes y le tenía permanentemente al tanto de investigaciones posibles o en marcha que pudieran perjudicarlo. El caso más llamativo vuelve a ser el de Kumarin, el jefe de Tambovskaya. El vicefiscal se ofrece tras su detención a informarle de todo lo que ocurra y de las novedades sobre el «vecino», como se refieren a Kumarin, dado que era la persona encargada de la investigación. Pero el *vor* parece contar con suficiente información. Confiesa en tono irónico que ni sufre ni llora por Kumarin y dan a entender que la detención es una orden de arriba. De hecho, Petrov le cuenta a Kristoforov que según Igor ese arresto fue por una disposición del «zar»; se cree que se refieren a Putin.

Del mismo modo que con el general Aulov, las conversaciones entre Petrov y Sobolevski son constantes, a veces más de una al día. El jefe llega a hacer de intermediario para negocios privados de los cargos de Interior.

—Igor, estoy con una persona que puede ayudaros —le explica Petrov a su amigo. Sobolevski y otro policía estaban interesados en un edificio gubernamental ocupado por otros.

—Mire, mi compañero Alexander y yo mismo estamos interesados en el edificio, pero ya tiene dueños —le cuenta Sobolevski al misterioso interlocutor, que resultó ser nada más y nada menos que Leonid Reiman, ministro de Tecnologías de la Información y Comunicaciones, tal y como le aclara el capo más tarde, que había ido a ver al ministro personalmente para intentar colocar a la hija de Sobolevski.

El vicefiscal está al tanto de los círculos políticos en los que Petrov se desenvuelve en su país. Y así, hablan con soltura sobre nombramientos, por ejemplo, el de los ministros de Sanidad y Desarrollo («amigo íntimo», dicen) o el del titular de Desarrollo Regional, y, cómo no, del inefable diputado Reznik, al que llaman Slava, y que parece un personaje de andar por casa. Asimismo, tratan sobre funcionarios públicos de la Administración en los que se apoya el *vor* para lograr sus objetivos.

—Genna, tengo información segura de que ya han designado a los tres.

—No te preocupes, Igor, no pueden hacer nada sin mí —responde Petrov.

—Habría que consultar qué es lo que está pasando.

—Vale, voy a hacer una llamada para confirmarlo.

Un par de horas más tarde, Petrov ya ha hablado con Reznik.

—Todo va a salir bien, Igor; Slava está seguro de ello. ¿Has visto a Kolya? [Se refiere a Aulov].

—No, ya se han pasado las fechas fijadas por él.

—Habla otra vez, no sientas vergüenza porque con vergüenza se pueden perder muchas cosas —le recomienda Petrov.

Sobolevski le aprieta las clavijas al capo con su puesto. Este le jura que está «asegurado», se lo ha prometido Reznik, pero el coronel se queja de la tardanza. Para tranquilizarlo, Petrov le promete que será suyo a pesar de que existen otras tres candidaturas. Unos días más adelante vuelve a recurrir a su amigo para pedirle consejo sobre un puesto que le han ofrecido como ayudante de un alto cargo policial. Tiene una semana para pensárselo, pero prefiere esperar a que el ruso llegue a Moscú y así poder hablarlo con él.

Es tal el grado de intimidad con el vicesfiscal que en una charla entre Petrov y su hijo Anton el progenitor, ante las dudas de este sobre la conveniencia de tratar de un negocio delante de él, le dice a su vástago: «Igor es un hombre nuestro y puedes hablar en su presencia abiertamente». En ese mismo diálogo el padre le facilita el número español de Sobolevski y le dice que antes ese teléfono era suyo. En ese y otros momentos, queda claro que el capo consideraba seguros los teléfonos españoles; no tenía la menor sospecha de que estaban intervenidos, de ahí que entregue algunos de ellos a personas de su confianza. El día de la Policía en Rusia llama a Igor y a otros agentes para felicitarlos y, con el primero, incluso su hija pequeña Alexandra se pone al teléfono, lo que constata la estrecha relación entre las familias.

La prensa rusa interpretó sin vacilar la caída de Sobolevski como una consecuencia de su relación con la organización de Petrov. En este caso no hubo encendidas defensas. La Fiscalía española, ante la pasividad de Moscú, tiene intención de imputarlo en el proceso, igual que a Aulov.

Cuando Rusia ya estaba al tanto de las implicaciones de Aulov y Sobolevski, decidimos publicarlas en *ABC* basándonos en los informes elaborados por la Guardia Civil. La respuesta de los abogados de Petrov no se hizo esperar: en lugar de llamarnos a nosotros, como es habitual tantas veces, recurrió al juzgado para intentar que le diéramos explicaciones. Pero de eso nos enteraríamos más tarde y de un modo poco convencional.

REIMAN

El último de los políticos de primera fila amigo de Petrov sería Leonid Reiman,

en esas fechas ministro de Tecnologías de la Información y Comunicaciones. Es un personaje crucial, tanto por su posición política como por su actividad privada, ya que es considerado uno de los empresarios de referencia en Rusia.

Un par de meses antes de Troika Petrov llamó a Sobolesvsi para contarle que la persona con la que le había pasado al teléfono era Leonid Reiman, el ministro. Petrov le había entregado el *currículum vitae* de la hija de Sobolevski; en otra charla se aprecia con claridad la mediación del titular de Tecnologías de la Información en un asunto referente a una vivienda.

Reiman es el empresario que en Mallorca está detrás de la sociedad Caspian, aunque a través de dinero de una empresa suiza, según declaró el abogado Untoria. Por ese motivo la Fiscalía española ha pedido una comisión rogatoria a Estados Unidos que verifique la información. De momento, Reiman es solo una sospecha sobre la que se intenta cerrar otro círculo.

LA VUELTA A CASA

La cárcel no es un territorio hostil para los mafiosos rusos; dentro se mueven con soltura y a muchos les sirve como trampolín de ascenso. Sus saneadísimas economías les proporcionan además una malla para intentar disfrutar de ciertos privilegios entre rejas. Instituciones Penitenciarias era y es consciente del especial celo que hay que aplicar a este tipo de internos. Como ocurrió con Zakhar Kalashov, a los principales detenidos de la Troika se les internó en régimen de aislamiento y desde junio de 2008 fueron trasladados de prisión cada cuatro o cinco meses. Aun así, cada uno trató de desplegar su cuota de poder, a su manera.

—Nos hemos enterado de que Petrov se ha echado un curioso amiguito en la cárcel del Puerto de Santa María, jefe.

—Vaya, qué sorpresa, ¿a quién ha intentado comprar?

—No, no se trata de eso. Se ha hecho inseparable de Txikierdi; en el patio casi siempre están juntos.

Al comandante de Información se le encogió el estómago con solo oír el alias. Antes de combatir a las mafias del Este había pasado la mitad de su carrera en el Norte, en el grupo de tipos que se la juegan para acabar con ETA. Juan Lorenzo Lasa Michelena, *Txikierdi*, llevaba una buena temporada a la sombra, y más que le quedaba, pero antes de eso había sido jefe militar de la banda terrorista durante algunos de los años más sangrientos. Su paso por el comando Madrid resultó decisivo porque ahí se colgó unos cuantos asesinatos en su historial, entre ellos el del magistrado Francisco Mateu. Ningún agente de Información desconocía esa trayectoria y ahora se relacionaba con el «hombre de negocios» ruso.

—¿Nos ha avisado Prisiones? —se interesó el mando.

—No, qué va. Alguien se ha ido de la lengua antes.

—Pues hay que alertar de inmediato y que vuelvan a trasladar a Petrov. No tiene sentido correr ciertos riesgos —ordenó el comandante a su subordinado.

En la siguiente conducción Petrov abandonó la cárcel de Puerto I y su recién iniciada camaradería con Txikierdi.

La maniobra de Alexander Malishev fue anterior, casi al principio de su detención, cuando fue trasladado al centro penitenciario pontevedrés de A Lama. Allí, a los pocos días de ingresar pidió hablar con el director de la cárcel de forma urgente. Cuando los funcionarios le preguntaron cuál era el motivo de la entrevista respondió, sin inmutarse, que necesitaba un gimnasio. «Ya sabes que puedes ir al gimnasio en las horas establecidas», le recordó el personal de prisión. Malishev explicó entonces que el del centro no reunía las condiciones que él necesitaba para cuidar, como hace a

diario, su maltrecha espalda, por eso estaba dispuesto a pagar de su bolsillo la construcción de uno nuevo o al menos el acondicionamiento del que existía. Al ruso ese acuerdo le parecía una forma de actuar normal y no entendió que no se aceptase su propuesta.

Igual que había ocurrido durante toda la investigación, Vitali Izgilov, *la Fiera*, resultó el personaje más burdo, el más inquietante. No en balde, su paso por la cárcel tras ser capturado la primera vez en la operación Avispa le supuso un ascenso y un prestigio que nunca habría ganado en la calle. No estaba dispuesto a desaprovechar la segunda oportunidad que se le presentaba, inmejorable, dado que todos los capos de renombre estaban entre rejas. Ocho meses después de ingresar, en febrero de 2009, cuando estaba interno en Zuera (Zaragoza) se declaró en huelga de hambre, en teoría, para protestar por el régimen de aislamiento. Aunque Prisiones no lo confirmó oficialmente, se sabe que intentó comprar a varios funcionarios. Los dos elementos determinaron un traslado urgente a la cárcel madrileña de Alcalá Meco, cuando el *vor v zakone* había perdido siete u ocho kilos, nada preocupantes dada la generosa anatomía que exhibía.

Instituciones Penitenciarias interpretó que la huelga de hambre era una argucia, un plan para intentar fugarse, de ahí que enviara una nota reservada a las unidades de Guardia Civil y Policía encargadas de los traslados de presos. La comunicación alertaba de que todo el mundo debía tener siete ojos en caso de que fuera preciso conducir en ambulancia o en furgón policial a Izgilov, porque era más que probable que tratara de escapar, ayudado por su organización, durante un eventual traslado al módulo penitenciario de algún hospital. La Fiera, al imaginarse descubierto, desistió y recuperó el apetito con la misma rapidez con que lo había perdido.

Los sobresaltos fueron continuos durante ese primer invierno que los capos pasaron encerrados. A finales de enero un conocidísimo estafador, Luis Miguel Rodríguez Pueyo, enviaba desde la cárcel de Ocaña una carta a la Audiencia Nacional. Estaba en prisión preventiva acusado del intento de secuestro en abril del año anterior de Francisco Hernando del Saz, hijo del polémico constructor Paco, *el Pocero*, y del secuestro de otro empresario en Huelva. En su escrito, Pueyo aseguraba que actuó por encargo de la mafia rusa Tambovskaya. En abril declaró ante la juez de Instrucción número 4 de Illescas (Toledo) y el 8 de julio de ese mismo año ante Garzón.

Rodríguez Pueyo acusó al diputado de la Duma, socio y amigo de Petrov, Vladislav Reznik, de ser el autor intelectual de ambos secuestros para cobrarse las cantidades millonarias que le debían las víctimas. Según el detenido, Reznik había prestado 30 millones de dólares al Pocero desde una entidad de las Islas Vírgenes británicas a otra de Dubai. Lo mismo había ocurrido con Rafael Ávila Tirado, un empresario de Sanlúcar de Barrameda a quien mantuvieron catorce días retenido

hasta que lo liberaron los GEO en Almonte, tras una investigación de la Unidad de Delincuencia Especializada y Violenta (UDEV). Los agentes detuvieron entonces a una curiosa banda a la que pertenecían, entre otros, Pueyo y Raúl Brey, primo del líder del Partido Popular Mariano Rajoy.

Pese a los tintes surrealistas de la historia, Pueyo aportó tantos y tan concretos datos que como mínimo merecía investigarse. Además, Garzón había dictado un año antes una orden de busca y captura internacional contra el diputado del partido de Vladimir Putin. Según la versión del delincuente, conoció al diputado ruso a finales de 2001 en México por mediación de Raúl Brey y de otro primo del político popular asentado en ese país. Crearon una sociedad en la capital mexicana que actuaba como operadora de bolsa, a la que se aportaban fondos de distintos paraísos fiscales como Dubai, Zúrich o Guinea Ecuatorial. El político ruso la utilizaba para blanquear dinero, a tenor de las explicaciones del estafador. Explicó además que había conocido a «tíos de acción» (matones) que dependían de Reznik y se explayó sobre la mansión y el yate del diputado en Mallorca.

El secuestro del hijo de Paco, *el Pocero* —quien levantó en Seseña la mayor urbanización de España construida por un solo promotor— fracasó porque la víctima se revolvió con ferocidad y acabó provocando la huida de los asaltantes. Pueyo aclaró que más tarde había saldado su deuda con la mafia rusa.

Garzón tenía ante su mesa una declaración redonda, realizada, eso sí, por uno de los hampones más extravagantes e inteligentes del mundo criminal español. Desde los años sesenta detrás de cada estafa importante siempre ha estado Pueyo; fue él quien marcó tres pantanos donde supuestamente habían arrojado el cadáver de Santiago Corella, *el Nani*, víctima de la mafia policial, y quien se hizo famoso durante el «caso Arny», en el que se juzgaron las orgías con menores de miembros de la alta sociedad sevillana. Él, a quien se acusó de montar las juergas, acudía cada día al juicio caracterizado con un disfraz distinto. El juez, con los elementos de los que disponía, no autorizó que los investigadores de la Policía hablaran con Pueyo en la cárcel, y a fecha de hoy aún no se ha podido interrogar a Reznik por la oposición de las autoridades rusas.

QUE DECLAREN LOS PERIODISTAS

Los abogados de los detenidos en Troika siguieron la misma estrategia que los letrados de Kalashov: presentar un recurso tras otro contra el auto de prisión amparándose en todo tipo de documentos y petición de diligencias de investigación variopintas, una de las cuales nos incluía a nosotros, que nos convertimos de ese modo en protagonistas involuntarios.

Una noche de principios de noviembre recibimos una extraña llamada de un

periodista de Mallorca, Juan Poyatos, en la que nos felicitaba por no haber tenido que declarar ante Garzón. Hasta ese momento ignorábamos a qué se refería. Ese mismo día le habían enviado un auto en el que el magistrado denegaba una petición de los abogados de Petrov. Los letrados pretendían que el juez nos interrogara acerca de la noticia publicada en *ABC* unos días antes sobre los altos cargos de Interior del Gobierno ruso que aparecían en las escuchas. A nuestro colega le costó creer que desconocíamos esa pretensión, pero era rigurosamente cierto. Él, en cambio, nos aseguró que la defensa del ruso contaba con documentación «completamente exculpatoria», que la investigación judicial era una burda maniobra contra empresarios legales y nos anticipó que los abogados seguirían insistiendo para que declaráramos como testigos. Tenía razón; volvieron a intentar cercar al mensajero, pero de nuevo tanto la Fiscalía Anticorrupción como la Sala se opusieron al trámite, más que curioso en esa fase inicial de la instrucción.

Las defensas de Malishev, en cambio, querían que declararan todos los policías que llevaban el peso de las pesquisas. Unos y otros eran movimientos en círculo, habituales en este tipo de procesos con tantos intereses y tanto dinero en juego. Las piezas se movían por abajo y en los niveles superiores, como hemos tenido oportunidad de comprobar. Desde septiembre de 2008 hasta ocho fiscales rusos han ido desembarcando periódicamente en nuestro país para «tomar contacto» con la Fiscalía española e intentar llegar a acuerdos. Cuando concluyeron que ese proceder no funcionaba, no dudaron en recurrir al juez instructor o a otros del entorno, sin disimular su preocupación por Petrov, al que han intentado proteger a toda costa. Se les permitió tomar declaración tanto a Petrov como a Malishev mientras estaban encarcelados. El primero recurrió a su habitual táctica de la desmemoria y la enfermedad, mientras que Malishev, educado y respetuoso como cada vez que se trata con él, se mostró desconfiado —aún tiene miedo de que lo maten en Rusia—. Les dijo a los fiscales de su país que no se fiaba de ellos, solo de la justicia española.

En marzo de 2009 el fiscal general ruso Yuri Chaika condecoró a un representante del Ministerio Público español. Poco después pidió una entrevista reservada al fiscal general Cándido Conde-Pumpido para hablar de la mafia rusa y saber quiénes eran los miembros supuestamente corruptos de su Administración. Fue entonces cuando Moscú se enteró de que el general Nikolai Aulov aparecía como un personaje clave en las escuchas; España decidió reservarse en ese momento el nombre del vicefiscal implicado, Igor Sobolevski, al que sus jefes cesarían un par de meses más tarde. En el intercambio de datos, la justicia española se comprometió a proporcionar a sus colegas moscovitas información reservada de forma constante, aunque ese canje ha deparado resultados desiguales debido a los continuos cambios de criterio de Rusia.

Contra todo pronóstico, el 27 de enero de 2010 la Sección Cuarta de la Audiencia Nacional, presidida por Ángela Murillo, dejó en libertad a Gennadis Petrov, a su escudero, Leonid Kristoforov, y a Alexander Malishev, una medida que Garzón había denegado tres meses antes y que los abogados de cada uno recurrieron. La defensa de Petrov, que se reveló como la más hábil, argumentó que las dolencias cardiológicas y neurológicas (enfermedad de Párkinson) de su cliente le hacían acreedor de esa libertad o de una medida de prisión atenuada; alegó asimismo que su mujer y su hija ya tenían la residencia permanente y que al tener todos sus bienes embargados no se fugaría porque eso le supondría abandonar su cuantiosa fortuna. Los abogados esgrimieron asimismo que Petrov no pertenecía a ninguna organización criminal ni tenía ninguna causa penal pendiente en ningún país (aportaron documentos exculpatorios de Rusia y una sentencia de un tribunal griego en la que se le declaraba inocente en el presunto fraude para adquirir esa nacionalidad).

La Sección Cuarta consideró a la vista de los argumentos y el tiempo transcurrido (habían pasado 19 meses entre rejas) que había disminuido el riesgo de fuga de los tres personajes. «Disminuido, que no conjurado, pues eso nunca se puede asegurar al cien por cien», de ahí que les dejaran en libertad. A Petrov le impusieron una fianza de 600.000 euros, a Malishev de 500.000 y a Kristoforov de 300.000, cantidades que tardaron solo dos días en reunir. Sin embargo, los magistrados no debían de tenerlas todas consigo, pues impusieron una inusual medida cautelar: los tres tenían que comparecer en la comisaría de Policía o en el cuartel más próximo a su casa todos los días, mañana y tarde; de lo contrario volverían a prisión. Por supuesto, no podían salir de España y se les retiraron los pasaportes. Ni que decir tiene que esas cautelares no lograron atenuar el malestar de investigadores, fiscales y juez instructor, hasta el punto de que solo unos días después el propio Garzón, que se había negado sistemáticamente a liberarlos, y en contra del criterio de la Fiscalía, acordó la libertad provisional del único que para entonces estaba en la cárcel: Vitali Izgilov, tras fijar una fianza de 400.000 euros.

Los cuatro volvieron a sus mansiones al borde del mar y a sus vidas de lujo, y cumplieron escrupulosamente las medidas cautelares. Se replegaron más que nunca en sus cerrados entornos y es imposible verlos salvo cuando acuden a comparecer ante la Policía o la Guardia Civil. Así aguardan a que se cierre la instrucción judicial, libres y quizá envalentonados, aunque saben que cien mil ojos esperan con paciencia un paso en falso. Sospechan que la condena de Kalashov por blanqueo no es un buen precedente y que agentes, fiscales y jueces de varios países tienen sus expectativas depositadas en la justicia española.

EL TURNO DE LOS OLIGARCAS

—¿Pablo Muñoz?

—Sí, soy yo. ¿Quién es usted?

—Trabajo para Michael Tcherney, soy su jefe de prensa en España. He visto que Cruz Morcillo y usted se ocupan muy a fondo de asuntos con los que está relacionado mi cliente. Como sabe, se publican muchas cosas sobre él, la mayoría falsas, y quiero que sepan que pueden consultar con nosotros cada vez que vayan a dar alguna información que le afecte. Estaremos encantados de ayudarles.

—Estoy seguro, de eso no me cabe duda...

—Pues lo dicho, quedo a la espera de noticias tuyas.

La llamada, realizada en el mes de mayo de 2010, sorprendía entre otras razones porque *ABC* no se había distinguido especialmente por publicar asuntos acerca del oligarca ruso afincado en Tel Aviv —tiene la nacionalidad israelí, aunque las autoridades hebreas estudian retirársela— y, sin embargo, alguien tenía mucho interés en controlar y conocer toda la información que teníamos sobre él para combatirla. Naturalmente, el comunicante no había dicho eso, pero de la conversación se desprendía un mensaje claro: «Sabemos a qué tipo de datos tienen acceso; tengan por seguro que miramos con lupa todo lo que escriben».

Michael Tcherney, de 58 años y nacido en Tashkent, es uno de esos individuos que se hicieron con el dinero y el poder en los tiempos de la desintegración de la Unión Soviética. Empresario dedicado al sector de las materias primas —aluminio, carbón, cobre...—, en aquellos años de plomo unió su destino al de la organización mafiosa *Izmailovskaya*, fundada por Anton Malevski y Sergei Aksenov, que le proporcionaba seguridad y de paso le limpiaba el terreno de competidores indeseables, que eran todos aquellos que no se plegaban a sus órdenes. También creó lazos de sangre con Oleg Derispaska e Iskander Majmudov, junto con los que montó un imperio —se le considera el padre de los oligarcas—, aunque ahora mantengan una lucha brutal, no por incruenta menos intensa. En 1994 se refugió en Israel tras huir de Rusia para evitar ser asesinado por alguna red criminal o acabar con sus huesos en la cárcel, en especial por su implicación en la conocida como «estafa de los avisos chechenos», un fraude que le sirvió para amasar una enorme fortuna.

Según informes de Inteligencia, en aquellos primeros años *Blond Investments*, sociedad de Tcherney que operaba fuera de Rusia, compraba aluminio a empresas de su país. Al no haber por entonces banca comercial, los pagos de la mercancía, en dólares, debían hacerse a través del banco central, que a su vez ingresaba las cantidades, ya en rublos, a la compañía vendedora.

Sin embargo, el Gobierno autorizó como intermediarias entre Blond Investments y el banco central a determinadas entidades chechenas, de modo que la empresa de Tcherney ingresaba allí el dinero y luego estas debían transferirlo al banco para que se hicieran los pagos correspondientes.

Hasta ahí todo era relativamente normal; el problema es que las entidades chechenas solo hacían avisos de ingresos al banco central, pero no transferían realmente el dinero, que en cambio sí llegaba ya en rublos a la empresa de aluminio. Cuando el banco comprobaba que la cantidad anunciada no estaba en sus arcas, se la retiraba a las empresas de aluminio, que, por tanto, se quedaban sin cobrar. Había otro dato interesante: siempre según informes policiales, las intermediarias financieras estaban también controladas por Tcherney.

Como es lógico, las autoridades rusas abrieron una investigación para poner al descubierto a los implicados en el fraude, pero nunca se pudo llegar a acusar al oligarca, a pesar de que se amontonaban los indicios en su contra. Una de las razones por la que no se le pudo vincular a estos hechos fue el asesinato del intermediario checheno que estaba en contacto con el banco central ruso y que hacía los avisos de ingreso del dinero. El crimen se convirtió así en un cortafuegos insalvable para que avanzara la investigación.

—He recibido una llamada de un hombre que dice ser jefe de prensa de Tcherney en España. No le he hecho mucho caso, porque a estas alturas no me fío de nadie. ¿Vosotros sabéis quién puede ser?

—Sí, hay algún otro compañero tuyo que ha recibido esa misma comunicación. Según nuestras noticias, es un miembro del Mossad (servicio secreto israelí) que trabaja para él.

—No empecemos; sois únicos para dar noticias tranquilizadoras... En fin, la verdad es que no sé de qué nos sorprendemos, ¿verdad Cruz? Está claro que juegan fuerte.

La investigación en la que está imputado Michael Tcherney, sobre quien pesa una orden de busca y captura internacional dictada por España, pero también sus antiguos colegas Oleg Deripaska o Iskander Majmudov, es, probablemente, una de las más delicadas de cuantas se hayan abierto en nuestro país. Afecta al corazón financiero de Rusia y también a sus íntimas relaciones con el poder político. Altera las relaciones diplomáticas entre las dos naciones y la partida se juega en varios tableros; además de los dos citados, en Israel, Gran Bretaña, Estados Unidos e incluso en Chipre. Todo ello da lugar a un complicado laberinto de intereses y equilibrios inestables, en el que además aparecen prestigiosos bufetes de abogados —sirva como ejemplo que Cuatrecasas defiende a Tcherney y el despacho del catedrático de Derecho Penal Horacio Oliva a Deripaska—; *lobbys* de presión —sería ilustrativo que alguna vez saliesen a la luz determinados episodios vividos por el instructor y el fiscal

Anticorrupción— y agencias de comunicación a las que les gusta utilizar métodos persuasivos.

Todo había comenzado en marzo de 2006, coincidiendo con la llegada de un refuerzo a la Fiscalía Anticorrupción que, con el tiempo, tomaría el relevo de un compañero que había decidido enfocar su vida por otros derroteros tras tener una actuación decisiva en la lucha contra las mafias rusas. En esas primeras conversaciones entre ambos, las clásicas cuando se busca la colaboración no solo de un profesional, sino ante todo de un amigo, surgió el primer dato de interés.

—Mira, según mi opinión, en la operación Avispa hay una enorme lavadora de dinero y está aún sin investigar.

—¿De qué me hablas?

—Aún no hemos podido empezar con este asunto, pero en los registros de los domicilios de Oleg Tchoubine y Natalia Tchernobrovkina han aparecido documentos de una empresa, Vera Metallurgica, con sede en Alicante. Tiene toda la pinta de que puede ser un instrumento para blanquear dinero a paladas. Creo que incluso han aparecido cheques, aunque eso no lo sé seguro. Me parece que hay un campo enorme para trabajar, ya me lo dirás.

—Bien, de acuerdo. Me pongo con ello.

Los documentos, en efecto, existían, pero no eran cheques, sino recibos o facturas de gastos personales realizados por la mujer con cargo a Vera Metallurgica y una tarjeta de presentación de Tchoubine como delegado en España de la firma. Según las informaciones en poder de la Policía, este individuo, huído de la operación Avispa y a su vez muy relacionado con el oligarca Oleg Deripaska, ocupaba un lugar destacado dentro de la organización de Vladimir Tiurin, la Bratskaya. También se encontró valiosa documentación bancaria de esa sociedad que indicaba que tenía una capacidad económica sobresaliente.

La orden del fiscal fue la de centrarse en la empresa sospechosa. Se supo así que se había constituido en 2001 con un capital de 278.500 euros y que su objeto social principal era el comercio, transformación y manipulación de metales y la promoción y construcción de edificaciones. Los socios constituyentes fueron el abogado español José María Pérez-Hickman, Eugen Aschenbrenner —ambos con el uno por ciento de los títulos— y Karman Enterprises, Ltd., firma con sede en Chipre que suscribió el noventa y ocho por ciento restante, aunque pagó con el dinero que le prestó otra sociedad igualmente radicada en ese país. Informes del FBI y de la Policía alemana vinculan directamente a Aschenbrenner con Michael Tcherney y evidencian, además, que ese individuo había actuado en el acto de constitución de Vera en representación de Karman, controlada a su vez por el oligarca.

Las gestiones sobre Vera Metallurgica depararon más sorpresas. Con una simple búsqueda en Internet se comprobó que la empresa estaba íntimamente relacionada

con la Compañía Metalúrgica y Minera de los Urales —UGMK en su acrónimo en ruso— controlada por Majmudov y Deripaska, ambos vinculados con Izmailovskaya según distintos informes policiales. Esta vez, al contrario de lo que sucedió cuando se detectó la página web de Lukoil que informaba de que Zakhar Kalashov ocupaba un alto cargo en la petrolera, sí se hizo la correspondiente captura. Fue una medida decisiva, porque solo unos meses después, de forma misteriosa, esa información tan relevante desapareció de la red.

Las enormes sumas de dinero que había manejado Vera Metallurgica resultaban sorprendentes. Después del bloqueo de sus cuentas ordenado por el juez Andreu tras Avispa, se sucedieron los intentos de los socios de sacar el dinero que había en ellas, alegando que tenían que hacer frente a unos supuestos gastos. Las investigaciones demostraron que los motivos esgrimidos eran ficticios, toda vez que, según las vigilancias realizadas por la Guardia Civil entre abril y septiembre de 2006, su actividad comercial era prácticamente nula, no tenía horarios de apertura ni de cierre y ni siquiera se pudo detectar la entrada de ningún empleado en las instalaciones.

La forma de operar de la empresa era sencilla. Vera compraba, real o, en muchas ocasiones, de forma ficticia chatarra de aluminio a una empresa rusa, que luego la trasladaba a España en barco. A mitad de travesía se cambiaba el nombre de la suministradora por el de otra con sede en Chipre, a la que se pagaba una cantidad mayor. La mercancía llegaba al puerto de Sagunto y la sociedad española la vendía en el extranjero. Todas las compañías implicadas estaban controladas por las mismas personas, por lo que con cada operación se lograba lavar una importante cantidad de dinero: la diferencia entre el precio supuestamente pagado al principio y el que luego se abonaba en cada etapa.

A principios de 2007, la Unidad de Apoyo de la Fiscalía Anticorrupción había conseguido ya desentrañar todas las actividades de blanqueo realizadas por Vera Metallurgica, que se prolongaron desde 2001 hasta 2005, momento en que dejó de operar por las desavenencias surgidas entre Tcherney y Deripaska. Basta con recoger unos simples datos para conocer la magnitud del lavado. En ese periodo, salieron al exterior más de diecinueve millones de euros en divisas, mientras que el valor total de lo importado no llegó a los nueve. Por tanto, en solo cuatro años había casi once millones de euros sin justificar. Además, se detectó un delito contra la Hacienda Pública de los responsables de la empresa por haber defraudado casi 400.000 euros, al descontar el IVA en las declaraciones de la sociedad sin tener derecho a ello.

Por aquel entonces se disponía de elementos suficientes para judicializar la investigación, lo que hizo Anticorrupción a principios de abril. En el escrito que presentó en el juzgado de Andreu figuraban como imputados, entre otros, los tres grandes oligarcas —Tcherney, Deripaska y Majmudov—, Aschenbrenner, Tchoubine, Tiurin y un hombre llamado Frank Neuman. Estaba considerado policialmente como

un empresario que, sin formar parte en sentido estricto de la Izmailovskaya, sí hacía negocios con esa organización mafiosa. De hecho, era socio y mantenía una estrecha relación con Tcherney. Meses más tarde se volvería a tener noticias de él al aparecer en las intervenciones telefónicas realizadas en la operación Troika.

La irrupción en escena de Frank Neuman fue una de las claves en esta investigación, porque alrededor de él surgieron datos que dieron un nuevo impulso al caso. Este hombre, nacido en Rumanía en 1948, aunque tiene la nacionalidad estadounidense, decidió dejar de tener relaciones con el oligarca en 2007 y continuar con sus negocios en solitario. La reacción de Tcherney no se hizo esperar: ordenó a sus abogados de Cuatrecasas que presentaran dos demandas civiles contra él, en Denia y en Valencia, y otra más, multimillonaria, en Londres. Quería acabar como fuera con su antiguo amigo, dejarle en la calle y para ello dio órdenes expresas a sus letrados de que demostraran ante los tribunales que todo lo que tenía Neuman era suyo, que el dinero que utilizaba se lo había proporcionado él, de tal forma que debía devolverle casi todo. Junto a esa estrategia legal, puso en marcha otra, de presión, que incluyó, por ejemplo, el envío de un helicóptero para que sobrevolase la residencia de su nuevo enemigo.

Lo cierto es que durante casi un año los encargados de la investigación no tuvieron el menor conocimiento de que se habían interpuesto las citadas demandas, algo que solo supieron por una oportuna información llegada desde una fuente fiable. Al incorporar las mismas al proceso penal y analizarlas a fondo, fue cuando aparecieron novedades, puesto que contenían una serie de afirmaciones que dibujaban un perfecto entramado de lavado de dinero.

En efecto, según esa documentación, Neuman había creado o era el representante en España de varias sociedades que Tcherney empleaba para adquirir propiedades en nuestro país, en concreto en la Comunidad Valenciana. Y no se trataba de inversiones pequeñas, ya que en conjunto superaban los nueve millones de euros e incluían, además de fincas, un hotel.

Para hacer las compras, Tcherney transfería cantidades millonarias a las empresas con las que operaba Neuman, si bien lo hacía desde otras sociedades con base en Chipre, igualmente controladas por él pero en las que tampoco aparecía su nombre en registro alguno. Así, estas últimas hacían «préstamos» a las primeras —alguno de más de cuatro millones de euros— y posteriormente la compradora debía ceder la propiedad a quien ordenase el oligarca. Las firmas que proporcionaban el dinero habían sido inscritas en las Islas Vírgenes británicas y solo se sabía quiénes eran sus socios; el resto se ignoraba.

Como se ve, todos estos datos, que ponían al descubierto el mecanismo de lavado de capitales, no se consiguieron después de una intensa labor de investigación, sino que estaban incluidos en las demandas civiles, en las que los propios abogados del

oligarca afirmaban sin reparos que era su cliente quien controlaba las empresas que operaban en Chipre. En definitiva, admitían que era capaz de ordenar préstamos millonarios entre sociedades con las que en apariencia nada tenía que ver, y de decidir luego quién se quedaba con la propiedad que se adquiría con ese dinero... En alguno de los casos, como el de una finca en Moraira por la que se pagaron 800.000 euros, los letrados llegan a afirmar que «se compró por orden del Sr. Tcherney, quien financió la operación a través de una de sus sociedades, Fairnet Services, Ltd.», en la que por supuesto no aparece el nombre del empresario imputado por ningún lado.

Asimismo, en un fax de 9 de enero de 2007, uno de los lugartenientes de Tcherney escribe que «la semana pasada, tal como prometió FN [Frank Neuman], recibí los estados de cuentas en relación con Acacia [la empresa que compró la finca de Moraira, de la que Neuman era representante] y los informes de las cantidades que se han gastado». Posteriormente esa misma firma recibió casi dos millones de euros como nuevo préstamo de Fairnet Service, que según los abogados del propio oligarca tenía como finalidad «encargar y financiar una serie de adquisiciones inmobiliarias en España». Los letrados añadían que ese dinero transferido no era un préstamo, sino «un mandato».

Quizá hoy el bufete que asesora a Tcherney se lamente por los términos en que presentó las demandas de Valencia y Denia, pero también es cierto que era difícil adivinar que alguien pudiese conectar esos escritos con la investigación abierta por la Audiencia Nacional. Para su desgracia, esa información llegó a los investigadores y ahora el horizonte penal de su cliente en España es más tenebroso que el del resto de imputados en este procedimiento, puesto que no solo está implicado en las actividades de Vera Metallurgica, sino también en la compra de propiedades en España por valor de varios millones de euros con el fin, según los indicios disponibles, de blanquear grandes sumas de dinero.

Lo más curioso es que, al menos de forma pública, Tcherney aún se pregunta por qué España ha dictado contra él una orden internacional de busca y captura y se muestra convencido de que alguien ha engañado al juez y al fiscal del caso para que actúen en su contra. Además, justifica su negativa a declarar en nuestro país en que sería encarcelado de inmediato —en eso no se equivoca—, y no está dispuesto a pasar por ese trance. En estas condiciones, o se consigue su extradición, algo en lo que Israel tiene la última palabra, o va a ser muy complicado sentarle en el banquillo de los acusados.

GUERRA A LA IZMAILOVSKAYA

Arrogante, de mirada profunda y fría y gesto adusto, Jalol Haidarov, el hombre que ha decidido convertir el resto de su vida en una guerra a muerte contra la

organización mafiosa Izmailovskaya, accedió, gracias a la mediación de Alemania, a declarar ante el juez de la Audiencia Nacional Fernando Andreu y el fiscal Anticorrupción. Lo hizo el 20 de abril de 2007 en Stuttgart, en una antigua cantina de la Brigada Móvil de Böblingen que aún conservaba la barra de bar, y además del magistrado y el representante de la Fiscalía estaban presentes sus colegas alemanes.

El objetivo de la comparecencia era obtener un testimonio de primera mano que confirmase las graves acusaciones contra Michael Tcherney, Oleg Deripaska e Iskander Majmudov que se contenían en los distintos informes policiales incorporados ya al sumario. En España, el proceso abierto contra ellos era principalmente por blanqueo y había que apuntalar el delito base; es decir, demostrar que el dinero de estos individuos, el que les sirvió para levantar un imperio económico, procedía del crimen organizado.

Haidarov no era ningún desconocido para el juez y el fiscal españoles, que ya habían leído muchas de sus declaraciones realizadas ante la justicia alemana e israelí. Conocían que había interpuesto en Nueva York una demanda multimillonaria contra los tres oligarcas citados y precisamente sobre ese asunto se le hizo la primera pregunta:

—Sí, he interpuesto una demanda allí contra un grupo de personas de Izmailovskaya, los señores Michael Tcherney, Iskander Majmudov y Oleg Deripaska. Además también he denunciado a Anton Malevski [jefe criminal del grupo] y a Alexander Abramov. La razón es que nos han robado de forma violenta a mi socio y a mí tanto acciones como dinero. Se trataba de la empresa Kochkanarsky GOK, que está valorada en 1,2 millardos de dólares, y de otras sociedades que no se mencionan aquí.

(...)

—¿Qué sabe sobre la muerte de Felix Lvov?

—Majmudov y Malevski me dijeron que el grupo Izmailovskaya se lo había cargado. En Israel no lo dije de esta manera, ya que este grupo tiene una gran influencia en ese país e incluso uno de sus miembros quiere convertirse en ministro. Ya lo es, aunque no tiene ninguna autoridad sobre la Policía. Se llama Liebermann [es el actual ministro de Asuntos Exteriores y ex ministro de Asuntos Estratégicos], un antiguo chófer del señor Tcherney.

—¿Fue amenazado o extorsionado por Majmudov?

—Le conozco desde los años setenta, era mi amigo. Después de que me amenazara no he vuelto a tener contacto con él. Malevski, Majmudov y otros me amenazaron. Me dijeron que si no entregaba las acciones de GOK no me volverían a ver más con vida. Yo les dije que no me amenazaran y me fui. Majmudov ha sobornado a muchos funcionarios públicos a través de pagos que hacía una empresa llamada Blond Investments. Todo el dinero que entraba en ella se utilizaba para

sobornos. La empresa estaba registrada a nombre de Tcherney, aunque los gestores reales eran abogados. En Moscú el director era Majmudov. Se podía gastar en esto unos veinte o treinta millones de dólares al año.

A lo largo del interrogatorio Haidarov fue explicando los métodos de blanqueo que utilizaba la organización mafiosa e incluso dibujó un par de esquemas a mano para hacerse entender mejor. Lo cierto es que cada respuesta que ofrecía el testigo, que había ocupado un puesto de máximo nivel en las empresas de Izmailovskaya y por tanto tenía un conocimiento de primera mano de lo que sucedía, era una nueva confirmación de que el procedimiento en España no solo podía seguir abierto, sino avanzar de forma decisiva.

—Se dice que Malevski murió en el año 2001 en Sudáfrica [al parecer, no se le abrió el paracaídas].

—Yo no estuve en su entierro. Pero he visto una foto del lugar del suceso, o sea, del lugar donde murió. Era el lugar en el que entró en la tierra. Aunque en ninguna foto se ve su cara.

El interrogatorio continuó con más precisiones sobre Derispaska —«No era socio, sino subordinado de Tcherney»—; la *obschak* o caja común de las mafias rusas —«Hay lo que se llama una empresa madre que recauda todo»—, y también sobre los bancos que utilizaba el grupo. Se trató, por tanto, de una cita muy provechosa, sobre todo porque a una pregunta directa del juez el testigo se mostró dispuesto a que se utilizara su relato en el proceso abierto en España. Pero antes de que finalizara la comparecencia, hubo otra sorpresa.

—Me gustaría decir una cosa más. Diez días después de venir la primera vez aquí, a Alemania, recibí una llamada de advertencia desde Moscú. Ellos estaban al corriente de todo lo que sucede aquí. Sabían, por ejemplo, el nombre del policía que investiga y aseguraron también que sabían cómo se llamaba el fiscal, aunque no dijeron su nombre. Propusieron zanjar el tema. Según entendí, ellos mismos solucionarán los problemas con el agente. Lo saben todo de él. Si ellos me dicen esto de este modo, entonces sabrán lo que van a hacer con esa persona. Para ellos no es ningún problema. Entonces hablé con otro señor que es senador del Gobierno en Rusia. También me pidió que normalizara mi relación con Izmailovskaya. Me dijo que me pagarían algún tipo de indemnización. Quieren solucionar ellos mismos los problemas con el investigador. Simplemente, no sabe lo poderosa que es esta organización, que puede llevar a cabo cualquier tarea que quiera. El ochenta por ciento de los colaboradores de Izmailovskaya son antiguos trabajadores del Ministerio del Interior y del Servicio de Inteligencia. Por ejemplo, parece que el jefe de seguridad de Rusal [el *holding* de aluminio que ahora controlan Roman Abramovich y Oleg Deripaska, tras la salida fulminante de Tcherney por orden del segundo] era el antiguo primer representante del jefe de la KGB. Coordinan también

sus actividades en el extranjero, como por ejemplo en Israel (...). En sus filas tienen departamentos enteros de antiguos analistas del FSB. Por ejemplo, uno de ellos analiza solo la prensa y otro todos los delitos. (...) No son unos granujas callejeros; se trata de especialistas que vienen de diferentes administraciones u organizaciones. Es una estructura muy complicada que ustedes todavía no han examinado totalmente.

Nadie había hecho una descripción tan precisa de Izmailovskaya en tan pocas palabras. La fortaleza del enemigo al que se enfrenta España en este sumario abierto por blanqueo de dinero y asociación ilícita quedaba muy clara tras este testimonio. Pero ni el juez ni el fiscal iban a dar un paso atrás.

Haidarov ha prestado ya una veintena de declaraciones, la mayoría en Israel, donde reside, y también alguna más en Alemania. En cada una de ellas revela detalles concretos sobre la estructura y *modus operandi* de Izmailovskaya, e incluso ha presentado dos denuncias contra el fiscal general de Rusia. La segunda de ellas, de julio de 2004 —muy anterior, por tanto, a su declaración ante el juez y el fiscal españoles—, es particularmente demoledora puesto que acusa a la justicia de su país de mantener la impunidad del grupo mafioso a pesar de las pruebas que se acumulan contra él.

«Quiero manifestar de forma oficial —afirma en el documento— que existen relaciones directas de la organización criminal arriba indicada —se refiere, claro está, a Izmailovskaya— con los organismos del orden público, en primer lugar con la Fiscalía General y el Ministerio de Asuntos Interiores. Lo sé por experiencia propia. Ya desde el año 1996, por encargo de Tcherney se entregaban enormes sumas de dinero en dólares a altos cargos de la Fiscalía General y del Ministerio de Interior. En particular, en 1996, yo personalmente entregué 200.000 dólares a Victor Rushaylo — luego ministro de Interior— con el fin de sobreeser una causa criminal contra Anton Malevski».

Cada una de las diecisiete páginas de la denuncia recoge hechos que ponen los pelos de punta. Así, acerca del asesinato en Rusia del ciudadano estadounidense Felix Lvov, en 1995, sobre el que luego sería preguntado por el juez español, asegura que fue cometido por encargo del grupo de Tcherney, Malevski, Deripaska y Majmudov. Según su versión, el crimen estaba «relacionado con el reparto de la propiedad en el sector del aluminio, en particular con el control sobre el reparto de los beneficios de la fábrica de aluminio Krasnoyarsk y con la lucha por las acciones de dicha empresa, lo que las personas indicadas relataban abiertamente a mí y a otros testigos, los cuales están dispuestos a prestar declaración al respecto».

En total, Haidarov relataba con pelos y señales diez asuntos de enorme gravedad, incluidos varios asesinatos, que conocía de primera mano y sobre los que estaba dispuesto a aportar testigos y documentos. Lo más curioso de todo es que también el fiscal general estaba al corriente de esos casos, porque se habían abierto

investigaciones sobre ellos, aunque se cerraron en falso.

El arrojó de Haidarov, aunque sea producto de razones personales, ha resultado fundamental para que se condene por primera vez a un miembro de la mafia rusa en Alemania y queden bajo sospecha permanente toda una serie de personajes. Alexander Afanasiev, jefe de seguridad de Izmailovskaya, fue sentenciado el 20 de octubre de 2009 a cinco años y medio de prisión por blanqueo y expulsado del país, tras aceptar la pena. La sentencia recoge, de forma expresa, que Tcherney (con quien se relaciona directamente) «se ha beneficiado de Izmailovskaya para sus intereses económico-delictivos». Alemania, tras veinte años de lucha contra estas mafias, ha conseguido así un hito que se antojaba imposible puesto que la causa contra Tambovskaya, por ejemplo, ni siquiera ha llegado jamás a un tribunal. El veredicto supone además un balón de oxígeno para España, al incluir una serie de elementos concretos: la estructura del grupo, que ese grupo existe y no es una entelequia, y que realiza actividades criminales para la potente organización de Izmailovo.

La Policía alemana conoce de primera mano las presiones y amenazas sufridas por Haidarov (la Fiscalía rusa trató de involucrarlo en negocios de drogas cuando empezó a denunciar a los oligarcas), así como las tensiones vividas por el tribunal debido a las continuas maniobras de los abogados contratados para la ocasión.

—Un colega mío recibió una petición muy especial —explicó un agente de ese país a los investigadores españoles—. Una mujer muy cercana al grupo quería entrar en el programa de testigos protegidos. Por supuesto, fue aceptada y al poco pidió que la sacaran. Su abogado aseguró que mi compañero la había presionado por métodos ilegales y le intentaron acusar de una historia muy sucia —relató el agente.

—¿Cómo se resolvió el asunto? —le preguntaron, a sabiendas de que en España se han fraguado chanchullos parecidos.

—Mi compañero siempre tuvo testigos al interrogarla y además estaba todo documentado y por escrito. Ella se dio cuenta una semana antes del juicio de que no nos íbamos a cruzar de brazos y entonces el abogado declaró que su cliente se había equivocado.

—¿Así se zanjó? ¿El tribunal no ha tomado ninguna medida?

—El juez actuó de forma impecable. Pero supongo que ya sabéis que estos no se andan con bromas. Nosotros hemos calculado que en el proceso de Alemania se han gastado más de ocho millones de euros en abogados. Con el asunto Afanasiev se han quedado tocados; yo creo que no lo esperaban y la organización está más marcada que nunca. También Haidarov, claro. El problema que tiene Rusia es no cabrear a Deripaska. No nos extrañaría que reciba alguna ayuda extra.

LA HUIDA DE TCHERNEY

La declaración de Haidarov ante Andreu y el fiscal, así como la documentación que se iba acumulando procedente de distintos países sobre las personas imputadas en el procedimiento, provocaban cierta satisfacción entre los investigadores. Sin embargo, aún había algunas espinas clavadas, muy especialmente por los pocos imputados a los que se había podido interrogar. De hecho, a finales de 2007 solo habían pasado por el juzgado el abogado español Pérez-Hickman y Oxana Tchernobrovkina, personas de relieve en la organización investigada, pero no de primera fila.

Por tanto, resultaba de enorme importancia conseguir que sobre todo Michael Tcherney y Oleg Deripaska, informados ya con detalle de que España había abierto un procedimiento penal contra ellos, se presentaran en el juzgado. A través de sus abogados se mantuvieron contactos para que accedieran a prestar declaración, y también se pidió auxilio judicial a Israel y Rusia, los lugares donde ambos residían.

La falta de avances durante buena parte de 2008 —en octubre prestó declaración en la Audiencia Nacional Frank Neuman— comenzaba ya a ser irritante. Empezaba a estar claro que ninguno de los dos oligarcas declararía de forma voluntaria y tampoco se vislumbraba que Israel o Rusia fueran a colaborar. Había que dar, por tanto, un golpe de autoridad, y aunque aún se mantuvo la paciencia durante varios meses, en mayo de 2009 se decidió pasar al ataque. En esa fecha, el magistrado Fernando Andreu dictó una orden de detención internacional contra Michael Tcherney, lo que suponía que en cuanto saliera del país hebreo tendría que ser arrestado. Así al menos debería ser si se cumplían los acuerdos internacionales, pero, como se verá, hay veces que determinadas autoridades prefieren proteger a este tipo de elementos antes que cumplir sus obligaciones con un Estado democrático y de Derecho como es España.

Pronto surgirían novedades. En junio, la Fiscalía Anticorrupción recibió una información clave según la cual Tcherney había abandonado Israel y se encontraba en Londres. No solo eso. Había datos precisos de que un día concreto y a una hora exacta estaría en el céntrico hotel Millenium, el mismo en el que años antes había sido envenenado el ex espía Litvinenko con Polonio 210. La fuente era fiable al máximo por el puesto que ocupaba.

El fiscal descolgó el teléfono y pidió a las autoridades británicas que fuesen a detenerlo. Desde el minuto uno los ingleses comenzaron a poner pegas, aunque la firmeza del interlocutor les obligó a comprometerse a cumplir con su obligación. Había una orden internacional de detención y se disponía de información exacta de su paradero. ¿A qué estaban esperando para actuar?

Tras esa tensa conversación, en Anticorrupción se esperaba que el arresto de Tcherney fuera cosa de poco tiempo, entre otras razones porque habían llegado nuevos datos que confirmaban los anteriores y de nuevo se habían puesto en conocimiento de las autoridades británicas. «Si no lo hacen es porque no les da la

gana», pensaba el fiscal.

Tenía toda la razón. No les dio la gana, porque investigaciones posteriores confirmaron que el día y a las horas en que se dijo a los ingleses que el oligarca iba a estar en el hotel Millenium ese tipo estaba allí. Se comprobó por fuentes directas; incluso algún testigo relató que estaba sentado en una mesa de la cafetería acompañado por otro hombre, sin que nadie les molestara.

—Lo siento, cuando hemos ido al hotel no le hemos encontrado, era demasiado tarde —se justificó el interlocutor británico.

—Estaba en la cafetería, de modo que no mientan.

—¿En la cafetería? No sabíamos que estaría allí y no lo hemos visto...

—¡Lo han dejado escapar! ¡Basta! ¿Creen que somos tontos?

El fiscal colgó el teléfono sin despedirse, indignado por la actuación de las autoridades británicas, que habían dado muestras evidentes de que no pensaban colaborar con España en este asunto. Tcherney tiene demasiados intereses allí y, por lo que se ve, al menos en este asunto, mucho más importantes que las relaciones entre dos países que forman parte de la Unión Europea. Pero el episodio, además, demostraba el poder del individuo investigado.

Estaba claro ya que de Gran Bretaña no se podía esperar nada, pero quedaba abierta la segunda posibilidad: convencer a Israel de que extraditara al imputado. Cuando se redactan estas líneas, aún se trabaja en esta dirección, aunque los resultados son por el momento inciertos. El oligarca tiene a su favor que mantiene unas relaciones privilegiadas con destacados miembros del Gobierno hebreo —el caso de Liebermann es paradigmático— y que ha prestado algunos servicios muy relevantes a ese país. Entre ellos, la compra de misiles rusos que puso a disposición del Ejército, pero, sobre todo, la creación de una fundación de ayuda a las víctimas del terrorismo, un aspecto este muy sensible en un lugar donde se sufren con mucha frecuencia los zarpazos de las organizaciones asesinas palestinas.

Pero también hay factores que juegan en su contra. En la actualidad, el ministro de Interior analiza si revoca la nacionalidad israelí a Michael Tcherney, que además está inmerso en un proceso judicial por haber intentado hacerse con el control de la empresa de telecomunicaciones Bezeq. Esta firma tiene un tratamiento diferenciado en ese país al considerarse estratégica para la seguridad del Estado hebreo, que por esa razón es titular de un importante paquete accionario. El oligarca, junto a otros tres individuos, ideó una estrategia para hacerse con casi el veinte por ciento de los títulos sin que él apareciese como propietario, ya que sabía que el Gobierno vetaría de inmediato su presencia en la compañía. En concreto, en este sumario está acusado de blanqueo de dinero e intento de apoderamiento ilegal de Bezeq, pero sobre todo su futuro se complica porque ha intentado influir en un sector clave para Israel.

En la trama investigada también jugaba un papel importante Teodor Babkov, un

búlgaro que es el auténtico hombre de confianza de Tcherney, al que representa en las transacciones financieras y societarias para ocultar la auténtica titularidad de los bienes que están al servicio del multimillonario y de esa forma impedir que se conozca su origen delictivo. Frank Neuman le señaló en su declaración ante la Audiencia Nacional como la persona que utilizaba el oligarca para transferirle importantes cantidades de dinero, que de forma habitual procedían de cuentas de Chipre, aunque en alguna ocasión también de Liechtenstein.

En 2009, Babkov accedió a ser interrogado como imputado por el juez y el fiscal Anticorrupción, porque sabía que si no comparecía se dictaría contra él una orden internacional de detención. Asegura ser diputado constituyente del Parlamento de su país y, según parece, es el presidente del Levski Spartak de Sofía, uno de los principales clubes de fútbol búlgaros.

El grado de amenaza que supone Tcherney para España no es desdeñable. Según los expertos, es evidente que si pudiera desestabilizaría nuestro país, y mucho más en un momento en que se siente en peligro. Sin embargo, ahora no tiene capacidad para ello. Todo lo contrario que su antiguo socio y en la actualidad peor enemigo, Oleg Deripaska, quien sí podría hacerlo porque tiene a una parte del Estado ruso detrás.

DERIPASKA, POR FIN ANTE EL JUEZ

Oleg Deripaska, además de ser sospechoso de blanquear grandes cantidades de dinero en España, es también uno de esos tipos que se creen impunes, que piensan que no hay leyes, ni Estados, ni normas que le obliguen a seguir otras pautas que no sean las de su santa voluntad; que consideran que están por encima del bien y del mal y que, por tanto, nadie tiene derecho a pedirles explicaciones. Relativamente joven — nació en enero de 1968—, en sus 43 años de vida ha logrado amasar la mayor fortuna de Rusia, primero al calor de Tcherney y más tarde, cuando consiguió mantener relaciones privilegiadas con Putin, ya en solitario. Como sucedió con su mentor, al que no tuvo el menor inconveniente en traicionar, según afirma este, el imparable ascenso del oligarca se produjo dentro del sector de las materias primas, en particular el aluminio. Y al igual que su padre criminal, se fundió con Izmailovskaya para llegar a lo más alto.

La revista *Forbes* le consideró en algún momento una de las diez primeras fortunas del mundo, si bien la crisis económica le ha afectado de forma muy especial. Él mismo lo explicaba a finales de 2009 en una entrevista publicada en *El País* en la que, sin embargo, no hacía alusión alguna a su condición de imputado en España. Para ser justos, lo cierto es que tampoco la periodista que hizo el trabajo le preguntó sobre esta cuestión.

En julio de 2007, Deripaska comenzó a hacer movimientos para que su empresa

Rusal, que controla cerca del ochenta por ciento del mercado ruso de aluminio, cotizara en la bolsa de Londres. Pretendía deshacerse del veinticinco por ciento de las acciones para, de esta forma, lograr una capitalización de 30.000 millones de dólares, lo que provocó grandes recelos en la *city* londinense, donde se conocía bien su historial, en especial los métodos violentos y al margen de cualquier principio ético de los que se benefició en su carrera hacía el éxito empresarial.

Las autoridades británicas veían con preocupación el rosario de demandas a las que tenía que hacer frente el oligarca —sobre todo la de Tcherney, que le acusa de haberle robado el veinte por ciento de los títulos de Rusal—, lo que a sus ojos le hacía muy vulnerable en Europa. No así en Rusia, donde era evidente que actuaba bajo la protección del Kremlin, otro elemento que tampoco entusiasmaba en el Reino Unido por lo que supone de distorsión en una economía de libre mercado.

Llamaba sobre todo la atención la habilidad con la que este individuo había gestionado la transición de Yeltsin a Putin, teniendo en cuenta que incluso tenía lazos familiares con el primero. Aun así, logró en poco tiempo hacerse un hueco en el círculo íntimo del nuevo presidente ruso, adoptando el papel de patriota que no separa sus intereses de los del Estado, quizá porque sabía muy bien que si lo hacía comenzaba a cavar su propia tumba.

Desde un punto de vista personal, según informes de Inteligencia, Deripaska es un individuo reservado y poco de fiar, que cuenta con escasos pero buenos amigos. Apenas duerme, trabaja dieciocho horas al día y no acudió al funeral de Yeltsin porque, según dijo entonces, estaba demasiado ocupado. Hay quien afirma que, a pesar de tener decenas de propiedades, prácticamente vive en su *jet* privado y vuela de país en país para enlazar unas reuniones con otras. Alguien que ha trabajado con él le define como despilfarrador, brillante y frenético, mientras que quienes se han enfrentado con el magnate aseguran que es enemigo implacable.

En una de sus declaraciones, Haidarov explicaba que Deripaska era un «socio menor» de Tcherney y en el testimonio que prestó ante el juez y el fiscal españoles en 2007 dio una idea del papel que jugaba este individuo dentro de la organización, hasta que en 2006 dio el golpe de mano y arrojó a su valedor a las tinieblas.

La nula colaboración de Rusia para que por fin el juez y el fiscal Anticorrupción españoles pudieran interrogar al oligarca comenzaba a ser un asunto molesto en las relaciones entre los dos países. Entre otras razones, porque en medio de esta polémica habían viajado a nuestro país importantes autoridades judiciales rusas que pedían información sobre qué altos cargos podían estar implicados en la mafia. Aquí se les habían aportado algunos datos importantes —no todos, claro, dados los antecedentes, pero sí un informe bastante detallado—, como prueba de buena voluntad. En justa reciprocidad, se esperaba un gesto, que parecía no llegar nunca.

Hubo un primer amago de colaboración en noviembre de 2009, cuando Garzón

estuvo a punto de viajar a Moscú para interrogar al diputado Reznik, imputado en la operación Troika, pero no fructificó.

En enero de 2010 la situación cambió. Rusia comunicó al juez Andreu y al fiscal que podrían interrogar a Deripaska, pero sugería que fuera en calidad de testigo y no de imputado. España se negó en redondo. Las cosas estaban muy claras: o se cumplían nuestras condiciones o no habría declaración. Pasado algún tiempo, sin embargo, los rusos dijeron que se habían solucionado todos los problemas y que se haría conforme a la posición española. La cita sería el 12 de mayo en Moscú.

Aquello parecía un triunfo, pero ni el juez ni el fiscal las tenían todas consigo. Eran ya demasiadas las veces en las que en este tipo de investigaciones lo que parecía evidente luego se torcía por algún extraño motivo. Por tanto, había que obrar con la máxima cautela; nadie sabía lo que les podía esperar en la capital rusa, donde temían una encerrona, dada la importancia del personaje.

Desde que Andreu y el fiscal pusieron el pie en Moscú las atenciones por parte de sus colegas rusos fueron constantes. Daba la sensación de que se quería ganar su confianza para hacer más llevadero un trámite que, no hay que olvidarlo, para España era solo la toma de declaración de un imputado pero que para Rusia suponía poner en el disparadero a uno de sus empresarios más importantes, un multimillonario que tiene estrechas relaciones con el jefe del Ejecutivo, Vladimir Putin. Tan estrechas, que hay unas imágenes que se pueden consultar en Youtube en las que el por entonces todopoderoso inquilino del Kremlin echa una bronca a Deripaska.

El interrogatorio, que se realizó en el despacho de uno de los principales colaboradores del fiscal general ruso, Yuri Chaika, comenzó a la una y cuarto de la tarde y se prolongó durante cinco horas, con una pausa de veinticinco minutos para comer y otra de casi una hora para aclarar algunos aspectos. Hubo una enorme tensión, motivada tanto por la chulería con la que desde el primer momento se mostró el oligarca como por la actitud sumisa de los anfitriones. Y un detalle significativo: el magnate ocupó el mejor asiento de la austera sala y se recostó para dar a entender con ese lenguaje no verbal que quien de verdad mandaba allí era él.

—¿Cuál es el problema y cómo puedo solucionarlo? —espetó Deripaska antes de comenzar la diligencia.

—El problema es que le imputamos más delitos —le respondió en tono severo Andreu, que en un determinado momento, harto de las bravuconadas del presunto mafioso, amenazó con marcharse de allí si no se le trataba con el respeto exigible.

Los rusos, viendo el cariz que tomaba la situación, decidieron intervenir para tranquilizar los ánimos, muy conscientes de que si se consumaba ese aviso el escándalo saldría en todos los medios de comunicación y su imagen quedaría seriamente comprometida. Porque en este asunto, no hay que olvidarlo, hay expertos que opinan que las autoridades rusas actuaban para intentar lavarse la cara de sus

presuntas complicidades con el crimen organizado.

Con este ambiente comenzó el interrogatorio propiamente dicho, que como era de esperar aportó algunas sorpresas:

—¿Conoce usted a Michael Tcherney?

—Le conocí en mayo de 1994 en Londres, en una cena que organizó la compañía Transworld Group. Michael Tcherney se presentó como uno de los representantes de esta sociedad, que era una importante exportadora de productos metalúrgicos desde el territorio de la Comunidad de Estados Independientes (CEI). Posteriormente se convirtió también en contra-agente de mi empresa. Al comienzo mantuvimos relaciones comerciales y posteriormente me impuso «servicios de seguridad» para mis negocios. Para salvarlos tuve que hacerle a él y a otras personas algunos pagos. Por aquel entonces yo era el director de la Fábrica de Aluminio de Sayanogorsk. De ella dependía el bienestar de toda la ciudad y, como después pude comprender, Tcherney era una persona muy influyente en el mundo criminal. En aquella época se cometió en Moscú un atentado contra mi adjunto, el director comercial. Y yo comprendí que si rechazaba los servicios de Tcherney y de su gente también podría ser objeto de un atentado con el fin de eliminarme. Estas relaciones entre nosotros se prolongaron hasta 2001, hasta el momento en que le pagué a Tcherney 254 millones de dólares en concepto de rescisión. (...) La última vez que le vi fue en 2005, en Ucrania, cuando Yuschenko fue elegido presidente. Hubo un encuentro entre los representantes de negocios rusos y ucranianos. Tcherney me esperó a la salida del edificio y empezó a exigirme que le diera dinero. Tras mi negativa empezó a chantajearme de todas las maneras posibles. En la prensa aparecieron documentos comprometedores contra mí. En Londres se inició un proceso civil en el que me reclama 3.000 millones de dólares, una parte de mi negocio, diciendo que él era mi socio. Considero absurdas sus exigencias, puesto que exigió el cincuenta por ciento de los beneficios, haciendo referencia a que era socio cuando, en realidad, nunca lo fue.

—¿Tiene usted, en el momento actual, algún tipo de negocio en común con Michael Tcherney?

—No, en el momento actual no tengo ningún tipo de asunto en común con Tcherney. No sé dónde se encuentra ni a qué se dedica.

Con esta última respuesta, Deripaska —en realidad eran sus abogados rusos quienes llevaban el peso de las contestaciones— cometió un error importante, quizá derivado de su soberbia natural que le impedía imaginar hasta qué punto las autoridades judiciales españolas conocían sus movimientos. Había mentido y la Audiencia Nacional tenía los documentos que lo probaban, procedentes del pleito que mantiene en Londres con Tcherney. Firmado de su puño y letra hay un escrito, de 8 de abril de 1998, en el que se reconoce accionista de Radom Foundation, una firma

radicada en Liechtenstein que se dedica a administrar sociedades interpuestas. En total, posee el cuarenta y cinco por ciento de los títulos, lo mismo que su mentor, mientras que el tercer socio es Anton Malevski, con un diez por ciento.

Tcherney, en otro documento igualmente firmado por él, señala por su parte que el reparto accionario de la citada fundación es del cuarenta y cinco por ciento para Derispaska, el treinta y cinco por ciento para él, un diez por ciento para Malevski y otro tanto para Majmudov. Este, sin embargo, niega poseer ningún título.

El interrogatorio siguió adelante. El oligarca admitió ser amigo de Majmudov y dijo que le prestó dinero para que comprara una empresa, aunque añadió que esa fue la única vez que mantuvo relaciones comerciales con él.

—¿Conoce a Anton Malevski? ¿Qué relación tiene con él? ¿Ha tenido negocios en común?

—Conocí anteriormente a Anton Malevski. En febrero de 1995 me lo presentó Michael Tcherney en su casa de Israel como la persona que junto con él ayudaba a la compañía Transworld a proteger sus negocios. Tal y como comprendí más tarde, Tcherney y Malevski eran los «protectores» de la compañía; es decir, de forma ilegal obtenían dinero de la compañía mediante la extorsión para no ocasionar daños contra el patrimonio del negocio ni contra la integridad física de sus directivos. Pasados cuatro o cinco meses me convencieron de que si Transworld pagaba, entonces la compañía que yo dirigía también debía pagarles dinero por la «protección». Comprendiendo que en caso de que me negara, mi dinero y mi integridad podrían sufrir daños materiales y físicos, acepté pagarles. La suma de los pagos no era fija y dependía de la complejidad de la situación. No recuerdo cuándo vi a Malevski por última vez, creo que en la primavera de 2001. Nunca he tenido negocios con él.

(...)

—¿Conoce a Frank Neuman?

—No, no le conozco. Nunca le he visto.

(...)

—¿Tiene usted prohibida la entrada en los Estados Unidos?

—No, no la tengo prohibida.

Deripaska acababa de cometer el segundo error importante. Documentos de Inteligencia en poder de la justicia española precisan que en 2007 las autoridades estadounidenses le denegaron un visado de entrada. Para tomar esa decisión, tuvieron en cuenta sus agresivas prácticas comerciales y sus conexiones con el mundo criminal. A día de hoy, el oligarca aún tiene prohibida la entrada a ese país, a pesar de haber trabajado muy duro durante estos últimos años con el objetivo de limpiar su reputación, no solo en Rusia sino a nivel internacional. De hecho, ha gastado enormes cantidades de dinero en contratar numerosos grupos de presión y empresas de relaciones públicas y ha establecido vínculos con personas muy influyentes de

Estados Unidos —como algunos miembros de la familia Rothschild, en concreto Jacob y Nathaniel— que según parece trabajan a favor de sus intereses.

Cuando acabó el interrogatorio, el fiscal ruso que había estado presente mostró su alivio antes sus colegas españoles.

—Bueno, ya no hay ningún problema entonces...

—Mire —contestó de nuevo Andreu—, el señor Deripaska está ahora más imputado que antes y se mantiene la orden internacional de detención que tengo dictada contra él.

El juez de la Audiencia Nacional y el fiscal Anticorrupción estaban profundamente molestos por todo lo sucedido pero, en especial, por el trato de favor, por momentos sumiso, que las autoridades rusas habían dado al oligarca, al que se le había permitido todo tipo de chulerías.

No sería la última razón para su indignación. Cuando llegó el borrador del acta del interrogatorio —no se grabó por razones poco comprensibles—, se vio que los rusos habían hecho constar que Deripaska había declarado como testigo, en lugar de como imputado, como era lo cierto. El asunto era especialmente grave, porque antes de que comenzara la diligencia, el juez y el fiscal españoles habían hecho constar de forma expresa que el multimillonario estaba allí como acusado; es más, como se ha visto, la razón por la que no se le había tomado declaración antes era que España no admitía en ningún caso hacerlo como testigo.

La jugarreta de los rusos puede acabar con la anulación del testimonio de Deripaska y la petición de que vuelva a ser interrogado. Pero más allá de las consecuencias legales, queda claro una vez más que este individuo maneja a su antojo muchos de los resortes de poder de su país.

MAJMUDOV, SEÑALADO POR SU AMIGO

El interrogatorio a Deripaska ofreció alguna otra sorpresa más. Por ejemplo, fue muy significativo cómo se desmarcó de su amigo y socio Iskander Majmudov, sobre el que incluso lanzó alguna insinuación sibilina:

—¿Sabe usted algo sobre UGMK? ¿Qué relación tiene o ha tenido con esta empresa? —le preguntó el fiscal.

—Todo el mundo sabe que UGMK es la compañía más importante de cobre de Rusia. Por lo que yo sé, Majmudov es el presidente de esa compañía. Yo no mantengo ninguna relación con esta compañía. Nunca he sido accionista de la misma, no he participado en su dirección y tampoco he recibido dividendos por los beneficios de esta compañía.

—¿Qué sabe de la empresa comercial Vera Metallurgica? ¿Qué relación mantiene o ha mantenido con la citada empresa?

—No conozco esta compañía. No mantengo ningún tipo de relación con ella.

El imputado sabía de sobra que una de las principales razones por las que estaba implicado en el procedimiento español era porque Vera Metallurgica dependía de UGMK, que según distintos informes controlaban Tcherney, Deripaska y Majmudov. Con su respuesta había intentado salvar el trasero, aun a costa de situar más el foco de la investigación sobre su amigo. Pero es que además la Fiscalía de Moscú, en un gesto algo extraño, ofreció al juez Andreu interrogar también a Majmudov aprovechando su presencia en la capital moscovita. El magistrado se negó a ello porque esa segunda declaración no figuraba en el objeto de la comisión rogatoria y, por tanto, no estaba habilitado para realizar la diligencia.

Jalol Haidarov, durante su declaración en Stuttgart ante el juez y el fiscal Anticorrupción españoles de abril de 2007, también fue preguntado por la empresa UGMK, y respondió en los siguientes términos:

—Conozco esta empresa, yo mismo la constituí y decidí fundarla. Nadie me lo encargó. Fue una idea conjunta de Tcherney, Majmudov y mía. Además, había también otra persona, que se llamaba Kasizin, que también tomó parte en ella. Kasizin fue director general de esta empresa y lo es todavía hoy. Fue apoyado por Izmailovskaya. Yo tenía el cincuenta por ciento de las acciones, pero me las quitaron y se las dieron a Tcherney y Majmudov. No se las quedaron, sino que se las dieron a sus representantes.

—¿Conoce qué relación tenía el señor Deripaska con esta empresa?

—Él no tenía una relación directa con la empresa, pero tenía relación con el grupo que controlaba la empresa.

—¿Tiene esta empresa relación con Rusal?

—Ambas pagan a Izmailovskaya para trabajar en paz.

Majmudov, además, tenía buenas relaciones con Gennadis Petrov, detenido en Troika, hasta el punto de que hay una conversación en la que le dice que le va a ceder unos amarres para su barco. Asimismo, a este individuo se le ofreció invertir en España uno o dos millones de euros a través de una de las empresas que Frank Neuman tenía en Valencia, propuesta que él rechazó porque no veía clara la rentabilidad de la operación.

NUEVO ESTATUS

La investigación de Izmailovskaya solo ha sido posible —y aún lo es, porque permanece abierta— por el trabajo que se había realizado desde muchos años antes, más exactamente desde Avispa. Aquella operación, como se ha visto, se llevó a cabo en solitario por España, con medios rudimentarios, y fue fruto del empeño personal de unos pocos. Luego llegó Troika, más ambiciosa, mejor preparada, en la que ya

comenzaron a aparecer implicados altos cargos rusos, pero que de nuevo había sido cocinada en exclusiva por nuestro país. Si se quería llegar más lejos —y la decisión era firme en ese sentido—, había que contar con la ayuda de otras naciones. El problema era cómo conseguirlo.

A mediados de 2007 surgió la oportunidad que se buscaba. Fue en una reunión convocada en Stuttgart, a la que asistieron, además de los investigadores españoles —un fiscal Anticorrupción y un comandante del Servicio de Información de la Guardia Civil—, colegas alemanes, austriacos, suizos y estadounidenses. Para sorpresa de nuestros compatriotas —por primera vez eran invitados a una cita de estas características—, desde el primer momento contaron con la total confianza del resto, que alabó los indiscutibles resultados conseguidos con la operación Avispa.

En ese marco se produjeron algunas reuniones, más restringidas, que resultaron clave. Y en concreto hubo una, con los norteamericanos, que permitió dar el paso al frente que supuso la puesta en marcha de la investigación de Izmailovskaya. En ese encuentro, los representantes de Estados Unidos admitieron que ellos no tenían capacidad de abrir un proceso contra Tcherney, entre otras razones porque el *lobby* judío era demasiado potente en su país y sería imposible avanzar en las pesquisas. Consideraban, por el contrario, que España estaba en disposición de hacerlo, porque había demostrado con hechos que ocupaba un lugar en la primera línea internacional de lucha contra las mafias rusas. El acuerdo que ofrecían era obvio: nosotros liderábamos el trabajo y ellos, a cambio, nos apoyarían aportándonos toda la información que tuvieran.

Más allá de la investigación de la que se trataba, aquello suponía un salto cualitativo de primera magnitud porque por primera vez España mantenía contactos fluidos con un grupo de países dispuestos a combatir de forma conjunta el crimen organizado ruso. Desde entonces, por ejemplo, las relaciones con Estados Unidos en este campo son de una intensidad sin precedentes e incluso se van a crear equipos de trabajo conjuntos.

En 2008 se volvió a convocar una reunión similar, esta vez en Madrid. Ese segundo encuentro, sin embargo, tuvo unas características muy distintas, ya que llegaron noticias de que los interlocutores alemanes, en concreto un fiscal, provocaba dudas. A la vista de los precedentes, España y Estados Unidos acordaron que no se le podía facilitar datos sensibles de las investigaciones en marcha.

La cita fue en la Fiscalía General del Estado y aquello fue lo más parecido a una partida de póker: en la mesa se sentaban, entre otros, el fiscal germano, un representante del FBI y un fiscal Anticorrupción. El primero hacía preguntas obvias, por ejemplo, si conocían a Michael Tcherney, y el resto respondía que no sabía nada de él. Por momentos ofrecían la imagen de unos simples indocumentados y a veces hasta les era difícil aguantar la risa. Probablemente fue una de las reuniones más

insólitas de cuantas se hayan podido realizar en este ámbito. Pero era necesario actuar así.

El episodio provocó que Alemania dejara de contar con la confianza del resto, y la situación continuó invariable hasta que comenzó a plantearse la operación Java. En ese punto cambiaron las tornas por completo, al formarse una especie de club donde se acordó la creación de grupos de investigación lo más blindados posible, basados en las relaciones personales. Por primera vez echaba a andar una operación conjunta que afectaba a media Europa. Atrás quedaban los tiempos heroicos de Avispa, de la lucha en solitario contra un fenómeno tan internacional como éste; pero que nadie olvide que sin aquella locura de unos cuantos, la ambiciosa investigación que se gestaba ahora no habría sido posible.

EL CLUB DE JAVA

No fue una rueda de prensa habitual de sucesos. Ni el marco —la Fiscalía General del Estado en Madrid— ni los comparecientes —fiscales y policías franceses, austriacos, alemanes y españoles juntos— ni el público —había el mismo número o más de periodistas extranjeros que españoles— eran algo que se viera a diario. El motivo de tanto postín ese 16 de marzo de 2010 se llamaba operación Java, el cuarto golpe contra las mafias del Este, porque ya para entonces había calado la idea de que esa etiqueta había que tomársela muy en serio en España. El día anterior los periodistas nos habíamos empleado a fondo con las setenta y nueve detenciones que se habían producido, veinticuatro en nuestro país, pero esa dedicación no rebajó en absoluto las expectativas de la noticia. Ninguno sabíamos entonces cuál era la trastienda de la comparecencia conjunta que reunió a investigadores de varios países, una especie de club basado en la confianza y en un objetivo común: acabar con poderosos delincuentes que ya se jactaban en sus conversaciones de que Europa era suya, al menos desde una óptica criminal.

La trastienda del club y de la operación se había gestado mucho antes y en varios escenarios. En el invierno de 2008, cuando aún estaba en marcha Troika, el fiscal Anticorrupción se entrevistó en Ginebra con un agente suizo que lleva años combatiendo a la mafia rusa. Proporcionó numerosos detalles a los investigadores y fue la primera persona que les habló del *vor v zakone* georgiano Lasha Shushanashvili, alias *el Gordo*, a quien situaba en Valencia, considerado el hombre de confianza de Zakhar Kalashov —es el padrino de uno de sus hijos—. El agente dejó claro que podían utilizar sus datos, pero que no iba a declarar en ningún juzgado ni sería testigo en causa alguna. «Miren, lo he hablado con mi mujer —les dijo— y no me voy a jugar más la vida. Ni en mi país ni en ningún otro».

Durante los meses siguientes los investigadores continuaron recabando información sobre rusos y georgianos vinculados al crimen organizado que se habían establecido en España. Lasha Shushanashvili ya no estaba, pero sí su hermano Kakhaber, alias *Kakha*, que quedó a cargo del negocio. Vivía en Barcelona, tenía serios problemas con la cocaína y parecía relacionarse con bastantes delincuentes. Era aún un capo emergente aunque respetado, dado su parentesco. En marzo de 2009, con los cabecillas mafiosos en prisión, España se fijó dos nuevos objetivos, dos *vory* coronados: Kakha Shushanashvili y el uzbeko Botyr Rakhimov, quien repartía su vida entre Barcelona y Kiev y era un tipo del círculo más cercano al gran jefe ruso Yaponchik.

Cada uno de ellos lideraba un grupo: Rakhimov aparecía vinculado a armenios

establecidos en el País Vasco y Kakha tenía sus esbirros en la Ciudad Condal. Con Kalashov entre rejas, unos y otros movían sus piezas y se reorganizaban. Más tarde se averiguaría que los hermanos Shushanashvili eran los encargados de gestionar los bienes de Kalashov mientras este estaba encarcelado. Lasha, el mayor, estaba llamado a ser su sucesor dentro de la comunidad criminal internacional.

La Brigada Central de Crimen Organizado, la de Valencia y los Mossos d'Esquadra seguían de cerca los movimientos de los dos clanes. La Fiscalía puso en marcha una investigación común centralizada en Barcelona. Casi al tiempo, Suiza solicitó que se intervinieran los teléfonos de Kakha y de su segundo de a bordo, el financiero del grupo, Zviad Darsadze. En una inexplicable actuación esa comisión rogatoria llegó a un juzgado de Madrid en lugar de a la Audiencia Nacional y el juez desvió el asunto nada más y nada menos que a la Policía Municipal de la capital, sin ninguna experiencia en crimen organizado.

Los investigadores, tras una ardua peregrinación, lograron encontrar dónde se estaba siguiendo el asunto, y en julio de 2009 Java se judicializó en el Juzgado Central de Instrucción número 3 de la Audiencia Nacional, el de Fernando Grande-Marlaska. Comenzó entonces la formación del club, con policías suizos y españoles como primeros integrantes. En Ginebra se enfrentaban a un problema de orden público porque un grupo de georgianos estaba machacando la zona con sus continuos asaltos en casas y joyerías. Agentes de Múnich se sumaron también a la caza de los georgianos y a partir de ahí se intervinieron teléfonos en los tres países.

Alemanes y suizos tenían claro que todo el dinero que obtenían los delincuentes en sus países acababa en España. El recaudador directo era Kakha Shushanashvili, un tipo importante en toda Europa a la luz de lo que se iba descubriendo y al que aquí se había despreciado. «Seis años atrás fijarnos en él, con los mastodontes que teníamos, hubiera sido como perseguir a uno de Segi en lugar de al jefe del comando Madrid», explica uno de los agentes. Pero claro, las cosas habían cambiado mucho y tocaba variar la dirección.

Con el club ya constituido y una absoluta colaboración policial a tres bandas, se celebró la primera reunión en Múnich en septiembre de 2009. Los policías alemanes no se fiaban de nadie. Era crucial una reserva absoluta en torno a las pesquisas y un equipo cerrado. Exigieron que ni siquiera la gente de Berlín estuviera al tanto. Allí fue donde Austria se sumó a la operación Java, aportando valiosa información de Inteligencia que ayudó al grupo; por ejemplo, que el codiciado Lasha *el Gordo* se ocultaba en Grecia junto a su mano derecha, Koba Shermazashvili. Ambos se habían refugiado allí después de que Rusia detuviera al primero y lo expulsara a Armenia.

Era una cita policial, pero ya de viejos conocidos: allí estaban, frente a frente, los mismos agentes austriacos con los que los investigadores españoles habían tratado en Izmailovskaya o los suizos que concertaron la entrevista confidencial de uno de los

suyos con la Fiscalía.

—Vale, tenéis a Kakha, sabemos que a él le llega la pasta, pero no tenemos ni idea de cómo —se interesaron helvéticos y germanos.

El inspector de Udyco, encargado de la detención de Malishev, les aclaró todas sus dudas de un plumazo y les presentó un esquema completo de los subterráneos del dinero de los crímenes. Por primera vez en una reunión internacional de crimen organizado lo que sostenía España iba a misa y a partir de ese momento eso se convertiría en un axioma.

La segunda cita tuvo lugar en la ciudad suiza de Lausanne, tres meses después, y a ella asistieron también los Mossos d'Esquadra, lo que provocó un inicial tira y afloja pronto subsanado. Cuando se acabaron de discutir las cuestiones operativas concretas y cada uno expuso sus resultados, surgió un punto peliagudo.

—Ya lo hablamos en Múnich, esta debe ser una investigación cerrada —planteó la fiscal alemana.

—Sabemos que los georgianos están actuando por todas partes, que en Italia y Francia también están dando palos, pero debemos marcar unos límites —terció un agente suizo.

Los españoles estuvieron de acuerdo: ningún otro país entraría en la investigación si todos los miembros del club no daban su consentimiento. El pacto, como todo en ese curioso grupo, era tácito, basado en la confianza mutua. Francia, en ese momento, quedaba al margen aunque más tarde se subiría al tren, dadas las circunstancias.

Para entonces España había logrado delimitar con precisión las especialidades criminales de los sospechosos y el tipo de vida que llevaban; «el funcionamiento de la mafia en la calle», en palabras de los expertos. Los agentes descubrieron cómo robaban, amenazaban, extorsionaban, falsificaban lo que hiciera falta —desde carnés de conducir a tarjetas o pasaportes— y montaban todo tipo de negocios para blanquear ese dinero: igual les servía una joyería —aquí abrieron dos— que un restaurante o un establecimiento de lavado de coches. Kakha llevaba cinco años en Barcelona y desde ahí instruía y daba órdenes a delincuentes en media Europa, en amigable sintonía con otros criminales de Rusia, Georgia, Ucrania y Armenia. Por algo es un «ladrón en la ley» coronado y por algo es hermano del influyente Lasha.

La organización contaba con un recaudador en cada ciudad europea donde se había implantado. Eran los responsables de guardar los beneficios obtenidos del crimen en la *obshchak* de cada uno de esos lugares; una parte de ese dinero iba a parar a la «caja común» del país en cuestión y, desde ahí, los fondos se transferían a la «caja común general» o europea, centralizada en España, de la que Kakha tenía control absoluto. El mecanismo era similar al de las *matrioskas* rusas que se van desenchajando. Para las remisiones de dinero utilizaban empresas de envío como Money Gram, a nombre de personas con documentación legal, o bien eran los propios

miembros de la banda quienes traían las partidas en avión; nunca se manejaban cantidades importantes para no levantar sospechas; eran, como mucho, lotes de 6.000 euros.

El capo ejercía un control férreo sobre las ganancias, que procedían de Italia, Alemania, Austria, Suiza, Francia, Bélgica, Holanda e Irlanda, entre otros países. Por encima, aún existiría una *obshchak* mundial cuya custodia pertenecería a su hermano Lasha *el Gordo*. Una de las novedades de Java es que por primera vez quedó al descubierto el funcionamiento de la mítica caja común de los ladrones —«piel» en su argot—, que se financia con parte del beneficio de los crímenes y con las aportaciones obligatorias de los delincuentes. No solo eso; tras las detenciones, los agentes encontraron en un chalé de Guecho (Vizcaya) los libros de contabilidad que acompañaban a cada caja y que, por duplicado, elaboraba Kakhaber Shushanashvili como forma de control. La caja servía para pagar a abogados, sobornos, fianzas, armas o cualquier necesidad de los miembros del grupo.

En una conversación del 14 de diciembre entre Kakha y el *vor* Koba Shermazashvili, lugarteniente de su hermano, el primero le contó que había hablado con el contable Zviad Darsadze para comunicarle que quería reubicar la «caja común» y trasladarla al País Vasco. Hablaron sobre el préstamo que pidió otro miembro del grupo y que le negaron. Koba se mostró tajante: «Para que des dinero de la caja deben estar de acuerdo dos capos más y solo para casos en los que sean detenidos, tengan que pagar abogados o muera alguien».

Unos días después los jefes decidieron entregar por Navidad un aguinaldo de 2.000 euros a cada uno de los capos de la organización que estaban encarcelados en Georgia, Rusia y Europa. El dinero se sacó de las distintas «pieles». Kakha, como responsable máximo de los fondos, dio instrucciones a varios subordinados para que el regalo llegara a presos de Bélgica y Francia.

«Eran bravucones y sanguinarios pero sin mayor talento. Podrían considerarse como la puerta trasera de Kalashov, claro que muy por debajo de él en cuanto a jerarquía», disecciona uno de los inspectores que los siguió durante ocho meses. Hay que imaginar a un tipo que conduce un Mercedes 500, calza zapatillas *Dolce&Gabana* de 400 euros y cambia una noche fichas en el casino de Barcelona por valor de 35.000 euros. Era un blanqueador del grupo llamado Mamuka Gogolashvili que aseguraba ser electricista. Ese es el perfil de los personajes de Java, tipos que parecían haberse instalado en la perpetua adolescencia, levantándose a la hora del almuerzo y alternando en restaurantes y locales de moda de Barcelona al volante de sus coches de lujo. Su única obligación era la de recaudar puntualmente el dinero que les iba llegando de las distintas células criminales y, mientras tanto, reunirse para decidir a qué rival había que dar el siguiente escarmiento, léase paliza o algo más, cruzando media Europa si era necesario. Lo que ignoraban es que en

algunos de esos viajes tuvieron compañía permanente. Como en una carrera de relevos, policías austriacos, alemanes, franceses y españoles se turnaban para seguirlos en esos larguísimos desplazamientos. Una muestra más de la cohesión del grupo de investigadores.

Pese a todo, los objetivos georgianos no eran ostentosos y no levantaron las sospechas de sus vecinos ni en Barcelona ni en Valencia ni en el País Vasco. Nada en Java recuerda a las mansiones de alabastro y oro sobre el acantilado de los protagonistas de Avispa o Troika. Todos vivían en casas modestas, salvo los hermanos Giorgobiani, que se habían construido un chalé más que digno en Guecho. Giorgi y Archil, que ocupaban el tercer y cuarto lugar en la organización, están reclamados por las autoridades georgianas por asesinato y se habían traído a sus padres a vivir al País Vasco.

Giorgi Giorgobiani estaba llamado a medrar en la banda; de hecho, iba a ser coronado en Italia, según las investigaciones policiales. La ceremonia secreta llegó a celebrarse con los padrinos y el resto de la parafernalia, pero el aspirante no pasó el test de *vor* al que le sometieron los evaluadores, que constaba de preguntas tan elocuentes como «¿Por qué quisiste asesinar a tu rival?» o ¿«Serías capaz de acabar con cualquiera si te lo pidiera la organización?».

«Quizá conseguimos quitarle la corona», ironiza uno de los policías al tanto de la prueba.

Como en ocasiones anteriores, casi ningún miembro del grupo se encontraba en situación irregular, con la maña habitual que se dan para obtener documentaciones allá por donde van. Kakhaber Shushanashvili utilizaba el nombre de Nikolai Rostov y con esa documentación falsa había sido detenido meses antes de la operación con un arma de fuego. Se casó en octubre de 2009 con una española para conseguir los papeles. Días antes llamó a su futura esposa para acordar 5.000 euros como pago por la boda. Fue la última vez que habló el «matrimonio». La esposa de conveniencia no fue detenida, aunque no es improbable que estuviera al tanto de las actividades de su marido.

Él, en realidad, vivía con su pareja Kateryna Myerkova, con la que tiene dos gemelos de un año, y era ella con frecuencia la que recibía los giros que nutrían la caja común. El resto de la organización recurrió a las artimañas clásicas para regularizarse: la creación de empresas tapadera sin actividad, que les contratan y legalizan su situación. Así, estaba el caso del único español involucrado: Juan Miquela Tomillero, un títere que cedió sus cuentas bancarias para que la organización depositara el dinero y que les proporcionó apoyo logístico. Constaba como administrador de varias empresas dedicadas a lavar fondos e incluso pagaba la Seguridad Social de uno de los matones y de su padre, al que llegó a gestionar una prestación por desempleo.

Kateryna Myerkova reconoció ante el juez Grande-Marlaska que le llegaba dinero del extranjero, «unos 100 o 200 euros al mes» —era muchísimo más— y que además le hacían muchos regalos, de ahí su repletísimo guardarropa. Se negó a responder si su marido era un *vor v zakone*, en cambio él, cuando le preguntó el magistrado si sabía lo que era un «ladrón en la ley» tuvo un lapsus y aseguró que él no lo era, pero su hermano Lasha, sí. Quizá porque llevaba retraso en su dosis habitual de metadona.

En la investigación quedó patente que el menor de los Shushanashvili es un lenguaraz impenitente que acababa diciendo a sus interlocutores lo que no le convenía. Por ejemplo, que quería reunirse con Kalashov apenas salió este de la cárcel. Su hermano le recriminaba tanta palabrería y le ordenó que ni se le ocurriera llamar al jefe ni acercarse a él ante la sospecha de que la Policía lo estuviera controlando tras recobrar la libertad. Quedó claro, asimismo, que el superior directo de Kakha era Koba Shermazashvili, la mano derecha de su hermano, y si él tenía acceso a Lasha era únicamente por su parentesco. El rango se lo debía a él, al Gordo, que había decidido poner tierra de por medio con España: «Yo allí no quiero ya nada», llega a decir en una conversación.

En la casa del matrimonio Shushanashvili se encontraron 25.000 euros enrollados en un cilindro. Según Kakha procedían de la venta de una casa en Georgia de la que, curiosamente, su compañera sentimental no tenía la menor noticia. Los investigadores sabían con certeza que ese dinero se lo había traído la noche antes de las detenciones Goga, el responsable de la «caja común» en París. Cada palabra y cada paso del grupo estaban controlados.

Una mañana de enero de 2010, una escucha puso sobre aviso a media Europa.

—Se van a cargar a un tío en Francia, jefe.

—¿Cómo dices? ¿Sabemos quién es?

—Sí, y tienen intención de hacerlo ya mismo, con dos tipos llegados para la ocasión.

—Hay que alertar de inmediato a todo el mundo. Estos no se paran en detalles ni nos van a dar mucho tiempo.

Los investigadores acababan de oír una conversación telefónica en la que se hablaba del inminente asesinato de un rival: Vladimir Janashia, alias *Lado*, que se había establecido en Niza. Lasha Shushanashvili, desde Grecia, envió a Barcelona a dos sicarios para que se reunieran con su hermano Kakha y planificaran la ejecución del «puto», como llaman a sus adversarios. Por primera vez, la Policía se topó de frente con el lado más sucio del crimen organizado.

Pero, ¿por qué querían asesinar a Janashia? La respuesta exige una amplia explicación: Lado era uno de los hombres más cercanos al *vor* Taniel Oniani, huido en Avispa, con cuya organización los Shushanashvili tenían una guerra a muerte, como se desveló en una escucha de Troika el 30 de abril de 2008 entre Malishev y uno de

sus subordinados. En esa charla se decía que a Oniani le habían «sacudido las orejas» (castigado) y se relataba la confrontación con Lasha. El trasfondo era el enfrentamiento entre los dos grandes clanes criminales, el que representaba la línea clásica caucásica de los Shushanashvili, y el de Oniani, que había elegido nuevos caminos.

A este último se le había desposeído de poder y autoridad porque todos los dedos criminales le señalaban como la persona que, desde la cárcel, dio la orden de acabar con el omnipotente Vyacheslav Ivankov, *Yaponchik*, ejecutado meses antes en Moscú. Los hermanos georgianos habían jurado venganza para congraciarse con el padre mafioso por excelencia, Aslan Ussoyan, tan cerca de los servicios secretos rusos que jamás había caído en una redada. Con este libro ya en imprenta, el 16 de septiembre, Ussoyan recibió dos disparos de un francotirador cuando iba a visitar a su hijo en Moscú, que le dejaron al borde de la muerte. Un intento de asesinato similar al de Yaponchik. Unos apuntan a Oniani; otros a los servicios secretos. Su sucesor podría ser otro viejo conocido de la Policía española: Vladimir Tiurin.

La segunda semana de enero los dos matones llegaron a Barcelona y ahí se aprovisionaron de chaquetas con capuchas, botas especiales y cinturones para su misión. Kakha les instruyó sobre la munición de la que podían disponer, al tiempo que él personalmente y su hombre de confianza, Gela Garishvili, cerraban detalles en Francia con dos georgianos que se ocuparían de la logística del crimen: un hotel para dormir y un coche con matrícula francesa. El propio Kakha les acompañó hasta el sur del país vecino cuando todo estaba ya dispuesto. Ignoraba que un vehículo con policías nacionales y mossos le seguía cada minuto. El domingo 17 de enero los sicarios esperarían a Janashia y lo eliminarían a la salida de misa en una iglesia de Niza.

España alertó a los franceses de lo que iba a ocurrir, pero un comisario galo, saltándose las cautelas de la operación y sin tener en cuenta los riesgos que se corrían, decidió detener a los matones dos días antes, el viernes, cuando ni siquiera habían recibido el arma homicida. De nuevo, hubo que tirar de mano izquierda y, en lugar de detener a los criminales por intento de asesinato, solo se les arrestó por falsedad documental y se les dejó en libertad. Con esa estrategia, los agentes ponían a salvo las investigaciones de Java, al evitar el acceso de los abogados a las diligencias.

Los hermanos habían fracasado, aunque no estaban dispuestos a aceptar la derrota. Janashia debía morir. Las pesquisas se complicaron porque después del fallo y de los arrestos de los sicarios se deshicieron de todos los teléfonos ante la sospecha de que los hubieran «mordido». Kakha llegó a utilizar hasta once teléfonos durante los ocho meses que duró la investigación. A finales de febrero, después del intento frustrado, se organizó el segundo plan. Un asesino localizó la casa del capo en Niza; en ella se produjo un tiroteo entre los que le protegían y los liquidadores. Lado y sus

hombres lograron escapar por los tejados en medio de la conmoción vecinal. La Policía recogió cuarenta casquillos en el lugar, entre ellos varios de kalashnikov. Más de uno aventuró entonces que los días del huido estaban contados.

El club de investigadores volvió a reunirse en enero en Madrid, una vez que los objetivos ya estaban repartidos para evitar que el trabajo se duplicara. Durante esa cita, en la sede policial de Canillas, había que decidir la fecha de las detenciones. El juez suizo no admitía que las escuchas telefónicas se prolongaran más allá del 30 de ese mes; Alemania y Austria ya habían concluido sus pesquisas, pero aun así los tres países acordaron esperar un poco para dar tiempo a que España cerrara algunos flecos pendientes. Francia ya estaba al tanto de lo que se cocía tras el caso de Janashia.

El grupo se emplazó de nuevo para el 2 de marzo en Sabadell, donde se ultimaría el exorbitante dispositivo. En la madrugada del día 15, a la misma hora, con absoluto sigilo comenzaba el baile de detenciones, entradas y registros en España, Suiza, Alemania, Italia, Francia y Austria. Solo ese primer día cayeron casi setenta personas, veinticinco de ellas en España: los *vory* Kahka y Zviad Darsadze, así como el resto de los matones y colaboradores del grupo fueron arrestados en Barcelona, la Comunidad Valenciana, Vizcaya y Guadalajara.

Al día siguiente, tal y como se había planificado, se ofreció una rueda de prensa en la Fiscalía General del Estado, en la que el fiscal jefe Anticorrupción, Antonio Salinas, actuó como maestro de ceremonias por imposición del fiscal general Cándido Conde-Pumpido, que no quería una comparecencia únicamente de policías en su sede. Con cierto aire ceremonioso, Salinas hizo saltar a los periodistas como un resorte cuando afirmó con tono monocorde que Lasha Shushanashvili, el supuesto sustituto de Kalashov mientras este estaba en prisión, había logrado escapar. Él mismo ofreció la clave sin medias tintas: «No ha habido la colaboración necesaria o adecuada para culminar la detención del máximo dirigente de la organización (...). Estaba en Grecia, pero ahora ya no podemos decir dónde está». Apuntó además que la investigación no se comunicó a las fiscalías rusa y georgiana porque «no habría sido muy conveniente».

A más de uno se le quedaron los ojos como platos. Los policías habían pedido el día anterior que no se revelara el despropósito griego, y el máximo responsable de Anticorrupción lo contaba sin inmutarse. Los mandos policiales no fueron más allá y pese al patente malestar optaron por callar. Salinas se había ceñido a un inesperado acto de sinceridad, sin cargar las tintas, pero no era para menos, como se supo después. No solo había escapado Lasha, sino también su lugarteniente, el *vor* Koba Shermazashvili, con quien se había refugiado en el hotel Macedonia Palace de Salónica tras ser expulsados ambos de Rusia. Grecia, una vez más no había estado a la altura.

La secuencia de hechos resulta esclarecedora. Hasta diez días antes de que se

explotara la operación, los investigadores optaron por mantener a Grecia al margen. Cuando entonces se pusieron en contacto con las autoridades helenas, solo les dijeron que iban a necesitar su ayuda para unas detenciones y que en su momento les comunicarían las identidades y el lugar donde se ocultaban los importantes objetivos. En teoría debían tener preparado un equipo policial para actuar. Los artífices de Java esperaron hasta el último momento y facilitaron los nombres y la dirección adonde debían dirigirse los agentes cuando ya se estaban produciendo los arrestos en los demás países. Según la versión oficial, al llegar los policías, los sospechosos no estaban en el hotel. Era falso. La realidad es que, pese a la advertencia de que se trataba de dos peligrosos e influyentes capos, los griegos plantearon un servicio rutinario como si en lugar de buscar a dos capos georgianos fueran en pos de unos chorizos de poca monta. A su llegada al hotel Macedonia Palace, Lasha y Koba estaban allí tranquilamente, rodeados de varios matones que les protegían. Nadie se atrevió a colocarles las esposas.

El embajador de España en Atenas sufrió esa mañana para intentar desatascar la situación y evitar un daño difícilmente reparable en las relaciones entre ambos países. Tras las palabras de Salinas, la Policía griega tardó solo unas horas en dar su versión. «En cuanto recibimos la orden europea de detención en la mañana del lunes, lanzamos una operación de busca y captura», afirmó un portavoz. «Inmediatamente dimos la señal en Salónica y la Policía se desplazó al hotel Macedonia Palace y se comprobó que no había pasado por allí».

La dura declaración del fiscal jefe Anticorrupción suscitaba una pregunta evidente: ¿había habido un chivatazo o se había comprado a la Policía? La respuesta se conoció algún tiempo después, gracias al enlace georgiano. Cuando Lasha constató que le habían localizado, obligó a los policías a cerrar los ojos, al parecer a cambio de poner en su mano 800.000 euros. Eso es, al menos, lo que sostiene Georgia.

La actitud de Salinas tuvo sus consecuencias inmediatas. Al día siguiente, en un comunicado, la Fiscalía Anticorrupción aseguraba que Grecia «había prestado la colaboración solicitada por las autoridades judiciales, Fiscalía y Cuerpos policiales, sin perjuicio de lo cual no pudo evitarse la fuga de uno de los principales sospechosos». Donde dije digo... No fue idea ni del órgano fiscal ni de Salinas emitir ese «desmentido», sino que se siguió una sugerencia del Ministerio del Interior, que quería soslayar a toda costa un problema con Grecia.

Poco después, Georgia informó a los investigadores de que Lasha y Koba habían huido y se habían refugiado en la casa de un compatriota en Salónica: un tal Liova. España envió esa información al fiscal general griego; le aportó el nombre heleno que utilizaba el propietario de la vivienda, el pasaporte que tenía en ese país y la dirección de la casa, esperando esta vez una reacción contundente. Dos meses más tarde seguía sin haber respuesta, pese a que en ese tiempo el fiscal general griego viajó a España y

se reunió con su homólogo. Ni una palabra sobre los datos que se les habían mandado ni sobre la orden de detención internacional que se libró contra el mayor de los Shushanashvili.

Este fue el último capítulo de unas más que intrincadas relaciones con los griegos en todo lo relacionado con la mafia rusa. Se les mantuvo al margen de las investigaciones, pese a que dos capos se ocultaban en su país, por una desconfianza basada en los antecedentes. Durante la operación Troika se averiguó que tanto Petrov, como Kuzmin y Gavrilénkov obtuvieron la nacionalidad griega y aún hoy no se ha esclarecido si se les concedió de forma fraudulenta.

Con esa nacionalidad pudieron moverse a su antojo por toda Europa sin que nadie los molestara y con ella solicitaron, a su vez, los permisos de residencia en España. En las escuchas telefónicas se aludía con reiteración a esos papeles, se hablaba de abogados helenos comprados y de todo tipo de estratagemas que los agentes españoles no estaban dispuestos a soslayar. Por una de esas conversaciones se descubrió que muchos jefes iban a asistir a una boda en una isla griega. Sería una gran cita de capos, similar a la del cumpleaños de Kalashov en Alicante o el de Yaponchik en Dubai. Tenían los nombres y el lugar, pero los investigadores ni se molestaron en alertar a Grecia. Sabían que sería inútil.

Al día siguiente de las detenciones de Java, el juez de la Audiencia Nacional Fernando Grande-Marlaska envió a prisión diecinueve de los detenidos. A la mayoría les acusaba de asociación ilícita, blanqueo de capitales, falsificación de tarjetas de crédito y documentos oficiales, asesinato en grado de conspiración, tenencia ilícita de armas, robo con fuerza en las cosas y extorsión. El juez se refería a los efectos aprehendidos, toneladas de joyas que vendían en establecimientos controlados por la red criminal o a las que daban salida a través de terceros países.

La operación puso al descubierto las tripas de los flujos de dinero constantes hacia España, tanto a través de empresas como de individuos-correo, como se ha dicho. Miles y miles de euros entrando cada mes para sostener a toda la organización, cuyo jefe máximo había logrado escabullirse.

Veinticuatro horas después de los últimos encarcelamientos se produjo una nueva sorpresa.

—Cruz, no sé si te has enterado. Se han cargado al de Niza, al capo Janashia.

—¿Qué dices? ¿Estás de broma? Si Kakha y su gente ya han dormido en la cárcel.

—Ja, ja, cómo si no hubiera nadie más para dar la orden... Anda, echa un vistazo en France Press y sales de dudas.

Era 19 de marzo, día del Padre y festivo. Y sí, France Press y dos llamadas nos confirmaron la noticia con detalle. La noche anterior a Lado, el hombre de Tariel Oniani en Francia, le habían disparado siete tiros en la casa al sur de Marsella donde

se había refugiado con nombre falso; una hora después murió en la mesa de operaciones del hospital. No había ni rastro de los asesinos. Una niña de doce años resultó herida en el atentado.

La orden, posiblemente dada de nuevo por el huido Lasha Shushanashvili, se había cumplido; la venganza se había ejecutado. El mensaje a su enemigo Tariel Oniani era elocuente. Para entonces el poderoso Oniani llevaba casi un año encarcelado en Rusia, en una prisión de máxima seguridad después de que en un centro penitenciario se interviniera un documento en el que el mundo criminal le sentenciaba a muerte. La guerra entre clanes se avivaba, pero el *vor* tenía asuntos más graves de los que preocuparse en ese momento; después de años dando esquinazo a la Justicia de una decena de países, estaba a punto de ser juzgado.

El 19 de julio fue condenado a diez años de prisión por un delito de secuestro. Un tribunal de Moscú le halló culpable, junto a dos cómplices, del secuestro del empresario Johnny Managadze, por quien pedían un rescate de medio millón de dólares. La sentencia desposeía además a Oniani de la nacionalidad rusa, pues había obtenido de forma ilegal su pasaporte ruso —se registró con documentación de un georgiano sin antecedentes—, un fraude del que la Policía española había avisado reiteradamente a Moscú sin recibir respuesta. La prensa rusa ha interpretado esta pérdida de la nacionalidad como la puerta abierta para que el *vor v zakone* sea extraditado a España, donde debería declarar y ser juzgado por la operación Avispa, con lo que se cerraría otro círculo.

UNA BANDA DE CUELLO BLANCO

La operación Java, pese a la imagen de firmeza policial y judicial que trasladó, había quedado incompleta para los investigadores españoles. El segundo gran objetivo marcado al inicio, el *vor* uzbeko aunque de origen armenio Botyr Rakhimov, había estado a tiro a última hora y no se le había podido detener por falta de tiempo. No se habían planteado arrestarlo hasta ese momento porque las pesquisas en torno a él se habían estancado, pero a principios de marzo se detectó por casualidad su presencia en España.

La Fiscalía Anticorrupción intentó que se le detuviera, pero la Policía consideró que era imposible diseñar el dispositivo de forma tan apresurada, ya que si se capturaba a Rakhimov había que hacer lo mismo con el resto de su organización —seis individuos que actuaban en Cataluña—. Con el despliegue que exigió Java era imposible seguir sumando y planificar a última hora más entradas y registros; había además cierta confianza en que el arresto se podría hacer poco después, dado que el capo vivía a caballo entre Barcelona y Kiev. Y un tercer elemento: el tipo es un fanático del Barça, de esos que no se pierden un partido, y pocas semanas después se

iba a disputar en el Camp Nou el encuentro de vuelta de la Champions League que jugaba el equipo de sus amores con el Inter de Mourinho.

Los investigadores, que conocían también la relación de amistad que el capo mantenía con algunos jugadores del Barcelona de la talla de E'too, Deco o Ronaldinho, pensaron que la llegada de ese partido decisivo sería un momento perfecto para realizar la segunda fase de la operación, esta vez con tiempo para diseñarla.

Botyr Rakhimov, alias *Timur* y *Botyr*, de 39 años y afincado en la Ciudad Condal desde 2001, está considerado policialmente como un *vor* muy potente, de mucho más peso que Kakhaber Shushanashvili. «Botyr está en lo más alto por méritos propios; el otro ha alcanzado alguna notoriedad por ser hermano de Lasha», explica uno de los investigadores. Por si fuera poco, el primero tiene excelentes relaciones con directivos de Gazprom y, según informes de Inteligencia, es el hombre de Oleg Deripaska en Uzbekistán. Casado con una *playmate*, mantenía asimismo buena amistad con el supercapo asesinado Vyacheslav Ivankov, *Yaponchik*, quien además era su jefe último, como lo demuestra el hecho de que le llamaba para pedir permiso cada vez que debía imponer un castigo a alguno de sus hombres.

En 2008, este individuo y el padrino Aslan Ussoyan realizaron visitas periódicas a Uzbekistán, donde llevaron a cabo ajustes de cuentas y cobraron con métodos violentos deudas que empresarios locales mantenían con hombres de negocios de Rusia. Además, parece ser que financiaron una operación de narcotráfico. Según las investigaciones, el *vor v zakone*, que fue coronado en Moscú entre enero y marzo de 2003 tras pasar una temporada entre rejas, posee un entramado societario dedicado a la importación y exportación, así como a la compra de inmuebles en España, con la finalidad de blanquear capitales procedentes de su grupo criminal —en tres años llevó a cabo una decena de operaciones inmobiliarias en Cataluña—.

La Brigada Central de Crimen Organizado, los Mossos d'Esquadra y la Fiscalía Anticorrupción habían tomado la decisión de no materializar la operación contra la trama de lavado hasta que Rakhimov estuviese en España, pero lo cierto es que pasaba el tiempo, había acontecimientos como el citado partido de fútbol y su cumpleaños, y no se tenía ninguna noticia de que fuera a volver a Barcelona. De hecho, se comprobó cómo desde la operación del 15 de marzo había aumentado sus medidas de seguridad. Además, ya no se podía mantener por más tiempo el secreto de las actuaciones, de modo que se decidió detener a los miembros de la organización que estuvieran en España.

El día elegido fue el 15 de junio: se llevaron a cabo seis detenciones y numerosos registros. Entre los arrestados más importantes estaba Yuriy Zakharian, general ucraniano de origen armenio, que se dedicaba a facilitar la llegada a España de individuos relacionados con el crimen organizado y con dificultades para moverse

entre los distintos países por tener problemas con la Justicia. Además, habría puesto en contacto a su jefe con el viceministro de construcción de su país.

El segundo gran implicado en esta nueva operación era Gagik Eloyan, el hombre de confianza de Rakhimov en España, que hacía las funciones de asesor financiero y que en 2004 realizó importantes inversiones en hoteles de Tarragona. Según algunas informaciones, este individuo fue nombrado en 2008 empresario del año en Kazajistán y cuenta con magníficos contactos en su país —en una ocasión se presentó como ex jefe de la Policía de Kiev—. Como dato curioso, hacía de intérprete al ex futbolista del Barcelona Chigrinsky. Konstantin Unayan, otro de los detenidos, abrió una cuenta a nombre de la Cámara de Comercio de Kazajistán, de la que su padre es director, para realizar una operación de ochenta millones de euros con una empresa española para exportar aerogeneradores a su país. Los seis arrestados eran colaboradores «circunstanciales» para lavar fondos, según el juez Marlaska, de ahí que la fianza más alta fijada fuera de solo 100.000 euros.

El volumen de dinero blanqueado por esta organización es aún hoy una incógnita, aunque los encargados del caso aseguran que son millones de euros. Pero más allá de la cifra concreta, lo más importante es que se había dado otro golpe contundente a las mafias rusas, el cuarto desde 2005. Y el mensaje era el mismo que el primer día: en España no hay cabida para los *vory v zakonen*. Su único horizonte aquí está entre rejas.

EPÍLOGO

«Si sois aplicados, os ayudaremos». Durante el año y tres meses que hemos dedicado a este libro, la frase, pronunciada por alguien que por encima de todo es amigo más que fuente de información, nos ha martilleado la conciencia. Había muchas personas dispuestas a perder su tiempo, y en ocasiones hasta su dinero, para echarnos una mano y sumergirnos en el mundo de las mafias rusas. Lo que más nos preocupaba — y nos preocupa— era defraudarles. El pacto estaba claro: si íbamos en serio, tendríamos todas las facilidades; en caso contrario, lo notaríamos de inmediato porque se cortaría el grifo. Aceptamos otra condición: se podía hablar de todo, como así fue, pero no se podía publicar todo. Habría líneas rojas (pocas) para no perjudicar ninguna investigación.

Ahora, trescientas páginas y muchísimas horas de trabajo después, podemos decir que hemos cumplido, que «hemos sido aplicados», aunque queda la frustración de no haber podido reflejar decenas de documentos a los que hemos tenido acceso, cuya simple lectura pone los pelos de punta. Tampoco se han incluido buena parte de las cientos de horas de entrevistas realizadas con un amplísimo abanico de personas, confidencias recibidas, multitud de declaraciones, escuchas, autos judiciales y episodios de gran trascendencia... El espacio, y nosotros como periodistas lo sufrimos a diario, no se puede estirar como un chicle.

A cambio, tenemos la satisfacción de ser los autores del primer libro que recoge la crónica completa de la lucha contra las mafias rusas en España y el orgullo de que por fin se vea reflejado como se merece el trabajo de un puñado de hombres y mujeres —jueces, fiscales, policías, guardias civiles, agentes del CNI...— que al principio casi sin medios, pero siempre con talento y tenacidad, se han enfrentado a uno de los fenómenos criminales más complejos de cuantos sufre nuestro país. Ahora es fácil subirse al carro; el reconocimiento público ya ha llegado y el Telediario se ocupa de estos temas. Lo difícil fue abrir el camino en un momento en que se les tomaba poco menos que por marcianos, incluso dentro de sus propias instituciones.

El futuro es incierto. Varios de los que han estado en la vanguardia de esta lucha pasarán a corto y medio plazo a ocupar otros cargos. Por detrás de ellos hay excelentes investigadores, algunos de los cuales han tenido ya importantes responsabilidades en las operaciones realizadas. No hay dudas sobre su preparación. Pero para que continúen los éxitos es vital que se aúnen esfuerzos y que el Estado ponga todos sus medios al servicio de esta batalla, en la que el fracaso no se medirá en un aumento de los índices de la criminalidad, sino en un peligro para la seguridad nacional y en la progresiva pérdida de nuestra soberanía.

La Fiscalía Anticorrupción y contra el Crimen Organizado, junto con la Audiencia Nacional, se han convertido en elementos indispensables para el éxito de

las investigaciones. Han acumulado una experiencia enorme y cuentan con el reconocimiento internacional. No obstante, se echa en falta aún una mayor especialización de los jueces de ese órgano jurisdiccional para combatir este fenómeno que, cada día más, por la inexorable derrota de la banda asesina ETA, está llamado a ocupar la mayor parte de sus esfuerzos, junto con el terrorismo islamista.

Finalmente, una advertencia: este libro es la crónica de las investigaciones realizadas contra la llamada mafia rusa; por tanto, no prejuzga culpabilidades, lo que solo compete a los tribunales de justicia. Ya hay algunas condenas, pero aun así están pendientes de los recursos que se han presentado ante el Tribunal Supremo. En otros casos, como en la operación Mármol Rojo, esas diligencias están sobreeséidas provisionalmente, de modo que lo que se refleja en ese capítulo es el resultado del trabajo realizado en su día por la Guardia Civil. Debe quedar claro que a ninguno de los que aparecen en estas páginas se le discute su presunción de inocencia. Lo que es innegable es que todos y cada uno de ellos están relacionados con las pesquisas.

Solo nos queda mostrar nuestra gratitud a todos los que han colaborado con nosotros en estos meses apasionantes. Ojalá pudiésemos dar sus nombres para que así fueran reconocidos como se merecen. Razones de seguridad lo impiden. Y cómo no, gracias a nuestros compañeros de *ABC* —en particular a la sección de Nacional, donde trabajamos a diario—, por alentarnos a seguir y soportar con estoicismo nuestro entusiasmo por «los rusos».